EL ÚLTIMO EDÉN

José Gómez Muñoz

ALGUNAS DE LAS PÁGINAS MÁS BELLAS DEL PARQUE NATURAL DE CAZORLA, SEGURA Y LAS VILLAS

Las cuatro estaciones del Último Edén-4

* **Y EN LAS NOCHES LARGAS** del frío invierno que acaba de llegar y llena la sierra bien lejos de las fiestas de aquella Navidad por aquellos mundos que no son espejos, junto a las llamas de la lumbre se acurruca la niña entre las piernas cansadas del gran abuelo y mientras el rocío cae y las estrellas brillan en el ancho cielo, a ratos sueña y a ratos se duerme y entre momento y momento, pregunta, en su juego:
- ¿Y cómo decías tú que fue aquello?
Y el abuelo:
- El último aullido del lobo en estas sierras, fue así: a cinco kilómetros hacia el nacimiento, había una casa blanca que estaba junto al camino entre robles y pinares y rodeada del arroyuelo donde vivía el matrimonio joven que tiene una hija que todo el mundo conoce por la pequeña Azahara y la finca que rodea a la casita es propiedad y cerca hay una cortijada con ovejas y cabras y algunas vacas y grandes perros y de esto viven ellos y a la niña le encanta, como a ti, su juego.

Y ella, cada mañana, ordeña las cabras y recoge las aceitunas y juega con sus perros y se va por los campos y corta los racimos de uvas cuando están maduras y tiende columpios para mecese, en las ramas de los quejigos y los fines de semana, se baña en el río con sus amigos que ahora sí corre y sus aguas están limpias y como a ella le gusta cultivar la amistad, su pequeña finca, los sábados por las tardes y los domingos por las mañanas, siempre está llena de amigos de los que aman y cuidan la naturaleza y siempre se ríe en el rincón y se juega y se corre y...

Todo el mundo la quiere porque ella, además de hermosa y dulce, es humana y tiene ojos chiquitos y

oscuros y labios delgados y frescos frente despejada y limpia y pelo castaño y sonrisa semejante a la luz de los campos que le rodea y el signo visible que la diferencia de las otras criaturas, siempre es su sonrisa porque sonríe llena en todo momento de sencillez y es que desde pequeña sus padres le han inculcado el gusto por lo menudo, la limpieza de alma, el amor y el placer por las cosas buenas.

Y está para cumplir los trece años cuando un día llega a la finca, procedente del pueblo, Sergio, un joven de dieciocho años porque sucede que en su pueblo, al igual que en otros pueblos y ciudades del mundo, la gente no es muy feliz y muchas cosas motivan esta insatisfacción: la falta de agua, la contaminación, el egoísmo, la materialización de la vida, la supertecnificación, la abundancia de libros, periódicos, televisión, la pérdida de una escala de valores y el sentido de la vida y como por estas fechas todas las noticias de la radio y la televisión son tristes, en las personas crece el sentimiento de crisis, de fracaso, escasez de trabajo y también el vacío espiritual y así en las ciudades hay muchos desanimados y otros han perdido el sentido de la vida dándose sólo a divertirse y consumir.

Y no pudiendo soportar más este ambiente, el joven huye de él para irse al campo a buscar la paz y en la finca de los padres pide trabajo y estos se lo dan y aquí se queda y durante mucho tiempo trabaja y es feliz y se gana el cariño de la niña y juegan juntos y charlan por el campo y se bañan en el río y sueñan sueños y cantan canciones y se sienten llenos en medio de la paz y el frescor del bosque porque conocen y saben de los

problemas del pueblo y de las ciudades y del mundo y les preocupan y en más de una ocasión, por la noche, hablan de ellos y el padre se dedica muchos ratos a comentar con dos las cosas que ocurrían en otros tiempos en este rincón y la región y el resto del mundo.

- Ahora son otros tiempos donde las tierras se cultivan y la gente tiene trabajo y dinero y pan y los campos están verdes y de ellos se sacan riquezas y las personas son mejores que antes y tienen más sentido común y cultura y amor y esto lo digo porque tenemos que seguir luchando para que impere la cordura hasta conseguir que este rincón sea lo que tanto siempre hemos soñado.
- Cuánto me alegro que me haya tocado vivir tiempos tan buenos.
- Pero no todo está hecho.
- Claro que no está todo hecho porque es necesario que las personas corrijan su rumbo para alivio de ellas y de otros.
Comenta el hermano nuevo.
- Te doy la razón pero vosotros no podéis permanecer indiferentes a las dificultades de la esta gente.

Sigue exponiendo el padre y ellos meditan los consejos y trabajan en la finca y al llegar el verano recogen los frutos de los árboles y sacan las cosechas de la huerta y podan los manzanos y, a ratos, contemplan las hojas caer al llegar el otoño y gozan con la lluvia que riega los montes y cuando brota la primavera, se recrean en el juego de las orquídeas y el viento y algunos de estos días, la niña está triste porque presiente la llegada de algo nuevo pero no sabe qué es.

Y cada mañana al levantarse se asoma a la puerta de su casa y durante rato se queda mirando a los árboles de la vega y al bosque de las laderas a ambos lados de la vega y se recrea en la blancura de la nieve sobre las cumbres y en el vuelo de los buitres recortados en las nubes y desde la llanura donde está su casa, resulta emocionante observar las puestas de sol al otro lado de la cumbre y para la niña no hay mayor placer que recrearse en el campo y respirar su perfume y sentir su silencio y cree que a través de él puede descubrir lo que su alma presiente y, con la Navidad, se acerca.

Cinco días antes, una noche nieva copiosamente y al amanecer el valle de la paz, las laderas y las colinas, están cubiertas de blanco y de un extremo a otro, desde las cumbres con todo el valle, los barrancos, los bosques y las llanuras, relucen vestidos de copos inmaculados y el silencio es profundo y la niña se despierta a las doce y se incorpora en su cama y mira por la ventana y todos los robles y pinos están cubiertos por la nieve y a través del vapor de la niebla colándose por el hueco, observa la limpia capa reluciendo sobre las laderas y un poco más arriba, de las grandes peñas, cuelgan los carámbanos de cristal.

Y en la llanura, las ramas de los viejos pinos, están dobladas por el peso de la nieve y sobre la cruz de los árboles de la huerta también hay muchos puñados de nieve esponjosa como nata y en los mismos troncos de los robles se apiñan cerrillos de copos blancos y el suelo es todo un reluciente manto de armiño y ella muda, contempla todo y tiene los ojos cargados de sueño y sus sentidos entumecidos pero se dice que es un despertar

muy hermoso y aunque ella conoce muchas nevadas sobre estas sierras, la de hoy es nueva, distinta, bella y fuera hace frío y en las tinás se rebullen, nerviosas, las ovejas y las vacas mientras ladra Jube y Cartujana, sus dos perros mastines y corren por la llanura quitándose el frío al tiempo que una garza real atraviesa el cielo siguiendo el curso de las aguas del río.

Hoy es domingo y el hermano joven está en la casa y la niña, mientras se levanta, lo siente trajinando en la cocina donde reaviva las ascuas de la lumbre y junto a las llamas, se sienta y en compañía de su amigo y el padre, charlan a lo largo de la mañana y como le ocurre algo y no sabe qué es, al mirar la nieve, cree encontrar en ella un signo, un mensaje y por la tarde, después de comer, le pide al muchacho que la acompañe y salen de la casa y aunque el campo está lleno de nieve, el sol luce como un día de primavera y por la sendilla que lleva al río, la nieve casi se ha derretido y mientras la recorren comenta con su amigo sus sentimientos.

Llegan a la corriente y Jube y Cartujana los acompañan y juegan con la nieve y hoy han venido a una de las curvas más bellas del río a su paso por la tierra porque es una curva rodeada de un pequeño cerrillo y en el lado izquierdo, frente al poniente, hay una ladera que es la torrentera del cerrillo y el agua la ha horadado poco a poco y abajo, cerca del cauce, ha formado una vega ahora toda ella poblada de tarayes, juncias, juncos, tamujos y verdes fresnos.

Y a un lado y otro del río, pegada a la linde de la huerta, crece un espeso bosque de álamos y zarzas y la corriente del agua, en esta curva, se camufla, allá en la

llanura de la vega, entre zarzas parrilla, majoletos y algún que otro rosal silvestre y al llegar ellos, se paran en el lado izquierdo, en mitad de la ladera frente al sol de la tarde que, a pesar de la nieve, calienta bastante y les mira de frente el cielo despejado, el viento en calma, aunque del lado norte, a ratos, soplan rachas frías y para defenderse de ellas se parapetan en unos peñascos llenos de retamas y aulagas y sentados frente al poniente y la hermosa llanura por donde el río se aleja, hablan durante rato de mil cosas.

Comentan su ilusión y las historias de los amigos que cada día vienen a verles desde los pueblos cercanos, del ambiente y las cosas que ocurren por estos pueblos y justo en este momento, son felices y la satisfacción les llena el alma porque les colma la belleza de los paisajes que les rodean y sienten en sus corazones la dulce caricia del viento y en sus almas el beso de la honda pureza de la nieve y la corriente del río y los álamos que en él se miran porque hoy, los paisajes para ellos, son puro gozo que destilan ríos de hermosura que con suavidad se les clavan en el corazón con la fuerza del fuego que quema y no da muerte.

Y, sin embargo, están intranquilos y más la niña que el amigo pero ninguno habla de ello pero algo se les acerca y aunque lo intuyen no saben qué es, durante rato guardan silencio y escuchan cerca, el uno del otro, el respirar del campo, saborean los sentimientos de sus corazones mientras la tarde se va cuando de pronto, oyen un ruido extenso y ronco como el bramar de muchos motores y miran sin pronunciar palabra y creen descubrir que este ruido tiene algo que ver con el miedo oculto que les corre por el alma y su temor crece porque una voz les

dice que este ruido anuncia cosas diferentes de lo que hasta hoy han leído en el campo y sueñan sus almas y el ruido aumenta y se acerca y al descubrirlo la niña exclama:
- ¡Mira!
Señala al cielo dirección poniente y por entre las nubes, majestuosos y titánicos, avanzan varias cuadrillas de aviones y apenas les da tiempo observarlos cuando ya los aparatos han pasado y se van hacia el norte pero el ruido es tan intenso que el cielo parece hundirse y tiemblan las ramas de los árboles y asustados revolotean los pájaros y ladran los perros allá por la llanura y ellos tienen más miedo.

Pero en unos segundos el ruido desaparece y ahora son Cartujana y Jube los que saltan por la nieve ladrando porque han levantado un ciervo y éste emprende la huida buscando la espesura del bosque dando grandes saltos por la nieve y los mastines lo persiguen hasta que cansados paran en la loma del cerrillo y en estos momentos, tampoco ellos hacen comentario y pasado un rato el joven se levanta, respira el aire que viene del río, mira a la niña y dice:
- Te invito a dar un paseo siguiendo la corriente antes de que el sol se vaya.
- ¡Vale!
Y tiende la mano, tira de ella, la levanta y caminan buscando la corriente y bajan por la ladera y saltan por encima de las rocas por donde la nieve aún no se ha derretido porque a pesar del día soleado, sólo por algunos sitios se ve la tierra y las rocas aunque sí hace mucho frío y según el sol cae, aumenta y llegan a la corriente porque donde el agua juega limpia hacia la luz de la tarde y mientras se aleja, sobre el viento, deja su canto y

observan despacio el ir y venir de las truchas, las hojas de los árboles en los pequeños remolinos flotando, el color casi azul del líquido en los charcos más profundos y las arrugas que éste forma al pasar por entre la grava y la arena.

- Es como un niño o una gota de vida temblando en un hilo.
Comenta ella.
- Sí que es tanta su belleza que nunca nadie podrá descifrarla y yo diría que, además de un niño, es sueño como nosotros, abrazado a la tarde y al viento y en silencio manando dulzura a la par que nos vamos y tiembla como ahora nuestras almas entre las manos, asustada un poco y asombrada el resto.
- Este río nuestro, cuando uno lo contempla y lo ama despacio, parece como si ya no tuviera necesidad de otro sueño.
- Siempre lo pensé así y, sin embargo ¿por cuánto tiempo más aún seguirá bello? Y tú sabes por qué lo pregunto y en este momento.

Y suben un poco por la sendilla y de nuevo oyen el ruido y de pronto, de entre el monte, salen tres personas, dos hombres y una mujer y lleno de paz, el joven los saluda.
- ¿Qué hacéis aquí?
Pregunta el que parece más serio.
- Estamos dando un paseo.
Responde el muchacho.
- ¿Tenéis permiso?
- Permiso ¿para qué?
- Sin permiso especial no se puede andar por caminos no señalados y lo que te digo está ordenado así y escrito

lo tenéis en todos los folletos que se dan a la entrada de estas sierras.

El joven y la niña se miran y por sus corazones, en unos segundos, pasan mil preguntas y recuerdos y lo que enseguida se dicen es que toda su vida en el valle, yendo y viniendo por estos campos sin más limitación que la impuesta por la naturaleza: nieve, frío, lluvia o sol, toda su vida dueños del viento y el perfume del monte y la canción de los ríos donde nacieron, crecieron y soñaron y tan fundidos están con ella que son parte de su propia alma y por eso ahora y en estos momentos, no hay nadie en el mundo que ame a estos montes más que ellos pero ¿quién es este hombre, de dónde sale y en nombre de quién o qué les impone tal norma de hierro?

- Ningún daño estamos haciendo y si mira bien, sólo paseamos por el monte dejando que nuestras almas se fundan con él para hacernos misterio con sus misterios y así elevarnos a lo inmortal y dar gracias al cielo.

Argumenta él.

- Eres tonto porque ya te he dicho que no se puede andar fuera de los caminos señalados y por vuestra culpa, estas dos personas que me acompañan han echado a perder el día y ayer pagaron para cazar en estos montes y ahora, vuestra presencia y el ladrido de los perros han espantado todos los animales de por aquí y no han podido cazar ni una sola pieza y ya os lo he dicho, a partir de hoy, si queréis moveros por estos campos tendréis que sacar un permiso especial y que sea bueno.

Justo en estos momentos Jube y Cartujana aparecen por la llanura ladrando detrás de un gran jabalí y al verlos, el hombre que acompaña al que hasta ahora ha hablado, se echa el rifle a la cara y dispara dos

veces y sobre la nieve cae el mastín herido de muerte y el otro perro, da un gran aullido, salta por entre las matas y se pierde ladera arriba hacia las cumbres lanzando trágicos alaridos que más bien son lamentos.
- ¡Malditos perros, por su culpa he perdido un día sin cazar una sola pieza!
Comenta el forastero.

Al oír el disparo y ver la muerte en forma de sangre manchando la nieve, ni él ni ella hacen más comentarios sino que corren hacia su amigo, lo abrazan, lo llaman y algo después se van hacia su vieja casa construida entre el monte y pisan el agua de la orilla, atraviesan los tarayes, toman el camino y cuando la noche empieza a caer regresan subiendo la cuestecilla y a lo lejos, al fondo, se ven algunas casas del pueblo y el camino, para salvar el accidente del terreno que el arroyo provoca, traza una curva, bajan y luego suben y antes de llegar a la casa de nuevo oyen los ruidos de los aviones.

Y enseguida asoman por el cielo y en estos momentos imponen más porque al estruendo de sus motores se suma el destello de luces que se apagan y encienden y ya de noche, llegan a la casa y ella, nada más entrar, abraza a su padre llorando sin pronuncia palabra porque ni le salen ni sabe qué decir porque todo ha sido todo tan de repente, tan incomprensible y tan duro, que no entiende.
- Ya lo sé, hija.
Exclama el padre.
- Yo tampoco lo entiendo porque nos prohiben la vida en estas sierras a pesar de que son nuestras y nos culpan de la destrucción del monte, de la matanza de los lobos y

de los incendios y de mil fechorías, cosa que no es cierto porque nunca podremos ni atacar, ni romper lo que nos ha dado la vida y llevamos en el alma y tan dentro.

Mas los que pagan para segar la existencia de los animales de estos bosques, que ni sienten suyos ni aman, esos sí pueden ir por donde les apetezca y sólo porque han sacado un permiso y han dando dinero y luego, se llevarán nuestros ciervos, nuestros jabalíes, nuestras cabras monteses para mostrarlas, allá en las ciudades, a sus amigos y presumir de trofeos pero ellos tienen dinero y la pobreza está en nosotros aunque hayamos nacido aquí y el viento, la nieve y el rocío sean, de nuestras vidas, compañeros.

La noche se ha despejado y sobre las cumbres luce la luna y allá por las cumbres se oyen los aullidos de Cartujana y ella los conoce porque los ha oído durante toda su infancia a lo largo de las frías noches de invierno y ahora alarmada en su alma, sale de la casita, escruta la ladera con sus miradas y llama a su amiga diciendo:
- Está herida de muerte, padre.
Como si de este modo pudiera detener el temor que corre por su alma y los aullidos brotan de la espesura del bosque y lo que parece es que no es un sólo animal, sino varios y los descubre cuando empiezan a salir del arroyo y suben hacia el nacimiento y primero aparece un animal grande y viejo que camina lento encabezando una manada y se para y mira hacia el valle y alza su cabeza y estira su cuello y emite un trágico sonido y el aullido retumba por el barranco y al oírlo, tiembla de miedo y hasta la sangre parece conjelársele porque es un graznido amargo, como la soledad de los barrancos y

antes de que el primer llanto se apague suena otro que surge de la manada que sigue al primero y el tembloroso eco se ensancha por las hondonadas de la noche que se vuelve tenebrosa, gris y fría de hielo.

- ¿Qué sucede padre?

Pregunta aterrada la que es de este valle el primer lucero.

- No lo sé porque nunca en mi vida he oído nada semejante y vi tantos animales juntos y jamás los he sentido llorar de este modo ¿De dónde han salido y qué anuncian en su duelo?

Nadie contesta a estas preguntas y por momentos la naturaleza se va cargando de un extraño presagio y la manada va desparramándose subiendo hacia las cumbres y llegan a lo alto de la colina y poco a poco se pierden tras ella y ahora retumba en los otros barrancos y poco después se oculta la luna, el campo se llena de sombras al tiempo que los aullidos se apagan y ella, en estos momentos, se siente morir porque la tristeza le asfixia y en la garganta tiene un nudo y le duele la cabeza y porque contra toda realidad se resiste creer en la muerte de sus amigos y con ellos, la pérdida de estos campos ya que toda su infancia ha sido tan sueño, tan excepcional y bello que no cree sea cierto lo ocurrido y ¿por qué la van a echar de estos lugares y por qué la van a considerar extraña o enemiga de los bosques en este rincón del cielo?

El padre la coge del brazo y se la lleva dentro y entran a su habitación y tumbada en la cama abre su diario y repasa las páginas y en una de ellas lee: “El agua del río está limpia como el cristal y el charco sereno manchado sólo por las sombras de las zarzas y las ramas de los robles y cada día me gusta más ver este fresco

chorrillo que baja de la cueva y viene oculto entre la hierba, los juncos y las adelfas y el viento.

Es una pincelada de auténtica pureza que atraviesa cuatro piedras gordas y se extiende, nítida, por los lados de multitud de piedrecicas y llega a la arena y desde aquí cae al charco y ¡cuánto me gusta contemplar el chorrillo bello! Y ahora que mil veces me he sentado cerca y me he olvidado de mis juegos y de mí y quieta me he pasado las horas observando este charco en su misterio y si acaso, tras un rato largo, me he levantado, he metido mi pie en el agua y me ido de un lado para otro pisándola gustando sus cosquillas en mi pecho y ¡cuántas veces me ha hecho feliz este juego y cuánto me gusta sentirla bajo mis pies y ver como siempre se escapa en senderos! Y siempre el agua me burla pero mi gozo está en comprobar cómo la corriente disfruta conmigo y yo con su juego y hoy, mil veces he impregnado mi cuerpo de este líquido fresquito y qué delicioso resulta avanzar extensión adelante gozando tanto placer en rincón tan pequeño y he llegado a la orilla y he vuelto y luego otra vez y otra y hasta que agotada me he ido fuera y me he tumbado en la arena, frente al sol y el silencio y me ha acariciado el viento y me han entretenido los pájaros que cantando saltaban de un lado a otro y he escrito mi nombre en la arena y el cieno y he trazado castillos y tumbada sobre la dorada playa he visto pasar el tiempo dejándome llenar del campo y la tarde y de pronto, he sentido un beso. ¿Cómo podría yo decirlo y qué es este beso?

Y hoy he soñado que cuando sea mayor llenaré estos campos de amigos y me bañaré con ellos en este río y recorreré las verdes llanuras de sus praderas y

cogeremos moras de las zarzas y del líquido fresco de los arroyos y fuentes, beberemos y cortaremos flores en primavera y sestearemos, al calor del verano, en las sombras de las encinas y estudiaremos y todas las cosas que hay en los libros, me las aprenderé para luego, de mayor, saber mucho y de entre todo, elegiré hasta quedarme sólo con lo que me guste y ya lo tengo: me voy a quedar eterna aquí en estos campos porque nada me sacia ni me llena más que vivir siempre en mis tierras, junto al azul de mi cielo y mi río con su agua y mi primavera y mi nieve y mis lluvias limpias y su dulce beso".

Y la noche avanzando y mientras ha leído las páginas de su diario, en el corazón de la muchacha, se ha amontonado la tristeza y el llanto y el recuerdo y el hermano se le acerca y ella tiene necesidad de desahogar su alma y por esto y casi llorando, le pregunta:
- ¿Qué pasará a partir de ahora?
- Quizá nos tengamos que ir a otro suelo por aquí montarán campings, campamentos, bares, discotecas y vendrá mucha gente, turismo lo llamaran ellos, y se apiñarán junto a las aguas de nuestro río bello y lo ensuciarán y romperán los campos y tirarán mil papeles y bolsas de plástico y ensuciarán el silencio y llenarán de coches todos estos valles y traerán mil cazadores con rifles buenos para que maten a nuestros amigos y quién sabe cuántas cosas más planificarán y legislarán sobre estos rincones nuestros.
- Pero tú sabes que todo eso es lo que destruirán la riqueza de los estos montes y las raíces de los que aquí vivieron.

- Será lo que dices pero ellos siempre lo harán en nombre del progreso y con el lema de una tierra para que todos la disfruten y beneficie a los pueblos.
- Aunque sea así, no lo entiendo porque ninguna de las personas que pisen estos campos llegarán a sentirlos tan suyos como son nuestros ni los respetarán más ni lo mimarán del modo en que nosotros lo hacemos. ¿Por qué quieren echarnos fuera prohibiéndonos que surquemos las veredas del monte y nos tratan como a forasteros si somos de la misma tierra y casi llevamos el mismo apellido y hemos nacido bajo el mismo cielo? Es absurdo que nos hieran y nos desprecien y nos ataquen para quitarnos las tierras y dárselas a los que son de lejos y por eso te repito: dime tú, amigo mío ¿por qué hacen esto?
- No lo sé ni tampoco lo entiendo y ahora debes dormir y ya veremos mañana lo que pasa o vienen diciendo.

Y poco después se queda dormida mientras por el monte espeso se siguen oyendo los aullidos de su perro mastín convertido, de repente, en lobo herido y salvaje por la brutalidad de los hombres que se dicen buenos y desde entonces y, por estos montes, se sigue diciendo que aquellos lamentos fueron como los AULLIDOS DEL ULTIMO LOBO DE LAS SIERRAS donde ellos nacieron y la niña, que era alba y rocío y, de las lluvias y el río, recibía besos.

* **AYER POR LA TARDE** se fue quedando el cielo limpio de nubes y a media noche brillaban las estrellas y como es invierno y las horas son largas esta mañana, ya trozo del día veinticuatro que es la Navidad esperada, amanece el campo lleno de rocío o más bien de escarcha y aunque hay niebla por los barrancos, es sólo un retazo

de las espesas nubes blancas que se han marchado y el cielo, en cuanto termine de salir el sol, en el día que llega, será como un juego de azules sobre las montañas y los charcos del río y el rocío transparente que en la hierba se engancha.

Y como estoy ya despierto y medito en mi alma centrado en aquel día que era el mismo de hoy y ellos estaban, recuerdo y veo a la niña hermana con las primeras luces salir de la casa e irse por la llanura también tapizada de hierba y, sus hojas, blancas del rocío de la noche que era casi parecido a la nieve o a la fina escarcha.

- ¿A dónde vas tú hoy tan pronto guiando a tus cabras?

Le pregunta el hermano pequeño que ya ayuda a padre en las ovejas de la fina lana.

- Aunque hoy sea Navidad también tengo mi tarea temprana.

Me contesta la niña hermana que ya se va por la mañana tiritando sus carnes de frío y pisando, en su juego pequeño, la tierra helada que se muestra toda vestida como en traje de perlas menuditas que al brillar, son plata.

- Y tú te vas a venir conmigo porque en cuanto a la pradera lleguen las cabras, me tengo que poner mano a la tarea que sobre la hierba me espera agachada.

Me sigue diciendo la niña y le pregunto que:

- ¿Cuál es esa tarea, si se puede saber, tan de repente y con el alba?

- Vente conmigo y me echas una mano y ya verás qué gozo para el alma.

Y como está llegando el día y padre en la tinada tiene mucha faena, le digo que siga con sus cabras y que

me espere, que dentro de un rato estoy con ella y le echo una mano y le doy compañía y nos ponemos y terminamos las tareas y vemos en lo que queda el sueño de esta mañana.

Y en cuanto ya el sol sale por la cumbre y reluce blanco y llena de luz los campos y la tierra entera del rincón del valle que nos mira muda como otro día cualquiera, cojo la vereda y subo a donde la niña me espera y al llegar veo que su primera tarea la tiene concentrada en el tronco del pino viejo que rompió la tormenta y luego derribó el viento y durante mucho tiempo, rodó en solitario y sin vida, por la ladera.
- Y aquí y ahora ¿qué quieres construir en la vieja madera?
Le pregunto sorprendido ya a su lado y dispuesto a echarle una mano en su faena y ella que me mira y toda vestida de mañana que aunque tiene rocío y nieve, parece primavera y me dice solemne, como si lo suyo fuera lo más grande y bello que nunca se hizo en la tierra:

- Lo primero y, en este tronco viejo de madera vieja, es arrancar las conchas de su corteza y por este lado que tiene menos tierra, abrimos un agujero y seguimos perforando y en la parte más gruesa que es el corazón de la peana que ya está vieja, sacamos las teas para llevárselas a madre y que alumbren esta noche en la casa y luego y en ese agujero, tallamos una cueva grande y ancha y redonda y bella y cuando ya esté limpia y quede perfecta, ahí ponemos el belén con el portal y la Virgen María y San José y las ovejas y así y de este modo, como hoy hace tanto frío en la tierra, ellos recogidos en la cavidad de la peana vieja, se sentirán calentitos y entre

olor de madera que mana del tronco viejo que aquel día rompió la tormenta y como la cueva mira al valle y junto a la era está la casa y en ella madre y el abuelo y la abuela y la hermana que ha vuelto y el hermano nuevo y padre y las ovejas y los otros hermanos que llenan la aldea, fíjate qué bien que el portal y San José y el Niño pequeñuelo y recogido en la cuna de esta ladera, como si fuera una estrella o una ventana o una puerta que se remonta y se abre desde el silencio de este monte y esta mañana de sol de primavera y de perfume condensado porque es Nochebuena, con sus miradas y su presencia y desde aquí, nos abraza y bendice la tierra.

Y miro en silencio y al ver el cuadro de la vida concreta de los pastores, que por el rincón del valle, tienen ovejas con borregos de carne y corrales de piedra y van y vienen manchados de barro y con su hambre y con su frío y con su miseria y el color del sol arrugado en la cara y por las calles de la sencilla aldea, la escarcha por donde también van y vienen el molinero y la molinera con su costal de trigo que al molino lleva y el gañan con sus bueyes, arando la tierra y la fuente corriendo y madre lavando siempre en su silencio y siempre en su espera y los aceituneros con sus caras negras y los árboles por el monte y el musgo en las piedras y los arroyos corriendo y el azul del cielo y, de las lumbres, el humo saliendo por las chimeneas y la llanura verde y los huertos en silencio esperando la siembra y la lucha callada de tantos hermanos míos arrancando a la tierra la semilla dorada o el trozo de hierba que cocinarán en las ascuas y en la olla negra y masticarán despacio porque necesitan fuerzas para seguir en la lucha entre el frío intenso del invierno que llega y coronando el cuadro, millones de estrellas titilando en el firmamento azul de noches eternas, miro a

la niña y desde lo hondo del alma quisiera decirle que el portal de Belén y el nacimiento del Niño y la Navidad verdadera y, vivos todos sus personajes con frío y besando la tierra, la tenemos presente ante nuestros ojos y con toda crudeza pero como ella es pequeña y es tan reina y tan hermoso el juego que juega, no le digo nada para no romper la magia de la mañana que llega.

Y todavía llena de sueño y mojada de rocío que tiembla en la hierba, le pido que ahora me aclare la otra tarea.

- Es aún más sencilla pero mucho más bella porque en cuanto terminemos de tallar la cueva, yo sola y tú me miras, me voy a ir por la hierba que cubre la a llanura y desde la aldea hasta lo hondo del valle y mientras el sol de la mañana me acaricia y me besa, con mis pies pequeños, voy a pisar hierba por hierba para que se quede limpia del rocío que esta noche se ha abrazado a ella.

- Y esa tarea tan grande que tú llamas bella ¿para qué la quieres o para qué sirve bajo el sol o en la tierra?

- Es que tú no lo sabes pero si con mis pies trillo la hierba y la limpio de su rocío blanco que brilla y tiembla y si una encima de otra, dejo mis huellas, desde este momento y hoy que es Nochebuena, la tierra queda santa y libre de presencia de los que quieren machacarla y limpia como el viento de sus malos pensamientos y de sus pasos y huellas.

Y miro a la niña y en la mañana fresca de la Navidad de verdad y de sol reluciente desparramado por la sierra, también miro en silencio a la humilde aldea y se me llena el corazón de amor y de tristeza y de sueños dulces y de un beso que me quema y para mí y

mudamente me digo: Ella, Dios mío, y contigo y su juego ¿va a purificar la tierra?

* **Y CUANDO YA ES DE NOCHE** en la redondez del rincón de la silenciosa aldea perdida entre las brumas y el bosque y el rocío que, la luna y de puntilla besa, en el nido del hogar y del fuego que arde en la chimenea negra de la casa pequeña, la niña sigue en su juego y como el abuelo la quiere y la abuela la besa y la hermana que ha vuelto, la acaricia y de amor la llena y el hermano se goza y la madre y el padre, callan y en silencio sueñan y tiemblan, desde el juego que tanto es su amigo y sangre por sus venas, pregunta al abuelo:
- ¿Y lo de las cartas que anoche me decías, guardas en tu pecho?
Y el abuelo:
- Las viejas cartas son ellos que en esta noche están ausentes pero que siguen vivos en su eterno recuerdo y en las horas presentes.
Y la niña nieta:
- ¿Y por qué no me lees algunas y así me entero?
Y otra vez el abuelo que, con sus manos temblorosas, desdobla el añejo papel amarillo y a la luz macilenta de la negra tea, restriega sus ojos y lee a la nieta:

"Barriotoledo a 29 de noviembre:

Querida elmana y cuñado y sobrinos mucha sera nuestra alegria que al sel estas cuatro letras en vuestras manos sos encontreis bien nosotros bien por la presente a dios gracias querida elmana hoy dia 29 sos damos contestacion a la buestra la que por ella quedamos enterados de todo lo que nos decis elmana de lo que dices que si tengo algo pensado pues de buena gana meria una temporada contigo pero a bel que bamos a acel

como todo esta tan rretirado es un lio. bueno a bel si sos benis bosotros por aqui lla estamos mas cerca para todo lo que se ofresca. bueno de lo que me dices del tiempo que no para de llobel pues aqui llebamos de un mes que sin bel el sol un mes entero. bueno ya me dira la gripe como la llebais pues por aqui ay una gripe de categoria llo llevo dos meses que no me se quita igual la julia y asi y es que estamos regular yo llebo una temporada muy mala con una cosa y otra. bueno lla me dices como estay bosotros. bueno a bel si me dices tambien si esta jose manuel en el cortijo o se a ido a donde se iba a bibil nada mas asi que nos despedimos de bosotros estos que mucho sos quiere y lo somos jose julia y maria dolores".

"Castellon...

Querida esposa e ijos me alegrare que a la llegada de mi carta sos encontreis bien llo quedo bien en compañia de mis ermanos y sobrinos a.d.g. bueno despues de saludarte paso a dar contestacion a tu carta la que me a serbido de mucha alegria ar saber que estais bien que es lo que llo sos deseo en todo momento bueno de lo que me dices que bas a matar pues te digo que agas lo que tengas que acer como si llo estuviera lla veremos a todabia quedan dias para eso pero si lo tienes que acer no pasa nada lla beremos lo que pasa bueno de lo que me dices de los matanceros pues te digo que los aberos atenido bien porque sino pues el año que biene pues no iran bueno de lo que me dices que a llobido pues te digo que aqui todas las mañanas ai niebla bueno de lo que me dices que tienes... pues si tienes leña pasa a acer fuego pues no es de lo mas malo de lo que me dices de la cebada pues aces lo que tu mejor beas pero ya sabes que la cebada... me diras como ban las bestias que no me dices nada y a la perra si la tienes todabia debajo

de la carrasca que ya hace frio bueno me diras si sos an labrado la tierra para sembrar las abas que eso es un poco trabajo pero que si no puedes lla se sembraran...”

Y como el abuelo tiembla y la luz de la tea se apaga y los ojos se le llenan de lágrimas, dobla el papel amarillento y lo guarda y mientras sigue acariciando a la nieta y hace como el que la quiere mucho y no siente ni le duelen los recuerdos, la besa y mueve las ascuas y con sus manos viejas que están fría de hielo y bastas y arrugadas, coge las manos menudas de la niña hermana que son como las de las princesas de espuma o de sea y las restriega por sus barbas y sin que se note, entre la nariz y los ojos, despachurra otra lágrima y la niña que lo mira y le dice con sus ojos que lo quiere y por eso siente un poco de miedo en esta noche de la Navidad que debe ser de alegría y más cuando en este rincón de la casa todos están reunidos junto a las ascuas que arden en la lumbre mientras esperan que sean las doce y suenen las campanas de la capilla de la aldea llamando a la misa de la Nochebuena.

* **Y AL COMPÁS DE LA NOCHE QUE PASA,** la niña que sigue con el juego que nunca se acaba, le dice al abuelo:
- Anímate tú y háblame ahora de aquella mañana que fue como un cuento por aquellas llanuras de fuentes de plata.
Y el abuelo que seca sus lágrimas y bucea en los recuerdos y le dice, a la nieta que tanto ama que sentado en las rocas de la cumbre, él estaba y rodeado de sus amigos y como ya tenían roto todo el plan que habían soñado, el joven quiso contarle una de las muchas vivencias que tenía desparramadas por los misteriosos barrancos que tienen forma de águila: “Fue de la

siguiente manera y el final casi como este final que estamos viviendo ahora pero con la diferencia que allí fueron ellos los que nos dieron las gracias.
- ¿Veis esos barrancos lejanos por donde el bosque es oscuro y las tierras parecen llanas?
- Los estamos viendo.
- Pues como podéis comprobar a pesar de lo lejos que estamos no son barrancos muy profundos, sino y quizá, los barrancos más suaves de todo este gran laberinto de hondonadas por donde teníamos pensado perdernos y allí, en el mismo centro del gran laberinto es donde se encuentra el extraño barranco que tiene forma de águila.
- ¿Y a qué se debe esa forma tan rara?
- El por qué, no lo sé pero os explico cómo es ese barranco donde se contiene no uno sino dos o tres porque si cogemos un águila y la ponemos en el suelo con las alas abiertas y la cabeza mirando al punto en que sale el sol y la cola al lugar en que se pone y al mismo tiempo le extendemos más las alas, nos quedaría casi la misma figura y situación que tiene el barranco. Es decir: la parte de la cabeza sería el cauce por donde salen las aguas y la cola el comienzo y el cuerpo y alas, serían los grandes valles por donde bajan los arroyos más nobles que en el barranco manan.

Y nosotros aquel día le entramos al barranco por el lado de la cabeza que es ya el arroyo grande que chorrea y le entramos por ahí porque es por ese punto por donde sube la senda que ya conocemos y que pasa por paisajes hermosísimos y digo nosotros porque éramos tres o cuatro y a mí me habían elegido para que les enseñara esos barrancos al hijo y al amigo de no sé qué persona importante porque no me dijeron de quién era hijo ni tampoco lo sé ahora ni me importaba, sólo me pidieron

que les acompañara porque querían conocer esa zona de la sierra y según les habían dicho, nadie como yo podría explicarle los lugares y sus marañas y el caso es que me fui con ellos y le entramos al barranco por el lado que ya os he dicho salen las aguas.

Y el plan era coger el arroyo del ala derecha del águila y desde las juntas subir luego por el cauce, remontar hasta el extremo del ala y una vez allí, avanzar por la cumbre primero hasta la cola y luego hasta la punta de la otra ala y desde allí bajaríamos por el barranco tercero de esa ala izquierda y vendríamos a salir a las fuentes y desde aquí seguiríamos todo el gran arroyo abajo pero por el otro lado hasta concluir por estas cumbres la magnífica vuelta del barranco y este era nuestro plan y así lo comenzamos aquella mañana.

Y llegamos a las juntas del primer arroyo unas dos horas después de haber salido el sol y aquello fue lo más emocionante y fijaros que yo conozco bien todo aquel rincón porque lo he pisado muchas veces a lo largo de mi vida, pues hoy, precisamente hoy, aquel rincón era un espectáculo de belleza y fantasía, donde el arroyo se junta al grande, brotan las fuentes y nada más reventar, en forma de cascada de un metro o así, caen a la laguna y no es una laguna, como bien sabéis, sino el gran charco azul que de tan limpio parece viento pero ellos al verlo, enseguida dijeron que aquello era una laguna clara.
- Y la más bonita que nunca hemos visto.
Les pedí seguir después de un largo rato allí parados y ellos me respondieron que nada.
- Es que nos queda mucha ruta.

- Pero este rincón es grandioso, si nos vamos nada más llegar ¿cómo vamos a participar de la belleza placentera que de aquí mana?
- Lo que vosotros queráis pero os digo que la sierra tiene muchos rincones como este y subiendo por el arroyo, aún más bonitos y grandiosas cascadas.
- Tú espérate que por de pronto lo que ahora queremos es saber ese llano ¿cómo se llama?.

Y se referían al llano que nos quedaba a la izquierda y sobre cuyas tierras, en tiempos muy lejanos, se alzaba un pequeño cortijillo y les dije cómo se llamaba aquel lugar así como las fechas en que vivía gente por allí y luego les dije también el nombre del manantial y de las fuentes y de la laguna y el bosque que está por la parte de la cola del águila y el del arroyo que se derramaba en la laguna y ellos tomaron nota en un bloc pequeño y cuando pasó una hora o más, seguimos arroyo arriba empujados por la mañana.

Y el día entero se nos fue en coronar aquel arroyo y la cumbre que va desde el ala derecha hasta la cola y luego desde la cola hasta el puente del ala izquierda y aquello no fue ni molesto ni pesado porque tan bonitos estaban aquel día los paisajes, con las nubes blancas coronando las cumbres, los bosques verdes y los arroyos, que aunque anduvimos mucho ni lo notamos ni en la carne ni en el alma.
- ¡Increíble!
- ¡Jamás lo hubiera creído!
Exclamaban sin parar los jóvenes que me seguían.
- ¿Y ahora dónde vamos?
Me preguntaron cuando ya bajábamos por el arroyo del ala izquierda y las zarzas.

- Al rellano grande que en la junta tiene el arroyo tercero.
- ¿Y es bonito?
- El broche que adorna cuanto hemos visto en esta mañana.

Y cuando llegamos al rellano es cuando ocurrió lo de las autoridades que nada más vernos nos preguntaron:
- ¿De dónde venís vosotros?
- De las cumbres y los barrancos que son como el águila.
- ¿Pero es que no sabes que no se puede pasear por el monte?
- No lo sabíamos pero nosotros sólo hemos hecho eso: pasear por el monte y dejar que tras ellos, los ojos se nos vayan.
- ¿Tenéis permiso?
- Yo por lo menos no.
- Pues entonces ya está todo dicho, vuestros nombres y documentos porque vamos a multaros y ya veréis en lo que vuestra aventura acaba.

Miro a mis acompañantes y les digo:
- Yo sólo soy un pobre joven nacido y criado en estas sierras y no sé ni defenderme, así que si me multan tendré que aguantarme y pagarla.
- Déjanos a nosotros.
Y el mayor de los muchachos, avanzando un poco por el rellano y enfrentándose a las autoridades, habla:
- Ya puedes romper esos papeles de la multa.
- ¿Por qué?
- Porque yo, éste y ese somos los hijos de...
- Por favor, perdón y aquí no ha pasado nada es que no lo sabíamos y de nuevo os pedimos perdón y también que lo olvidéis todo y seguid vuestra marcha y si necesitáis nuestros servicios, a vuestras órdenes estamos desde

ahora mismo y adelante y por donde os apetezca y a vuestros padres, nuestros saludos y repetimos: no ha pasado nada.

* **Y LA NOCHE QUE AVANZA** y en lo hondo del valle, sólo de vez en cuando se oyen los balidos de las ovejas y los ladridos de los cuatro perros perdidos en la aldea y como entre los suyos la niña se duerme, la mira la abuela y besando su cara temblorosa le dice:
- Ayer me dijiste que querías saber la historia que esta noche y, en aquellos tiempos, ocurrió en Belén de Judea.
Y la niña que mira:
- Cuéntamela mientras el sueño me lleva.
Y la abuela:
- Me has preguntado ya cien veces que cómo nació el Niño y que si era bonito y en aquella noche de los pastores con la estrella y los ángeles cantando el gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad y los reyes magos con sus regalos por las veredas...
Y otra vez la niña:
- Esto es lo que te he preguntado, abuela.

- Pues estando la hermana viviendo en su cortijo de cal y piedra, sucedió que una noche de frío larga y cuando la oscuridad era más grande y la nieve caía espesa, se le cumplió el tiempo y estando las vacas de labor y mulos y burros que se tenían para el trabajo del campo y los cerdos para las matanzas y gallinas con sus gallos despertadores y cabras y ovejas, recogidos en sus establos y tinadas y estando los hombres reunidos alrededor de las lumbres en sus humildes rincones de barro y tierra, acudieron las mujeres, en su ayuda, en aquella noche de oscura niebla.

Y estando el campo lleno de rocío y en silencio las sendas y los demás serranos en sus cortijos y la sierra entera, como dormida y con el alma abierta o como agazapada en la gran espera, le llegó la hora a la hermana bella y en el cuartucho de la humilde casa y toda rodeada y ayudada por las pastoras de la ancha sierra, en la estrechez del cortijo y entre los montes y sin médicos ni parteras, en aquella noche perdida y de amor tremenda en los corazones de los hombres de voluntad buena, la hermana joven dio a luz una hermosa nena y como los otros niños estaban en las casas esperando que las mujeres anunciaran la buena nueva y los pastorcicos, pues si en la vega todos eran pastores y labradores y aserradores y carpinteros de mil maderas y sobre las cumbres del azul lejano y la blanca nieve, relucían estrellas que eran candiles de aceite y antorchas de teas de los cortijos vecinos y de los serranos junto a sus pegueras que se anunciaban unos a otros la buena nueva y cuando ya nació la criatura, las mujeres mayores salieron de la casa y decían contentas:
- Tenemos una niña más en el valle y la sierra.
Y los niños que se calientan en la lumbre y en su juego y espera, al oír la noticia exclaman, en gozo y sorpresa:
- ¡Qué bien que nazca otra niña porque así mañana, podremos jugar con ella?

Y la anciana que guarda silencio porque es media noche y en la iglesia de la humilde aldea, suenan las campanas llamando a la misa de la Nochebuena y la niña que llena de sueño se acurruca en la cuna de los brazos de la reina abuela, que la mira primorosa y le dice, entre duermevelas:

- Pero abuela ¿aquello ocurrió en Belén o fue de verdad y en esta tierra nuestra?

Y cuando la niña ya se duerme, más que agotada satisfecha, la abuela se acerca y al oído le susurra mudamente:
- La oración que tú querías oír me la enseñó mi madre y a lo largo de la vida la he rezado mil veces y ahora que nadie nos oye y, mientras el sueño te va liando en sus sedas, te la voy a recitar despacico para que la oigas y la aprendas:

La princesa de los cielos,
reverencia en mil altares,
que es la virgen a quien se humilla
los ángeles celestiales,
a quien se encuentra pregunta:
- Señores si ustedes saben
un niño se me ha perdido,
de mi compaña, ayer tarde.

Va vestido de morado,
de nazareno es el traje
cabe frente espaciosa
ojos rasjados y grandes
y sus mejillas son dos rosas
y sus labios dos corales.

- Sí señora, sí lo he visto,
por aquí pasó ayer tarde,
y va pidiendo una limosna
diciendo razones tales:
“A quién me dé le daré
otras riquezas más grandes

que las tengo yo guardadas
en el reino de mi Padre”:

Y salí con pan en la mano
para la limosna darle,
y cuando lo vi tan chiquito
y fresco que corría el aire,
le dije de esta manera:
“Entra mi niño a la lumbre
a calentarte”.

Entró y se sentó en el suelo,
no quiso en otra parte
y en sí que se calentó
una cama quise echarle,
pero no quiso sino en el suelo
y en una estera de Alicante,
con el hatillo por cabecera
donde su cabeza echare.

A otro día por la mañana
el niño se levantó,
dándome los buenos días
y que con Dios me quedare.
- Anda con Dios niño hermoso,
anda con Dios niño amable,
que me has dejado en mi casa
que no quepo en las carnes,
de ver que he tenido esta noche
la compaña del Dios grande.

Desde allí se fue la virgen
más contenta que llegó antes
buscándolo de templo en templo,

buscándolo de valle en valle.
¿Dónde lo vino a encontrar?
En unas murallas tales
hablando con los doctores
y defendiendo a sus padres.
Y por ser la oración del Niño
será razón que se acabe.

* **LA LUZ** que el sol viene sembrado, de nuevo se va encajando en la cuenca del día veinticinco y en estos momentos y mientras me despierto, tengo frío y no quiero dejar el nido calentito donde duermo porque aunque hoy, el día llega agazapado y se viste casi con la misma ilusión de la fiesta de anoche, yo no tengo nada que celebrar ni rincón a dónde ir porque desde aquel tiempo estoy solo y en lo único que me mantengo y me contiene es en el lecho de tierra de esta cueva y el sabor amargo o dulce, según el momento, de mi recuerdo.

Y como a pesar de todo miro quieto, veo los rayos del sol dorados que ya se plasman contra la roca de la pared que se orienta a la mañana e iluminan todo el suelo que se inclina desde el barranco y besan el valle y siguiendo la reguera de mis pensamientos, otra vez veo las ruinas de la iglesia y me callo y digo que aunque quisiera, ni siquiera puedo acudir a la misa del día de hoy porque ni tengo iglesia ni campanario ni casa ni belén de corcho o de carne viva que llene y de fuerza y realidad a la mañana de este día veinticinco y tampoco tengo la cocina estrecha con su fuego en el rincón y ahí a la madre o el abuelo o la abuela o a los hermanos o a padre con sus ovejas por el campo o a la hermana o el tiritar de frío de los recios perros que tanto, también, fueron.

Y claro, Tú fíjate, Dios mío, qué mañana de Navidad con lo hermosa que se alza desde su sol y su silencio y la hierba verde y el río corriendo y los que hoy recogen las aceitunas, como el día es bello y tiene su radiante sol y su azul de cielo, luchando con las ramas de los olivos y arrastrando por el suelo sus rodillas de carne fría y las sacos llenos y, entre las sombras apiñadas, la lumbre medio ardiendo y el humo que se alza y el olor a rancio y viejo y las manos heladas y aunque el sol brille eterno y el cielo esté limpio de nubes, ni entre los olivos de esta tierra mía que también tengo ni entre las ruinas de aquello y aquellos que míos también fueron, hay calor ni alegría sincera en un día como el de hoy porque, al menos a mí, me falta lo más centro del corazón que es de donde surge la vida y donde ellos estuvieron y ahora y, en esta mañana de sol pero de invierno, ellos y la tierra y las casas y los caminos y las ovejas y, de ella, sus juegos, faltan y por eso te decía que ¿cómo me alegro aunque el día sea el que tengo?

Y es que con la luz que viene, en la mañana, el sol irradiando, me enderezo de mi cama y miro y siento que sí: hoy es el día grande después de la Nochebuena pero como ni iglesia tengo para ir a misa, me digo, mientras bien el dolor siento, que donde ayer estuvo el centro del belén vivo, hoy es sólo ruinas con el gran sol besándolas y el gran silencio y caminando y lo demás, rotundo y eterno el universo, quieto y, como mi alma escondida en esta cueva mía, esperando y suspendida no en el día que llega, sino en el recuerdo.

* **TERMINO DE REMONTAR** y ya estoy justo en el centro del portillo estrecho que la senda taja para cruzar el espigón del puntal que cae y como es angosto y bello y

me rebosa tanto desde dentro, freno mi marcha y según lo piso lento y, lo toco y lo miro detenido, me lo voy bebiendo sorbo a sorbo y largo para saborearlo con su propio acento y que se me transforme en sangre del dolor traigo y tengo.

Y al terminar de coronar y volcar al barranco en forma de sueño, lo primero que me besa de cara y con la fuerza de lo grandioso y bello, es la amplia cascada y su espuma de nieve y la música de hielo y donde ya termina de abrirse y se expande en charco azul negro, la tierra llana que amo y hacia el portillo y barranco abajo y a los lados, se extiende como dormida porque es silencio y en ella, por más que miro, ya no veo huertos sino zarzas espesas, muchos pinos, infinidad de majoletos y lentiscos achaparrados y álamos, sólo algunos y ya secos y los robles grande que se pudren viejos pero siguen todavía doblados como arropando y besando a los fresnos y por todos los bancales que fueron esencia y corazón del huerto, más zarzas y más piedras rodadas y más cardos borriqueros y tierra y barro que arrastra el agua y la vida y el perfume, palpitando pero ahora todo en silencio y, como las fuentes vivas, manando el agua y los recuerdos.

Y miro al frente y ahí está la pared de color óxido hierro, derruida más de un tercio y roída por los bordes, de las lluvias que ya le han caído encima siempre ayudadas y empujadas de las manos del tiempo y los huecos de las ventanas, no sé por qué resisten pero según miro los veo como clavados en la pura roca y abiertos a la luz del día que ya no le pertenece y como gritando al momento o como alegrándose de verme y como ojos que surgen de las entrañas del monte pidiendo clemencia al cielo.

Y bajo un poco y rozo la gran ruina y pregunto al que clava tablas y traza senderos para los coches que por el lugar van a venir, según él, de recreo y me dice que no sabe nada.
- A mí me dieron trabajo y aquí estoy y por aquí me muevo y aunque sé que son ruinas o más bien cementerio de aquellos serranos nobles que se fueron, a mí me pagan y otra cosa, ni sé ni puedo.
- ¿Y sabes cómo se llama la higuera que cuelga de aquella pared en el hueco?
Y mira y me dice que él va a lo suyo porque necesita trabajo y el dinero.

Y entonces bajo un poco más y ahí, justo donde aquella tarde de invierno alzamos la lumbre con el tronco viejo que derribó la nieve, me paro y busco leña y hago fuego y me siento en la piedra y miro al arroyo que sigue corriendo a dos pasos de donde estoy y escucho y siento la tierra latir y siento el ritmo de su corazón y los golpes de su azada y entre latido y aliento, palpo y gusto la sonrisa de su juego y la música de sus pisadas y escucho más atento y ahora ya sólo oigo el silencio y los pasos grabes de la mañana de invierno que se amontona en el barranco con el dulzor y amargor de aquel beso y sigo escuchando y creo que ahora ya sí siento su voz de hermana dulce que, como melodía de viento, resuena y dice:
- En aquella Navidad ¿tú te acuerdas que aquí mismo jugué mi juego?

* **POR LA TIERRA** que conozco y tengo estampada en el alma con la transparencia de un sueño, al llegar la luz de la fría mañana, me voy y al coronar el cerro donde

la trinchera del río es larga, sobre el puntal de las encinas claras y donde el rodal de suelo es negro y hoy verde de la hierba espesa que ya ha traído el invierno y engalanado con mil hebras de blanco hielo, me paro y miro porque lo que más ahora mismo quiero es encontrar a las ovejas que desde ayer están perdidas por las tierras de estos cerros y por las laderas y barrancos y montes espesos de este sagrado lugar de la sierra que siendo todo un mundo pleno, es tan impenetrable y tan nuevo por lo bello y los ríos azules y las fuentes cristalinas que manan de los veneros y por tantas praderas repletas de mil reflejos eternos y la hierba y la luz y el calor con que las ovejas las toman en las mañanas de invierno.

Y me paro sobre la tierra y miro despacio por si veo lo que ahora necesito y de pronto y, por el lado derecho que es por donde sale el sol remontado ya sobre las cumbres que son castillos y espejos, se me acercan ellos que hoy vienen vestidos con trajes de montaña y cargados con rifles nuevos y detrás, los que les ayudan a sueldo y que transportan casi entero el fresno de las ramas verdes donde se esconde y se camuflan, según me dicen al momento.

- Y ahora vamos por la ladera que vuelca al río en busca de los tres ciervos que ayer comían donde sabemos, si es que las ovejas que tú has perdido, no los han espantado ya que esto es otro hecho.

Y los sigo mirando sin responder mientras pasan por delante de un repecho a otro repecho y ¿qué quieres que te diga? de su presencia entre las ramas del fresno y los rifles y los cuchillos y las chaquetas recias de cuero en esta mañana limpia de este frío y dulce invierno ¿qué quieres que te diga mientras la inquietud en mi pecho es

encontrar a las ovejas y saber de mis borregos que son el trozo de pan de madre, padre y el abuelo? Y mientras los sigo mirando perderse por entre los acebuches que por el lado izquierdo caen al barranco del río y en cuanto puntal adelante ando doscientos metros, también por el lado en que remonta el sol, se me acerca y veo a mi gran amigo el pastor que sube lleno de barro desde la tierra de huerto y trae en sus hombres terciado, dos borregos recién nacidos que son blancos de escarcha de invierno y al verlo y en esta mañana y donde la tierra es sagrada, sí que me alegro.

- Estoy buscando a mis ovejas que desde ayer tarde tengo no sé si perdidas o pastando por el rodal de hierba espesa que para ellas es bueno.
Y el pastor que me mira y acoge con su amistad y amor de hermano inmenso y me señala al valle del río y me dice con grabe acento:
- Ovejas por estas tierras, todas las que quieras y eso se ve de momento con sólo mirar y escuchar y estar un poco atento.

Y miro porque sus palabras despiertan en mi alma curiosidad y en un sólo golpe veo ovejas llenando la tierra, en manadas y como flores que acaricia el cielo en el sol de la mañana y el rocío y el viento y suben desde el barranco del río o van por la ladera o parten el centro o bajan desde las cumbres de las blancas nieves, por donde el sol viene saliendo o arrancan de sus corrales y balan seguidas de sus borregos y las guían las pastoras y los niños que al mismo tiempo gozan jugando sus juegos y ladran los perros y rebuznan los burros y resuenan los cencerros y toda la tierra está tan llena de ovejas, que no hay rincón ni camino ni cerro que no tenga

su rebaño entre la hierba y la mañana de este dulce y frío invierno.

Y el pastor que me sigue mirando y me pregunta de nuevo:
- ¿Cuál de esas manadas es tu rebaño y tu sueño?
Y le digo:
- Quizá aquel que va desde los charcos del río subiendo hacia el bosque que abraza a la aldea y lo digo por la blancura que desprenden los borregos.
Y el pastor amigo y sereno:
- Pues baja hasta el río y cruza sus aguas azules hoy vestidas de verde negro y sube por la vereda que va por el arroyuelo y si te das prisa, allí donde empiezan los olivos y en los álamos brota el venero, les cortas el paso y las recoges y te las llevas al rincón y tierras que son primavera en tu pecho.

Y ya no pronuncio palabra mientras miro al río corriendo por el centro de esta mañana grande de rayos de sol que son fuego y atravesando el paraíso de las inmensas tierras sagradas y al verlo tan lleno y con tantas cascadas y charcos remansados de esmeralda y espejos y todo tan en lo hondo y vestido de tanto misterio, le digo al pastor, amigo sincero:
- Con tanta agua en una mañana de tan frío invierno ¿cómo voy a cruzar yo el río por el vado estrecho?

Y en la mañana callada pero hermosa de luz y de sueños y de fantasías de ovejas que van por las tierras sagradas, que no prohibidas, mientras espero y pienso, recuerdo que ahí, por donde ahora cruzar el río debo, estuvo la hermana aquella tarde enredada en la sombra del fresno y jugando con las arrugas de la corriente y

besando aquel reflejo en las aguas rizadas y el sol y el viento y en compañía de la madre y hermano pequeño y salía y entraba y reía y jugaba, con la espuma del río, su grandioso juego.

Y para mí y, sólo en mi pecho y entre el sol de la mañana, me digo en silencio, que a lo mejor por ahí, si me pongo y animo y apoyado en su recuerdo, cruzar el río, sí puedo.

* **A LO LARGO DE TODA** la noche y todavía en este día nuevo, veintiocho ya de diciembre, he sentido y siento el frío caminando por los dedos de los pies y, desde ahí y lento, subir por las venas y clavarse dentro y aunque remeto los tizones de la lumbre que a mi lado tengo y me lío fuerte a la vieja manta que me cubre el cuerpo, siento frío y no se me quita y por momentos y según la noche pasa a su ritmo lento y sin cara concreta que me mire o mire y sin voz ni acento que la refleje nítida frente a mis ojos o las manos con la que la toco y beso, siento más frío y a ratos me digo que aunque es duro y me quema y me duele, este frío que ahora tengo es parte del dulzor de tu beso y de la caricia de tus labios donde me tienes enredado y yo con tesón me aferro en penetrarlo y empaparme y recogerlo en sus matices limpios y en sus perlas claras y en sus colores bellos y en sus sorbos celestiales que son silencios y arroyos que me inmunda y en este pasto sincero que los dos tenemos, me afano ansioso en libarlo para plasmarte en mi corazón y en las huellas que sobre el suelo y, este frío que me mata, voy sintiendo y dejo.

Y como es tan intenso el dulzor y el resplandor y la esencia que sobre mí, y este rincón de la sierra y este

color de su cielo, dejas y permites que sienta en el corazón que me has dado y en mi pobre pecho, ahora mismo voy y vivo por la ladera que es toda pura hierba y miro al barranco del escalón que se extiende besado por el hielo que la noche deja y al pisar la tierra, voy viendo y recuerdo, los nidos de las perdices y los polluelos de la primavera pasada que ya están grandes como sus padres y al sentirme rozar el monte, se alzan en vuelo y al verlos surcar el aire, me digo que ya es invierno porque se van volando y mientras atraviesan el viento, llenan la mañana y la tarde y la sierra y la ladera y la luz que por el campo tienes latiendo y me repito que ahora, aunque quisiera, ya no podría cogerlos por lo alto que vuelan y los largos trechos, casi de una cumbre a otra pero mientras sigo mi rumbo y piso la tierra, me voy diciendo que las perdices y sus carreras, entre estos montes y las piedras y sus agujeros, han sido y son parte importante de mis juegos y tu beso en las mañanas de primavera y en la ilusión y el sueño de mi mente pequeña y en compañía de la hermana y su blanco perro y de padre y hasta de la madre por los caminos que ya no son y todavía tengo.

Y sigo andando y en cuanto asomo a la loma, miro y ya veo las rocas que se amontonan en forma de castillo viejo o de ruinas de casa grande que se desmorona y en lo hondo y en silencio, todavía sirven de refugio para quitar el frío y para encender el fuego en estas noches largas de niebla y rocío y de hielo chorreando, parece, desde el mismo corazón de la sombra negra de la noche y el espeso invierno y de la luz incierta del día titubeaste que me prestas y tengo y mientras recorro la tierra por la que sin senda vengo y aparto a las ovejas que medio pastan y balan y se acurrucan, como yo, contra las rocas y los robles o los fresnos, ya estoy sintiendo el calor de

las llamas y el fuego que padre, con la niña, entre las ruinas del barranco, han hecho.

Y en cuanto llego ¡qué calorcito y qué apetitosas y qué dulces y qué beso las migas de panizo que, en la sartén negra y de hierro, humean y crujen y se amontonan doradas y verdes por los pimientos y rojas de los chorizos de la matanza y húmedas del aceite fresco de la cosecha que recogimos al comenzar el invierno y la niña al verme:
- ¡Qué bien que vengas y en estos momentos cuando la lumbre arde con su mejor fuego!
Y la miro y me alegro y con el dulzor de tu propio abrazo, a ella la beso y ya me siento mejor y tan fuerte como el rey más grande y el de mayor fortuna en todo este suelo y al mirar a mis pies, por donde de frío me vengo muriendo, antes de que hable, me corta diciendo:
- ¿Y esos zapatos tan llenos de barro y con tantos agujeros?
Y le digo que:
- Son esparteñas, si miras bien se ven de momento y la raja que tienen es de trotar por los cerros detrás de las ovejas y la nieve y el hielo.
- Pues por esa brecha tan grande se te cuela el frío y los pinchos de los majoletos y como te descuides, se te salen los dedos y con la pura carne sobre las piedras tan frías de estos barrancos nuestros ¿dime tú cómo vas a caminar y llegar a tiempo desde la cumbre al valle o desde casa al huerto?

Y mientras ya me caliento en las llamas rojas que desprende el fuego que padre ha preparado, la miro y la siento y ahora quiero preguntarle que el barro que ella tiene por todo su cuerpo ¿de dónde lo ha cogido y por qué es tan espeso? Pero como yo sé algo, Dios mío, sé de tus

besos al cruzar el río por el vado pequeño y sé del agua helada y del negro cieno que se amontona en la orilla y que a veces no es tan negro porque parece chocolate viejo y sé que son trozos de polvo empapados de rocío y ella y la mañana y sus manos de princesa y el barro embadurnando su cuerpo, también lo sé y me alegro de ello, es además de tu sonrisa y tu chorro de amor, tu puro sello.

Y padre que nos mira y dice en su acento:
- Las migas ya están hechas y mirad qué doradicas y qué perfume de incienso y qué calenticas en esta mañana de invierno.
Y lo miro y le digo que es verdad lo que está diciendo y que sí, que el barranco y las ruinas y la mañana fría y la lumbre y el cielo y padre y la hermana y las migas y el fuego, Dios mío y esta caricia de ahora con el frío que tengo, eres Tú todo grande en forma de aliento y yo, una gotica pequeña bregando en el océano inmenso e intentando dejar una endeble huella que se parezca, siquiera un poquito, a tu sierra y a ellos, que son en vivo, tu exacto beso.

* **CUANDO OTRA VEZ** se llena el valle con la luz del día que llega, me asomo a la ventana que es la puerta del agujero donde ahora respiro preso y lo primero que veo es la niebla que, como una espada larga, se cierne sobre y a lo largo del río como si lo arropara quieta y al mismo tiempo, jugara con la corriente y el cielo y el imperceptible viento que no pasa y al ver el cuadro de tan blanca imagen, me acuerdo de cuando en aquellos tiempos la aldea y, en ella y en el río los molinos de aceite estaban, y cuando ya por estas fechas molían, a estas horas de la mañana, el humo blanco y con olor a orujo negro, también

el valle, en forma de nube o de niebla clara, llenaba y todo el barranco y todas las casas y las tierras por donde las ovejas pastan y me acuerdo que era delicioso respirar el olor en la mañana pero ahora, con esta nieblina suspendida y que me engaña, sólo me anuncia a la mañana y ella por dentro vacía aunque más que a tope, llena.

Y estoy mirando y como mi cueva o agujero, lo tengo pegado a la cascada, me acuerdo ahora de aquellas dos mañanas cuando acompañando a la madre subimos con la hermana y justo aquí y bajo el agua y donde corre aprisa y se pierde entre el musgo y la pared de las estalactitas doradas, estamos nosotros, ella jugando y madre esperando que padre llegue con las ovejas y se adentre por el bosque espeso de los robles y luego las lleve a las praderas que quedan mucho más altas, cuando oímos voces desde el valle:
- Bajaros que esta mañana no subo con el rebaño no sea que caiga una nube y nos atropelle la riada.

Y madre me coge a mí y coge a la niña y por la senda que se ciñe a la ladera y dando curvas, baja, comenzamos a descender y mientras en el valle se oye el rebaño en su tinada, la niña se pone a jugar con el rocío y las fuentes que a su paso halla y mientras la madre nos va mirando, la niña con sus juegos y cantando su canción alegre o triste o ¿qué canción cantaba?

Y dos días más tarde estaba el hermano pastor amigo y compañero con sus ovejas metidas en la cueva grande justo debajo de esta cascada y de pronto y, cuando nadie lo esperaba, cayó la nube en la cumbre y enseguida la riada saltando por el despeñadero de la gran cascada y

antes de que el hermano pudiera y se diera cuenta, se empezó a llevar a las ovejas y luego a las raíces de los fresnos y después las piedras y toda la tierra que encontraba la corriente y al verlo y sentirlo, la gente de la aldea, salieron al rellano y mientras pasmados contemplaban como las ovejas caían dando tumbos, decía gritando y con sus almas asustadas:
- Ahora y esta gran tromba de agua, arremeterá contra los huertos y con las ramas secas que ahí tenemos amontonadas y con el establo de las cabras y se llevará tanto por delante que esto quedará desolado y nosotros, un poco más pobre y algo más muertos.

Y hoy recuerdo que aquella mañana fue bastante parecida a esta del día que llega pero allí estaba la hermana y estaba padre y el abuelo y la abuela y estaban las ovejas y la aldea y la riada saltando y el humo de las candelas en los molinos, exhalando su esencia a orujo quemado y hoy, que es invierno también, la luz serena besa a la niebla y el valle duerme y no hay molinos que muevan piedras ni lumbres ni molineros ni hay esencia de "jipia" quemada ni gritos en las casas de la aldea ni rebaños ni pastores ni tinadas pero esta mañana, casi sólo conmigo asomada al agujero de lo que es la puerta de mi cueva, llega para algo aunque esté muda y traiga en su alma la espera y todo con ella y el invierno, esté callado o como en un sueño, agazapada.

* **CAE LA LUZ DEL DÍA** veintinueve y desde mi rincón oculto que es como una burbuja que me aísla del mundo y me une a la tierra que sufro y quiero, con la tarde que se va y la noche que llega, miro y veo otra vez la sierra entera cuajada de nubes y la niebla abierta llenando las cumbres y los barrancos con sus laderas y como es

invierno, de nuevo llueve y mientras la noche lenta se me cuela y sin quererlo, ya me duele dentro, siento como si ahora y hoy una vez más llegara el fin del mundo, cosa que me gusta por este vacío y larga espera que, según cae la noche, tanto me quema.

Y se me agolpan, en la mente, tanto los recuerdos como la angustia que me surge de respirar este momento y, como tantas veces y tantos días y tantas horas en esta espera, para poder seguir viviendo y que no me duela la cabeza y no se me atormente el alma con la sangre quemándome las venas, cierro mis ojos y me relajo y dejo mi mente en blanco y me digo que como estoy en Ti y te espero, porque palpo que te quiero, mejor es no sentir nada y que mi mente se duerma y mi cuerpo se adapte a este frío con su soledad llena y, al rato, ya me veo en la otra realidad que me es ajena y que ni apetezco ni conozco ni deseo.

Porque en la ciudad de las calles largas y de almacenes llenos con gente que se amontona y compran carros enteros y comen y beben en la noche que pasa y el día que llega hasta quedar más que repletos y luego van por las aceras y se amontonan de nuevo y compran más cacharros y, de tanta prisa, ni se les ve ni dejan huellas mientras a su alrededor brillan las mil luces de colores y suenan los villancicos y, entre cristales y paja y serrín y estrellas de aluminio y ríos de cristal en trozos de espejos, tienen ovejas de barro y pastores de caramelo y pastoras que lavan en el río que ni es río ni es agua ni es invierno ¿qué hago yo, Dios mío y qué digo y qué quiero si a todo ello soy ajeno y ni me han consultado ni en su mundo yo me encuentro?

Y sigo mirando y veo la tierra que tengo pegada a mis carnes y en el mismo rincón donde están los huertos, a todos los serranos amontonados y, al frente, a los que ahora mandan, disponiendo y diciendo:
- Vosotros os vais por aquel cerro y seguís cortando pinos y aquí en el río, que se queden los de los agujeros y que cojan los azadones y a cavar la tierra y sembrar pinos nuevos y aquellos, que se vayan con los mulos y arrastren los troncos y estos que llegan ahora, que se vengan a las obras y que pongan los barrenos y los de ayer, con los sacos acuestas, a picar en la tierra para los caminos que queremos y para recoger el trabajo que se hace en el valle, que se queden tres y allí otra cuadrilla más y que a partir de hoy, ya no se pierda más tiempo ni que nadie pregunte cual es su tajo o si hace esto o aquello.

Y como la tierra me parece un hormiguero de serranos que ahora se concentran desde todos los puntos y rincones de la sierra, ni sé, Dios mío, lo que siento pero me pongo a trabajar porque soy uno de ellos y donde arrancan los mismo árboles que plantaron ayer, estoy cavando y haciendo mi agujero para sembrar mi pino, cuando al mirar veo que llega la hermana pequeña que es lucero en la mañana que tiene brillo eterno.
- Espera un segundo y mira al suelo.
Me dice en cuanto se acerca y miro y enseguida veo tres cruces pequeñas que brillan como el oro y al lado y, entre la tierra que levanto y las piedras, dos más rotas y con diamantes que son espejos al sol de la mañana y luego otra cruz más grande y una moneda y el cuerpo solo de un Cristo roto y le pregunto, al cogerlo:
- ¿Sabes tú lo que es esto?
Y la hermana:

- Es el tesoro que tanto soñamos y que esconde la tierra y bendice el cielo.
- ¿Pero un tesoro ahora y en estos momentos en que ya no somos dueños de nada y hasta nos amontonan y nos despojan y nos llevan a su antojo y nos rompen las sendas y los verdes huertos?
Y al coger la cruz y mirarla a ella, ya no la encuentro y mientras ahora muevo mi cabeza y miro despacio y, Dios mío...

Ahí están las ovejas, arrinconadas en su corral y junto los tornajos, llorando el abuelo y en la casa, llorando la abuela y la madre, ni se le ve aunque se le intuye ¿en qué rincón del mundo y con qué sueño bello? Y la niña y padre y el hermano, allá y sin espacio y sin tierra, olvidados y solos y en su silencio, mirando sorprendidos y esperando... ¿acaso esperan que acabe este sueño?

Y cuando me despierto ya en este día treinta del año viejo que se acaba, miro y veo, como ayer tarde, la sierra sumida en su puro negro de las nubes que no se van y el rocío temblando en la hierba y el frío comiéndome los huesos y mi alma en su soledad intentando abrazarse a Ti y buscando consuelo y lo demás, como mudo y quieto y pasando lentamente con este caminar húmedo y profundo del puro invierno.

* **JUSTO EN EL MOMENTO** en que comienza a llegar la luz del día, la lluvia deja de caer pero como a lo largo de toda la noche la he sentido rodar y quebrarse sin interrupción, hoy que es ya el último día del año viejo, treinta y uno de diciembre, llega tan mojado que hasta por la misma puerta de la cueva donde vivo, ya rebosa la corriente del arroyo que nace en la llanura antes de la

cumbre y según cae, me roza y parte el barranco en dos buscando el valle.

Y hoy que es un día, para ellos tan especial, para mí y la densa soledad que por el rincón conmigo vive, es igual al día de ayer a no ser que sea un día algo más núcleo de invierno pero, aún así, lo beso y mientras ahora va llegando el resplandor nuevo y respiro en la música que la lluvia va dejando con su goteo, parto tres nueces y parto una granada de las que de este otoño guardo y tengo y mientras miro mudo a la luz nueva que me trae este último día viejo, trazo con mis manos, en la arena del charco que roza la puerta de la cueva, un paso pequeño y al ver el líquido limpio lavando las finas piedras por el camino que con mis dedos voy abriendo tan alegre e incoloro o tan parecido a esencia de nieve, no sé por qué pero me alegro porque casi como en un sueño o fantasía dulce, según estoy jugando con el agua que mansa corre, me acuerdo y veo lo que sí es para mí la ilusión verdadera en este día nuevo.

Porque desde el valle y a través de la niebla que cubre el cerro, noto la senda que sube trazando curvas y por ella, veo a madre y a padre y algo más abajo, como saliendo de la aldea, la hermana pequeña que da voces diciendo:
- Que la botella de la leche para la merienda, se ha quedado en la casa olvidada. Y madre:
- Pues date una escapada y la subes corriendo.
Y la niña que no corre sino vuela que sube por la vereda atajando curvas y en un momento que alcanza a los padres y con el gozo del deber bien hecho, les entrega la botella y yo que la veo, siento envidia de este vuelo que

ella tiene por los montes y siempre alegre porque no es deber sino juego.

Y sobre la limpia corriente que tiene también el color de la miel y es conmigo hermana en la luz de este día nuevo, veo como en un sueño al verde huerto y en su tierra a los tomates ya rojos aunque hoy sea invierno y por entre los surcos, a madre regando y de aquí y de allí cogiendo hasta llenar la cesta de los más gordos y rojos que son los que ya están buenos y a mí me gustan y otro pellizco de envidia es lo que ahora siento porque a pesar del tiempo y la lluvia y los caminos rotos, ella sigue ahí todavía y yo aquí sin tierra bajo mi pies ni techo y en la mañana de hoy, sólo lluvia y frío y con el día último, el silencio.

Pero miro al frente y otra vez se me clava en el alma y siento la figura de la gran casa de aquel hermano nuestro que como a tantos, lo echaron de ella y de la sierra y se la quitaron y hoy, será porque es el último día de este año viejo, la casa llena de gente que no conozco y sí se les oye decir que es una gozada tener un palacio de piedra en el mismo corazón de estos montes para venirse a ella y en estos días concretos, despedir lo viejo y recibir lo nuevo y como se me clava en el alma, lloro sobre el agua limpia que corre por mi arroyuelo y entre otras cosas es por la ausencia de aquel hermano mío que hasta puede que hoy esté ya muerto.

Y mientras me recreo y me voy con en el chorrillo de agua pura que pasa rozando mi cueva y besa los sueños de mi corazón y termino de saborear la granada roja que hoy me estoy comiendo, me digo que en cuanto la luz se alce un poco más, me voy a subir a las rocas que son

mirador y espejo del sol de la mañana y desde ellas voy a intentar saltar y trazar un vuelo como el de la hermana mía en aquel juego y así, en este año nuevo que entra, en lugar de seguirlo paso a paso por la senda que traza curvas y llanuras y recovecos, me voy volando y como la hermana, atrocho y lo cojo sobre la nieve de la cumbre que es por donde cae la mitad de su trayecto.

Y también me digo que a lo mejor ahora mismo salgo de este agujero y sin que me vean las personas que hoy tanto llenan la sierra, me pongo a recorrer la tierra sagrada del cerro donde estuvo la aldea y aunque no sé para qué, bajo la lluvia que ahora cae y el día último lleno de invierno, recorro o repaso y bebo un trozo más de la ausencia y el recuerdo de ellos que son los grandes y los puros y los eternos.

Y SI ALGUIEN MIRA desde más lejos, desde las cumbres de enfrente, aún menos todavía podría adivinar que ahí estuviera mi corazón latiendo pero si ese alguien mirara, por ejemplo, desde cualquier cuidad de este país o lejano pueblo, se me ocurre pensar que ni cabría en su mente el puntito de mi cueva y yo dentro en este barranco y tierra que me tiene sujeto en su abrazo de amor y dulce beso que me trasciende y me funde contigo y lo que creo eterno...

Según ya voy pisando la llanura de los escombros de la aldea, lo primero que me llama la atención es lo repleto que el río baja hoy y por la carretera del asfalto negro, los coches pasando en hileras y los pinos caídos por el viento y los que han venido con las sierras de gasolina, cortándolos y cargándolos en los remolque para llevarse, los troncos y las ramas, dicen que para la lumbre en las

casas del gran pueblo donde dentro de unas horas y, con champán y un buen cordero y uvas negras y música abundante, van a celebrar la noche vieja y el año nuevo.

Piso la tierra y según ya voy viendo, está encharcada de agua y tanto, que en cada pisada de jabalí o cada hozadura en el barro negro, hay un charco y sus huellas son muchas por entre la hierba que ya está grande y el pasto que todavía queda del año viejo y en la primera noguerilla donde, a continuación crece la higuera y debajo de ella y por donde trazaron el camino para meter las máquinas hasta las mismas casas, el claro charco de agua con su junquera verde clavada en su centro.

Por donde estuvieron las casas, desde la noguerilla hasta la iglesia, la hierba se extiende espesa, como en un manto de vida lleno y como la lluvia no deja de caer y por aquí el sol la besa en cuanto sale, está verde como nunca yo la he visto antes en este suelo y llueve y el día tiene un color oscuro con la niebla que a puñados, se eleva laderas arriba por entre los bosques de pinos que también reciben la lluvia y están en silencio.

La hierba parece estar de fiesta y con ella se alegran, no las higueras que se le ven peladas por completo y de color ceniza, sino los mohínos que a mi paso vuelan desde las nogueras ya sin hojas, hacia el puntal de los olivos y se les oye gritar como si tuvieran miedo y las junqueras también están de fiesta aunque la mitad de cada una de ellas estén secas y tumbadas por el peso de tantas gotas de lluvia y sin parar desde que comenzó el otoño y lo que va de invierno y por los tallos de los juncos, los verdes y los secos, se deslizan las limpias gotas de la lluvia que sin interrupción, la dan su beso.

La fuente que fue y estuvo todo el verano seca como si desde que te fueras, también le faltara vida, hoy tiene su chorro de agua y al verlo me extraña por el tiempo que hace que yo no veía agua en la fuente de tus juegos y por el lado de abajo y como rodeándola, están espesas las junqueras, clavadas en la tierra que es todo charco y el barro de las hozaduras de los jabalíes, como dándole sustento.

Desde la piedra blanca que sigue frente al valle como si estuviera esperando que desde el fondo y en cualquier momento tú y ellos asoméis , lo primero que me llama la atención son las espesas zarzas a un lado y otro y con las hojas amarillas y las que son verdes, mortecinas y de ellas, todavía colgando los racimos negros de moras que ya se han secado sin que nadie las haya cogido ni tampoco los pájaros se las han comido, aunque no parezca cierto. ¿Te acuerdas de aquel día, aquella tarde y aquella mañana? Parece mentira y sin embargo es tan real como el dolor que desde entonces llevo conmigo.

Y el pequeño lentisco que nace justo en el agujero que da al valle, arropado por el roble viejo que se alza desde el lado izquierdo y, donde la piedra tiene su base y por el lado de lo inmenso, el otro lentisco grande y el rosal silvestre con la semilla roja empapada por la lluvia y como esperando que llegue la primavera para explotar y llenar la tierra de simientes nuevas y que sea otra vez el comienzo. ¡Que sea otra vez el comienzo Dios mío! Es lo que desde hace años vengo esperando para no aceptar la realidad de aquel fatal día.

Me voy a ir hacia el puntal de los olivos y antes de pisar su tierra, ya rozo los tres robles del borde del camino por el lado del barranco y al fondo, por donde se alarga el puntal de las piedras blancas, siento cantar un montón de pájaros y enseguida recuerdo que son las bandadas de mirlos negros que en invierno, buscan refugio por los bosques de este rincón y en esto y, ellos con mingo, las cosas siguen igual que cuando en aquellos tiempos.

Al verme han salido volando y en cuanto piso la tierra de los olivos, advierto que permanecen verdes pero raquíticos por lo roídos que están de los animales silvestres y el poco cuidado que ahora nadie gasta en ellos y sí destacan sus troncos de dos o tres metros de altura y arriba, la copa empobrecida y dentro, las ramas secas sin aceitunas que, como ya nadie coge en la aldea, se las están comiendo los zorzales y los mirlos y los mohínos y cuervos. Recuerdo aquel día cuando los aceituneros. Ellos vareaban y recogían la aceituna y tú jugabas con el agua del arroyo o la arena del charco. ¡Cuánta belleza hay todavía por aquí palpitan do pero sin ti que eras el alma de esta belleza!

Ya estoy en el pino grande que sigue creciendo justo en la raspa del puntal por el lado que da al arroyo de los huertos y al mirar al frente, veo la cascada que se despeña blanca por entre la espesura de los pinos que cubren la ladera y de entre ellos, las ráfagas de niebla que se alzan y suben hacia la cumbre del gran misterio y el otro pino grande más abajo y hacia el arroyo, caído y seco, se pudre empapado por el agua del gran charco que lo besa y la lluvia que cae y tanto tiene lleno. Al otro lado de las cumbres que tapan las nieblas corre el diamantino río, tiemblan los álamos en el pequeño valle,

fluyen las fuentes y se estiran las sendicas por donde caminaste tantos y tantos días. Fue el mejor de todos los paraíso pero desde que te hiciste silencio Dios mío que triste y amargo en mi recuerdo.

Un pájaro carpintero que vuela delante de mí de un pino a otro pino y luego al viento y como me extraña, aunque parece que quiere conocerme, no deja de piar con ese son suyo que tanto conozco y da alegría y miedo y arriba, vuelan sin parar los cuervos negros dejando sus graznidos en el aire que llena el barranco y moja la lluvia de este gris día de puro invierno. Invierno en los paisajes que te añoran y amo y en el corazón mío porque desde que no estás en nada encuentra gusto y por eso ya no quiere vivir más.

Los juncos espesos con su gota de agua que se escurre, la mejorana y el poleo y los pinos rodeando los pocos tarayes que todavía crecen por el barranco y ahora, como es invierno, muchos sin hojas y las que todavía se traban en las ramas, amarillas y también con sus gotas cristalinas temblando al vacío con mi recuerdo.

La lluvia que ha caído a lo largo de la noche y todo el día sobre la ladera que mira al sol, cuando viene saliendo, por entre los pinos se le ve evaporándose y no deja de levantarse en forma de niebla y de extraño juego, a lo largo de todo el día y se va amontonando en vellones irregulares que parecen nubes de sueños o de juguete y como en el charco se refleja la ladera y su tono es negro, brilla también en el mismo agua, la niebla blanca que vuela por la ladera y cansinamente, se va yendo.

Por debajo de la iglesia y al borde mismo de las aguas, se amontonan los troncos de los pinos secos que la corriente ha arrastrado y como ahora ya, los de la aldea, los tuyos, los míos y tú no estáis, aquí se pudren entre las junqueras y la lluvia que no deja de empaparlos y mancharlos con el cieno. Como yo, ellos ya tampoco esperan nada de la vida. Nada. Sólo que el tiempo pase lo más aprisa posible y por fin termine de desmoronarlos para que a fin sean el polvo que siempre soñaron. ¿En qué parte de ese polvo o infinito universo te encontraré o encontraré los sueños que enervaron a mi alma?

Los cardos que tanto nos gustaban buscar y luego comerlos en el cocido de garbanzos o con el guiso de patatas, aquí crecen grandes y hoy verdes como nunca antes los vi y nadie los coge ni se fija en ellos. Los cardos son hermosos aunque también sean más tristes que nunca.

Desde la olivica, por detrás de la iglesia, miro para arriba siguiendo la ladera de la fuente de los álamos y como la niebla es tanta alzándose desde el bosque de pinos espesos, no se ve nada más que un trozo de la gran cumbre más elevada y en medio, entre la alta cumbre y las rocas de la fuente de los álamos, se adivina la otra llanura de la aldea que también reposa en su silencio eterno.

Y en un día como el de hoy y con el monte, la espesura del barranco por donde baja el arroyuelo, la niebla y la lluvia sin parar y la monotonía de la tarde que es invierno todo apagado y gris, si alguien mirara desde donde ahora estoy quieto, ¿podría pensar que en ese

barranco oscuro y húmedo, está la cueva que me da cobijo y yo, dentro?

Y si alguien mira desde más lejos, desde las cumbres de enfrente, aún menos todavía podría adivinar que ahí estuviera mi corazón latiendo pero si ese alguien mirara, por ejemplo, desde cualquier cuidad de este país o lejano pueblo, se me ocurre pensar que ni cabría en su mente el puntito de mi cueva y yo dentro en este barranco y tierra que me tiene sujeto en su abrazo de amor y dulce beso que me trasciende y me funde con lo que creo eterno.

Y como hoy sí es un día muy especial, último del año añejo y ya tengo casi todos los anhelos conseguidos, ahora mismo me voy a parar y aquí y debajo de la olivica que siempre creció por detrás de la iglesia y conmigo se desmorona en su silencio, voy a poner mi vieja tienda y mi saco viejo. Justo debajo de donde tú ponías el columpio y te mecías al viento.

Y ya sé que dentro de un rato será noche vieja y siento y algo intuyo, que en los pueblos y ciudades del mundo entero, lo van a celebrar a su modo y con jolgorio de y bebidas y más placeres pero para mi consuelo me digo que tampoco lo voy a pasar mal del todo porque de la higuera que siempre dio higo hasta que caen la grandes nieves y atacan los grandes hielos, he cogido un puñado y de los árboles que sembramos en el lindazo del huerto, también he cogido dos membrillos y como de las uvas que dieron los parrales abandonados de esta y aquella aldea, tengo guardados algunos racimos, dentro de un rato que será cuando caiga la última noche del año, me meteré en mi tienda y aunque todo esté chorreando, me comeré los higos y los membrillos y luego las uvas y si

tengo sed, beberé del agua que la lluvia me está dejando y a dormir, si puedo porque mañana será año nuevo y para mí, día de lluvia y día de espera pero esta noche, como no están ellos, no estás tú, no está lo que tanto amé, sobre las ruinas de las casas y en el gran silencio del barranco que es llanura en lo intangible y bello, tengo lo poco que tengo. ¿Qué más quiero?

En mi mochila tengo casi mil canciones con letra y música que nunca oíste aunque me las inspiraste y las escribí para ti. “Desde el alma para ti”, las título y son hermosas como nunca fueron otras pero me iré de este mundo sin haber tenido la suerte de habértelas regalado personalmente. En mi mochila también tengo las páginas que logré escribir con el deseo de conseguir un bonito libro donde quedara recogido mis sentimientos por ti y algunos ramilletes de la belleza que mis ojos han visto en estas sierras tuyas. Les he puesto varios títulos: “Las cuatro estaciones del el último edén”, “El viejo y la tarde” y otros. Tampoco las conoces ni las ha leído nadie todavía. Cuando ya no esté ¿qué harán de estas sencillas cosas que para mi son tan importantes y valiosas?

Me faltas, como me faltaste tantos y tantos días a lo largo de mis años por este mundo. Pero como en mi corazón te hice sueño y ahí germinaste en primavera eterna, ahí siento tu calor. Ni el tiempo ni la distancia ha podido con el sueño de mi alma. Sigues silencio y sigues distancia pero puro cielo y puro mar de amor en la sangre que todavía corre por mis venas. Sé que seguirás luz y vida allí donde palpitan las estrellas y tengo el paraíso que he venido soñando y apeteciendo desde que vivo. Me faltas pero estás en mi mente y eres vida. Quizá la única y pura vida y por eso te he llorado y la he llorando tanto.

Porque al fin y al cabo, dentro de unos días más, ya puede que mi cuerpo, sea también tierra como la que ahora me sostiene y como en este instante, me empapa la lluvia y me besa el viento, me digo, rebosando de gozo aunque el dolor sea insoportable: "¿no es esto lo que tanto deseo y espero?".

* **YA AMANECE** y es el primer día del año y aunque durante mi sueño me he sentido no sé por qué región o espacio sin nombre y sin materia, a lo largo de la noche, ni siquiera un rato ha dejado de llover y de ello doy fe y pongo la mano porque las gotas de la lluvia, monótonas han rebotado en la tela de mi tienda que es donde esta noche he dormido acurrucado y además de su música persistente, ha mojado y ha calado profundamente, la tierra sagrada que tanto amo.

Y aunque esta noche fría y de lluvia intensa y de oscuridad profunda, ha sido la última del año, para mí ha sido como otra noche cualquiera o como otro escalón más avanzado hacia el barranco del tiempo porque hasta este puñado de tierra, nadie ha llegado ni tampoco lo ha empañado ningún ruido humano ni han explotado los cohetes que tanto suenan por otros lados ni se han oído gritos ni por las calles ni en las casas ni tampoco han repicado las campanas con su revuelo de uvas al son de ese tan monótono y raro: "Feliz año".

Desde mi rincón pequeño, justamente plantado sobre la tierra húmeda y bajo las ramas del olivico y encima de la tierra e hierba que tiene sepultado medio mundo y un mar de sueños con los juegos de la niña y sus huellas y sus llantos, esta noche sólo he sentido lluvia caer y más

despacio, he sentido la profundidad de la llanura y la profundidad del espacio de la densa oscuridad tan repleta de niebla y por ella, el río pasando y la noche entera, como abrazando la hondura del silencio contra mi corazón y los huesos de mi cuerpo, aquí temblando y en la anchura de este campo, sólo me he sentido a mí mismo todo pleno y como recogido en un mundo y sobre el planeta que Tú mismo me has dado y que ni se parece ni sabe a la realidad del mundo, que con la nueva noche y el nuevo día, ellos están celebrando.

Y como me siento feliz y en lo más profundo estoy gozando, esta noche de lluvia intensa sin parar ni un rato y noche última de este viejo año, aquí metido en mi pobre tienda y calentando con mi sangre la tierra húmeda y las ruinas de las casas por este llano, ha sido para mí la mejor noche que nunca había soñado porque he estado todo conmigo y abrazado a mi llanto y desde ahí a mis recuerdos, que son ellos y, desde ahí, a Ti que eres el bueno y el eterno y el santo y desde ahí, bebiendo la eternidad desde este pequeño rellano en forma de llanura encharcada y el forma de frío y caminos y en forma de gruñidos de jabalíes y en forma de beso blanco que es dulce como la miel y ha durado toda la noche de este fin de año.

Y cuando ahora llega el día, el primero y también dicen que singular y por eso de fiesta engalanado, lo único que puedo decirte es que aquí solo y en la plenitud del silencio, me tienes respirando y claro que soy extraño en medio de lo que es normal pero Dios mío, este camino callado y estrujando la realidad, dicen que verdadera y aplastado en la rivera del gran mundo amontonado ¿por qué es más falso que el que toda la masa lleva? ¿o por

qué si he elegido en libertad quedarme solo y desnudo en este fin de año y desde esta desnudez y contigo, soy feliz y hasta me siento saciado, no es tan real o más este sueño mío que el que están besando?

Y así que ya amanece con el primer día que llega y yo, en mi rincón pequeño, acurrucado y besando la luz nueva y en mi soledad instalado pero todo pleno y dulcemente empapado, desde mi recuerdo, en tu beso blanco.

* **EL DÍA QUE LEGA** se abre y como a media mañana, las nubes se han ido y el sol luce brillante como si ahora estuviera recién salido de darse un baño y todo perfumado y terso, mostrara su limpieza a la luz fresca y al puro campo que está mojado de la lluvia y como el de hoy es un día nuevo porque pertenece ya a otro año, estoy mirando con mi alma abierta al viento y lo que pienso e intuyo, veo.

Sobre la carretera del asfalto negro y justo en la curva donde machacaron la fuente del agua clara para trazar el nuevo paso, los que hoy llegan con ansia de campo porque al salir el sol, salen también ellos a tomarlo, detienen sus coches y se asoman y respiran y frente al valle se quedan extasiados en la belleza del vestido nuevo que la noche, al valle, le ha prestado y como por la tierra que es el centro del corazón, me encuentro en mi tienda acurrucado, me digo que por el lugar ya estoy sobrando no porque me moleste su presencia sino porque me gusta estar solo conmigo y la desnudez que tengo y mis recuerdos y mi llanto.

Y por esto cojo y levanto la tienda y al poco, me voy por el barranco que queda entre el puntal de la iglesia y el otro puntal de las ruinas donde crecen las junqueras y tiemblan los granados y voy pisando la tierra como huyendo de la presencia de los que, en el nuevo día y al sol de la mañana, salen al campo y al rozar la espesura de las zarzas y los juncos verdes, me asusta el bufido de los tres jabalíes que como yo, se esconde en su refugio aquí donde creen que están a salvo y al verlos y descubrir que los he molestado, me digo que lo siento y mientras los sigo con mis ojos y los veo negros y llenos de barro, irse puntal arriba en busca de la fuente de los álamos, me digo que ahora y al cruzar por donde están los que van llegando, le sacarán la foto para el recuerdo y correrán detrás gritando.

Y estoy sobre el puntal que mira al valle y ya buscando el nuevo rincón donde pondré mi tienda, cuando al tocar la peana del roble anciano que dejó de vivir hace ya muchos años, los veo que están aquí también con hachas y con cacharros y otras herramientas y largos palos, partiendo a grande golpes, la madera vieja del tocón que aún queda de aquel roble anciano y al verme, quizá piensa que soy por aquí algo, el caso es que dicen, como explicando:
- Es que aquí anida un hormiguero y rompemos el tocón porque queremos sacar los huevos que están encubando.
Y quiero preguntarles para qué es tan extraño trofeo pero no lo hago y sí les digo que yo en esta tierra, de nada soy amo aunque sí la quiero porque también un día, otros y como ellos ahora a las hormigas, me hicieron pedazos la casa donde vivía y desde entonces estoy sin centro y de aquí para allá, errando sin ser nada ni nadie porque el que era, con lo que me rompieron y con los que echaron, a mí

también me machacaron y sigo y en cuanto recorro cien metros, me siento en la piedra que se oculta en las junqueras y mira al barranco y estoy en mis pensamientos triste y meditando, cuando la veo a ella, a la niña hermana que desde la casa sale y me viene buscando.

Y al llegar la recibo con mi beso dulce y mi gran abrazo y antes de preguntarle, me dice jadeando:
- En la casa está madre y los abuelos y como yo, tienen miedo y están asustados.
- ¿Qué pasa en la casa de nuestro llano?
Y ella:
- No será cierto pero yo he soñado que desde otros lugares llegaban muchos y al verlos, dentro nos hemos encerrado pero ellos nos han perseguido y se han puesto a dar golpes en la puerta y a gritar desaforados y a decir que somos valientes y que salgamos que vienen a por nosotros y aunque nos escondamos, tienen que cogernos porque dicen que por aquí ya les estorbamos.
Y la niña guarda silencio y como la miro, la veo temblando y entonces y, sin saber por qué, le digo:
- Esto que me cuentas es un juego que has soñado.
Y ella:
- Aunque sea sólo sueño ¿sabes lo que he pensado?
- Que tenemos que irnos de estos campos.
- Tenemos que refugiarnos en la casa con muchas piedras grandes y de verdad hacernos valientes y cuando otra vez regresen para atacarnos, defendernos a pedradas contra ellos y quizá al vernos se asusten y los venzamos.

Y le digo que no porque aunque su miedo y el mío y el de padre y los hermanos, sea tanto, si tenemos paciencia y esperamos con el cortijo y la fortaleza que dentro

poseemos los serranos, encontraremos caminos nobles e inteligentes aunque perdamos la batalla y ante sus ojos, lo nuestro sea un rotundo fracaso.

* **SI DE UN SÓLO TRAGO** el alma pudiera beberse lo que el corazón siente, quizá quedara saciado, el momento o la mente, de este sabor que siendo amargo
es dulce y da la muerte sin acabar nunca de matar ni ser vida plenamente.

Y lo digo por el momento que en el cuadro ausente, ante mis ojos tengo y no sé distinguir si es sueño o es el latir de mi recuerdo con el amor y el dolor que ardiendo tengo dentro porque está el momento parado, en la mañana fría del invierno, todo como eterno y respirando la lluvia fina que es rocío que moja y quema y estoy yo sentado en mi trono del silencio que es barro, zarzas y tierra y miro como soñando y sin querer, veo lo que tanto me da la vida y la muerte y duele y quema apagado.

Porque justo en el rincón que arropan las hiedras y donde estuvieron los huertos y ahora es lugar cercado para los campamentos de los que de fueran llegan, están ellos, no se sabe si jugando o pasando el día de campo o perdiendo el tiempo y celebrando el encuentro de estos días blancos del año nuevo, y según
estoy mirando, veo como preparan su fiesta con el arroz que cuecen en las parrillas de hierro y cuando ya lo tienen listo, uno dice, al cogerlo:
- Ten cuidado que si tropiezas y caes nos quedamos sin merienda.
Y el otro:

- Eso no es problema porque si tropiezo y caigo y os cubro a todos de arroz y, el perol vacío se queda, eso es señal buena de suerte en el nuevo año.

Y estoy mirando y por la misma tierra que corona el barranco donde se alegran borrachos, siguiendo la vereda que se ciñe al cerro y ya no sé si es materia o es sabor concentrado de la misma niebla que hoy el día, al valle llena pero en todo caso es dulce y amargo y me tiembla dentro del alma como el beso más sagrado, la hermana mía pequeña que sube y al verla, la llamo:
- ¿Adónde vas con este día y tan temprano?
Y ella desde su sueño y su juego blanco:
- Voy al padre de las praderas de la hierba fresca que hoy tiene su rebaño de ovejas justo en el barranco que entre las dos cumbres queda ¿y sabes lo que ha pasado?
Y el hermano, que se agarra al tiempo:
- ¿Qué ha pasado?
Y ella:
- Que desde la cumbre primera y por el lado del norte que es la del musgo y la hiedra, han metido las máquinas y de raíz han arrancado los robles viejos y han barrenado las piedras y han abierto la pista que dicen será carretera y al llegar al barranco donde padre está y es la pradera de la hierba fina y sus ovejas ¿sabes lo
que ha pasado?
- No lo sé ni tampoco me lo digas para que quede ignorado.

Y ahora que miro a la mañana nueva, toda niebla y de ella el invierno brotando, me digo que si de un sólo trago el alma pudiera beberse lo que el corazón siente, puede que quedara saciado de este sabor tan amargo y dulce y que da la muerte sin acabar nunca de matar ni de ser

gozo ni llanto como así mismo son las raíces que me une a la tierra, con el corazón sangrando.

* **EN EL RELLANO** del domingo primero del año, estoy con mi sueño en el alma y me despierto con ganas de beberme el viento y de dejar que, todo por dentro, sea la pura esencia que Tú pones y estoy en mi recuerdo o meditando esto y aquello, rozando o clavado en mi vida, cuando caigo en la cuenta de la importancia que tenían las palabras que aquel día nos dio ella, en forma de beso.

Era como el de hoy, un día bello y también por la mañana y como la hermana que había vuelto, se ponía en camino porque regresaba a la ciudad grande donde ahora tiene su empeño, la niña hermana pequeña y el hermano, nos fuimos con ella dándole compañía para despedirla y como la niña no vivía sin su juego, en cuanto pasaron diez minutos y un corto trecho junto a la hermana que se iba, me cogió la mano diciendo:
- Por aquí sube la vereda.
Y la miro:
- ¿Por qué anuncias esto?
- Como no podemos ir en su compañía hasta donde el corazón está pidiendo, la despedimos con un abrazo y subimos por el sendero.

Y la despedimos en la mañana de niebla del frío invierno y nos ponemos y remontamos por la vereda estrecha que lleva al corazón de la sierra y a las mismas cumbres del viento y al cruzar las rocas húmedas del estrecho, no cabemos y como ellas va en su juego, tira delante y alza la mano diciendo:
- Son los estorbos normales de la tierra pero si otros han pasado, nosotros también podemos y, recuerda que a la

hermana que ya se va por el valle, desde la piedra grande, tenemos que darle el adiós y el beso.

Y entonces me entusiasmo y subimos y ya en lo alto del peñasco, miramos y vemos a lo lejos caminando la que se marcha y al decirle adiós y darle el beso, el alma se nos llena de pena y como enseguida ella se pierde por el barranco del centro, aunque más arriba sentimos a padre con las ovejas en las praderas de la hierba del invierno, en la casa nos espera madre y por eso volvemos y ya venimos andando por el llano primero que es donde pastan las vacas y al verlas, también sentimos el miedo y por esto las rodeamos y no hemos avanzado cien metros cuando ya estamos en la torrentera que mira al río y es de tierra roja con yeso y al pisarla sentimos como cruje y entonces salimos corriendo.

Y la hermana dulce y yo, en la mañana callada que es luz tirando a viento, nos parapetamos en la roca que hay enfrente y asombrados oímos y vemos como la torrentera de nuevo se queja y de un solo golpe, se quiebra y cae al río y se hace cieno y por detrás de la brecha abierta, asoma la llanura grande y sobre el repecho, la otra casa del hermano y al lado, los huertos y ella que me dice, en su juego:
- Se ha caído como si fuera por eso.
Y pregunto:
- ¿Por qué se ha caído?
Y ella:
- Te lo digo luego.

Y seguimos cruzando la tierra en la mañana fría del invierno regresando a la casa y al llegar, a madre y al abuelo, le comentamos la mitad de lo que hemos visto y lo

que estamos sintiendo y madre nos mira y responde, con el dulzor de su acento:
- A pesar de todo, lo esencial, está con nosotros y aunque es amarga la lucha y lo que se está cayendo, lo positivo y rotundo, nada ni nadie podrá nunca romperlo y por eso lo que importa es que dentro estén la alegría y la luz y el símbolo y lo bello.
Y la niña:
- Entonces madre, la tristeza de esta despedida y la rotura de la torrentera ¿nos acerca o nos aleja al cielo?

Y por esto y en esta mañana fría de invierno, a pesar de la desnudez y en el rincón, tanto muerto, me remito a las palabras de madre y ya estoy contento porque el gozo de lo esencial y, no la envidia ni el odio, en mi corazón lo siento y ahora caigo en la cuenta que ella quería decir que: "Romperán el cuerpo y la materia pero el núcleo, que es la luz y la alegría con la rúbrica del Dios bueno, ¿quién o qué lo romperá si nosotros no queremos?".

* **ESTÁ CAYENDO LA TARDE** y estoy sentado frente a las nubes que revolotean sobre el valle y mientras medito en el camino que surca la cuesta, caigo en la cuenta que ya esta noche, y según los números que escritos en el papel dan nombre al calendario, es reyes, la última fiesta que en este bloque de la Navidad, se celebra y aunque tampoco tengo nada que ver con ella, no puedo dejar de sentirla golpear en mi corazón y por esto, a ratos, me noto triste y con mis manos vacías y a ratos y, según miro, busco una senda que no sé cual es ni de dónde arranca ni a dónde llega.

Porque hace un momento me decía que aprovechando que estos días se visten de otros, podría

coger la vereda y atravesar la sierra e ir hasta la casa del pastor, allá junto al nacimiento del río y saludarlo y compartir con él lo que sea y de paso podría llegarme a donde el otro pastor de las aldeas del llano y al que vive en el barranco de las laderas y al mayor que ya tiene su morada en el último rincón de la sierra pero mientras pienso y medito el mensaje y el sueño, pasa la tarde y sentado estoy frente al valle.

Y también me digo que con sólo andar un poco río abajo podría encajarme en el cruce de los caminos y pararme en la piedra y esperar que pasen los que ya, entre el día de hoy y mañana, vuelven de la sierra a los pueblos y ciudades grandes porque se acaban las vacaciones y regresan a los colegios y al verlos, podría saludarlos y preguntarles por estos y aquellos y de este modo, hablo con ellos, animo el tiempo y lleno la tarde mientras comparto y retengo, el otro color de la sierra.

Pero está cayendo la tarde y sigo sentado frente a las nubes que revolotean sobre el valle y mientras sueño y pienso que esta noche que llega, es ya reyes y, según el calendario otro día grande, aquí permanezco sentado esperando que las horas pasen y recordando o meditando lo que parece, a partir de ahora, empieza y late y en el fondo y dentro de este rincón mío, es el mismo palpitar de ayer que se viste de amanecer con otra noche y otra ilusión pero en mi alma, la misma espera y el mismo hambre.

* **TENGO EL DÍA CONMIGO** y aunque no hay luz todavía sobre el campo, por entre las rendijas del tiempo, miro y veo otra vez las ventanas cerradas y con hoy así llevan ya un mes y aunque dentro de un rato, igual que

ayer, al salir el sol les dé y las pinte de plata como sucedía este verano, ahora no es lo mismo porque ni a primera hora ni a media mañana ni al caer la tarde, las abre nadie y aunque pienso y me digo que puede ser cosa del invierno y los que se han ido, en cuanto pasen unos días vuelvan, el caso es que siguen quietas y cerradas y hasta se ve un letrero que en letras rojas dice: “Se vende” y esto me extraña pero en este día que hoy conmigo tengo, por las rendijas del tiempo, miro y veo las ventanas siempre cerradas.

Y algo más adentro siento y veo a madre que le pregunta a la abuela:
- Estoy buscando un trozo de trapo negro para sacarle un vestido a la muñeca de madera que a la niña, le ha hecho padre ¿a ti te queda alguno?
Y la abuela:
- Un retal pequeño tenía yo por ahí que si quiere luego busco pero a lo mejor ni te llega y está sucio.
Y a la niña que ni se le ve ni tampoco ella adivina que como llegan los reyes, le preparan su regalo con un trozo de madera, una naranja y una onza de chocolate y el cariño de los abuelos que siempre lo tiene y el mío y el de padre y madre.

Y como tengo conmigo el día que llega, sí inquieto me muevo porque a pesar de todo parece que me falta tiempo y por eso voy a llegar tarde a no sé qué concierto o tajo que es comienzo y donde por ahora sigo teniendo el puesto y veo al hermano que, desde hace un rato, surca la vereda vieja de la umbría de enfrente y alumbrándose con teas, sube lento y coronando al centro de ese tajo donde ahora se plantan los pinos nuevos y como le cae tan lejos, ni duerme ni come ni vive porque se le va todo

el tiempo en ir y regresar y abriendo los agujeros en la tierra para los pinos chicos y luego, de frente, el invierno con su frío y el hielo y los arroyos repletos y la soledad de las montañas mirando y la prisa, a pesar de todo, para llegar a tiempo a lo que parece es el concierto de algo que se intuye comienzo.

Y como tengo el día conmigo y de él y de Ti, yo cogido en su centro, a pesar de todo, Dios mío, si no bebo este silencio y me echo a cuestas este murmullo inerte, vacío con la monotonía del tiempo y la espera del sol que llega ¿dime Tú qué tengo en este día que llega y con tanta espera y quieto?

* **HOY ES YA EL DÍA** de reyes y estoy, en la mañana, mirando la luz del sol tiñendo el campo con el azul del cielo que lo arropa y mientras observo la ladera y ando reflexionando en las mil higueras buenas que llenaban la tierra y, clavadas en ella, extraían la savia que cuajaba en el frutos de los higos blancos y entre tristeza y gozo me estoy mudamente preguntando la manera de volver a la vida aquellas frondosas higueras que hoy descubro secas por laderas y barrancos y, distraído y con mis dedos estoy, sin querer, acariciando la cruz que en mi pecho cuelga, cuando justo ahora caigo en la cuenta del sueño que estoy soñando porque ella me decía que la dulzura de Dios, en la mañana besando, es como "el cariño de una madre a sus hijos" y lo que ahora estoy buscando es cómo meter, en una pocica de arena, todas las aguas del océano.

Y estoy entretenido entre el gozo, la tristeza y el llanto acurrucado en las cosquillas del temblor que, al rozarme, su caricia me ha dejado cuando caigo en la cuenta de

aquel amanecer de reyes con la niña en su juego y la abuela en un beso y ella preguntando:
- Pero ese beso de Dios que me dices ¿cómo es de blando?
Y está la abuela con ella dándole el cariño en la luz del día que está llegando y va a contarle cómo es el beso del que están hablando cuando entra a la casa y, viene de las tierras altas y algo desconsolado, padre que enseguida dice:
- La cruz dorada que siempre en mi cuello ha ido colgada, se me ha perdido por el monte y estoy bastante apenado.
Y la abuela:
- ¿Y la has buscado?
Y padre:
- Toda la mañana entera sin tener ningún descanso y recorriendo metro a metro el suelo por donde, al amanecer y tras las ovejas, subía agotado.
- ¿Y ahora?
- Prepárame algo de comida que me voy otra vez por la tierra de esa ladera y llano para seguir en mi empeño haber si al final la hallo.

Y está la madre y la abuela y la niña como celebrando la onza de chocolate que los reyes, al pasar, esta noche le han dejado cuando, al poco de volverse padre con su desasosiego y el corazón contrariado por la pérdida de la cruz que es símbolo y herencia de los primeros abuelos y de los otros más lejanos, entra a la estancia los otros niños hermanos y buscan a la niña y se ponen a celebrar los reyes y están ellos sus cosas hablando cuando el más pequeño, de pronto, dice:
- ¿Sabes lo que ha pasado?
Y la niña:
- ¿Qué ha pasado?

- Que mi hermana la gemela se ha encontrado una cruz de oro hermosa que tiene como un baño de llamas de lumbre y en el centro una gota de rocío blanco.

Y la niña que salta de la cama y al ver, por la puerta, entrando a la hermana del que habla y amiga de suya, le dice como rogando:
- La pequeña cruz que tienes es la que padre está buscando y te lo digo por si, de alguna manera, se pudiera hacer algo y que el corazón del pastor de las praderas no siga desconsolado.
Y la hermana buena:
- Vente conmigo al instante y mientras vamos jugando, te llevo a mi casa y luego damos voces a padre y le pedimos que se venga para abajo porque la cruz que estaba perdida ya la hemos encontrado.

Y la niña que se agarra al cuello de la amiga que ha llegado y mientras salen de la casa la envuelve en un tierno abrazo y según ya van pisando la tierra del sendero que une el cerro y el llano, pega su cara a la de la hermana y las dos, sienten el corazón temblando y el calor de la sangre por las venas ardiendo de placer y al mismo tiempo quemando.
- Como en un juego y fundiendo tu cara contra mi cara en un beso de amor dulce en este pequeñito abrazo.
Expresa la niña y mientras las dos caminan unidas y entre sí sus cosas se van contando, la mente se le llena de luz y como si fuera un rumor de música que sin eco pasa rozando, cae en la cuenta y le dice:
- Así como este juego nuestro deber ser el dulzor blanco que Dios da en el alma cuando regala su beso blando.

Y mientras la aprieta con ella en su juego y quedamente va pronunciando palabras dulces al oído, las dos estrechan mano con mano y desde la fantasía al juego y, del gozo al sueño, le dice muy por lo bajo:
- Como un hermano a otro hermano o como una madre al hijo, es el beso que ahora nos damos.
Y la niña:
- Y ya verás a padre cuando venga que alegre sorpresa la damos.

Y la hermana que no responde y con ella sigue jugando y el frío de la mañana del invierno que a las dos pasa acariciando y el sol que, como el de hoy, mágico llena el campo en este día de reyes y según me voy despertando mientras, sin darme cuenta, miro a la tierra y acaricio con mi mano la cruz de oro pequeña que en mi pecho está colgando, me digo, en mi tristeza y gozo, que lo de Dios y su amor de Padre bueno, sí es como un beso de hermano a hermano y como el calor que la niña sentía en su juego y rozando su cara perla con la cara de la hermana por la mañana temprano de aquel día de reyes ya tan lejano.

* **EN EL DÍA DE AYER** comenzaron las nubes a irse y cuando se ocultó el sol, el cielo estaba limpio y en la noche que ha pasado, las estrellas han brillado puras y como ahora ya sí estamos en el mes de enero y la luna está grande, al verla, en estas horas de silencios apagados y el cielo despejado y de frío intenso, me he acordado de padre cuando decía que este mes que ha llegado, es el de la luna más reluciente de todo el año y claro que la noche que acaba de irse se parece mucho a la de aquellos tiempos pero a lo que más se acerca es a

la helada intensa que, el cielo despejado y las estrellas limpias y la luna brillante, sobre el campo han dejado.

Porque si me voy ahora mismo por la cañada que recoge el barranco largo, a igual que aquellos días por la mañana temprano y ya con la tierra arada y de ella brotando los tallos del trigo, me voy a encontrar con el mismo suelo esponjado y la misma quietud parada en las encinas y en la humedad del campo porque como la helada ha sido tan grande, hasta la corriente del arroyo pequeño, se ha congelado y los chorrillos que se derraman por la pared naranja que mira al sol primero de la mañana, son puros carámbanos que parecen de azúcar y salidos de las manos de un artista mago.

Y si me voy por la tierra, como padre aquella mañana detrás de sus ovejas, ya estoy sintiendo, y todavía no he pisado, crujir la humedad bajo mis pies y al romperse y, si miro despacio, ya estoy viendo la costra blanca del frío congelado entre la tierra gris de la cañada y el puro barro de los charcos y este bello espectáculo me remite al dolor, en los pies, de aquellos días y las tortas esponjosas y crujientes que madre me hacía en el horno de leña cuando amasaba porque la capa de hielo que hoy tiene la cara de esa hondonada y sobre la redondez del cerro, está mullida como aquellas tortas de harina recia pero con la diferencia de que lo del suelo de esta mañana es hielo que, al mezclarse con la tierra, queda ahuecado y lo de la hornada de madre eran delicias que sabían a miel calentita adornadas con su alimenticia esencia del pan serrano.

Así que si en el día de hoy me voy por la tierra que modula la cañada y me subo hasta el cerro que tiene su

cabeza redonda, además de encontrarme con la fina escarcha incrustada en la ocre tierra, me tropiezo con las viejas encinas que no están secas porque ellas aguantan bien estas heladas pero sí las veré ya casi tiesas de tanto frío y con los cascabillos de las bellotas que son los únicos restos que de sus frutos quedan, rodando por el suelo entre las hojas muertas y también besadas por el hielo que ha dejado esta noche limpia de luna llena del mes de enero.

Y si por la tierra que cruje vestida de cielo, miro despacio, ni veré el trigo creciendo ni veré a padre ni a las ovejas ni sentiré los cencerros repicando en aquellas mágicas mañanas del mes primero, porque todo y todos, hace tiempo que se fueron aunque parezca que no es cierto y lo recuerde, desde su silencio, esta fría mañana de hielo nacida de la despejada noche de luna llena y estrellas puras de este recién llegado mes de enero.

* **ESTÁ EL RÍO GRANDE** pasando con la plenitud del invierno en su corriente limpia y estoy sentado en el gran puntal del almendro, soñando en la luz que desde la cumbre viene, con el día, bajando y tengo mi existencia puesta en la inquietud que ahora mismo me está asfixiando por dentro cuando al mirar y, sin querer, veo la espesura del gran barranco por donde aquel día se me fue el gozo del corazón y la figura del hermano y estoy, desde mi angustia en el alma, como buscando una solución o un arreglo y de pronto veo y siento como el resplandor de un relámpago.

Y al tocarme, con los dedos de mi mente, en mi anhelo, encuentro el vapor de la esencia del dulce beso y sin más me digo contento que ya estoy salvado aunque

en el fondo sepa que está, lo fundamental y lo gordo, quebrado y conforme estoy mirando veo el resplandor del hermano como saliendo del monte pero también como atrapado entre un rebaño inmenso de gente que lo vienen acorralando y, desde lejos y en mi atalaya de sueño entre las praderas de la hierba teñida de rocío blanco, lo llamo diciendo:
- Hermano, vente conmigo que aquí me tienes esperando desde aquella tarde lejana de aquel momento aciago.
Y él que desde el centro del monte que cubre todo el barranco y desde el núcleo de la multitud que lo guía y lo rodea como si lo llevaran encerrado:
- Si lo que me pides es cierto y de verdad me habéis perdonado, ahora mismo me vuelvo porque si tú supieras cómo lo estoy deseando.
Y el que mira desde su sueño y llanto:
- Lo que te estoy diciendo me sale del corazón y con tanta fuerza y amor quemando que si tú no vuelves, ni mi alma tiene vida ni el sueño que estoy soñando tiene tierra donde asentarse ni lecho que sea descanso.

Y el hermano que camina por la senda que baja desde el barranco y ya creo que sí se viene por fin y, para gozo de ambos, a su tierra y a su casa y a su rodal y recinto blanco y estoy ya dentro de mí como celebrando por el placer que se siente y la paz que viene sembrando, cuando noto que no puede seguir por el camino porque el monte le está frenando y oigo que grita y me dice:
- Quiero pero ¿qué hago?

Y estoy como detenido en el mismo puntal grande de aquel año y por dentro sigo sangrando y entre mi sueño y mi inquietud y mi deseo y mi llanto, estoy en Ti, Dios mío, clamando que vengas y desde tu bondad me des tu mano

y me sostengas un poco más en esta materia que tanto se me quiebra y parece como que no puede contener el sueño que estoy soñando y aunque sí es verdad que en cuanto estoy distraído siento tu beso amando, también es verdad que se amontonan, a mis pies y por el barranco, los problemas y las angustias y la rotura de tanto que no me encuentro con fuerzas para seguir en esta lucha de ir a Ti que me estás llamando.

Y está el río, entre su mundo y el mío, hermoso y pleno, pasando con la luz de toda la sierra en su corriente cantando y el perfume de todo el invierno entre su cristal nadando y con la esencia de todas las tardes y mañanas, de juego por los remansos y yo estoy, en el fondo, lleno porque sí es verdad que me estás besando pero lo que mis ojos están viendo allá, al frente y lo que mi corazón está deseando y la inquietud que me tiene en vilo, sino eres Tú, Dios mío ¿quién me la deja con la transparencia y la paz que por el río pasa saltando?

* **MUDAMENTE EL FRÍO** de la noche se me abraza al cuerpo y a lo largo de las horas densas, me va empapando las carnes del mismo modo que la niebla de la tarde se filtra por entre las cortezas viejas de las encinas y como sigo solo en el centro de esta llanura que es cimiento del latido que me tiene vivo, a lo largo de esta intensa y fría noche de este mes de enero, me siento inmenso y por eso te doy las gracias y porque todavía tengo y gozo lo que tanto soy y quiero.

Y te lo digo porque a pesar de mi reclusión y cerco en el mundo de la soledad de esta llanura y entre las zarzas espesas y los juncos rodeados de remansos de aguas claras y el barro que amasan los jabalíes, este frío dulce y

grueso que la noche de enero, con su cielo cuajado de estrellas brillantes y en el centro la luna resplandeciendo, es tan único como lo fue en aquel tiempo y para mí me digo, y él también me lo confirma, que me pertenece por derecho y nada ni nadie, en este suelo, podrá nunca quitármelo ni apartarme de su beso como tampoco nada ni nadie podrá arrancarme de la luz de cielo que en estas noches apagadas, sobre estos campos míos, derrama la luna redonda junto con las estrellas limpias y el lucero del alba que, al unirlos y estrujarlos en mi pecho, me digo y siento que es el mundo de aquellos días y en esto sí que estoy ganando y sí que me siento cada vez más lleno y más rey dentro de la desnudez que me han dejado casi todos aquellos que me tropecé por el camino y, sin querer o queriendo, me han rozado.

Y como me siento dueño hasta de la canción de plata que el río canta en la fría noche de este invierno vestido de rocío y oro, por la luz de la luna besándolo en su cara y la escarcha y el hielo que las horas lentas van fraguando entre la hierba de la rivera y en las ramas de los fresnos, me sorprendo feliz por tanto como en esta desnudez sincera que, sobre el rincón, tengo y por esto y por la riqueza y la hondura que me da sentirme abrazado de lo que es sólo silencio de bosques grandes y cascadas de espumas blancas y montañas y de estrellas y manar de fuentes y temblor de zarzas espesas y crujir de hielo en esta noche fría de invierno, quizá por esto, en esta noche que ha pasado, me guste lo que he soñado y he hecho.

Porque en plena oscuridad y cuando más intenso era el frío y cuando más hondamente en las carnes lo he sentido, me he salido del hueco donde duermo y me he puesto a dar un paseo por las tierras silenciosas de la

llanura sobre el cerro que es donde se alzaba la aldea que fue mi centro y Dios mío, qué placer más profundo y sereno pisar la tierra solitaria, restos de aquellas paredes con sus cimientos, en el corazón y soledad de una noche como esta de tanto frío intenso y tanta luz de luna y tanto silencio y tanto palpitar de estrellas y tanto mundo latiendo en este tan lejano rincón de esta tierra que tanto quiero y qué sensación más rotunda de sentirme dueño de las tinieblas de la noche con sus charcos amontonados por la tierra y de los rayos que la luna derrama sobre el inmenso mundo de esta sierra mía y ahora tan limpia de otros ruidos y otras personas y sin que nadie lo sepa, tanto calentar latiendo sólo para mí desde su eternidad clara y mi querido recuerdo abrazado con su calor de amor a ellos y a las huellas que tallaron y a su voz de hielo y entre su respirar de noches frías de invierno, ella mariposa que sigue corriendo con su puro juego que ahora ya nada ni nadie rompe porque como yo, vive y late donde ya no hay tiempo y sí luz de luna blanca y noches frías y de hielo como esta mía que tanto beso y quiero.

Y por esto te decía y me decía que me siento dueño del frío que ahora se agarra a mis carnes y por esto soy feliz y estoy contento sintiendo que mi tesoro no es el que roe la polilla sino el eterno y que es canción del río en las noches claras y soledad y silencio y luz de estrellas palpitantes en el corazón de esta noche fría de enero.

* **MIRO A LA CUMBRE** y por entre la bruma que revolotea y los rayos fuego del sol que está saliendo, veo el humo blanco de las candelas del monte que ahora por ahí están quemando, los que en estos días limpian el bosque, porque como ya no hay ni ovejas ni cabras ni vacas, las ramas de las carrascas y los lentiscos y

romeros, crecen a sus anchas y esto dicen que es malo para los incendios y por eso, en estos días de invierno, se ponen y limpian el monte, que es como lo llaman, para que no arda en caso de incendio y lo rozan tanto que hasta las encinas viejas y los madroñales espesos y los robles centenarios y también las zarzas y las madreselvas, se las llevan por delante y dejan los bosque tan pelados que ni los jabalíes ni los zorzales pueden ya vivir en ellos pero dicen que esto es bueno.

Y como con la tierra estoy fundido, más allá del espacio tiempo, como único señor y dueño, donde los veo limpiar el monte, todavía compruebo y palpo la casa dulce de la hermana pobre que se quedó en soledad cuando la muchacha hizo sus maletas y se fue al mundo de la ciudad y los sueños y veo las paredes derrumbadas y las piedras rodando y la humilde senda que llevaba de una cañada a otra, todavía y en cuanto me descuido, la ando y mientras voy caminando por la tierra del silencio, me acuerdo cuando aquella mañana iba contigo de la mano y de vez en cuando, me dabas tu beso y me hacías sentir la dulzura de lo excelso y bello y cuando me asomabas al barranco y me mostrabas no se qué rotundo misterio y mientras dejabas que mi alma se empapara del gozo bueno, me decías quedamente:

- Estoy contigo y te quiero.

Y por entre las peñas y la luz de los remansos, se oía repetir el eco:

- Te estoy gritando: te quiero, quiero, quiero...

Y ahora desde esta cumbre y el sol reluciente de esta mañana de invierno, me siento nadando en lo intangible y como vivo mitad materia y mitad sueño, por ese gran misterio que para mí creaste y que baja desde la alta

cumbre por el centro y en forma de tobogán o de pozo o de escalera sin ser nada concreto porque es irreal y por eso no se parece a ningún invento de los construidos por los hombres en esta mundo, me vengo jugando a las tierras del llano que es donde tengo el filón de mis querencias y según me voy acercando, pastando en la dulce hierba, veo a las ovejas de aquellos tiempos y por entre ellas, a padre con los primeros borrego y al acercarme le pregunto:

- Pastor de las praderas de la hierba verde y soledad con traje de invierno ¿sabes tú cuántas veces tienen al año tus ovejas, blancos corderos?

Y él:

- Ahora mismo están naciendo los que se vende en Semana Santa y la otra vez que parieron, fue al comenzar el otoño que son los que se han vendido para Navidad y año nuevo y, si se puede saber, ¿por qué me preguntas esto?

Y no respondo a su pregunta porque me vengo en busca de la madre que junto al abuelo se recoge en la casa y al acercarme y ver la gallina seguida de sus polluelos, le pregunto:

- Madre de los cien sueños que llevas en el corazón el amor más bello ¿sabes tú cuántas veces al año dan tus gallinas huevos?

Y ella:

- En el montón de paja que hay junto al fuego, ahora mismo una está echada, ¿no las ves poniendo?

Y al mirar si que la veo y también la mano de la madre acariciando y diciendo:

- Estas gallinas mías son tan buenas que están todo el año poniendo y fíjate qué mansas ellas que las toco y las

llevo y ni se asustan pero ¿se puede saber por qué me preguntas esto?

Y tampoco respondo a su pregunta porque voy en mi tarea de ir por el sendero que ahora sale desde la casa y sube por el río y mientras piso la tierra, hoy toda barro y toda hielo, me rozo con las lumbres de los cinco aceituneros y al descubrirlos tan llenos de tierra y tan cansados y atascados por el suelo, me digo que también les tengo que preguntar una espuerta de secretos de esas rotundas verdades que tanto ignoro y con mis ojos estoy viendo y en mi alma tengo clavadas y no comprendo pero no le pregunto nada porque algo me dice que no es ahora el momento y entonces miro al suelo y por la senda que recorro, en el barro cieno, veo las huellas de la niña hermana y como voy en mi sueño que es más vida real que la verdadera vida que dicen tengo, me doy prisa y al llegar a la curva de las zarzas espesas y el recio fresno, la veo junto a la corriente agachada y descubro que está mirando al pato malva que sin miedo, río abajo viene nadando y al llegar a su altura, ella que se dobla un poco más hacia el centro y con la ternura de la mañana y su siempre eterno juego, lo coge en sus manos y lo alza y al verlo tan suave y bello, se vuelve y me dice, sonriendo:
- ¿Vienes a preguntarme que cómo sé juega este juego en esta mañana fría de claro invierno y en este río grande que es la sierra entera transformada en puro espejo?
Y el hermano:
- Iba sólo de paso pero al verte en tu misterio, aquí me paro y si quieres decirme qué es lo que yo hago en esta mañana de frío intenso y si a la vez me aclaras cómo consigues tu juego, seguro que me sentiré bien, porque hoy ¡tantas dudas tengo!
Y la niña:

- Pues ya lo sabes: es simplemente el río que baja repleto y el sol de la mañana que llega y le da su beso y la plenitud de la sierra dando gloria ¿sabes a quién?

Y le digo que sí creo saberlo y también le digo que hoy no voy a seguir caminando porque si miro al frente ¿quién me aclara lo que en la ladera veo? Y si miro al lado de la llanura, que es por donde el corazón está latiendo, ¿quién me descifra el cuadro que ante mis ojos tengo?

Y por esto sigo mirando a la cumbre iluminada por el sol dorado de este día nuevo y por donde, entre la bruma se mezcla el humo de las lumbres de los que ahora limpian el monte y queman robles y romeros, también veo la senda por donde aquella mañana se iba ella con sus maletas y sueños y hasta oigo resonar en el aire, de sus palabras, el eco:
- Nada temas, estoy contigo y te quiero.

* **EN LA CUEVA REDONDA** que tiene color naranja y por dentro es negra del humo de las lumbres que encienden los pastores y se clava en la misma pared de rocas que al final del barranco, mira al sol de la mañana, estamos nosotros refugiados un poco del frío que llena la sierra en estos días y otro poco de la lluvia que hoy está cayendo, cuando la niña pregunta al padre:
- ¿Por qué me decías tú que somos como los arroyos que nacen en las cumbres y conforme van cayendo, se reúnen y cuando llegan al valle, todos son uno grande?
Y padre:
- Te lo voy a explicar luego, porque ahora, mira lo que está pasando.

Y ella y yo miramos desde nuestra posición que es como la ventana del balcón elevado sobre y frente a las tierras llanas de la aldea con sus huertos y en primer plano vemos la lluvia caer y el bosque quieto y por la tierra que va inclinándose por el barranco, vemos los que ahora están sembrando pinos que no paran un momento y la mayoría son serranos que, al salir el sol, acuden desde mil cortijos para engancharse al tajo y un poco más lejos, vemos a las ovejas que están en sus tierras de siempre, llenando el cerro y agarrándose a la hierba sin dejar de balar buscando a sus borregos y luego ya más lejos, lo que se ve es la sierra entera con sus vellones de niebla y la sombra de sus barrancos por donde caen las cascadas y el sol besándolas y atravesando el viento, sus reflejos y lo demás, en su respirar profundo que mana el ritmo oculto y real que madre siempre llama beso de Dios acariciando.

Pero un poco más cerca de nosotros y, de la torrentera del manantial que es donde se amontona la tierra que sólo cría romeros y en todo lo alto, el roble más viejo de la sierra entera, vemos que ocurre algo extraño y por eso la niña pregunta a padre:
- ¿Qué está pasando?
Y padre:
- De ese árbol que se dobla con la tierra que cae al barranco y, de una rama seca que todavía no esté podrida, es de donde debo sacarte la vara mágica que me tenías pedida y, que según dices, sirve para tanto.
Y la niña:
- Esa varita de la virtud que de ti estoy esperando, yo la llevaré siempre conmigo cuando vaya por estos campos y allí donde desee que brote un manantial, sólo tocar con el palo, la piedra o la tierra estará manando y cuando desee

vestidos de seda, rozaré el bosque más grande y viejo y ya tendré mi sueño en la mano y lo mismo cuando tenga hambre o frío o necesite dinero para comprar pienso para las ovejas y sobre todo ¿sabes para qué me servirá mucho esa varita de virtud que de ti estoy esperando?
Y padre:
- Como si lo estuviera viendo: para salir volando.
Y la niña:
- Pero no yo sino madre cuando tenga que subir desde el barranco de la aldea a las tierras del huerto o a las casas de la llanura a mitad de la cumbre o en busca de las ovejas que van por todo lo alto.

Y como estamos mirando vemos que la tierra de la torrentera se hunde y donde está el roble clavado, se hunde más todavía y como si fuera un pozo que se abre y se traga la montaña entera, la tierra de los romeros desaparece y los romeros y el tronco del roble se quiebra entre la lluvia y el barro y como no comprendemos nada, ella sigue preguntando:
- ¿Qué pasa padre?
Y él:
- Es un movimiento de tierra pero en cuanto la lluvia deje de caer y se endurezca el suelo, yo a ti ya te estoy cortando la rama seca del roble viejo y de ella, con amor, te saco la varita mágica que estás soñando.
Y la niña:
- ¿Y por qué decías tú que somos como los arroyuelos que se van juntando y cuando llegan al valle es uno sólo con las aguas de cien hermanos?

* **ES DIEZ DE ENERO** y como la tarde no tiene lluvia aunque sí está cubierto el cielo de nubes negras que seguro esta misma noche vuelven a dejar agua por este

ya bien mojado suelo, desde el puntalillo alargado que es todo hierba sobre la tierra que rezuma agua y más agua, me bajo siguiendo el sendero y ya tengo ante mis ojos las imagen de la blanca y dulce casa clavada en el cerro y aunque no está, porque también fue rota en aquel momento, sí permanece erguida y señorial como tantas otras cosas que, aunque desaparecidas ya, viven a través del tiempo.

Y como voy pisando la tierra que a pesar de todo sí es ella con su verde hierba y su perfume de oveja con las corrientes de aguas limpias que bajan por el arroyuelo y las encinas grises plomo clavadas cual centinelas que emiten vida y claman al cielo, en cuanto atravieso el hoyo del barro que se abre, como en aquellos tiempos, en la misma corriente del arroyo y donde el camino lo cruza y sube los últimos diez metros y se encaja en la casa que espera, ya veo la alambrada que por delante de la puerta encierra a las encinas y a la hondonada con la hierba espesa y a las rocas y al agujero donde dormían las gallinas y veo a madre que me dice:
- No sé si será cierto pero llevo más de diez días que no recojo ni un huevo y puede ser o porque las gallinas se los comen o que hay ratas porque ves, aquí están los cascarones frescos.

Y miro y sí que los veo y también veo al gallo rojo subido en la encina donde duerme todas las noches y canta, desde hace un tiempo, pares y eso dice padre que son aguazales que traducido quiere decir que cambia el tiempo y seguirá lloviendo a raudales y ahí mismo veo a la oveja que ayer tarde parió y hoy se ha quedado en la casa junto a sus dos borregos y a lado de ella está padre un poco feliz y satisfecho por la abundancia de hierba que

el campo tiene este año y otro poco también contento porque esta oveja y aquella y la otra, ya amamantan a sus corderos y es que estos que ahora nacen serán los que luego se vendan por la Semana Santa y como este año, según dice él, no es un año bueno sino un añazo, fíjate qué bien aunque ello traiga más trabajo y menos horas de descanso.

Y sigo mirando y andando y ahí mismo veo a la cabra de la barriga colorada y los largos cuernos también con sus dos chotillos amarrados al palo de la alambrada con la cuerda de esparto para que no se vayan por el campo porque son pequeños y se pueden perder o se los pueden comer las zorras que ayer vinieron y como soy ignorante y tantas cosas estoy aprendiendo, le pregunto a madre, que es la que vigila a los recién nacidos además de a la lumbre y el puchero y las gallinas y los huevos y la ropa que tendida en las ramas se seca y el pienso de las cabras recién paridas y el cariño dentro del pecho para que todo siga su rumbo y no decaiga esta lucha dura que tenemos:
- ¿Pero hay zorras en estos campos?
Y ella:
- No sé cómo preguntas eso si sabes que todas las noches vienen a buscar a las gallinas y sabes que este año ya dos veces han entrado al gallinero.

Y como sigo caminando porque hoy también voy en mi tarea de pisar y dejar mi beso en este rincón que tanto fue nido, en cuanto miro al arroyo que es por donde retozan los chivos bajo la encina y junto a la puerta del huerto, sobre el puntal y recortada contra la hierba de la ladera y el azul, hoy algo panza burra, del cielo, veo a la niña hermana con la cabra de los largos cuernos y en sus

manos una cacerola puesta en el suelo y apretando la ubre de la leche blanca y diciendo:
- Esta cabra mía da tanta leche que tiene para sus chivos y para que juegue mi juego ordeñando el maná blanco que mañana, con las migas de panizo, comeremos.

Y como voy pisando la tierra y tiemblo no sea que el dulce recuerdo se me quiebre y deje de ser tan bello, al acercarme y antes de que pregunte, me dice:
- Como esta leche es tan fuerte, al cocerla, hay que echarle de agua un tercio y tiene que hervir dos veces ¿sabías tú eso?

* **ESTA NOCHE OTRA VEZ** han vuelto las lluvias y mientras el día va llegando y me voy despertando en esta cama casi zarzas que a pesar de todo tanto quiero, siento el chapoteo en los charcos y sobre la espesura del bosque y me voy diciendo que lo de este año sí es de verdad, como ya había anunciado padre, un año bueno y claro que también me digo que es según desde dónde se mire.

Porque hoy los aceituneros ya no pueden seguir con sus tareas y, según ellos, todavía quedan aceitunas para dos meses largos y esto sin parar y los pastores, como es el caso de padre, dicen que si las lluvias siguen con la intensidad y cantidad que hasta hoy están cayendo, se van a poner los campos como no se han visto nunca aquí en esta sierra y que en los prados la hierba parece un sueño de tanto como está creciendo y tantos charcos por cualquier sitio y los arroyos y los manantiales y aunque las ovejas también están ya hartas de agua, ellas aguantan y sus corderos porque al fin y al cabo lo que necesitan es mucha lluvia y que no cese en todo el año.

Y meditando el dicho que dice que “nunca llueve a gusto de todos”, voy caminando por la senda que recorre la ladera de la fuente de los álamos y mientras la lluvia cae y me empapa y chorrea por el campo, observo la configuración que hoy tiene la ladera de este hermoso rincón mío donde respiro y soy feliz y sueño en consumir la porción de vida que, para esta tierra, me has dado.

Sobre la cumbre y en lo más alto, te amontonas y te paseas y reinas Tú en forma de nube o niebla o cielo azul de lejanías intensas de misterio concentrado y me digo que este es tu lugar exacto porque desde ahí recorres y bendices y besas y algo más abajo de la cumbre, brotan los primeros manantiales y en la tierra que le rodea llena de hierba, pastan las ovejas y junto a ellas, camina y sueña y sufre y se llena de barro, padre y más abajo y en la llanura del almez y las higueras con los membrillos y granados, está y late la aldea segunda de este rincón mío y por el lado de abajo, va la senda que es por donde esta mañana camino y los aceitunero hoy con sus trabajo truncado, están en otro escalón más pegando el río en la escala que viene desde la cumbre hacia el llano y subiendo por ese otro trozo de vereda que roza los huertos, camina madre con su hija y doscientos metros por detrás de ellas y cayendo para lo hondo del gran barranco, se alza la primera aldea que hoy parece que duerme mientras el agua la besa aunque no sea cierto porque hierve de vida y consuelo.

Y por fin, el último escalón o el primero que es como el centro donde todos descansamos, se presenta en forma de llanura que se alarga con el río grande y la hierba fina del ancho valle y ahí, donde ya no existe tierra

y todo parece seguir bajando en un mundo artificial que no tiene núcleos reales, desde la senda que llevo, veo a los otros caminando en fila india y seguidos o precedidos por un guía que los va informando no se sabe de qué misterio fantástico que por supuesto es irreal y no vale porque en nada se parece al latido sincero y concreto que en el verdadero rincón, late.

Pero yo me cayo lo mucho que dentro llevo porque Tú lo sabes y sigo en la espera mientras otra vez hoy la lluvia se derrama y me siento pobre, según la materia, en el rincón que tan punto y aparte, es sobre esta tierra y mientras continuo en el chapoteo de la lluvia que ha vuelto y me recreo en la configuración de la realidad sincera que antes mis ojos abres, te doy las gracias por este día nuevo y te pido que nada ni nadie me arranque del suelo que permites pise y quiera y sienta, entre todo lo que existe, como a lo único verdadero y grande.

* **¿LA LADERA? :** Como un espejo ancho frente al valle con el río y en el centro, la aldea besada por el sol de la mañana y fundido con ella, como en una capa viva que representa su propio rostro, el rebaño blanco de ovejas que al caer la tarde se paran y se esturrean y con la oscuridad de la noche, duermen remontadas en la tierra y pegadas al rincón de las zarzas y las adelfas y como si también ellas esperaran, no se sabe qué momento pero esperan.

Y ahí mismo, un poco arriba y a la derecha, duerme padre junto a ellas para estar al tanto de lo que en el rebaño y en la noche pasa y el hermano amigo que también descansa y vigila porque en su corazón también las lleva y por la ondulación del collado, que asoma lo que

asusta y en cuanto baja cien metros, espanta a las ovejas y padre que sale corriendo y abajo, junto al rodal de tierra llano, las sujeta mientras las llama y las acaricia y le dice que tranquilas que el rincón sigue siendo de ellas y en cuanto lo que asusta se le acerca, saca el papel y dice:
- Firma aquí porque ya ves que escrito queda y se puede comprobar que la legalidad de este rincón es cosa verdadera.
Y padre que lo mira y mientras con una mano acaricia a los animales con la otra señala a la cumbre y desde su profunda pena dice:
- Pero la ladera, si desde que el mundo es mundo y por aquí crece la hierba, está fundida con mi rebaño y los dos son uno de hecho y por esencia de noches bajo el frío tiritando entre temblores de estrellas.
- Pues aquí escrito y bien claro, está aunque tú no quieras, así que esto es serio y legal.
- ¿Pero la ladera?

Como un beso mudo que duerme su sueño y espera y en esta noche fría de invierno, la recorro y la piso y cojo en mis manos su tierra y aunque está cubierta por el monte y las zarzas y los pinos y las adelfas, como una capa invisible con la tierra y es la pura esencia de la vida verdadera, aquí está presente y reluciente y no son huellas sino trozos vivos que palpitan y se amontonan y claman como el agua de los arroyos que por encima del tiempo y de la materia, permanecen puros y son ellos más fuerte que todo lo legal y todas las leyes que de aquí para allá se llevan, porque ¿la ladera? Es tan alma dentro del pecho de padre y mío y de ellas, que late y respira y tiene consistencia, rotunda y cierta, en nuestros corazones que es amor puro y no en lo escrito, por más legal que sea.

Por eso la ladera, Dios mío, ¿qué es la ladera que mira al valle y se hace espejo frente al río y el sol de la mañana que acaricia con su beso y, sobre la tierra llana, se hace aldea?

* **DESPUÉS DE RECORRER** la largísima cañada de los pinos y las praderas verdes, la senda rebosa y corona el collado que abre el horizonte hacia el barranco y las casas y respira frente al bosque de las encinas más grandes que he visto en toda la sierra y el aire fresco que desde el barranco sube, el más agradable que nunca he respirado y miro asombrado durante un rato y como me siento lejos de la segunda aldea, me entra la duda aunque ya tengo la tercera aldea a dos pasos y se ve hermosa en lo hondo del barranco y sobre el collado y ya oigo el rumor del agua que baja por el arroyo y hasta veo el denso color verde de las higueras que poblaban las huertas y mientras lo pienso, me remonto hacia la izquierda y bajo la sombra del pino redondo, me siento.

En un pino pequeño clavado en el mismo lomo del collado como si su misión fuera vigilar la senda que sube y las tierras del barranco por donde ellos construyeron las casas y miro y veo que los jabalíes han estado por aquí no hace mucho porque la tierra que cubre la sombra de las ramas del pino, toda está hozada o levantada como si hubieran buscado un tesoro y se ve que era eso lo que han buscado porque las raíces más tiernas de este pino están descarnadas y con grandes gotas de resina.

Me siento sobre las hojas secas y frente al barranco, me pongo y saco las cosas del zurrón y mientras por mi mente corre el placer de la soledad que ahora mismo me rodea, me noto feliz y es que merece la pena haber

luchado con las cuestas y la distancia para venir a este rincón, nuevo para mí pero ciertamente magnífico y repoblado de pinos que llenan todas las tierras que ellos sembraron pero hoy pleno de belleza, de verde y de silencios y me digo que cuando termine de comer, como ya estaré un poco descansado, seguiré senda adelante y bajaré hasta las casas de la tercera aldea.

Y dejo que el viento me llene el alma con el concierto de su música y miro hacia el barranco como si por algún sitio pudiera verla porque la recuerdo y sé hasta la ilusión que sentía aquellos últimos días, no porque fueran los últimos, sino porque como tantas otras veces, sus gallinas tenían la cosecha a punto.

Estaba lavando en la corriente del arroyo y como del arroyo los cortijos no quedan lejos, las gallinas se habían venido hasta donde lavaba y mientras golpeaba la ropa contra la losa de piedra que le había preparado padre, los animales recorrían las tierras buscando semillas y larvas y como desde la ladera me acerco, después de saludarla, le pregunto:
- ¿Cuánta tienes ya?
- Hasta he perdido la cuenta.
- Te lo pregunto porque me acuerdo que hace un año o quizá menos, sólo tenías aquella pequeña y graciosa que siempre estaba contigo y no te dejaba sola en ningún momento.
- Es verdad que sólo una tenía hace un año o así y ahora fíjate cuantas recorren las tierras de la ladera.
- ¿Qué harás con ellas?

- Tú sabes que para la matanza siempre reservamos unas pocas porque las mejores morcillas tienen que llevar

carne de gallina, de pavo y de otros animales, así que unas pocas las reservo para la matanza y otras cuantas las venderé para hacer algún dinerillo y las demás las voy a dejar para que me sigan poniendo huevos, porque ahora que he tenido la suerte de que no se me muera ninguna, voy a continuar aumentando el número de mis gallinas.
- Pero si dentro de poco, según dicen unos y otros, nos tendremos que ir.
- Y eso es lo que pasa y no creas que no lo pienso pero si tú miras despacio y compruebas lo bonitas y agradables que son cuando llenan estas laderas, ¿cómo no sientes el deseo de dejar que recorran las tierras y que sean no veinte sino cincuenta?
- En eso tienes razón pero sigo pensando que cuando tengas cien gallinas, el día que tengamos que irnos de verdad ¿qué harás con ellas?
- Cuando llegue ese día ya veré pero ahora me siento feliz porque tú mira y verás.

El y ella, miramos complacidos y vemos que son hermosas porque las gallinas son todas jóvenes y por eso llenas de vida y de plumaje brillantes y buscando bichillos por entre las matas de enebro del borde del arroyo y se van picoteando por la tierra que sube hasta la reguera del agua y corona las huertas y se vuelven cacareando por entre las piedrecillas de la senda que va hasta las casas.
- ¡No ves que placer!
Me dice ella.
- Sí que lo veo y ciertamente que es una gran satisfacción pero sigo pensando que has venido a tener una gran bandada de gallinas cuando ya no tenemos tiempo para estar en estas tierras, ¿qué harás con ellas?

- Es que el momento presente es tan hermoso, que no quiero pensar en lo que tendré que hacer después.

Y ciertamente es verdad porque la escena del arroyo con la corriente clara saltando por las rocas, la ropa recién lavada tendida frente al sol de la mañana y regada de vez encuando para que se vaya poniendo blanca , el vientecillo subiendo por el cauce, los álamos meciendo sus hojas al viento, los cantos de los ruiseñores y ella con sus gallinas llenando toda la ladera, es un presente tan hermoso que parece un trozo de vida sencillo, escondido en las profundidades de las sierras pero repleto de sensaciones puras que colma en alma hasta lo más hondo.

Y como no para en su tarea de ir regando la tela blanca que duerme sobre la hierba esmeralda, le pregunto y entonces ella me dice que:
- Esto es como en aquellos tiempos.
- ¿Y cómo era en aquellos tiempos?
- Pues que antiguamente para hacer los calzoncillos a los hombres usábamos un lienzo que lo comprábamos por varas, entre todas las vecinas, que era como de color garbanzo o así y entonces, para ponerlo blanco, echábamos las cenizas en remojo y de ese agua empapábamos la tela y luego la tendíamos por las mañanas y durante el día íbamos y lo rociábamos y a la tarde lo recogíamos y por la noche lo metíamos en aquella "colá", que así era como se llamaba el agua blanca que salía de las cenizas de los troncos de carrasca y así una semana o algo más hasta que al final se quedaba blanco de nieve porque perdía el colorcillo que tenía y entonces, ya lo planchábamos y empezábamos a decir: "pues ya está el lienzo para hacer los calzoncillos".

Y nos lo repartíamos y de aquel trozo de tela cada una sacaba una docena o media.

Y como sigo viendo a las gallinas sin dejar de ir y venir por la tierra fría de la mañana bella y picar serenamente satisfechas, entre las hojas podridas que el otoño arrancó de las higueras y como no acabo de estar satisfecho de sus palabras sinceras ni tampoco sé dónde encajar la realidad pequeña y amable que ahora mismo existe y respira con ella, le vuelvo a preguntar:
- Pero estas gallinas regordetas y lustrosas que tanta compañía te dan mientras lavas en la piedra, cuando mañana ya no estemos ¿qué harás con ellas?

* **DE LA SOLANA QUE RODEA** a la fuente de los álamos y donde las ovejas se han quedado comiendo su fina hierba, baja padre y como es medio día y hoy celebramos el trabajo del abuelo, del árbol joven que crece justo bajo los paredones de las rocas grises y en la repisa de tierra que mira al norte y por eso es umbría llena de escarcha, él ha cogido un buen puñado de acerolas rojas y de los arbustos espinosos que clavan sus raíces en la cañada larga que se fragua en lo más alto de la cumbre, también ha recogido muchas majoletas rojas y por eso, de una baya y otra, trae el zurrón lleno y en cuanto llega a la casa, donde madre y el abuelo y la abuela y la niña y yo, lo estamos esperando, suelta el cargamento y dice:
- Ya tenéis aquí mi aportación para el banquete de hoy ¿y lo vuestro?.

Y como madre siempre está al lado de su deber y al tanto de sus detalles, saluda y contesta:

- Pues aquí se encuentra la mesa puesta y nosotros esperando a que vengas para empezar la comida y dar comienzo a la fiesta.
Y la niña que también está presente en la humilde estancia de la cocina donde arde la lumbre porque hoy es un gris gélido día de invierno, habla y dice:
- Y yo aquí tengo y, recién lavados, los racimos de uvas que me ha dado madre y en el agua limpia que salta por el arroyuelo que baja de la fuente de los álamos.
Y el abuelo que está sentado junto al fuego de la chimenea negra que también es testigo y parte, añade:
- Pues mi trabajo, que ya está terminado y creo que este año ha quedado como la mejor obra de arte, os lo enseñó luego.

Y como la mesa siempre se encuentra en el centro de la estancia de esta casa vieja de piedra que tanto parece un palacio y más cuando la princesa del valle juega, como hoy, llenando la estancia con su gracia y reguero de belleza, en lo alto madre pone el primer plato que es una fuente grande y redonda de porcelana blanca y dentro y, lleno hasta los bordes, sus trozos de pan untado con lo que parece manteca y es la mayonesa de huevo con ajo y aceite y mientras ya estamos comiendo, calienta en la sartén y al fuego, lo que es el segundo plato y que, con amor, ella ha preparado de las setas de cardo fritas que guarda desde el otoño con trozos de patatas y los tomates y como está rico, sólo ya con verlo, la abuela dice:
- Este es el fritao que tanto gusta a la nena y tú fíjate si las setas que llenan los campos se guardan y se consumen a lo largo del año, si dan de sí y son buenas.

Y como el abuelo ahora está callado y es el protagonista hoy, la niña y mientras ya moja su trozo de pan en el fritao de la sartén, le pregunta:
- Y según tu calendario ¿cuál es el mejor momento para estercolar el campo?
Y el abuelo:
- El campo que nosotros siempre hemos sembrado que es el de las tierras del huerto y la ladera que mira al sol con su trigo y su centeno, antes de ararlo o cavarlo en otoño, hay que estercolarlo con la basura de las ovejas porque las cagarrutas que ellas dejan es el mejor abono y luego hay que dejarlo que pase todo el otoño y después sembrarlo.
Y la niña:
- ¿Y eso esto explicado así en tu obra de arte o calendario?

Y como el abuelo sigue comiendo al tiempo que le dice a la nieta que cada cosa en su momento como la siembra en los campos, se acerca ahora a la madre, la niña inquieta y le pregunta:
- Y lo que tú me decías ¿cómo se arregla?
Y la madre reina y serena:
- Si tu hermana no te habla o te da de lado o te niega su saludo por lo que sea, tú acude al cielo y di: “Oh Dios que manifestaste la riqueza de tu gracia en la belleza de estos campos, concédenos por tu amor, que siguiendo las huellas de tu Hijo, cada día nos entreguemos a proclamar tu gloria y a servir a nuestros hermanos”, y al llegar aquí se hace la petición por lo que se desee y la hermana y luego se termina diciendo: “Y perdona nuestras ofensas como también perdonamos nosotros a los que nos ofenden y líbranos del mal, amén”.
Y la niña:

- Pero madre ¿y si la hermana no quiere dirigirnos la palabra?
Y la madre:
- Eso no debe desanimarte sino que tú reza y espera y perdona que de la otra verdad y belleza, ya se encarga Dios del modo en que bien le parezca.

Y como padre está callado aunque hoy rebosante de gozo por esta familia buena que se reúne en su casa pobre y alrededor de la mesa que es el centro de la sierra besada por la luz del año nuevo, dice, llegado el momento:
- Pues ahora el postre.
Y del zurrón de piel de oveja saca lo que parecen cerezas por su color rojo y lo grandes y relucientes y frescas y las pone sobre la mesa al tiempo que comenta:
- Son las acerolas buenas que cogí hace un rato de aquel hermoso lugar en la alta sierra y que maduran en invierno y entre los fríos crudos del mes de enero.

Y como la niña también tiene sus racimos de uvas jugosas de las que guardó madre y, además, están bien frescas y tersas, las pone sobre el plato diciendo:
- Yo y para el abuelo, este obsequio porque hoy es su fiesta.
Y el abuelo come y por eso le pregunta:
- Pero abuelo ¿cuándo es el momento?

Y entonces el abuelo se levanta y mete su mano en el bolsillo de la chaqueta y al sacarla, trae enganchada a ella sus dos tiras largas del bello cuero y las alza y al soltarlas para que se abran, aclara:
- Aquí está el calendario que para esta casa y, con cariño, acabo de hacer este año.

Y el trabajo, Dios qué bello y qué obra de arte, sin fausto, refleja y de aquí que al verlo madre, sentencia:
- Pero antes de colgarlo en la pared tienes que explicarlo.
Y la niña:
- Eso abuelo porque estos animales y estos muñecos perforados en la piel fina del cuero nuevo y este cuadro por donde debo colgarlo y este detalle de la manzana y este cosido tan bello ¿qué es y cómo lo consigues si puedo saberlo?

Y mientras continua la fiesta de la celebración del calendario que el abuelo ha fabricado, en esta mañana gélida de un día pequeño y callado, explica a su nieta, cómo hacen los serranos para que las cuatro cosas sencillas de cada momento, estén llenas de amor sincero y resulten útiles y, al mismo tiempo, sean bellas y encierren secretos que contienen y soportan toda una cultura exacta con su rica y sabia ciencia.

* **EN EL RELLANO** de la era que por detrás de la iglesia se extiende mudo, se amontona el trigo del tiempo con su color miel vieja, en la quietud hielo, mientras se siente crujir, sin que se sepa, el corazón enamorado que vagabundea errante buscando, no se sabe qué camino solitario o desconocida puerta.

Y en la noche clara de luna de nieve que brilla a medias, ya casi en el centro de este mes de enero, los pies del que es tierra y mezcla de sombra sin árbol, con la desolación florecida y revestida de viajero que dócil sigue a los días y se concentra entre los ojos del alma cual centinela que sangra en la cruda devastación que crea el pequeño río de savia fresca, avanzan y mientras dejan sus huellas, le parece oír la voz dulce que y dice: “No ha

muerto lo que crees es tu corazón sino que como son tiempos distintos, es necesario que estén otros y que la cara de la tierra, muestre otra imagen y por ella avancen personas nuevas”.

Pero como la llanura reducida de mi entrañable era es eterna y de aquí que por más que la ande nunca llegue a su fin ni en ningún metro me sacie de ella, me vengo para el lado de la fuente y en su rincón y porción de tierra, la sigo viendo correr y sola porque ya no hay serranos en la aldea y sangra su caño de agua limpia y riega los juncos y vuelca al barranco de los álamos y por las zarzas se pierde y sin querer y por ahí, me voy con ella y aunque la senda del corazón hoy no baja al barranco sino que desde la misma fuente arranca y se pega a las ondulaciones del lado derecho y por aquí quiere cruzar pero como la imponente alambrada la corta, tengo que buscar la puerta y cuando ya estoy frente a ella, miro por si alguien me ve y me indica que no siga y entonces pido permiso, a través del viento, a Ti Dios mío y paso y voy a comenzar la subida que cruza la ladera por entre las negras encinas y los surcos redondos de tierra cuando al mirar al frente, por entre las rendijas y agujeros de las rocas que se abren en la pared de piedra, veo los pies del que ahora es dueño y tiene plenitud y llaves en esta tierra y como llevo en mí el gozo y la angustia amontonada y la soledad y el ansia de seguir en el sueño, hablo y le digo inquieto:
- Espera un poco, que si te ocultas tras el monte que la parte de arriba enseña, ya no puedo seguir porque al borrarte me quedo sin referencias.

Y el que sube con pasos firmes y siendo dueño e irradiador del oxígeno que en el corazón me falta y la seguridad que me da las fuerzas, me dice, sin pronunciar

palabra, que ya espera pero que tiene que seguir porque también va él a su tarea y entonces le vuelvo a preguntar:
- Pero este camino que ando y tanto quiero ¿a dónde me lleva?
Y me contesta que él no sabe porque el que busca y tiene necesidad soy yo y ahora ya sí que mucho y en esta misma tierra y vuelvo a preguntarle:
- Siquiera para consolarme un poco dime ¿por qué no puedo volver a lo que no logro olvidar y tanto amo y soy yo y no es materia?
Y tampoco obtengo ni solución ni respuesta.

Y como estoy intentando subir por el camino empujado por la fuerza de no sé qué realidad bella, me paro a descansar y al mirar al lado derecho, vuelvo a ver la tierra ahora sembrada con su trigo al otro lado del gran camino y algo más acá y pegado a la era, la casa cerrada y también muda y dentro, adivino y veo a los que se acurrucan en el rincón llenos de miedo y frente a la puerta, bien cerrada para que no entre ¿qué es no que no tiene que entrar, Dios mío, el fuego?

Porque las llamas arrasan el monte y convierten en pavesas el sudor y la ilusión que fue lucha en aquel tiempo en que todo era y las lenguas de fuego teñidas de rojo, se alzan por el cerro y queman y queman y nadie acude para apagarlas ni a nadie tampoco parece importar en esta noche reina que ya es hermana callada que sigue latiendo y madre y yo, con el corazón en un puño, andando y parados en el rellano que hay por detrás de la iglesia y que fue la era y por el camino que cubre el hielo y tapiza la hierba que arranca desde la fuente y sube por la ladera de las encinas grises y parado en mitad de la cuesta y miro a mi derecha, que es por donde se alza la

casa cerrada y veo y ya casi abrazados por las llamas, los que son mi propia vida que, quietos y como yo, esperan.

Pero el momento y lo que el en corazón cruje y el alma quiere y con amor se aferra ¿qué es, Dios mío, latido eterno, sueño, realidad o pavesa?

* **EL TIEMPO PASA** con su ritmo de tortuga y aunque según la urgencia de mi alma, siento que no llega nunca, hoy es ya diecisiete de enero y ni siquiera me he dado cuenta y como por el campo, esta mañana, la luz del sol se derrama cual día grande de primavera recién brotada, ahora mismo y por los barrancos sube la niebla y en las praderas la hierba toda se ha mojado de rocío medio escarcha y, como siempre por estas fechas, al venir el día graznan los cuervos y por el acantilado de las rocas naranja, se concentran las grajas mientras revolotean llenando el aire de vueltas y más vueltas y también por las cárcavas del arroyo, que es por donde ya se ha desplomado media montaña, pían los mirlos y los estorninos que forman grandes bandadas y las chovas que se mezclan con los zorzales y los pequeños petirrojos y por esto hoy y, al venir el día y besar con sus tonos de oro grana la grandiosa tierra mía solitaria, todo y como en un juego, se llena de vida aunque no estén los que de verdad son y fueron alma.

Y como por el terreno, sin camino y sin fuentes y sin casas, sigo abrazado al tiempo, que lento y aprisa pasa, con la luz del sol que al llegar el día va inundando de matices y colores los dulces campos que son mis ansias, miro al cielo y entre el azul profundo y las nubes blancas, veo cruzar mil patos en bandadas que regresan a los pantanos grandes de las tierras que no conozco y

adivino allá lejanas y si continuo observando al cielo que me queda entre la mañana y la tarde deshojada, que es cuando otra vez los patos regresan y siguiendo los cauces de los ríos de mi sierra, vuelven a las aguas limpias de las lagunas altas, veo las bandadas de grullas formando uves anchas y dejando sus graznidos en el fino viento que de la tierra mana y veo, por el río de las aguas que a todas horas bebo, las garzas reales y la común que también llegan y en los troncos de los pinos secos que rodaron de las montañas o en las piedras centinelas que alegres se miran en el espejo y con las olas juegan, se posan y a lo largo de la gris mañana y la tarde entera, escrutan las aguas pobladas de peces y a ratos y, cuando menos nadie se lo espera, se zambullen y revolotean y saltan y al volver a su pedestal color de arena, ya traen en sus picos el pez aleteando y la luz del día del invierno, reverberando en las gotas azul nata.

Y como entre la mañana y la tarde, en esta sierra mía que tan honda llevo y tanto me rebosa y resbala, tantas cosas pasan, al rato croan los sapos por los charcos del arroyuelo de la fuente de los álamos y a ratos saltan por la llanura verde, las aves frías que ya también han llegado y en la mañana fresca de sol dorado, juegan con el viento que les trenza leves surcos entre sus plumas nieve y al escondite, entre ellas mismas, y abajo y entre las garzas reales y las aves frías y los patos con las grullas que pasan de largo y los arrendajos que no dejan de chillar de un árbol a otro árbol, el martín pescador que perfora las aguas translúcidas del charco ancho donde en verano y, en aquellos días, jugué con ella y la lavandera cascadeña que es como la reina del río inmaculado en sus serenos charcos y sus piedras azúcar y plata, que salta y observa y se esconde en las cascadas de las cien estrellas y no

para en todo el día de subir y bajar por la corriente trazando vuelos en forma de muelle y besando aguas, a ratos y en otros momentos, quieta y bailando su cola larga a son del concierto que canta la corriente y sobre las piedras y, como si fuera un juego que nunca acaba ni nunca empieza y un poco más abajo y removiendo el barro de los lagos del camino, la lavandera común que picotea al ritmo del temblor en su cola larga y no para de anunciar primaveras tras la luz de este día malva.

Y como por el campo avanza el tiempo, aunque lleve su paso de tortuga, al nacer la mañana de este mes de enero, se viste un poco de alegre fiesta y mientras los aceituneros van a su tajo y al llegar prenden fuego a las ramas y encienden lumbres que llenan de perfume los barrancos y las laderas y se mezcla, la bruma con la niebla y el humo blanco, me digo que como la humareda del olivar es dolor y amor que dentro quema, las nubes de incienso que brotan de donde llora y sueña el corazón de los aceituneros, son como las lumbres aquellas en las noches de San Antón, cuando existía la aldea y ellos estaban ¿o eran más bellas porque ardían en el centro de la noche desnuda y cuajada de temblor de estrellas?.

Y me voy por los campos que se visten de luz purificada y junto al cibanto, ya veo y percibo florecidos los almendros y un poco más arriba y entre las peñas del arroyo y la vereda, al sol de la mañana, se abren las flores de los romeros que derraman su perfume y lo mezclan con el durillo y las madreselvas y con el de los madroños que todavía siguen florecidos y como son tantos y todos tan verdes y altos y espesos, en las horas que pasan lentas, de esta mañana de invierno y al sol dorado que calentico besa, exhalan su aroma de miel y aunque se

mecen al roce de la brisa y están callados, al acercarme, creo oír su voz serena: “Como en aquellos tiempos y con el mismo tintineo al viento y la misma sonrisa que cuando estaba ella”:

Y les digo que sí y me digo que no porque en este alba tan delicadamente vestida de invierno que ya es primavera, y por eso rebulle la vida y canta el agua que lleva el arroyo nuestro, la niña no está a pesar del deseo y las primaveras amarillas que en la misma corriente de la fuente ya han brotado y los lirios morados cubriendo los bordes de la reguera que llevaba el agua a los huertos y, en las repisas de las paredes rocosas que corona el manantial de la fuente que es luz y seda, los narcisos rupícolas que también se mecen colgando y como en la tierra que guarda su perfume y contiene sus huellas, duermo y camino y respiro y sueño y me alimento y bebo y aguardo la espera, como si fuera un juego, miro y la veo que sube por el camino que lleva al manantial de la fuente de los álamos y entonces me acerco y le pregunto:
- ¿Adónde vas en esta mañana que no te pertenece aunque el campo, como para recibirte, sí esté vestido de gala y con su mejor traje nuevo?
Y la niña hermana:
- A por los berros que crecen en la fuente clara para que madre me prepare esa ensalada que tanto me gusta y tan rica sabe en la mesa y junto a ellos y frente al fuego que eterno arde y calienta en el rincón de la casa.
- Pero ¿tú te acuerdas de aquellos berros verdes que parecían y olían a albahaca, con sus hojas anchas y, el agua limpia de nuestra fuente en la ladera que mira al sol, lavándolos en el charco sereno mitad diamante y mitad esmeralda?

- Y si te vienes conmigo, al caer la tarde y en la puerta de casa y mientras regresan del campo, manchados de jámila, los aceituneros y se recogen los mirlos por entre la espesura de las cornicabras, como en aquellos tiempos y mientras las ovejas buscan a sus borregos balando todas a la par para dormir con ellos, como en aquellos tiempos y mientras nos divertimos observando tanto barullo de corderos y ovejas y aceituneros y pastores que llegan de sus tareas y bañados del sudor de tierras amadas, jugamos con los pequeños, que tú ya lo sabes, son los más blancos, alegres y tiernos y luego se los damos a sus madres para que les den su leche y dejen de sentirse perdidos en la tarde rosada y al hacerse de noche, duerman junticos, igual que nosotros, en la casa de piedra y acurrucados con la madre que tanto calienta y amor regala.

Y la miro como sin respuesta pero desde la muralla que el tiempo, entre su juego y mi mundo, nos tiene levantado, le digo satisfecho:
- Es que lo pintas tan bello y poniendo en el centro a los berros del manantial de la fuente, que este día ya mediado de enero, parece aquel tan lleno de vida y juego y tan perfumado de primaveras y blancas flores de almendros, que me digo y te pregunto ¿es que acaso no ha pasado el tiempo y lo que ahora creo recuerdo, es presente y aquel día y éste y tú, subiendo por la senda, sois el mismo sueño?

Nota: Cibanto = pequeño terreno inclinado. Jámila = Alpechín.

* **CAE LA TARDE DORADA** sobre el cálido rincón del valle y los montes de las laderas y vengo pisando la tierra

justo por el roto trozo de senda que arropan los juncos del manantial grande, cuando al mirar a mi izquierda, que es por donde el río tiene su gran curva y por donde hace unos días rebosaba el agua y se esturreó tiñendo de cieno la hierba , veo que revolotean más de cien gaviotas y aunque no me extraña, sí me digo que tantos pájaros casi blancos, nunca los vi juntos por la tierras.

Y vengo subiendo al ritmo de una tortuga porque según ando me vengo bebiendo el perfume oro que mana la tarde y el juego de alas y pisadas sobre el barro que las gaviotas, mientras saltan y picotean en el cieno, van dejando y también vengo un poco soñando en las nubes que arden rojas sobre el horizonte lejano que es por donde se está durmiendo el rey astro y vengo en mi alma contento porque aquí mismo y al otro lado, tengo a mis cabras pastando en la hierba y el monte que siempre comen y tanto les gusta y justo al cruzar el caño de agua limpia que está manando de los juncos espesos que voy rozando, me tropiezo con el que ahora han nombrado encargado y sin más, y antes de saludarlo, me dice:
- Lo de tus cabras en estos campos ya te dije que era sólo por un rato.
Y le contesto diciendo:
- Si es tan corto el rato que comiendo ahí llevan, que no han dado tres bocados y fíjate que ahora tienen que alimentarse bien porque ya ves que están criando.
Y él:
- La tierra que ahora pisan tus cabras es repoblación de pinos y por lo tanto, queda prohibido al ganado.

Y sigo subiendo entristecido y dentro de mi alma llorando porque no acabo de entender que me estén quitando la hierba y el monte y hasta el llano donde desde

siempre han comido mis cabras y por esto me digo, para mí y callado, que no es justo que mis cabras se mueran y todo siga rodando como si no ocurriera nada en la redondez de estos campos.

Y como la noche está cayendo y las cabras tienen hambre porque están criando, las empujo desde la tierra que ahora ya no les pertenece y sigo subiendo y llorando y cuando llego al huerto que padre anda sembrando, las meto dentro y les digo, a ellas y para mí y callado, que se coman los tomates y los melones y las sandías que todavía no han brotando y todo lo que quieran porque esto sí es mío y ellas tienen hambre y están criando y algunas hasta tres chivos y antes es la leche para sus chotos y después el campo y me agacho sobre la tierra y les corto hierba y las voy llamando y les doy que coman y me siento dichoso por dentro a la vez que estoy llorando y en cuanto ya termina de llegar la noche, las recojo y me las llevo y las voy empujando hasta la tinada de piedra que pega a la casa que es donde ahora las guardo.

Y en cuanto entran, ya se lía el alboroto de los chivos saltando y corriendo y las madres balando y acudiendo y estoy todo absorto y en la tarea de echarle una mano para que ninguno se quede sin teta y en cuanto los veo mamando ya me siento otra vez contento aunque por dentro siga en mi llanto y no sé qué me pasa que hasta conmigo estoy enfadado y cuando al coger la cabra romera para que se venga a su lado, siento sobre los ojos de mi cara, la frescura de una mano que ni espero ni sabía de ella y al detenerme y mirar de cerca y despacio, veo que es una mano menuda de color rosado y sin más, me digo en mi corazón, que es la hermana pequeña que viene por aquí jugando.

Y sin saber por qué ni qué hago, pongo su mano a mi cara y la beso y como en el alma estoy llorando, las lágrimas se me salen por los ojos y sobre el color blanco de sus dedos de princesa, dejo que sangre mi llanto al tiempo que la miro y le pregunto:
- ¿Tú por aquí y en esta noche tan rota y tan prohibida por el campo?
Y ella:
- Por aquí yo porque noto que no estás bien lo que has hecho y sé que está llorando.
Y como no me atrevo pronunciar las palabras reales para que entienda y comprenda la verdad grande que me roe por dentro, me callo y hablo:
- ¿Y qué quieres que haga si es lo único que me queda y el balar de estas cabras y el olor de su establo?
Y la niña hermana:
- Yo todavía tengo un puñado de aquellas flores de espliego que cogimos en verano y te lo digo porque ahora y, en cuanto a casa lleguemos, vamos a rociarlas sobre las ascuas del brasero y ya verás como de perfume nuevo, otra vez se llena el campo.

* **EL DULCE AROMA FINO** que mana de la sábana recién lavada en la mañana que llega y se expande, me tiene como extasiado y lleno de tan suave gozo el alma que me arde en placer sereno y como estoy con el hermano pastor en la cresta del largo cerro que se abre en forma de rosa frente al barranco del agua, me está explicando cómo se tiran las piedras redondas y aplastadas que las lluvias esculpen en estos montes para que al cruzar el aire lo hagan suaves y en forma de vuelo de platillo verdadero y estoy lanzando la segunda lastra que atraviesa recto el barranco y forma un arco con el

suelo de la otra ladera de enfrente y me siento satisfecho cuando le pregunto:
- Y lo del cascabillo de bellota para llamar a los rebaños ¿cómo lo aprendo?

Y mi amigo el pastor coge uno de entre las hojas seca y el musgo que cubre el suelo y se lo pone entre los dedos índice y pulgar de la mano derecha y sopla y sale el silbo recio y fuerte y al instante me aclara que:
- Según sea el cascabillo de gordo así será el sonido de agudo o grave.
Y le pregunto:
- ¿Y lo de los gatos en sus escandaleras en las noches del mes de enero?
Y me dice que, según lo que sabe:
- Los maullidos tremendos que a la luz de la luna en esta noche de invierno se oyen por los campos cuando más en calma está el silencio, son los gatos en celo y esto ha ocurrido siempre así según me contó mi abuelo y a él, sus mis bisabuelos y hasta llegar al comienzo.

Y me digo que hay que ver la de cosas curiosas y misterios que tiene la naturaleza y pienso que tiene razón porque en estas noches de frío intenso y la escarcha blanca, por la aldea y los cortijos cercanos, además del graznido de los zorros por entre el monte espeso y el quebrarse de las cascadas del río y el arroyuelo, no se oye nada más que maullidos de gatos y de vez en cuando, el canto del gallo y los ladridos de los perros y como hoy mi amigo el pastor me está enseñando la vida y sus secretos, voy a preguntarle qué significa el refrán que dice: “Donde vieras niebla en enero, haz tu hijo heredero”, cuando al mirar al barranco veo a los que suben y vienen de recreo por los campos, siguiendo el roto sendero que

remonta desde el llano y entonces le pregunto por la música que traen y el alboroto y el jaleo y mi amigo, sentado frente a las rocas blancas que el sol de la mañana color de cuarzo, besa, alza su mano y me dice:
- Esto es nuevo porque si tú quieres y, desde aquí y sin que te vean ni lo sepan ellos, puedes anular cada nota y cada sonido que al aire lanzan estos que son extranjeros.

Y lo miro extrañado y voy a preguntarle y a pedirle que me diga cómo y cuál es el secreto, cuando en estos momentos y, allá en la llanura del valle que es por donde el río corre y pastan las ovejas y retozan los corderos, oigo la voz de la madre que me llama diciendo:
- Date prisa y vente corriendo que ya está todo preparado para comenzar el corte de tu pelo.
Y le digo a mi amigo que otro día será porque ahora madre me espera para, en estos momentos y en compañía de la hermana chica, cortar mi pelo y no termino de hablar cuando ya estoy saltando y atravesando el viento y voy en esta alegría de juego y sueño cuando al pisar la tierra llana que roza el huerto, me encuentro con la hermana del alma que está con su cesta de mimbre puesta en el suelo y en ella echando las alcachofas que maduran por este tiempo.

Y al verla ¿por qué será, Dios mío, que el corazón se me torna fuego y el alma siente el placer de amor y beso? y de aquí que en cuanto estoy a su lado le digo contento:
- Ahora te ayudo a cortar los redondos frutos que dan nuestro huerto y después nos vamos por el camino con el cesto lleno y se lo damos a madre y luego le decimos que ya estamos a su lado para que nos corte el pelo pero tú ¿cómo lo quieres?
Y la que hoy es más que juego:

- Corto y en la frente rizado como los lleváis vosotros porque el pelo largo ni me hace más guapa ni me trae más gozo.

Y en la mañana blanca que huele a dulce perfume limpio de sábanas recién lavadas, hay que ver que sensación en el alma con las cuatro cosas de estos campos nuestros y qué dulzor en el corazón viéndola a ella tan cerca y toda en su juego y sentir la aldea en el valle y madre en su centro y los vecinos como celebrando que hoy nos cortan el pelo y mi amigo el pastor, en su trono de sabio y padre un poco más abajo y el día tan lleno de eternidad y otra vez mis ojos besándola a ella en la mañana y el rocío y la niña, tan gozo grande y pequeño.

* **AUNQUE NO SE DAN** las condiciones para que de pie y frente a Ti me sitúe y te hable con la valentía del que todo lo espera de tu mano, esta mañana de campo roto y sueño aplastado, me pongo del lado de la sombra que arropa mi refugio y sin fuerzas, me echo a rodar y, sin tu permiso y aunque no lo quieras, me pego a tus carnes y sin voz ni fuerzas ni consuelo, con esta poca de vida que me queda, porque te necesito en este trago de tanta soledad y sangre por la herida que, una vez más, me han hecho.

Y lo mismo que ayer te lo decía, hoy de nuevo me estoy sangrando y me muero a chorros por esos cien ríos que tengo taponados y en mi decisión madura y sincera, opté por no hablar de ellos nunca bajo el sol y en esta tierra, porque ese es, Dios mío, el trozo de vida que en el núcleo de mi ser, guardado sólo para Ti y para mí y es por esa ventana por donde ahora me desangro y muero.

Pero guardo silencio y aunque toda la noche me la he pasado agarrado a la herida y a la aridez del paisaje en blanco y como ni el sueño ha estado conmigo aunque he pisado la tierra amada de esta llanura desierta por donde, detrás de Ti y mis recuerdos y mi espera, ando, hasta me he dicho en más de mil momentos que de aquí ya no sigo ni vuelvo porque llegar, y eso lo sabes, no ha sido por mi deseo, mas, sin embargo, dejo que siga latiendo mi corazón y al ritmo de lo que está sin luz y más que acabado, espero que pase la noche y que llegue lo que Tú hoy tengas preparado y me digo que si en esta tierra no me siento yo mismo porque no tengo ni una migaja de polvo sobre el que mantenerme alzado ¿qué puedo hacer si todo está desnudo y yo más que acorralado?

Y así en el día que llega, que al menos para mí no es tal día, sino otro denso trago, sin las fuerzas en mis carnes y con mi alma herida y sin el calor ni de ella ni del suelo que piso ni de ellos, una mano, me voy por la llanura vacío como la húmeda noche que conmigo ha besado esta tierra y mientras respiro el aire y me roza lo que quema, me lanzo al río del mundo y como Tú lo quieres y, aunque sé que algo de consuelo me daría hablar del dolor que me va matando, ya lo sabes porque te le he dicho, me callo y aunque me muera a chorros, sujeto los ríos con mis manos y conmigo me llevo, a mi tumba, lo que sí desearía decir y tanto quiero pero en libertad, para mí, me guardo.

***ESTÁBAMOS NOSOTROS** ayer, el pastor del dedo herido y el muchacho joven, la madre y otros vecinos, parados delante de las casas y con la mañana fría que se alzaba y el viento quieto, estábamos hablando de como

por la noche se había muerto el pequeño chivo de cola blanca y lomo negro, y a la pregunta del hermano, la madre dijo:
- Es que algunos nacen enclenques y como ahora hace tanto frío y las noches son tan largas, pues se encogen y aunque las madres les dan sus calostros, no tienen fuerzas y se apagan.

Y estábamos comentando como la muchacha joven, otra de las hermanas que con su familia, es dueña de la aldea, ya está de dos meses embarazada y ella estaba diciendo que cuando nazca su hijo va a ser como una fiesta grande porque entre la familia, de una casa y la otra casa, no hay todavía ningún niño y por eso se le veía, a la pastora princesa amada, tan llena de gozo y guapa y tan plenamente feliz y de todos los vecinos rodeada, cuando a la pregunta del muchacho, responde ella, toda ancha:
- Nacerá mi hijo para el mes de junio y si preguntáis que si tengo ganas ¡ya veréis vosotros, siendo el primero y fruto de tan dulce beso en mi alma!

Y reunidos en el rellano de la entrada, todos los vecinos y el padre del dedo herido que del todo no le sana, comentando lo sencillo que es el momento y lo claramente bello en la preciosa mañana que no tiene nada más que el sol reluciente y el cielo azul y el viento en calma y las praderas verdes por la llanura que se alarga río adelante con la profundidad del valle por donde, de las otras casas, sale el humo plomo de las chimeneas y desde aquel rincón y este, todo pareciera que gira en torno nuestro y sólo para nosotros en esta sencilla mañana, cuando la madre dice, contenta:
- Es como si nada faltara.
Y padre:

- Mejor como si sólo sobrara la presencia de ellos porque cuando llegan y tocan algo, lo complican y hasta en la sangre del corazón, arañan.
Y la madre:
- Por eso decía que es como si nada faltara entre nosotros aquí reunidos y dándonos entusiasmo y poniendo orden y amor en las cosas que Dios regala.
Y la otra hermana:
- Tienes razón, como si nada faltara y sólo sobraran ellos.

Y en esta mañana redonda y nieve que tiene color de plata, el muchacho se aproxima y habla:
- Pues yo también quería decir que darle cariño a las ovejas y llevarlas de una pradera a otra y, con paciencia cuidarlas, tiene su arte y su ciencia.
Y la niña hermana:
- Pero entonces madre ¿cual es el mérito por nuestra parte para que Dios nos dé el regalo de los campos y la vida y las fuentes y esté de nuestro lado y aquí nos haya reunido en esta sencilla mañana?
Y la hermosa madre, pastora y reina en las praderas de hierba con tonos azul esmeralda:
- Dios, rotundamente es y abraza a los pequeñuelos y limpios de corazón que escoge por puro amor de Padre y, porque quiere y nos quiere, besa y ama.

*** ES COMO SI TODA** la noche me la hubiera pasado esperando la visita de alguien importante y como por el rincón, donde ahora tengo mi presencia, me muevo según la necesidad que el día me trae, esta noche no he encontrado lugar seguro porque en cuanto he dado dos pasos a todo y todos, he estorbado y si he buscado apartarme del camino y subirme a lo alto de las piedras o la torrentera y también mezclado con la masa y con ellos,

esperar y ver quién por aquí hoy viene, también he estorbado y eso que a todos he pedido permiso y perdón antes siquiera de rozarlos.

Y eso que también, Dios mío, desde hace tanto tiempo, estoy por el lugar sólo y andando y durmiendo en la fría tierra frente al raso cielo tupido de estrellas y ni pido nada ni exijo nada y hasta ni hablo para así no sentirme dueño ni del aire que respiro sino como el que sólo está pegado al imán del recuerdo y a la tierra que lleva en su corazón, esperando que Tú llegues con el día pero intentando rozar y molestar lo menos posible para que nadie se sienta molesto conmigo porque a nadie, creo que ni estorbo ni me meto en sus vidas ni le cojo a la fuerza lo que proclama como suyo, porque ha comprado.

Pero esta noche, la realidad ha sido como si toda ella, me la hubiera pasado esperando la presencia de alguien importante que viene a pasar, por este trozo de tierra, no sé a qué asunto también grande y por eso hasta han montado cientos de chiringuitos sobre los mismos peñascos y se han puesto a vender y al lado, otros se han aprestado a freír churros y más abajo, más han llegado tirando puñados de caramelos y, a gritos, anunciando al personaje que viene y ahí, justo donde crece la hierba y de los jabalíes, se encharca el barro y es el centro de la querencia que a esta parcela me tiene amarrado y ahora, ya te lo he dicho, sólo hay ruinas y zarzas y pasto, también han llegado y sin ni siquiera saludarme y delante de mis ojos, se han puesto a medir y a llenar el espacio con sus cuerpos altos.

Y viendo tanto atropello y tanto ir cada uno a lo suyo y ni siquiera tener una palabra de explicación, me he puesto

a un lado y mientras miro hacia lo hondo del valle por donde suben motos grandes y suenan sirenas y se ven reflejos de luces y se amontonan gritando, he observado a los que al núcleo de mi corazón han llegado y siguiendo en silencio y sólo con el deseo de ir lo suyo, los he visto que han seguido avanzando y donde estuvieron colgados los humildes utensilios en aquella casa vieja que fue palacio de madre y la niña y padre, han clavado tablas y justo donde estuvo la cocina, han apilado las cajas de bebidas y luego han montado barras y parrillas para hacer fuego y freír chuletas e ignorando mi presencia y las huellas de lo que en el rincón, tanto para mí es sagrado, se han puesto a vender y a freír y a llenar de aromas raros lo que tan limpio y verde tengo en mi corazón y, mejor que nadie, Tú sabes cuanto.

Y para mí me he dicho y, desde ese silencio respetuoso e ignorado, que esto a lo mejor es sólo para el momento del personaje que ahora se está esperando y como no me han aclarado nada ni tampoco se lo he preguntado, he seguido al margen de la avalancha de los miles que han llegado y esperando que nazca el día a ver si la realidad se presenta con otro manto y sin que estorbe a nadie y, al tiempo que pido perdón y soy respetuoso, pueda seguir por el rincón querido, agarrado a la fuerza y seguridad que da tu mano, a mi alma para consolar mi llanto que hoy brota de tanta amargura, por la esperanza que en Ti he depositado.

Y por eso me repito y te digo, como cuando el abuelo y madre y ellos estaban, que perdones mis pecados como yo intento perdonar a los que me ofenden y que no me dejes caer en la tentación y no te apartes de mi lado que

en Ti sólo tengo puesto mi vida y mi suerte y la ilusión que todavía me va empujando.

* **EN LA MAÑANA AZUL** surcada de caminos blancos que juegan con mis hermanos los aceituneros que ya salen a sus tajos y cuando me siento y se sienten bajo tu mirada y en tus manos pero en libertad, estoy mirando a la tierra, rezumando y envuelto en la inmensa belleza que por este rincón mío Tú has dejado y veo que por donde aquel día iba la senda que luego rompieron para hacer la carretera del negruzco asfalto y en sus bordes, que era donde crecían las encinas viejas y los robles y las madroñeras, sembraron los cipreses, ahora los están cortando y aunque tampoco me extraña, porque desde aquel tiempo ya ando acostumbrando, al ver tantas ramas partidas y tantos árboles atusados a ras de tierra, otra vez no me lo creo y grito mientras me cayo.

Pero como en la mañana de hoy y en tu presencia que me contempla remota, también estoy apartado de ellos y exento de toda servidumbre, porque me quieres libre, me pregunto que con quién hablo y le informo y protesto de esto que está pasando y cruzo la tierra llana que es cañada repleta de hierba y al subir un poco y rozar el peñasco, me acuerdo del lentisco espeso donde en aquellas noches de estrellas me quedé acurrucado junto a mi parra blanca y frente a los campos que gritaban y la luna compañera que brillaba en el amplio cielo rodeada de estrellas y mientras mi cara descansaba en las hojas secas del lentisco y la hermana tierra, sus rayos me besaban con la ternura de tu beso amigo y el bosque, quieto y los grillos, llenando los reinos del tiempo, con su dulce canto.

Y en la mañana de hoy que es azul serena y de escasa niebla y muchos aceituneros que ya se van a sus tajos de aceitunas negras y de agua y barro y escarchas blancas que también nos dan tu beso, estoy mirando al arroyo que de la montaña baja y me recreo en el charco de los juncos y las piedras cuando al sentir el ruido, miro extrañado y sin más los veo que con sus motos de agua, dicen ellos, suben veloces rajando la superficie limpia y cruzan por mi vera y con sus luces y ruidos, se adentran por el misterio del arroyo claro y como sigo extrañado, me digo que me gustaría hablar con ellos y que me dijeran qué es esto y por qué en las tierras que amo.

Pero surcan el agua y con sus motos ruidosos siguen subiendo y remonto del arroyo a la senda y no ando dos pasos cuando llego a donde crecía la alameda que también es tierra llana y en este mes de enero, tapizada de verde hierba y al verlos todos en corro y sentados como frente a la montaña pero hablando de caminos llenos de flores y de oscuros cerros, me pregunto que quienes son y qué hacen por el rincón y en cuanto me acerco, me dice, el que los va guiando:
- Vamos de excursión y aquí nos hemos parado a comernos el bocadillo y a observar las cumbres y hacernos fotos y por cierto, ¿sabes tú quién vivió o fueron los dueños de estos campos en aquellos tiempos?

Y como me siento extraño y no me hago a la idea de ver a mis excelsos paisajes con tanta gente nueva y vestida con tan variados trapos, les digo que yo voy de paso y me alejo, cuando de pronto veo que por la carretera y corriendo, aparecen tres y dos coches detrás y cinco que, encima y de pie, vienen gritando:

- ¡Apártate! que estamos entrenando y por aquí vamos corriendo a ver si el premio ganamos.

Y sin más me echo a un lado y me voy por mi mundo de hierba bañada de rocío y donde el peñón borondo está clavado y el musgo y el fresno y la fuente, me paro y echo otra mirada al rincón y veo que en la mañana hermana, teñida de azul y surcada de caminos blancos que fueron las venas de esta tierra mía, lo único que todavía rezuma esencia de aquellos tiempos, son los aceituneros vestidos con sus trajes de niebla y mi corazón sangrando que con el temblor del bosque, al paso del viento, sigue solitario y en la espera y acurrucado en tu beso y en el verde de las hojas de aquel lentisco espeso que me arropó y me dio su abrazo en aquella noche pintada de azul y luna, bajo mi amigo el cielo y la hierba de mi hermano el campo.

* **EN EL DÍA DE HOY,** las nubes cubren el valle y las dos grandes laderas de los lados y llenan de gotitas transparentes la hierba verde y las ramas oro de los tarayes y como ayer, al caer la tarde, empezó a tronar y luego cayeron los granizos, en cuanto se cerró la noche, comenzó a nevar y por eso, en el día de hoy, en las partes altas de las montañas y algo en las tierras del valle, la nieve se amontona y aunque amanece todo en calma y es final de enero, hace frío y la tierra está húmeda y la niebla la cubre casi por completo y por esto hoy, no pueden salir al olivar los aceituneros.

Y en el día de hoy me voy en silencio y al pisar el círculo del rincón amado, lo primero que veo es la tierra solitaria con sus millones de gotas menudas de agua e hielo y donde todavía crecen las matas de tomillo y del espliego, aunque no está, sí me parece ver a mi perra

blanca acurrucada encima de la tierra mojada y al contacto de la lluvia y el viento y al rozarla, me mira helada y le digo y me digo que cualquier día de estos le hago, de piedra y monte, una casa.

Y sigo andando y antes de abrir la puerta y entrar dentro donde madre ya está levantada, distraído observo el montón de cenizas que desde mi casa amada, ruedan por el cerro y caen a la hondonada y me pregunto por los años que tendrá este estercolero de cenizas de la lumbre y de carbones y las cuatro cosillas más que desde la cocina y la casa, vienen a este suelo del barranco y el gran río por su centro y me acurruco en el frío y entro y enseguida veo a madre que prende el puñado de paja para encender el fuego y al preguntarme, le digo:
- Vengo del corral de las ovejas y he visto que esta noche el viento ha tirado el trozo de pared que desde los charcos del arroyo, sube hacia el huerto pero lo animales ya están por el campo que hoy tantas nubes tiene y también florecidos los romeros.
Y madre:
- Pues ahora corta la rebanada de pan y la pinchas en el palo y la pones frente al fuego que se tueste bien y luego la rocías de aceite y te la comes que esto es un desayuno bueno.

Y le digo que sí porque junto a la lumbre que ya arde viva y, también con sus rebanadas de pan y dorándolas al fuego, está padre y el hermano mayor y madre y la niña y el abuelo y el que ha llegado de fuera y es un personaje importante y dicen que viene a salvarnos y redimirnos de la miseria y a darnos dinero, que mira nuestras tostadas de pan recio impregnadas de aceite sacado del olivar del arroyuelo y dice:

- Mi manjar, allá en la ciudad, es mejor que el vuestro porque en el desayuno tomo zumos y leche fresca de granjas de vacas y huevos y tocino con vetas de magro y luego cereales secos y de postre tengo bebidas y frutas de todas clases y queso y pan blanco y a media mañana, vamos al mercado y compramos cuanto queremos y no como vosotros que para coger las zanahorias y las espinacas, tenéis que ir al huerto.

Y al oírlo y no sé por qué y para mí sólo me digo, que para él toda su abundancia de bebidas ricas y su mundo bello porque yo y madre y la hermana y todos los vecinos de este inmaculado rincón nuestro, tenemos bastante con las tostadas de pan con aceite y un ajo tierno y el frío de la mañana en mis manos frente al fuego y con los cuatro tomates que cogemos en los bancales del huerto y con la leche de las cabras y los chotos nuestros y las cinco casas de piedra sobre el puntal frente al valle y sus puertas de madera y sus rosales en la entrada y los verdes limoneros y las ovejas y el campo y los perros tiritando sobre las hojas secas del espliego y los romeros.

Pero padre le dice:
- Usted no se preocupe, señor, que ahora cuando acabemos vamos a inspeccionar lo que desea y después le enseño la tierra que tanto busca y que sembraron de pinos nuevos y luego charlamos de lo que es su deseo y para el medio día, yo le mato a usted un borrego y se lo come aquí en la casa y en nuestra compañía y ya verá qué bien le sienta y qué bueno.

Y cuando ya salen por la puerta y se van por el campo anotando y escribiendo lo que padre va explicando, miro

a madre y voy a preguntarle por esto, cuando ella se me adelanta y dice:
- ¡Hijo mío! si no hincamos las rodillas y les pedimos perdón y los complacemos dándoles la casa y la mesa y el respeto y para que coman y se sientan bien, les matamos los borregos, ¿dime tú qué hacemos?

Y como no entiendo ni a madre ni a padre aunque sí algo los comprendo, me salgo de la estancia y al mirar, lo veo que sube por la ladera guiado por el padre bueno y mientras me voy por las paredes de piedra que en la aldea separa a los huertos, me repito lo que he oído y es que éste y aquellos, ninguno viene por aquí a salvarnos ni a redimirnos ni a sacarnos de la miseria ni a darnos su dinero y como el día está lleno de niebla, al igual que el de hoy y por la hierba reluce el hielo, continuo por la senda y enseguida veo a mi perro que se acurruca en la mañana junto a las matas secas del tomillo y el espliego y veo a la higuera que ya no tiene higos porque es invierno pero me digo que hasta hace dos días y medio, para el postre y después del almuerzo, sólo tenía que salir de mi casa y de sus ramas, coger los frutos frescos.

* **SE FUERON LAS NIEBLAS** que ayer cubrían los barrancos y aunque volverán acompañadas de nubes negras que otra vez traerán lluvias y nieves, ayer por la tarde, se quedó limpio el cielo y cuando cayó la noche, brillaban las estrellas con ese lustre fresco que los astros tienen en estas noches de enero y a lo largo de las horas, volvieron a lucir, sus blancos trajes, los hielos y como yo sigo en mi rincón todo empapado de Ti y esperando tu momento, me digo, mientras me abrazo al frío de la mañana que hoy beben los aceituneros, que en este nido mío pequeñito es donde te siento y te abrazo y te gusto y

sin ruidos ni brusquedad ni aspavientos, estoy transformando la espera, de este eslabón de hierro que engarza lo que es materia, en gozo que me arde en el alma y es puro temblor eterno.

Y por eso en esta mañana, que ya se abre otra vez vestida de gris y con algunos tonos azul por el infinito cielo, me desperezo lentamente y miro a la luz que de nuevo me regalas y, entre otras cosas, pienso que un día de estos me voy a ir con los aceituneros y voy a pedirle que me hagan un chiquito hueco entre la cuadrilla y el frío y su aliento a ver si así me empapo un poco más de sus llantos que son sueños y también me ando diciendo que con el resplandor de estas mañanas grandiosas y de este frío y desteñido invierno, se podrían tejer rosarios perfumados de, Dios mío, cuántas cosas que desde mi rincón pequeño descubro, oigo y contemplo.

Pero entre tanto y todo tan bello, ahora esta mañana lo que más y, desde mi alma, estoy viendo es a la madre reina en el centro de su casa con su hija la princesa que se levanta del sueño y mientras tiende su cara de rosa fresca al frío viento que es hermano de la mañana lenta para que le dé su beso, también la madre aprovecha y funde, como en un juego, sus mejillas y labios de reina excelsa, en la tez suave de la niña gozo y habla diciendo:
- Tu cara es lo más dulce que nunca probé en este suelo.
Y la niña que extiende sus brazos alargando las mejillas al sol de la mañana y al beso y que se queda derramada en la placidez del viento y mientras se le derrite el alma, pregunta con delicado acento:
- ¿A quién de los dos quieres más a mí o al hermano pequeño?

Y la madre que no contesta y en cuanto pasa un rato salimos de la casa y la hermana y yo nos vamos al huerto y con la azada en la mano cavamos la tierra en silencio que es la que hoy padre nos ha dicho y cuando ya es media mañana y el alto sol baña los cerros, dejamos de labrar la tierra y entonces nos ponemos a cortar la hierba espesa que en el rincón de abajo, ha crecido este invierno y hacemos dos haces apretados y nos cargamos con ellos y salimos por la puerta y vamos buscando el sendero para regresar a casa y echar la hierba a los corderos que ya comen cuando en la curva del camino y, donde el sol todavía no llega y sí reluce el hielo, vemos las ruinas de la casa del hermano que tanto también queremos.

Y como pidiendo permiso y al mismo tiempo rezando una oración cortita al cielo, respeto que siempre nos enseña madre, nos acercamos y al tocar la puerta de madera vieja, algo nos tiembla dentro porque es como si la lluvia ya se la hubiera comido o la hubiera roído el tiempo y al asomarnos a las paredes, vemos puñados de nieblas que manan como del centro y vemos la escarcha trabada en los cardos borriqueros y, donde unos meses atrás hemos estado con la hermana junto al fuego, ahora sólo percibimos quietud suspendida y en silencio y más chorros de niebla por entre las ruinas cubiertas de musgo y humedad que parece incienso y nuestros corazones que se empapan del sabor amargo del beso que mana de las ruinas frías en la mañana de enero y como no tenemos palabras o no sabemos decir lo que sí en este instante queremos, seguimos con nuestro haz de hierba a cuestas, bajando por el sendero.

Y en la mañana cristal de este, por encima de todo, hermoso día de enero, venimos con nuestra tarea sin

pronunciar palabra aunque vengamos tan llenos y al dar la curva del camino, sin querer, los vemos y ellos, al vernos y de entre sus cosas, nos saludan y nos dicen que paremos.
- Porque vamos a daros el último de los cien besos.
Aclara la hermana de la casa que todavía se alza al final de la aldea y en cuanto nos detenemos, pregunta ansiosa, la niña:
- ¿Qué es esto?
Y ellos:
- Que nos vamos.
Y por segunda vez la niña:
- ¿Pero a dónde y por qué a estas horas tempranas y tan rociadas de hielo?

Y ya no responden a sus palabras sino que nos dan su beso y mientras en la mañana fría y dulce y amarga de este mudo mes de enero, los vamos abrazando, vemos que sus bártulos se amontonan en la curva del sendero y descubrimos que se llevan las gallinas y los frutos de los almendros y los chorizos de la matanza y los arados de labrar la tierra y las sillas y las calabazas del huerto y como tanto es lo que se llevan o quieren llevarse con ellos y tanto nos dan sus besos diciendo que ya no volverán ni nunca más nos veremos, que nos sentimos aturdidos y tristes y amargos, en la mañana deliciosa de mil flores de escarcha y negro hielo.

Y por fin ya nos vamos y también se quedan y van ellos y en la curva del camino los dejamos con su dolor y sus sueños y en cuanto llegamos a casa, madre sale a nuestro encuentro y, como en esta mañana de hoy y sol radiante y con las nieblas que se fueron, Tú me sigues dando tu beso, así madre al ver a la niña, la abraza contra

su pecho y mientras la besa en sus mejillas de rosa abierta en enero, le dice:
- Tu cara es lo más dulce que nunca probé en este suelo.

* **ESTOY TUMBADO** en la hermana hierba de la pradera frente al sol primero de la mañana que me besa y como es invierno, hoy sin niebla por los barrancos ni nubes espesas por el cielo aunque sí algunas blancas y grandes que parecen vellones de lana fina de corderos o montañas de nieve y estoy viendo, frente a mí y hacia las tierras llanas del río, a mi rebaño de ovejas que se agarran a los tallos de la hierba tierna y comen serenas el apetitoso alimento y mientras dejo que me roce el viento que llega por el barranco y me derramo con mis ojos por el infinito azul del cielo que arropa la sierra entera, estoy contigo en mis pensamientos porque hoy más que otros días, necesito de tu mano de Padre bueno.

Porque aunque el día es tan bello y tan redondo de paz y estoy con la tierra y las ovejas que tanto quiero, dentro de mi corazón, mientras respiro me muero porque ya me veo transplantado de esta tierra en aquella tierra que se extiende allá a lo lejos y no porque yo lo deseo sino porque me obligan a la fuerza y sin otra salida que aquello o la miseria total del que se queda sin casa, sin raíces, sin los seres queridos y sin el consuelo de estar cumpliendo tu voluntad sobre este suelo.

Y desde este rincón hermano que tengo y todavía, no sé por cuantos días y gozo mientras me muero, me voy viendo en aquella región lejana y frente a mí la gran ciudad llena de asfalto y de coches y de antenas y en lugar de bosque y ríos, edificios altos y mares de personas y más coches produciendo humos y ruidos y

donde ahora tengo mis montañas cubiertas de nubes y besadas por el azul del cielo, veo llanuras ilimitadas que no son de huertos sino de maizales y algodonares sembrados con grandes máquinas y por eso todos monótonos y todos iguales y surcadas, las infinitas llanuras, por más carreteras y coches y trenes que van y vienen y transportan más gente y todo es como un hormiguero donde en ningún momento se para y no hay más perfume de sano que el humo de los motores y la monotonía de los paisajes donde nunca terminan las casas y donde debe nacer un arroyo, hay más casas y por donde corre o se remansa, otras construcciones grandes y, Dios mío, hasta el agobio y el cansancio.

Y como estoy aquí, sobre la verde hierba, sentado y frente a mis arroyos que saltan caudalosos y lanzando su dulce canto, me siento morir porque me siento allí y hasta me digo que cómo y a dónde llevaré yo a mis borregos de careo por aquel mundo de negro asfalto y tantas casas y tantos humanos y cada cual a lo suyo sin ver ni el cielo ni el campo y como la tristeza se me amontona en este momento callado donde todavía estoy en mi sierra y respiro por los paisajes y rincones que tanto amo, me digo que prefiero la muerte, Dios mío, antes de irme por aquel lado de donde no soy ni pertenezco ni deseo siquiera conocer porque ya sólo en el pensamiento me repele por lo amargo.

Y por eso ahora y en esta mañana y mientras estoy tumbando sobre la hierba verde de mi pradera y el sol que me está besando, me digo que en este momento me voy a poner a redactar un escrito, con la ayuda de mi llanto, donde empiece diciendo: “Carta a Dios” y luego te la mando a ver si Tú cuando la leas y te enteres de este

dolor mío, quieres y puedes extender tu mano y paras este destierro al que me quieren echar, como condenado y yo no quiero ir porque mi centro y mi corazón y mis raíces y mi ilusión con la miseria y mi dolor y mi llanto, está en esta tierra donde nací y tanta luz de puro sol tiene y tantos arroyos claros y tantas cascadas de nieve y tanto todo puro camino, que aquí, Dios mío, quiero morir y no en aquel otro mundo y desterrado.

* **VAMOS SUBIENDO** por la senda que lleva a la fuente de los álamos y como en la noche de hoy también se ha quedado el cielo raso, ha cuajado la helada y por eso ahora, el viento que corre, en la mañana nos va quemando y cruje la tierra a cada incierto paso y aunque vamos subiendo en silencio, miro a la cara de mi amigo el pastor y descubro que su expresión no es la de ayer porque, además al notársele triste y por eso está y va conmigo tan callado, se le ve como si en su alma estuviera todo cansado y en su cuerpo, que es el reflejo del alma, todo arrugado y su cara fría y algo negra de la sangre roja que se le agolpa en los ojos y los tiene como congestionados y como, sólo con verlo, se adivina lo que por dentro tiene amontonado, no le pregunto si está sufriendo pero él me ha dicho que lleva muchas noches sin dormir de tanto darle vueltas, a las cosas, en la cabeza y el triste llanto y de aquí que ahora, y no sé por qué, me acuerde de las palabras que madre decía, para estos casos: "Contra Dios no te reveles si en tu alma lo tienes todo amargo, porque lo que es cosa y obra de los humanos, a El no se le puede echar la culpa". Y cuando yo, en más de una ocasión, le he preguntado:
- Pero ¿cómo permite que el otro me arranque, a la fuerza, lo que es mío y me deje tan quebrado?
Ella siempre me ha respondido:

- Tú no olvides nunca que Dios libres nos ha creado y si se da el caso que el de arriba usa su libertad para hacernos daño, de ello ¿por qué va a ser culpable Dios si lo suyo es todo amarnos?
- ¿Y por qué no me es permitido revelarme contra Él que nos ha creado?
- Si lo haces aún te sentirás más solo y por dentro más amargo y nada arreglara, esa actitud, las cosas con tu hermano que actúa contra ti haciendo mal uso de su libertad y no porque el Creador se lo haya ordenado.

Y vamos subiendo nosotros por la vereda que lleva a la fuente de los álamos y al remontar y asomar a la torrentera de la cumbre verde donde ya están, las ovejas de mi hermano el pastor, pastando, vemos su yegua que lucha queriendo levantarse y no puede y se está quejando y lo miro a él y la miro a ella y como lo veo tan roto y tan triste y todo tan crudamente quebrado, no sé qué decirle y por eso espero y enseguida veo que se acerca a ella y sin querer, le alza el palo como amagando para pegarle y la yegua se queja y se arrastra por la hierba y como no puede ponerse en pie, más se sigue quejando y mi amigo hermano que se pone más cerca y le vuelva a dar con el palo sin golpearla y al intentar el animal alzarse otra vez, rueda por la hierba y cae por la ladera y se despeña por el barranco y mientras desde arriba, mudos la vamos contemplando, se me rompe el alma ver tanto quebranto y miro a mi amigo y sin desear preguntarle, le pregunto, todo amargo:
- ¿Y ahora?
Y él desde su llanto:
- Ya estás viendo que entre las rocas de lo hondo se va quedado en pedazos y si miras al cielo, observa como los buitres surcan el aire en círculos y se acercan celebrando.

Y yo, sin saber qué se dice en estos casos ni comprender la mitad de lo que hoy por aquí está pasando:
- Pobre yegua ¿verdad?

Y él ya no contesta a mis palabras porque sabe que su yegua ayer por la tarde se le cayó resbalando sobre el hielo y se quedó con los dos pies quebrados y porque sabe que aunque es su propia vida y casi la riqueza de cien años, no se puede hacer otra cosa pero frente a la imagen de la yegua mutilada y dando tumbos por el barranco, él piensa aunque no me lo diga, que si lo suyo y lo del hermano que desde arriba y con su palo de cruel está amagando, será como lo de esta yegua que termina sus días hecha añiscos por el barranco.

Y en la mañana dulce, a pesar de todo y el amargor que a mi amigo lo está matando, seguimos subiendo por la senda que remonta desde la fuente de los álamos y mientras vamos pensando en las casas de la segunda aldea, vamos besando el viento frío que sube del valle y vamos, en nuestras almas, rumiando la amargura de esta singular lucha a la que nos han llevando, los hermanos que están por encima y como tienen el poder, desde la materia, nos están más que hiriendo, machacando.
- Pero madre dice que contra Dios ¿con qué derecho nos revelamos?
Le digo sin pretenderlo y él guarda silencio y sigue subiendo en la mañana fría del invierno amargo.

* **LA ÚNICA MANERA** de ponerle sordina al dolor que escuece por dentro y me persigue aunque no quiera, es cerrar las puertas a mi pensamiento y como si ya me durmiera, no dejar que mi mente piense en nada y es esto lo que esta noche he hecho y mientras el sueño me ha ido

dando besos, me he sentido levedad que ya no roza la tierra y mucho menos se para y hace caso a las palabras de ellos o a su postura soberbia que infringen tanto daño.

Y aunque es tiempo de que los almendros ya estén en flor y se llenan sus ramas negras, además, del hielo que esta noche de limpio cielo, rocían los campos, me he ido por el arroyo y he saltado la corriente y ahí, donde las adelfas se amontonan espesas y las piedras trazan un hueco para que pase la corriente y es justo donde, en primavera, se concentran y cantan los ruiseñores, he atravesado el arroyo y al subir por el repecho, he visto a los almendros silvestres clavados todavía en la tierra y como ahora ya nadie coge sus almendras, aunque estén en flor, sus ramas están repletas, me he puesto a varearlos y en cuanto se ha cubierto el suelo también me he puesto a llenar mis bolsillos y luego me he sentado en la piedra que mira al valle y, abrazado al frío que congela y la escarcha de la noche, me he puesto a partirlas y a comerlas a la luz tenue del silencio largo.

Y como he dejado sin alas a mi mente para no sentir el dolor, mientras me he sentido nieve con el viento y suavidad con el sueño, he dejado que la tierra y el crujir de la hierba con el hielo, se me cuele dentro y me empuje y me transforme en Ti y en ella y en consuelo de la paz real que no transmiten ellos y es lo que en el fondo quiero para así sólo sentir tu beso limpio y no su presencia que tanto hiere y se me transforma en dolor por dentro.

Esta es la única manera de poner sordina al dolor que siempre provocan ellos desde su prepotencia y su carga de monotonía y por esto, en esta noche ya final de enero, he puesto cerrojos a mi mente y me he hecho luz de luna

entre los almendros floridos y todavía repletos de sus almendras negras por fuera del otoño viejo y aquí sólo contigo y mi recuerdo, en la soledad que bebo, he sido el que sueña con el agua del arroyo y la flor del campo tan llena del amor que ansío y la esencia e inmaculada fragancia de tu beso.

* **YA VEINTINUEVE DE ENERO** y con la hermana lluvia resbalando dulce por la piel del cuerpo y los tallos de la hierba fresca que tapiza la tierra amada de este valle nuestro, lo que sobresale y destaca con la fuerza de lo que resiste al empuje del tiempo, no es la quietud silenciosa que palpita bajo la capa del crujiente hielo sino la fuerza de la figura sagrada que en la casa palacio se mueve dentro y por la mañana, afanada en cortar el trozo de tela negra que no hace mucho ha traído el recovero.

Y mientras mi desmantelada alma se para y se abraza y hasta se funde con la presencia de la madre dedicada a dar forma a la humilde tele de donde va a sacar un babero para la hermana niña, como en un arrebolado amanecer de nubes de fuego y nieve sobre las cumbres de este mundo mío tan bello, me veo recogido justo bajo las ramas de las higueras que se enredan con los fresnos y las parras entre las rocas y el peñasco de tierra que corona el monte y como sigo sintiendo que este rincón pequeño de sombras frías y de música de pámpanas que cuelgan al viento, es el punto cero del universo entero y por eso el corazón se nota eternidad completa entre la fragancia de tu grato beso, me recojo entre las hebras del perfume que mana de esta mañana de enero y me digo que aquí y con ellos y el mágico celeste de aquellas uvas gordas colgando entre los higos de la higuera que nacen

de lo eterno, me quedo para siempre y más en el trance de lo que, a cada instante, ahora está muriendo.

Y desde el rincón frío y recogido entre las rocas que son claridad de estrellas en la palidez de este día de enero, miro al barranco y ahí encuentro que entre todas las otras verdades que destacan y emergen como pilares de acero por entre la sierra de los atardeceres y las brasas postreras de mis sueños, se encuentra el blanco cortijo donde ellos acurrucados, estuvieron y también al calor de las llamas de su fuego y como mi corazón sí late y bebe su propia sangre ahí dentro, no me acerco sino que estoy frente a la chimenea y los miro quietos a ver si los conozco y al preguntarles por el nombre y por aquel rodal de amapolas rojas que temblaban justo a la entrada del umbral derecho, el hombre canoso me dice:
- ¡Pues anda que no hace tiempo que murieron!
Y desde mi angustia:
- ¡Pero si ayer mismo estuve aquí con ellos!
Y el anciano serio:
- Querrás decir que fueron los mejores y por eso sus figuras no las corroe el tiempo.
- Quiero decir que me parece verlos dándoles un trozo de pan con aceite al hermano que venía pidiendo y haciéndole un sito junto al calor del fuego en aquella noche de tanto frío que se da la mano con la de este enero.
- Eso será lo que tú querrás decir pero ellos ya no están ni volverán más por este rincón pequeño.

Y quizá por esto hoy, veintinueve de enero, lo que más destaca y se alza como eterno desde las tierras de este valle nuestro, es la figura de lo que fueron ellos y el perfume de sus almas que se quedó estampado en la

propia luz y el mismo viento que todavía sigue acariciando este rincón mío y es, más que materia transformada en dulce sueño, la fragancia nítida de tu puro beso.

* **DEL LADO DE DONDE** sale el sol, que es por donde están los valles y los mil olivos entremezclados con los pueblos blancos, me llega el tufo ácido que mana de los que ahora por ahí andan mancillando a las tierras con un montón de construcciones nuevas en nombre de "salvación para los nuevos tiempos", que es igual matar la cultura campesina para sustituirla por nada que tenga valor eterno y en el fondo y la verdad, en lugar de dejarse guiar por la voz sabia del alma vieja, se lanzan y escarban buscando dinero y rompiendo los humildes cortijos y los cuatro huertos que siempre dieron tomates buenos y ahora, llaman ecológicos porque en lugar de abono, tienen aguas limpias y el estiércol con el que se alimentaron siempre y están rompiendo, con carreteras y pistas, las sendas viejas que fueron venas reales y regadas con el sudor y dolor de los que van muriendo y como no quiero ni oler este agrio tufo que tan rancio mana de ellos, me doy la vuelta dejando a mis espaldas el sol y el mundo bello de esta tierra amada que tanto ahora y, por su culpa, huele a cieno.

Y como frente a mí y en mi rincón pequeño, tengo el arroyo dulce que Tú me has regalado y baja del manantial de las cumbres y por la ladera ya tengo los primeros espárragos del año y mientras subo y los corto y me los voy comiendo crudos y verdes, que también alimentan y están buenos, será porque Tú lo quieres pero en este momento ya me siento mejor y me veo con mi hermano el pastor y la princesa de este valle que sí es toda transparente y donde el cauce tiene sus pozas y el musgo

verde parece agua y se mira y juega a tejer encajes a los límites del charco, estamos los tres reunidos y sólo salpicados por la espuma clara y besados por el sol oro de la mañana y rociados del canto que surge de las aguas, cuando el hermano dice:
- Ahora mismo voy al remanso grande y de las perlas que brillan en el fondo, con el fulgor de los diamantes, reúno un puñado y me las traigo para el juego.

Y nos vamos nosotros con él dándole la mano y al pasar por el tajo de las rocas afiladas que dividen los arroyo, ella se encuentra en apuros y entonces le empujamos y le ofrecemos el hombro y las manos para que baje y antes de llegar al charco que ya se abre y se siente como el misterio claro de este valle nuestro, mira y pregunta:
- Esos diamantes ¿tienen dueño o manda en ellos alguien?
Y el hermano:
- Son obra del viento y su exacto dueño es el Creador del valle así que lo nuestro y, siendo pequeño, fíjate que limpio y qué perfecto y sin romper nada ni herir o engañar a nadie.

Y ahora me vuelvo otra vez dando las espaldas al lado de donde sale el sol porque el tufo agrio que de ese horizonte me llega, no lo puedo soportar y menos en este rincón pequeño que tanto a limpio me sabe y la única violencia que existe, es el amor de Dios y la tarde quieta que mana esencia de hiedra mientras sigo en la espera de este sueño mío que tanto, en el arroyo azul como en el musgo y los charcos y el silencio inmenso, contigo me besa y late y por eso me digo que esto sí que es aire que limpia el alma y no el tufo que llega del otro valle por

donde ahora y, sobre las ruinas de nosotros y el mundo nuestro, se afanan en reconstruir lo que ellos dicen es la “salvación para los nuevos tiempos”.

Cerco lleva la luna.

* **LA TARDE SE VA** con el viento y al llegar la gran noche, la luna aparece en el cielo y como hoy es el último día ya del mes de enero, al irme por el campo y pisar los ruinas de lo que aún queda de aquellas casas y, en especial la del centro, me parece verlos todavía ahí mirando sentados encima de los escombros viejos y por donde sobresalen las vigas del techo que son los palos donde estuvieron colgados los chorizos de aquellas matanzas y mudos y quietos, con sus miradas se pierden por el valle mientras ya, los que no son de aquí y tienen orden de dejar las tierras limpias de cortijos y de huertos, ponen barrenos a las últimas piedras gordas y queman los maderos de las puertas y arrastran por el cerro las tejas morunas y entre los restos que van quedando, ellos siguen sentados y lloran sin consuelo.

Y desde allí, que se une con mi rincón de aquí y, como si estuviera dominando la tierra entera y cuanto existe bajo el cielo, me acerco y al mirar a la noche por entre las nubes y verlo sobre la desolación tan quieto, le pregunto:
- Padre, ¿qué anuncia esta noche la luna?
Y padre mira sereno y como si pidiera permiso o pronunciara la sentencia del final de los tiempos:
- Cerco lleva la luna y con estrellas dentro y eso es que llover o nevar quiere o hacer buen tiempo.

Y entonces me acuerdo que por la tarde de aquel último día del mes de enero, la niña salía de la casa y estando el cielo todo cubierto y color plomo, que son los signos de la nieve y soplando el viento fuerte y frío desde el barranco del río y los olivos cenicientos y estando los borregos ya recogiéndose detrás de sus madres porque la noche viene cayendo y estando el pastor encerrado en su casa y acurrucado frente al calor que presta el fuego porque hace frío y consolándose, como puede, de tanto borregos chicos que por estos días se les están muriendo y por eso cuando le pregunto, dice:
- El trabajo no me importa ya que si me canso, paro y así no reviento porque si no se me mueren, luego tengo la alegría de haber criado borregos pero si se me desgracian como ahora, fíjate qué triste y el penaero después de tanta inquietud y tanta espera en las tierras de este valle y la casa de este cerro.

Y no sé qué puedo decirle porque la razón le asiste y, por eso entiendo que todo lo que anuncia y llora, es tan cierto como la luna que nos besa mientras la madre y la otra hermana, hierba del valle, ya están encajando las trébedes entre las ascuas y frente al fuego y partiendo las cebollas y echando su chorreón de aceite en la sartén negra que es consuelo y al preguntarle, me dice:
- Es para hacer el guiso que nos servirá de cena y vosotros, la niña y tú, ya estáis comiendo porque fíjate que noche tan espesa de frío y viento.

Pero la niña de pelo negro y ojos dulces y alma, puro beso con toda la fragancia de las flores de los campos, porque es de Dios la esencia que de ella brota sumada a todas las hermanas flores que ya muestran los romeros, al no verla junto a nosotros, pregunto inquieto:

- La niña ¿dónde está que no la veo?
Y justo ahora se oye un silbo rajando la tarde y la hierba por donde las encinas se clavan en el cerro al tiempo que la otra hermana del valle, responde diciendo:
- Esa es ella que está con su juego.

Y estando la tarde ya cayendo y la noche asomando por las cumbres difusas del horizonte incierto, salgo al campo, entre la lluvia que ya cae y el frío viento que sopla del valle y anuncia tormentas de nieve y también misterio de la noche que ya se cierra y la llamo y al mirar, la veo recortada en la profundidad del río que viene lleno y abrazada por el temblor esmeralda de la hierba y las gotas leves que la besan y la lejanía opaca del valle por donde el agua del charco inmenso, el que tanta vida dará allá a lo lejos y a nosotros, los de este cerro e hijos de esta tierra desde aquellas noches perdidas en el confín de los tiempos, nos traerá tanta muerte y tanta merma junto con lo que es inenarrable, y contra el silencio me voy caminando hacia ella, siguiendo los silbos nítidos y ya a su lado, le pregunto:
- ¿A quién llamas estando la noche cayendo y con este cielo de nubes grises y de tan extraño viento?
Y ella:
- Lo de ahora no es un juego porque la hermana bella que lleva el niño en su seno ¿no te has dado cuenta que falta de entre nosotros y también el hermano bueno?

Y estando la tarde cayendo y al notar su ausencia, le digo que sí pero:
- ¿Dónde están ellos?
Y la hermana blanca del misterio azul y en esta noche de viento:

- Ella está en la tinada que hay en lo hondo del valle y justo por donde el gran charco artificial ya se le ve subiendo y encerrando a sus ovejas y abrazando a sus borregos porque nada más al nacer o a los pocos días, se les están muriendo y, además, teme que esta noche, ya final de enero y con este frío y esta luna de brillante cerco y la lluvia recia que cae y el río con el largo charco que viene subiendo, se quede sin tierras para siempre y a ver luego qué hace con tantas cosas perdidas y la ilusión nueva que le embarga por el hijo primero que le nacerá cuando se le cumpla el tiempo.

Y como sí lo entiendo y sé que tiene razón y no sé qué responderle, de pronto y sin saber por qué, le pregunto:
- Pero el silbo ese bello que te sale con tanta fuerza y con tan fina elegancia, vuela y atraviesa el viento, ¿cómo lo haces?
Y ella:
- Me lo enseñó padre y mira: se juntan los dedos y se meten en la boca y se ponen bajo la lengua y se sopla fuerte y sale el silbo rajando el viento y según se quiera llamar a las personas o a los borregos o anunciar peligro o pedir ayuda, así es o se hace este silbo de largo o de intenso.
Y entonces ella me lo muestra en vivo y como algunos de ellos son buenos para llamar a la hermana, los proyecta hacia el barranco que es por donde se adivinan trajinan con sus borregos y el delgado sonido corta el viento y al volverse ella, con su cara de princesa y su alma misterio, anuncia inquieta:
- Es que no lo oyen porque el viento sopla de este lado y aunque mi silbo es penetrante e intenso, se lo lleva el aire para el lado izquierdo.

Y miro a la oscuridad de la tarde noche y, por el lado en que el silbo se va con el hermano viento, veo que brilla el cortijo un tanto misterioso y como tornado en hielo y adivino que en su mismo centro y junto a su cocina y pegados al fuego, respira y sueña y llora padre con el corazón inquieto y todo preocupado porque se le mueren sus borregos y la otra hermana con tonos de hierba fresca y la madre reina y silenciosa que siempre llora y ríe y reparte cariño desde su mundo secreto, que ya preparan el guiso con la sartén en las trébedes y poniendo la mesa pequeña que es casi hermana del suelo y, mientras van y vienen, acarician el momento en que estemos todos alrededor de la lumbre y demos comienzo a la reconfortante cena de este último día del mes de enero.

Y estando la niña de cara morena y pelo negro y ojos diamantes, porque son perfume del más dulce beso, lanzando su amor a la hermana por el telegrama del silbo que atraviesa el viento y estando el latido de su corazón y la luna rodando, por el pálido cielo, temblando y alumbrando levemente la noche que llega, se oyen las palabras de padre que anuncian diciendo:
- Cerco lleva la luna y con estrellas dentro y eso es que llover o nevar quiere o hacer buen tiempo.
Y el hermano que pregunta:
- Pero padre ¿es cierto que, lo del charco largo y el río subiendo y cubriendo la hierba y las tierras y las tinadas y las ovejas con sus borregos y las casas nuestras, con madre y la niña en su juego y los otros vecinos y la hermana y su sueño, también lo trae escrito la luna en su reluciente cerco?

Canto al pelo negro de la niña.

Tu pelo negro,
bosques asombrosos y sombra
del azul del cielo,
tu cara malba,
primaveras recién nacidas
entre veneros,
y tu sonrisa,
luceros, muchos luceros
trabados en la brisa
de tu pelo negro.

En febrero busca la sombra el perro.

*__ESTA MAÑANA,__ día dos ya del mes de febrero, en las piedras gordas que fueron dintel en la puerta de la casa grande, he encendido el fuego y las dos truchas que he pescado en el río con el arte y de la manera que me enseñó mi amigo el pastor, las he asado en las ascuas y me las he comido y como todavía tengo manzanas y peras, nueces, almendras, bellotas, castañas, avellanas, granadas, higos secos y uvas de las que recogí en el otoño por las tierras donde estuvieron los huertos, redondeo mi desayuno y luego me voy por la llanura, siguiendo la voz sabia de mi alma vieja, en busca de la cueva que se abre justo en la pared rocosa de la fuente de los álamos que es donde ahora nace, casi esencia, un arroyo entero.

Y conforme voy cruzando la llanura y me va dando su beso el sol que se alza desde la cumbre de la piedra del zapato, voy haciendo cuentas y descubro que con el día de hoy lleva ya cuatro seguidos sin parar de llover y

aunque a ratos sale el sol porque se abren las nubes del hermano cielo y ya parece que es la primavera por lo reluciente que se ve la hierba a lo largo del valle entero, no es verdad que haya llegado la primavera porque todavía hace frío con ganas y otra vez y, cuando menos lo espero, se vuelve a cubrir el cielo y se pone a llover con la fuerza y rotundidad que lo ha hecho a lo largo del invierno.

Pero hoy, la mañana está en calma con el viento limpio y la cordillera de la sierra alta, vestida de blanco por la nieve que no hace mucho ha caído y el suelo que piso, mucho menos chorreando que hace unas semanas y la hierba fresca, saliendo con la fuerza de lo que está saciado de alimento y cantan algunos pajarillos y de pronto y antes de cruzar la carretera, me tropiezo con un trozo de madera en forma de disco redondo que es de los que han atusado en los árboles que por aquí, el otro día rompieron, y por puro capricho o quizá para guarda otro recuerdo, me agacho y lo cojo y empiezo a limpiarlo con la navaja que conmigo llevo.

Y al cruzar la carretera del asfalto negro, se me arranca una ardilla y corre buscando su tronco de pino viejo arrastrando una piña que de tan grande, casi no puede con ella y por esto me paro y la dejo que se vaya a su nido y como no hace viento y sí veo a la tierra casi arada por las jetas de los jabalíes, sigo y rozo el lentisco denso, ya grande y achaparrado que todavía crece en lo alto de aquella roca que dejamos al borde del huerto y entre las piedras que junto a la roca y al tronco amontonamos, el musgo espeso que sigue verde porque la lluvia no para de empaparlo y por eso este año, me digo, la naturaleza tiene la fuerza de lo que es sincero.

Por debajo de los pinos que se apiñan con los robles, las hojas que cayeron en otoño, están muertas y muchas ya deshechas después de tanta lluvia este invierno y se ven los mil cascabillos y las cagarrutas de los gamos y los ciervos y aquí los dos robles grandes cuyas ramas altas ya las ha podrido el tiempo y en su tronco grueso, de uno de los agujeros que se llena de agua con la lluvia que está cayendo, chorrea un líquido ocre que es como si fuera sangre y por eso me digo que es sustancia, en el corazón del roble remansada, de la propia muerte lo que por el tronco viene saliendo pero la palpo y veo que es agua de lluvia que con la madera, toma el jugo de la savia y se torna color cuero.

Y ya oigo el cascabeleo de la corriente que chorrea por la ladera y el corazón se me alegra e intento aproximarme en la dirección que llevo pero es imposible porque todo está encenagado de los jabalíes y aunque hay muchos juncos y mucha hierba y mucho pasto viejo, no puedo seguir y por esto busco un camino nuevo y antes de acercarme más al punto cero, que es donde brota en manantial de la fuente, me encuentro la cama de los jabalíes construida de hojas de roble y juncos secos y ramas de zarzas y por los bordes, agua y cieno y como a ratos llueve y a ratos se abre de nubes por el cielo, me paro debajo del tronco que se dobla y al mirar al valle, me digo que ¡vaya invierno!

Porque aunque es verdad que de todo, lo que más me gusta, es un día de lluvia y ver la tierra chorreando y cubiertas las cumbres de nieve o de niebla y por los barrancos, la oscuridad durmiendo, también es verdad que ya en el mes de febrero, la naturaleza se despierta y

ahora y, mientras voy surcando la ladera en busca del agujero que se abre sobre el muro del manantial de la fuente que tanto regó a los huertos, me voy dando cuenta que la hembra del jabalí, ya está preñada y separada de los machos, deambula por los charcos y barrizales de estas zarzas y prepara su cama y, bien sé yo dónde, para los primeros días de la primavera que se acerca y como al resto de la manada, los sigo teniendo de compañeros en estas noches de plata donde soy tierra y viento, los oigo gruñir o resoplar o roncar, según sea lo que ocurra a su alrededor o perciban en su momento.

Y mientras sigo subiendo, pisando la tierra amada, también me doy cuenta que dentro de cuatro días nacerán las primeras camadas de conejos y a continuación los zorros que viven en la cueva del barranco del monte espeso y también pronto nacerán los tejones mientras al gato montés y a las ardillas, se les oye sin parar en la actividad de su celo y también el topillo común y es que ya comienza la vida, a llenarse de savia nueva y vuelve otra vez a germinar por este rincón nuestro y la sierra entera, revienta plena de amor como siempre fue y ocurría en aquellos tiempos.

Y continuo y voy pisando la tierra y ya observo que de los lentiscos y los acebuches, empiezan a irse los zorzales y al verlos revolotear por delante de mí, me digo que no tardará mucho para que lleguen las palomas y las tórtolas, hecho que no entiendo del todo porque a lo largo de frío invierno, por entre los pinares de la repisa donde crece el serbal, he estado viendo una bandada de torcaces que varias veces al día han llenado el cielo de tableteos de alas y de alegres vuelos.

Y ahora y conforme voy remontando, oigo el canto del pito real y entonces recuerdo que por estos días o pronto, comienzan a tejer sus nidos el cárabo que tanto me ha acompañado en las noches de este verano y a lo largo del invierno y también caigo en la cuenta que por estos días la garza real hace su nido y el pájaro carpintero y la perdiz que tanto me ha despertado durante las noches de este mes de enero, empieza a construir, entre las aulagas viejas o las matas de carrascas o los tomillos o espliegos, su "aniaero" y por eso dice el refrán que "en marzo, con tres o cuatro huevos".

Pero conforme voy subiendo, al ver las esparragueras por los cibantos que dividían a los huertos y entre los lentiscos y las zarzas y los montones de piedras, miro y ya cojo los primeros espárragos del año y según los corto, me los voy comiendo y al pisar la tierra y verla rajada en grietas que se pujan, me agacho y escarbo con el dedo y enseguida descubro las patatas de tierra que también llaman trufas y me digo que es como un milagro que no la hayan olido los jabalíes y por esto las cojo y ya sueño en el momento en que entre las brasas de la lumbre, la tenga asadas y después de olerlas, me las coma dando gracias al cielo por manjar tan rico y cuando todavía va por la mitad este hermano invierno.

Y remonto un poco más siguiendo ya el surco que baja de la fuente y entre las zarzas y los charcos de los berros me voy tropezando con las humildes violetas que ya han florecido y junto a ellas, lo lirios pequeños que no se alzan del suelo más de diez centímetros y a su lado, los narcisos gigantes y los enanos que también siguen pintando de azul cobre la tierra negra de mi amado suelo y aquí mismo y, llenando toda la ladera que mira al sol de

la mañana y es como el núcleo del edén que en mi corazón llevo, ya se visten, en más cantidad y perfumados, los infinitos romeros de florecillas azules y son como adornos celeste y en miniatura que, en la mañana recién abierta, juegan con el viento y a su lado y, quizá para que no se sientan, como yo tan solos, también se pone su traje de colores la sabina albar y por encima y llenando la ladera, los hermanos almendros se abren a la luz de la mañana como si fuera la última pincelada de la primavera adelantada de este febrero o, más bien diría yo, la primera esencia que en la naturaleza despierta de entre las nieves del invierno.

Y al seguir mirando y ver la senda vieja que permanece en su silencio, me digo que si ahora estuvieran ellos por aquí, por ahí vendrían con sus burros regresando del olivar y llevando encima los haces del ramón para dar comida a los borregos porque ahora que termina la recogida de la aceituna empieza la tala con hachas y a cortar las ramas viejas para que al llegar la primavera de verdad, el árbol tenga fuerza nueva y dé muchas flores a fin de que aporte buena cosecha el año venidero.

Y como en el mes de febrero ocurren tantas cosas en este rincón mío que tan dentro llevo hasta recuerdo las palabras de padre cuando decía: “En febrero busca la sombra el perro”, cosa que hoy no es real porque el frío y la lluvia, tienen el día lleno aunque sale el sol y se viste de azul el cielo y relucen las corrientes de aguas limpias según se despeñan desde las cumbres o saltan por los arroyuelos.

Y miro más despacio, ya a dos metros del punto culminante que es donde regurgita el agua viento que da vida a esta fuente y veo que en la que fue la gran repisa de los álamos, porque se apiñaban como hermanos y esbeltos y con sus raíces clavadas en la tierra que empapa el agua del venero, ni uno queda con vida sino que se alzan rectos, sus troncos partidos por la mitad y tirados por la ladera y secos, como si clamaran al cielo o como si fueran fantasmas o esqueletos que todavía un poco más quieren seguir en el rincón, mientras ya se pudren y se deshacen, esperando, como yo, que vuelvan ellos.

Ni uno sólo de pie, todos están tronchados y partidos por la mitad y aunque el agua sí le sigue dando su amigo beso, las ramas desgajada y color ceniza que se rompen por entre los juncos y los helechos, tapan la poca tierra limpia que queda del rellano donde también los hermanos tenían su huertos.

El culantrillo sí crece limpio y fresco junto a la corriente que pasa y el álamo, de cuyo tronco nacía la fuente que desde la profunda noche de los tiempos, dio vida a los hermanos que por aquí vivieron, este mismo invierno ha dejado de existir y por eso ahora sólo queda de él tres metros de tronco ceniciento que se lo come la carcoma y el mudo viento que no deja de besarlo y aunque lo toco y lo acaricio y le digo que soy el que lo quiere y, por eso a su lado vengo, ni se inmuta porque ya sus raíces están añejas y hasta su corteza y sus astillas son trozos de setas y barro y cieno.

Y por el lado en que se pone el sol, le ha nacido una seta parecida a la de aquellos días y por debajo, en la piedra, en las zarzas y las junqueras, brota el caño de

agua y pegado, entre los juncos y el tronco muerto, crecen las berrazas y entre ellas, las primaveras que ya florecieron.

Por la parte de arriba de donde mana la fuente hay un primer escalón con zarzas cerca de mí y los robles y la gran pared o pendiente que fue la torrentera de las rocas grandes donde también crecen los lentiscos y como estoy mirando, estando más bien ausente y quieto, descubro que sólo doce o catorce álamos, por debajo y a unos cincuenta metros después de brotar el manantial, son los que quedan con vida clavados en la tierra húmeda que va bañando el caudal del manantial que a mis pies tengo.

Subo por detrás de la fuente mientras voy atravesando la torrentera de las rocas por debajo de las ramas espesas del lentisco y los robles, descubro que todo está trillado de los jabalíes y muchas hojas secas de aquellas que desprendió el otoño y mucho barro de pasar, en este invierno y por la tierra que les pertenece, las cabras monteses y los ciervos.

Ya remonto la primera repisa que es donde estuvo aquella grandiosa huerta y lo primero, es el fogonazo de la soledad brotando del tapiz de la hierba verde y enseguida veo que ahora, toda la tierra de esta desaparecida huerta, por completo desnuda y sólo en el mismo centro, el lentisco que nació aquella noche de estrellas y el montón de piedras y la lámina espesa de hierba verde, ahora total dueña del huerto.

A la derecha, según subo, la esparraguera grande que tanto en aquellos días visitamos y hasta quemamos varias veces, para que al llegar la primavera diera más y

más saludables y recios y las cuatro encinas viejas que daban bellotas para cebar dos cerdos, siguen clavadas en la tierra y se doblan, frondosas y verdes, hacia la llanura de la huerta y el suelo que arropa la sombra de ellas, todo cubierto de más hojas secas y los cascabillos de la gran cosecha de este año bueno.

Subo un poquito más y corono y a la derecha, la otra gran llanura donde aun todavía sí crece las espesa almáciga de álamos y el del centro, todo recto y alto, desnudo ahora de hojas y la hiedra que sí se mantiene verde todo el año, envolviendo, el gris tronco, desde abajo hasta arriba como si lo estuviera abrazando y es de tanta fuerza y belleza su presencia que a pesar del dolor, sin querer se me escapa del pecho un, ¡qué bonito, Dios mío y qué misterio!

Pero las parras, desnudas también en estos días, ya sin árboles donde agarrarse para tenerse en pie, por aquí tiradas en el suelo y en su silencio gritan que ellas todavía no quieren morir sino seguir subiendo por los troncos y las ramas que les prestaban las encinas y los perales pero se doblan hacia abajo y caen ya cubriendo la tierra con sus secas ramas y el poco peso.

Un zorzal y un mirlo me han salido a dos pasos de donde voy andado y mientras los contemplo surcando el viento que llena el valle, avanzo un poco a la derecha y ya siento el rumor del otro brazo de la fuente que sigue entre los espesos juncos que tan bien conozco.

Y aquí, a lado del arroyo grande que es la derecha, un pino y un roble también tapizados o comidos o cubiertos por la hiedra y al mirarlo fijo descubro que el roble ya tiene

sus ramas secas y como la hiedra toma la misma figura del árbol que se ha comido expandiéndose desde el tronco y qué imagen más bella y al mismo tiempo qué simbólica con las ramas que lánguidas caen llenas de hojas verdes y al fondo, el cielo azul por los agujeros que han dejado las nubes y blanco, el resto.

¡Qué caño más limpio y grueso regurgita la fuente! y al mirarlo veo que como en aquellos tiempos, nada más nacer se convierte en dos, yéndose uno pegado por el lado del pino de la hiedra y el que se aleja más hacia la izquierda que es por donde crece la almáciga de álamos muertos.

Y ahora me acerco al tronco del pino y toco la raíz de la hiedra como si tuviera necesidad de ello y aquí abajo, por el lado que da al valle, sale de entre las mismas raíces del pino y fundido con él, se agarra a la tierra y a las piedras y ya sube en un tronco grueso como una pierna y el de la derecha, algo así como un brazo y en cuanto se levanta dos metros, se abre en ramas pequeñas que van echando hojas para fuera y raíces para agarrarse al tronco del pino y sigue desparramando tallos que son más largos según se elevan por el pino hasta la altura de casi treinta metros.

Y como sigo mirándolo porque me cuesta trabajo creer lo que veo, descubro la semilla negra azulada y en ramilletes densos de bolitas redondas que no son más grandes que las majoletas que cogíamos en aquellos tiempos y como quiero coger una, puro capricho, me aproximo pero no puedo porque las ramas bajas, están altas y atusadas de las cabras monteses que se empinan y se las comen, en los días de nieve que es cuando escasea, para ellas, el alimento.

Busco un trozo de rama seca del pino muerto, lo alargo hacia las hojas y las enredo y en cuanto me las traigo hacia mí, lo corto y ya me lo llevo, sin saber siquiera qué haré con el ramillete de semillas negras de esta reina yedra que se mira en la fuente y se abraza al pino viejo.

Remonto cinco metros más y al asomarme otro poco al lado izquierdo, ya veo la fuente y lo poco que queda del pilar donde se recogía el agua para regar las tierras de los huertos, las junqueras, el roble que es abrazado por a hiedra y el silencio a pesar de la vida que estalla en la vegetación y la hierba y los helechos.

Vuelvo a remontar unos metros más superando el roble de la hiedra y más zarzas y ya caigo al otro roble pequeño y justo por debajo y en la torrentera y en el hueco de las rocas, es por donde fluye el venero que ahora está todo arropado por las zarzas y los rosales silvestres pero qué caño más bello, qué grande, qué puro, qué limpio, qué inmenso.

La misma zarza que crece arriba por donde cae la torrentera porque por la parte de abajo y a un metro, nace la fuente, arropa el manantial por completo y aunque lo intento, no encuentro la forma de acercarme porque ahora sí me apetece beber de este agua como lo hacía en aquellos tiempos pero es como si la misma naturaleza, a partir del día en que ellos se fueron, hubiera protegido al manantial para que ya nadie nunca ni lo manche ni beba porque este venero fue la fuente de la vida y fue sagrado y tiene su limpieza precisamente ahí: bajo las zarzas que lo cubren y las entrañas del cerro.

Y aunque quiero beber, ni siquiera yo puedo acercarme al manantial y veo que brota limpia, como la claridad del espejo que al salir el sol cada día derrama sobre esta ladera y suena hermoso con su música de cielo o como si fuera el cascabeleo de la naturaleza hermana que conmigo sueña, respira y tiende su cara al viento.

Me remonto dos metros más y sobre el tronco del roble apoyo mi mano y como no tengo prisa, miro y lo contemplo durante un rato sin hacer caso a lo que siento ni a lo que tampoco lloro y lo veo brotando y las zarzas cubriéndolos y los juncos besándolo y ya para abajo, más juncos y más zarzas y más barro y espesura de maleza por donde ya no se puede ni pasar pero cien metros más abajo, se encharca y desde ahí, como si todavía regara la tierra de los huertos.

Miro al frente y los otros dos pinos grandes, también caídos y arrancados de raíz y tumbados en la dirección que corre el agua al salir del venero y como avanzo, para sortear sus troncos, porque cortan la rota vereda de los animales, tengo que sentarme encima y echar primero un pie y luego el otro pero antes de irme y seguir, aquí me vuelvo a quedar un rato mirando mudo al barranco y sólo acompañado por la luz plomiza que chorrea del día y el silencio que es casi uno con el viento y el rumor que surge de la corriente que se va por su arroyuelo.

Qué esplendidez los álamos, justo donde empieza el agua a extenderse y después de la inclinada ladera con el bosque de pinos y robles, el valle y el cerro donde estuvo la aldea y en lo hondo, durmiendo la eternidad y lo que rebosa hacia los lados, son la espesura de los montes

repletos de pinos coronados por las nieblas y las nubes negras y ya más alto, la roca de la corona de incienso y la blancura de la nieve que duerme como besado por el cielo.

Junto a los dos troncos de pinos sobre los que estoy sentado y que caen como unidos y más bien abrazados como si quisiera sostenerse mutuamente y un poco más, los helechos están secos, metidos entre los lentiscos y las ramas de las zarzas y para abajo cubriendo toda la tierra que empapa el agua de la fuente que mana en su juego.

Y sigo, volviéndome ya para atrás y me vengo hacia el lado derecho que es por donde se desangra la otra vena de la fuente y ahora ya ando en dirección a donde se pone el sol mientras voy cruzando la pequeña llanura donde estuvieron los huertos.

Miro como si creyera que son aquellos días pero ya no veo ni lechugas ni tomates y sí las paratas de piedras y éstas sueltas y rodando por la tierra y en el centro de los rodales más fértiles, siguen creciendo las acacias que por aquellos días sembraron justo en el mismo corazón del huerto y sólo con la única intención de tomar posesión de la tierra y que a partir del árbol plantado por ellos, los serranos ya no volvieran más a este lugar y si volvían, que no pudieran sembrar ni sus tomates de siempre ni sus lechugas ni sus pimientos y si a pesar de la prohibición, sembraban, ya se consideraba invasión de lo ajeno aunque en su corazón y, hasta el final de los siglos, sean los verdaderos dueños.

Según voy recorriendo este trozo de tierra que se remonta y recoge sobre el puntal que da vida a los dos

caños de la fuente, caigo en la cuenta que lo único que aquí ahora crece son acacias y pinos y lentiscos y esparragueras y zarzas y las acacias, como es natural, parecen que están secas aunque estén verdes porque también a ellas se les caen las hojas y no brotan hasta ya bien entrada la primavera pero de algunas de sus ramas, sí cuelgan las especie de algarroba o vaina que es la cápsula donde se contiene sus semillas colgando al viento.

Sigo adelante como si me quisiera ir con el sol de la tarde y al pisar el barranco somero, veo que todo está lleno de lentiscos casi cubriendo la tierra y entre ellos, los pinos y la senda, no las de las ovejas ni la que pisoteaban los burros cargados de ramas secas u hortalizas, todavía se mantiene tallada en la tierra aunque ya muy rota y tapizada de romeros.

Al remontar este otro puntal que es gemelo del que da vida a la fuente, me paro y miro, primero hacia arriba porque ya adivino lo que me queda a mis espaldas y lo que se me clava en el alma entrando a empujones bruscos por mis ojos, es el cortafuego ahora cubierto de las matas de lentiscos que nacieron después de la última vez que lo limpiaron y por entre ellos y gateando, la tierra ocre como esperando y las piedras ceniza clavadas a intervalos y a los lados, los bosque de pinos como escoltando la desnudez del ancho camino que se eleva y corona el cerro.

Se oyen los gritos del pájaro carpintero y me doy la vuelta y miro hacia mis espaldas que es por donde me cae el valle y, Dios mío ¿qué es lo que veo?

En primer lugar y desde donde estoy que es ladera inclinada, cae el cortafuegos y al remansarse abajo, entre los cerrillos y los pinos, ahí está el cuadrado de tapia de cal y piedra color rojo y en su centro resalta la tierra también naranja y un árbol y por fuera y a los lados, creciendo los lentiscos pero dentro, Dios mío y en la tierra silenciosa ¿qué es lo que hay, duerme, respira o espera, como tu amor aguarda en mi pecho?

No quiero hablar de ello porque en liberta ya he decidido dejarlo en su silencio porque sé que ahí estás Tú y están ellos y el universo y mi corazón y el tuyo y la eternidad palpitando y, sé yo certeramente, que esperando el momento que se une y se funde y es uno con este mío y más abajo, se refleja el cielo y el azul negro de los pinos y el viento y el momento, se riza como si fuera el juego de ella y más a los lados, se alzan los cerretes y más silencio y el verde de la hierba que vuelve a empapar mi alma de esmeralda y también las horas que pasan y por arriba el cielo con las nubes ahora arrugadas y, Dios mío, a lo lejos...

Bordeando a la era y por el lado que da al valle, sigue la senda que ellos trazaron con sus burros porque la otra, la que los otros hicieron después, va por arriba y según estoy mirando, oigo otra vez el canto del pájaro carpintero y a continuación le contestan los cuervos con sus graznidos y sigo rodeando la era, como si estuviera buscando algo y sé que no busco nada más que gastar el tiempo y entretener mi espera y me vuelvo para atrás y me voy ahora por su centro y no veo nada más que tierra cubierta de hierba y piedras sueltas que han rodado de la ladera y más en su centro, las esparragueras que en

aquellos días no estaban y aquí crecen grandes y abiertas, como la luz que les regalas y me da tu beso.

De ellas cojo tres espárragos y a ellas sé yo ahora, que no dentro de mucho, van a venir cinco más casi todos ya no de estas sierras y cada uno codiciará y cortará sus brotes nuevos y giro otra vez para atrás mirando al lentisco y es que busco algo pero no busco nada, Dios mío, sino que me apetece pisar la tierra y dejar que se me clave en silencio mientras la gusto en forma de recuerdo.

Más hacia la derecha, cuatro esparragueras y justo donde hicimos el montón de piedras cuando en aquella ocasión construimos la era, ya crecen lentiscos y zarzas parrillas y esparragueras y las piedras gordas con su capa de musgo verde y en todo lo alto, como coronando y anunciando algo, un cardo con sus tallos o sus flores viejas del año pasado y sus otros cinco tallos que ya van creciendo.

Las flores viejas están secas y ahora, cuando ya he dado, no sé, diez, quince, veinte vueltas al redondel de esta era, me cruzo de brazos y miro al valle y entonces me digo que “hoy, ya me puedo ir de esta era porque ¿para qué quiero seguir más intentando materializar el sueño que tanto me quema sin ser fuego?”

Y sin darme cuenta y, mientras me retiro pisando las hojas secas de los robles que todavía son aquellos, del corazón me sale una canción triste que no tiene letra, sólo la música que entono para mí y en el silencio de estas horas que me besan y, lo que es la naturaleza y el alma y el corazón que está sediento de amor y se alimenta sólo de la espera: esta canción muda y de notas dulces que

saben a infinitos de estrellas, es la que ella, la niña princesa de este valle que fue flor en aquella exacta y única primavera, siempre intentaba cantar y nunca logró afinar del todo a pesar de que su alma fue y será tan clara y bella como lo eres Tú ahora mismo en esta lluvia que me empapa y este llanto que me bebo.

Y en cuanto ya estoy otra vez, en el manantial núcleo de la fuente, lo pruebo y escalo las rocas por los escalones naturales que Tú aquí me tiene hechos y me sitúo en la cueva que se abre justo en el mismo centro de la pared rocosa y elevada por encima de caudaloso venero y al mirar al valle y ver la mañana que me viene de frente, desde este balcón unos metros por encima de los caños del venero, me digo que esto es como mi sueño porque estoy remontado sobre la tierra y el gran manantial brota como del propio centro del corazón que me mantiene vivo y es diamante claro y como una primavera de hermoso y como un gran río, de inmenso.

* - **USTED NO SE PREOCUPE** pastor que si nos trae la factura y los demás papeles, nosotros le pagamos y aumentado lo que nos hemos comido de ellos.
Y el pastor:
- Y lo que han roto los bichos en la tierra de mi huerto y la hierba que ahora me quitan los pinos por la ladera y las aguas embarrizadas por los charcos del sendero y la paz que en la mañana, con vuestra presencia, se lleva el viento ¿quién me lo paga y valora en su justo precio?
Y ellos:
- Usted no se preocupe pastor, que lo suyo aquí al lado lo ponemos y en cuanto vuelva de la montaña de dar de comer a sus ovejas y quiera, puede cargar con ello y se lo

lleva y ya le digo, si nos presenta factura, se lo abonamos completo.

Esto fue lo que dijeron aquellos hombres que llegaban y se ponían a trabajar en la tierra como si ya fueran dueños y sin pedir más permiso ni dar más explicaciones a los hermanos de la aldea, todos ellos hombres buenos, trazaban caminos por las laderas y arrancaban robles viejos y si por donde tenía que ir la pista había un huerto, no les importaba porque se lo llevaban por delante y también las siembras de panizos y los trigos negros y si tocaba sembrar un pino justo donde crecía, desde hacía un siglo, el nogal o la higuera o la parra o el almendro, pues se arrancaba y a seguir con la repoblación porque ahora son nuevos tiempos y los que llegan de fuera, se hacen dueños.

Y aquella mañana el pastor, quizá para que a sus jamones les diera el aire del invierno, el caso es que los había sacado a la puerta de la humilde casa y estaba la madre lavando en la fuente y pendiente de ellos cuando al volver y darse cuenta, les faltaban tres y a nadie se los había dado y estaba ella en su casa haciendo cuentas para ver cómo se arreglaba aquello, cuando al pasar el pastor por entre la cuadrilla de los hombres, todo triste y buscando en su corazón una luz que le diera aliento, al verlo el jefe se le puso delante y lo paró diciendo:
- Usted no se preocupe pastor que si nos trae la factura, al instante le pagamos crecido lo que nos hemos comido de ellos y lo mismo con las otras cosas que dice estamos rompiendo pero pastor ¿a quién se le ocurre dejar las riquezas solas, bajo la luz de las estrellas y para que las birle el viento?

Y el pastor, mi amigo y hermano bueno que mira a los hombres y a continuación mira al cielo y mientras llora por la tierra que le quitan y le cercan, se dice para su adentro: “¡Dios mío! ¿qué hago si yo factura... mi sudor y mis raíces aquí clavadas, es lo único que tengo?”.

Nota:

Birlar, sustraer, robar, despojar.

* **ESTOY ACURRUCADO** en mi cueva, en la mañana de niebla de este mes de febrero y mientras me sacio con la claridad del nuevo día avanzando desde el horizonte lejano y llenando de luz la tierra amada de mi valle, estoy contigo en mi mente y te pido la bendición para las horas que otras ves me prestas y tan bien me siento, que te doy las gracias por el inmenso beso que te dignas darme, sin que lo merezca, en esta mañana pequeña de este lluvioso día que aquí conmigo, otra vez tengo.

Y estoy, en mi silencio, dejando que el corazón se me empape de la canción consoladora que mana de la fina lluvia que me estás trayendo, cuando caigo en la cuenta de aquel día hermano que también como hoy, iba yo por los campos llenándome de barro y de sangre, la tierra, por las heridas de mis pies según subía la vereda que surca la ladera que lleva a la cumbre sagrada que mira y abraza a este rincón pequeño.

Y recuerdo que era por la mañana y cuando ya termino de remontar a las partes altas, me encuentro frente a la llanura remansada de la cañada somera y al mirarla despacio, descubro que todo rebosa silencio además de hierba y láminas liquidas de fina agua que relumbran con el día y es el fruto de la abundante lluvia que a lo largo del invierno han dejado las nubes y fruto, también de las heladas y las nieves sobre la quietud de

esta alejada cumbre y por ahí en medio y rajando la capa de hierba fresca y la oscuridad del monte con las sabinas, es por donde busco la presencia de mis cabras que siguen estando perdidas por el final de la gran cañada y por donde la densidad abunda junto con el misterio y la senda que se rompe.

Y voy tranquilamente subiendo y atravesando la alfombra verde de la hierba que llena la cañada y como hoy, tengo mi cuerpo lleno de frío y mis pies sangrando y mi alma dándote las gracias, cuando corono el cerrillo de la tierra llana que me queda a la derecha justo por donde mana el agua en forma de abanico inmenso, al darme cuenta me encuentro en el centro de las vacas que por aquí están pastando y sé que son las de mi hermano amado que también vive en la aldea y las bravas y por eso me lleno de miedo y empiezo a temer diciéndome que si sigo para me voy a meter más en su centro y aunque al final estén mis cabras y allí las encuentre y me venga con ellas otra vez a la tierra que les pertenece, las vacas están como esperándome aunque comiendo en su mundo y quietas.

Y al dejar la senda y subir el pequeño cerro para ver si desde la máxima altura, dominando la planicie de la cañada, las veo cuando al coronar la piedra que se clava en lo más alto y al asomarme al otro lado de la llanura que da al horizonte del sol saliente, me encuentro frente a la vaca madre que viene subiendo con su becerro y olerme y verme, se queda parada cara a mi cuerpo y yo me quedo quieto y encaramado en la roca y con mis pies colgando al aire y cual no es mi asombro cuando veo lo que todavía creo fue un sueño.

Porque la vaca madre, que según tenía oído era la más brava de la manada, sigue subiendo y al llegar a la altura del pie mío, que cuelga en el vacío, se para y lo huele y como además de helado lo tengo empapado en sangre de las esparteñas que me hieren y del frío que transmite el hielo y de la aspereza de las piedras que encementan el camino y como no puedo encogerlo porque la piedra, sobre la que estoy subido, ya no tiene más sitio para acogerme, me quedo inmóvil y cual no es mi sorpresa cuando siento que el animal, saca su lengua y lame mis carnes como si quisiera curar las heridas que me duelen o como si quisiera quitarme un poco del gran frío que ahora tengo.

Y como el hecho para mí resulta nuevo y siento que además de dulce, es bello y me llena de calor con la caricia del beso que es el tuyo, me quedo quieto y espero, sin saber qué es lo que espero y mientras gusto en mi alma la sensación del abrazo amable y sobre las tierras llanas de la cumbre que roza el cielo y frente a la mañana de lluvia y frío tan parecida a la que ahora tengo, me estoy encogido mirando a la profundidad de la cañada por donde adivino mis cabras y diciéndome que en cuanto pueda voy a seguir pero ahora mismo, esta vaca madre, ¿por qué me sale al paso y me anima con su aliento y siendo tan brava, de parte de Ti viene y me da su beso?

* **TÚ LO SABES pero** desde mi soledad y la herida que me hicieron en el alma atacando de aquella manera, me resulta consolador hablarlo aunque sea a mi modo y con las únicas palabras que conozco y puedo, porque al menos en esto, Dios mío, soy libre y me siento lo que en mi alma sueño y gracias a ello puedo decirte y me digo que aquí no pueden ni prohibirme ni arrancarme ni

acorralarme porque es donde soy yo contigo y mi libertad libre y mi corazón y sueño.

Y de aquí que esta mañana chica y también de frío porque es invierno y con la nieve sobre la cumbre y la densa niebla que se hace rocío y lluvia por las tierras del rincón donde refugio mi cuerpo unido al pálpito de mi alma, me digo y siento que este ser yo mismo y contigo en el puñado de luz que respiro y bebo, es como aquel también, íntimo secreto, de la montaña en forma de cono y la senda abrazándola según sube y en la cima total, donde ya se hace llano la gran piedra y crece la última mata de lentisco y el último puñado de hierba y se duerme y enreda el viento más transparente de la sierra, ya en las nubes prisionero que son como trozos de cielo y fragmentos hermosos de estrellas y rayos de sol, que sólo conocen, en este suelo, las pupilas de mis ojos y el temblor que anida en mi pecho, el jugo puro de tu beso.

Y ahora recuerdo que cuando aquella última vez estuve por el lugar, cabalgando en mis sueños, ellas dos me dijeron que las llevara y les enseñara y les hablara de aquel dulce mundo nuestro y hasta recuerdo que la hermana, en su infantil deseo, me preguntaba:

- ¿Es aquello como la montaña más alta desde donde se ve la tierra entera y todos los caminos de este suelo y, además, los ríos y las praderas y la luz del sol naciendo y también se ven los valles con su hierba y a las ovejas pastando en ellos?

Y le contesté diciendo que sí:

- Aquello es el puro vuelo del alma libre y la libertad suprema donde los que aquí hirieron, no tienen poder ni presencia y sí están todos los nuestros que como sabes son los que han sido granos de trigo pequeños en

lágrimas por el valle y que llamamos hermanos y ahora mucho más bellos por las heridas en el alma y en las carnes de su cuerpo.
Y ella:
- ¿Pero aquella es una montaña alta que domina la tierra entera y estando aquí cerca de nosotros nadie conoce el sendero?
Y el hermano:
- Así es aquello y, además, como el secreto perfecto que sólo conocen mis ojos y sólo mi espíritu, sabe de la dulzura de su beso.
Y otra vez ella:
- Pues un día, cuando tú quieras, nos tienes que llevar a verlo porque dime ¿es que madre y yo no merecemos tal premio?

Y por esto te decía y te digo que Tú lo sabes pero desde mi soledad herida por ellos y este rincón de mi espera donde me besa el invierno, si no hablo y te lo digo y me siento bueno en esta libertad absoluta que me das sin merecerlo, ¿qué otra cosa puedo hacer o tengo, Dios mío, aquí y donde desde ayer y hoy y mañana, de tantas heridas, muero?

* **YO RECUERDO AQUELLA MAÑANA** del mes de febrero que fue casi como la del día de hoy porque venía el sol, a primera hora, saliendo y saltando de una cresta a otra de las montañas y conforme le iba dando su beso, a las nieblas que arropaban las tierras de la ladera y las umbrías que bajaban a los barrancos, llenaba como de fuerza el misterio gris de la senda que viene curvándose por las hondonadas desde el otro lado de la sierra y también llenaba como de entusiasmo y luz, el sencillo pastar de las ovejas justo en las plácidas praderas de los

llanos que son el comienzo de los cien ríos que nacen en estas sierras y mueren en los mares de lo eterno.

Y recuerdo que aquel día, casi como el de hoy hermano y bello, se sentía como si estuviera a punto de traer una primavera nueva, o al menos eso era lo que la gente quería en la aldea, porque en la mañana del día anterior al nuevo, en la misma iglesia pequeña que mira al río y queda como abierta al cementerio de la umbría y llanura del río, se celebró el entierro de aquel otro hermano mío pequeño que una tarde antes y, estando por este mismo voladero cuidando a sus animales, resbaló y cayó y se hizo añicos y quedó con los brazos abiertos justo donde por aquellos días todavía tenían su tierra los huertos.

Y digo que recuerdo que aquel entierro, en la mañana que se parecía a la de hoy, todos decían que no era cierto porque siendo el muchacho pequeño y alegre y sin tener ninguna enfermedad, se apagó tan de pronto aquel día de invierno que aunque todos lo lloraban y todos por él pedían al cielo, todos decían, en la iglesia y en las casas de la aldea y ya camino del cementerio, que su muerte ¡qué lástima! no era real sino que aquello más bien parecían un sueño pero recuerdo que después de la misa, en el mulo viejo, cargaron su caja y la llevaron al cementerio y en la tierra roja que mitad es umbría y mitad es llanura junto a la corriente limpia del río sereno, se enterró su cuerpo mientras los hermanos allí presentes no dejaban de llorar y acudir al cielo y sollozar, “qué lástima y tan joven y bueno” , besaba la tierra húmeda y fría de la sierra, los rayos de sol que va saliendo y en esto y en otras cosas es donde aquella mañana del mes de febrero

se parecía tanto a esta silenciosa que ahora aquí conmigo tengo.

Y también recuerdo que justo en este voladero donde ahora me he traído mi casa de frío y sueño y algo por las partes bajas que es tierra de pinos y helechos, fue por donde, dos días después de la muerte de aquel hermano bueno, padre subía con la misma piara de cerdos y al encontrarnos los dos entre la sombra de la encina que había recogido su cuerpo al terminar de caer por el agreal del voladero, me dijo:
- Aunque lo del hermano roto por estas piedras sea un desgarro tremendo y ahora parezca que nos falta, del corazón, el vital aliento, nosotros tenemos que seguir dando careo a los cerdos y atravesando las sendas que, como el sol de la mañana, van saltando de cresta en cresta por los altos cerros.
Y entonces le pregunté:
- ¿Pero padre adónde van los muertos que, como este hermano sencillo y humilde, se apagan sin manchar ni siquiera el viento?
Y padre:
- Él, como tú y yo y cuando llegue su momento, se ha ido derecho a la eternidad fundido en el abrazo del amor que la ha dado el Padre Eterno y también se ha quedado palpitando en el íntimo fluir que rebosa de la hierba de los cerros y entre los latidos silenciosos que marcan el ritmo de la tierra y las cascadas blancas que saltan por los arroyuelos.
Y el hijo otra vez:
- Entonces dime padre, la sierra que nos abraza y esta lluvia del invierno y la luz que derrama la luna cuando pasa cabalgando sobre las capas de hielo ¿es donde, el

hermano que se ha ido y el corazón de Dios, tiene su centro?
Y el padre:
- Esta sierra nuestra es como el espejo que refleja la pura imagen de Dios y por eso, los caminos y las fuentes y los ríos y los montes y los silencios profundísimos que por aquí de continuo bebemos, no son de los que vienen de fuera aunque se proclamen dueños, sino de los serranos que se derritieron en sudor labrando la tierra y un día cualquiera de una mañana de luz que parece primavera, abrazados a ella, murieron.

Y hoy, cuando después de tanto tiempo y aquí sigo todavía esperando que como al hermano de aquella mañana, Tú llegues por fin y me des tu beso, al mirar el sol que viene saliendo y saltando de cresta en cresta por las cumbres que son mi sierra vestida de puro invierno, me digo que es casi como aquel día con la misma caricia del viento y el mismo pálpito suspendido en el eterno universo de este rincón mío pequeñito que lo es y lo tiene todo en la soledad de la mañana que me trae tu fragancia y beso y sin que yo lo quiera, también es dolor dulce y amor que sigue en su espera y es perfume y es recuerdo.

* **ANOCHE BRILLABA LA LUNA** con la limpieza del cristal y como ayer estuvo todo el día el cielo azul y sin lluvias ni nubes ni viento, también relucían las estrellas como trozos de espejos o en forma de fuego líquido que se apaga y se enciende a capricho de la lejanía o según las reglas de su misterioso juego.

Y como anoche no podía dormir quizá por el brillo tan puro de la luna o quizá por la música que manaba desde el arroyuelo, desde mi cama de piedra en la cueva de la

roca y frente al frío hermano mío que llega y me besa, estuve todo el rato despierto y sintiendo, de vez en cuando, el canto del cárabo y algún croar del sapo nuevo y mientras me iba con la luna casi redonda que tanto reluce en el cielo y ya me sentía algo trozo del hermano infinito, se paseaba por mi mente la figura del hermano bueno que ahora ya es casi anciano y nació y tuvo su cortijo de piedra junto al mismo nacimiento del río dulce de espumas blancas y curso pequeño.

Porque ayer su familia lo trajeron por aquí como si viniera de recreo que es el modo en que ahora vienen tantos de los pocos que aun quedan de aquellos muchos que se fueron y al estar a su lado y darle mi abrazo y mi beso, lo vi llorar y al rato lo vi tan viejo que ya ni lo conocía y luego me dijo que él ahora, ya sin cortijo en la sierra y sin cabras ni marranos ni vacas ni caminos ni sementeras de trigo negro y también casi sin fuerzas en el alma y el cuerpo, vive refugiado y a las órdenes del Jefe, que es el Dios Supremo, en el asilo grande del pueblo nuevo que es donde se han ido dando un techo a todos los que han tenido suerte y salieron huyendo de estas sierras y dice él que:
- Por todo aquello que bien sabemos.

Y cuando le he interrogado por las causas concretas que dieron lugar a los hechos, me ha dicho:
- Eso ya no se puede contar porque ¿para qué saberlo? pero lo que sí te digo y tú bien sabes, es que en mi vida hice daño a nadie porque prediqué y viví el don del sentimiento y lo que les digo es, que si igual se hubieran portado conmigo, las cosas habrían tenido otro arreglo.
Y entonces le pregunté:

- ¿Y a tus ochenta y cuatro años y con tantas heridas sangrando que, en respuesta a tu rectitud, tantos te dieron como premio, todavía sigues creyendo que sólo con las tres potencias se arregla este mundo complejo?
Y él:
- Con el saber bien administrado y con la salud del cuerpo y con el corazón bien lleno del dote de sentimiento, yo te repito a ti, como tanto he dicho a tanta gente, que se arregla hasta la perfección este mundo que tenemos.
- Pero tú ¿por qué vuelves?
Y de nuevo él:
- Porque tengo aquí mi centro igual que lo tienes tú y el millar y ciento que ya no pueden hablar pero sí gritan desde el silencio.

Y claro que cuando ya se fue, el que ellos llaman viejo, aquí me quedé llorando y con su imagen de plata clavada rotunda y fresca en mi pecho y con el frío de sus manos y la dureza de su cara, temblando y dándome calor en este rincón mío pequeño y por eso esta noche de luna llena y de estrellas líquidas que parecen puro fuego, no he podido dormir a pesar del dolor y el sueño y toda ella me la he pasado como caminando por entre las sendas del hermano cielo o como soñando que ya no estaba aquí prisionero aunque sí me daba su compañía el canto del hermano cárabo y la música de mi arroyuelo.

* **ESTA NOCHE** he vuelto a sentirme amenazado y por eso la angustia me ha invadido el alma y se me ha vuelto a representar la desolación del destierro porque otra vez me he visto alejado, a la fuerza y en contra de mis deseos, de este lugar que es el único puñado de tierra donde bajo el sol tengo mi centro y, además, de la forma

más dura y dolorosa y me he notado solo y en contra de todo y todos los que tienen presencia ante mis ojos.

Porque esta noche, esa decisión que ya hace tiempo me anunciaron los que en realidad son dueños y mandan en las tierras del rincón donde me refugio, se ha vuelto a materializar porque son sus órdenes y deseos y por eso me he visto alejado o más bien echado de este mundo mío e instalado en aquel lugar extraño y frío que por lejano y amargo, me transmite tanta tristeza y amargura al corazón.

Y he visto como los que tanto presionaban para que me vaya de mi amado nido, se han flotado las manos y se han reído diciendo:
- Al final hemos triunfado.
Y entonces, ya por cien veces más una, he dicho:
- Si el deseo de quedarme y morir en la tierra que es carne de mi corazón y donde tengo mis raíces , no es capricho ni una demostración de fuerza sino una necesidad vital porque ni sé ni tengo cualidades ni valores para vivir en estro lugar ni tampoco lo busco ni quiero.
Y ellos, los que ahora deciden sobre la tierra del rincón donde me agarro y necesito beberme los tres días que me quedan y, si Tú lo deseas, recibir el último beso, en mi silencio y abrazado a Ti:
- Es que nos hace falta limpiar el lugar de tu presencia y aunque sabemos que ya ni pastoreas ovejas que se coman el monte ni labras tierras que impidan a los pinos crecer a sus anchas y sabemos que estás y ni quisieras hablar para no ser estorbo en el proyecto de estos tiempos, parece que mientras por aquí tengamos la sombra de tu presencia, algo no encaja como queremos.

Y otra vez he necesitado hablar y decirles:
- Es que has dicho lo cierto: ya ni tengo ovejas que vayan por los cerros ni manchen la sierra para que así no digáis que voy contra vosotros y que rompo las tierras que soñáis limpias de lo que represento con mi presencia y hasta, y por no dar la sensación que quiero fastidiaros, no hablo ni me hago presente sino que como veis, estoy mudo y me escondo todo lo que puedo para que no se vea mi figura andando por el suelo que es mío y llamáis y deseáis tan absolutamente vuestro.

Pero no he pronunciado palabra porque sé que no sirve para nada ya que su decisión y el deseo que les arde dentro, es claro y lo tienen firmemente rubricado para que así se realice por encima de, sea cuales sean mis razones de amor o sentimientos.

Y de aquí esta noche me he vuelto a sentir tan angustiado y tan pobre y tan despreciado por la deportación a los otros lugares y el arranque de mi tierra y como tanto lloro conmigo este tormento y tanto he acudido a Ti, Dios del cielo, esta noche hasta he sentido vergüenza pedir tu ayuda otra vez no sea que estés, de mí, tan cansado que ni me hagas caso y por eso, esta noche y ahora que llega el nuevo día, he llorado y me he sentido tan pobre y desterrado en aquel lugar que no deseo y por sentirme hasta me he sentido, ya te lo he dicho, tan lejano de los que desean mi desaparición y tan fracasado ante ellos y los otros, que otra vez me he hecho llanto y ni me animo a acudir a Ti para no ser tan pesado en pedirte siempre la mano y que tu decisión sea lo que me mantenga tan en contra corriente de todo lo que me rodea y tienen puesto en marcha.

Y hasta te lo digo para que lo sepas: cuando me iba o más bien me llevaban prisionero o deportado, Dios mío, al mirar las crestas de las montañas que son hermanas mías entre los millones de tanto hermanos como tengo, me decía: “¿cuándo volveré yo a veros otras vez y qué otro día podré yo besar vuestras tierras y alimentar mis ojos con el color de vuestra hierba verde y llenar mis pulmones con el viento inmaculado que por entre vuestras rocas se pasea y descansar o dormir frente a brillo de vuestras bellísimas estrellas mientras me deleito en el concierto dulce que mana de vuestros veneros, hermanas montañas mías tan puro reflejo de Dios y tan corazón y núcleo de este corazón que tengo? ¿Cuando, si ahora me llevan lejos, en mi alma yo volveré a sentir vuestro beso que tan sangre es con mi sangre y tan dentro de mi es esencia divina de mi Padre Dios y arroyo de su dulcísimo amor y gozo con sabor a eterno?.

Y tanto he llorado, Dios mío, en esta noche que de parte de Ti me ha dado su beso, que hasta la carne real de mi cuerpo material se me ha encogido crujiendo y he sentido el dolor físico y de verdad, aprisionando con sus garras mi endeble pecho y dejándome casi sin fuerzas para respirar una bocanada más de este aire que es mi alimento.

Así que ya los sabes porque ¿qué otras palabras puedo pronunciar para que las oigas y me eches una mano? Sólo que aquí estoy otra vez llorando porque me arrancan del rincón donde tengo mis raíces y me quedo en el vacío total y desterrado y mientras me muero a chorros, desde allá lejos te grito: Dios mío, ¿me vas a dejar tan abandonado de tu ayuda y entre sus manos y en

aquel rincón tan lejos de donde tengo mi corazón y el calor de tu dulce beso?

* **AYER POR LA TARDE** se puso el cielo emborregado y cuando ya se ocultaba el sol, las nubes blancas que se sostenían sobre el horizonte, se tornaron rojas fuego y después oro amarillo y parecían como si las llamas de las lumbres se fueran apagando sobre el montón de ascuas, que al llegar la noche comenzó a besar el cielo.

Y como el serrano amigo mío que ahora tiene su casa en el asilo grande del pueblo nuevo, estaba a mi lado dándome ánimo con sus palabras y al mismo tiempo llevándome por el sendero que baja al arroyo de las tres higueras que él conoce y que se clavan en la roca y ya tienen las yemas, en sus tallos, a punto de reventar las hojas nuevas, según me llevaba por el suelo que cubre el bosque de pinos espesos y de ramas de encinas cortadas este otoño pasado, al preguntarle por la angustia que ahora vivo cada vez que me veo en el destierro, me dijo:
- Tú pon atención porque si te sientes abrazado a Dios y en Él descansan tus esperanzas y tu consuelo, puede ser que lo del fantasma que te atormenta hasta cuando duermes, sea la transformación que en tu corazón se está dando del hombre viejo al hombre nuevo.

Y yo, desde mi ansiedad y mi necesidad de luz y paz en el alma que temblando tengo:
- ¿Quieres decir que Dios está obrando un milagro y como a las higueras y los granados y a los fresnos, arranca las hojas del año pasado para que al llegar la primavera, el árbol se vista otra vez de brotes nuevos sobre las ramas viejas?

Y él:
- Quiero decir que puede ser esto porque, como las crisálidas de las mariposas, Él está en ti transformando tu nuevo cuerpo.

Y según caía la tarde seguimos bajando por la orilla del monte pisando el sendero y donde la piedra alargada forma una cueva, él me dijo que en aquellos tiempos tenía la lumbre de ascuas doradas y que, al caer la noche, también se calentaba y un poco más arriba, todavía se ve recogiendo ramas secas y echándolas al fuego y un poco más abajo, que es donde está la roca del musgo espeso, brota el chorrillo de agua clara que desde aquella noche lejana de los tiempos, todavía sigue corriendo y algo más en la oscuridad del bosque me dice que:
- Ahí mismo fue aquel encuentro con los lobos y ocurrió aquel hecho que todavía no se me ha olvidado.

Y como me parece, igual que él, que todavía los estamos viendo, no hablamos más y nos acercamos a la fuente y nos ponemos a beber del agua y al terminar, me mira y mira las nubes emborregadas que cubren el cielo y sin que se lo pregunte, me dice, con su dulce acento:
- El bosque y el agua que salta por el arroyo y las orlas de fuego que adornan la tarde y la frescura de Dios que hoy se adivina latiendo, es como el acorde que yo arrancaba de mi armónica en aquellos días de mis años viejos.

Y como no sé con exactitud qué es lo que me está diciendo, guardo silencio y miro a la fuente y acaricio, con mi pensamiento, la inquietud que llevo por mi alma y me digo que sí, que parece que estoy perdiendo la piel vieja de aquel que fui y ahora voy como naciendo a otra realidad de luz y también parece que en este momento,

de la fuente, el bosque y del arroyo, surge, suena y vibra el acorde exacto de la música que él oye y yo sueño.

* **COMO EN MI CORAZÓN** tengo de continuo clavado el conflicto de la realidad de los tres que contra mí se alzan y luchan para vencerme, este día nuevo que se presenta sin nubes ni lluvia ni viento y es ya once de febrero, me digo que cuan dulce y bello no sería si no fuera por el temor de lo que me persigue y la presencia de tal sombra negra que me ataca en cuanto me descuido.

Y con este miedo perenne alzado cobre mi cabeza, también me digo que esta realidad fantasmal presente en mi vida es como aquel miedo de aquella noche que fue centro y yo iba por la llanura del cerro huyendo de la rehala de perros que me perseguían para comerme y en mi angustia me decía:
- En cuanto llegue a la parte alta, que es donde está la roca de mi cueva, me parapeto y les hago frente y ya los venzo porque al estar protegido por las espaldas y por los lados, con la pared de las rocas que me conocen y me quieren y que, además, creo que son como el símbolo de tu presencia oculta, sólo de frente y cara a cara, les puedo aunque sean muchos y parezcan tan valientes.

Y como aquella lucha y este miedo que ahora se come el brillo de mi sonrisa y las horas de mi sueño, tocan y caen en el centro poniendo al principio la mañana blanca en que estaban los míos, me sigo diciendo que ni un descanso de paz has dado, Dios mío, a mi vida ni un respiro ni un consuelo ni un remanso porque en ningún momento has quitado de mi presencia la incertidumbre ni los elementos que me atacan y me atormentan sin darme

respiro un minuto y desde la actitud de su cobarde miseria.

Y por eso me repito otra vez y me digo que en aquella mañana bella Tú rebosabas y la presencia de los seres queridos, era dulce en aquel campo y las ovejas y la lumbre en el centro de la casa pero la sombra de la inquietud que a nuestras almas traían ellos, lo enturbiaba todo y nos dejaban sin gozo a pesar del amor y la armonía entre nosotros alrededor de la sartén comiéndonos las gachas migas que humeaban y fuera, las ovejas balando porque era la hora de ir a la hierba y la mañana pura y el río corriendo y los padres y la abuela y la niña hermana, allí presente y la lumbre, en el rincón irradiando su calor sincero.

Bien que recuerdo la dulzura de aquel cuadro y tan unida la familia frente a sus tareas y al campo hermano pero sin paz en el corazón, como yo esta mañana, por culpa de los que presentes estaban contra nosotros y claro, entonces y el día que he puesto en el centro acorralado y defendiéndome de la jauría contra la pared de la roca que me resguardaba de los ataques por detrás y por los lados y las horas de esta mañana que siguen siendo presente en mi vida, es como un largo sueño lleno de fantasmas sin corazón que me comen y aunque quiero despertar, no puedo y por esto grito que me ayudes a vencer los que me atacan y me traigas la paz y el consuelo que da la seguridad de sentirme en Ti, limpio y en luz y bueno.

* **YO RECUERDO** que aquel día, ya al comienzo de la primavera, estaba el campo pleno y las ovejas pastando en sus sencillas tierras verdes de la llanura y los corderos

retozando y por donde ahora sólo hay cieno ocre de la tierra que las lluvias han arrancado a las laderas, el río corriendo y el sol, fuerza y vida de este llano mío, puro brillando por su camino del cielo y la aldea, quieta como si ella durmiera pero empapada en el misterio y rezumando la ilusión de cada uno de ellos.

Y recuerdo que estaba el padre tan metido en sus tareas de dar de comer y llevar y traer a los animales, que ni se dio cuenta que junto a la carretera que por el camino ya habían hecho y, en las rocas hermosas que recogían el chorro de agua de la reguera que baja a regar los huertos, estaba la niña hermana jugando con la luz de la mañana y la dulce primavera que terminaba de brotar y con el sereno viento que era fino como de seda, derramando su beso en forma de la primera fragancia de flores o como la caricia de un blanco sueño.

Y estaba la niña hermana tan metida entre la esencia de las flores pequeñas que ya habían brotado y tan una cosa con la tierra que se extendía grande, que no necesitaba ni más materia ni más realidad sobre este suelo para ser feliz y plena toda ella cuando sucede que, a media mañana, un coche nuevo se para en la carretera y al salir de él, ellos, se le adelanta su perro blanco y pequeño de algodón o de espuma o de merengue y el sentirse libre por el campo, sale ladrando persiguiendo a las ovejas y saltando tras los borregos y como los animales se asustan, huyen por la vega y en su estampida atropellada, saltan por las piedras y se van por la ladera y como la niña hermana es dueña y princesa en su reino de amor y amistad con el rebaño, deja su juego y sale al encuentro de los que de fueran llegan y les dice:

- Señora, coja usted su perro que nos asusta a los animales y ellos están en su tierra tranquilamente comiendo.
Y la señora y madre de una niña nueva que también corre con el perro.
- Pues ella y él, están en su juego y por eso no veo por qué tengo que amarrarlo.

Y se va, la niña hermana, por la llanura buscando al padre para ver qué, en este caso, hace y de paso preguntarle si por aquí deben ir respetando los que llegan o son las ovejas las que estorban y al llegar a la piedra gorda que se abre como los cascos de una granada y por su centro pasa la canal que trae el agua para regar las huertos, se tropieza con la otra niña y ésta y en su otro juego, se ha subido a la roca de las violetas carmesí que ya han florecido y se reflejan al sol frescas y limpias como el agua de la fuente al tiempo que colgando de la roca, juegan con el viento hermano que pasa por la mañana y se agarran, sus raíces, a la pura piedra que es trozo y compañera de la niña de los pastores del silencio.

Y como la niña que ha llegado de fuera se ha subido al peñasco y de las hermanas violetas hace un ramo por puro juego con el campo y la mañana que también la besa, la niña hermana al verla, se acerca y le dice:
- Las flores que estás cortando son sagradas en estos campos por ser únicas casi en el mundo y, además, tienen dueño.
Y la niña que no es de la tierra:
- Es que las encuentro tan bonitas que me las quiero llevar y ponerlas en mi casa de la ciudad y que adornen la habitación que tengo.
Y la niña pastora:

- Pero si las cortas de las rocas y del sol de la mañana que les da su calor para que brillen y sean ellas en su rincón concreto, dejas al campo con un poco menos de color y con otra herida nueva y también, la piedra donde ellas crecen, despojada de la esencia y belleza con que la ha vestido el cielo.

Y recuerdo que la niña de la ciudad, que jugaba con su perro de merengue y pequeño y cortaba las violetas, perlas y lágrimas de estas tierras nuestras, bajó de la roca con sus flores en la mano y al ponerse delante de la princesa pastora del valle, la miró fija y le preguntó sin miedo:
- ¿Es que tú eres por aquí extranjera?

Y la dulce hermana mía, guardó silencio y se fue por la tierra en busca del calor del padre y luego, la vi que se vino a mi lado y después siguió mirando al valle y algo más tarde, como si hubiera perdido la alegría de su juego, buscaba por el arroyo ¿qué buscaba, Dios mío, en aquella mañana de sol limpio y campo bello?

* **DESDE MI CUEVA** calentita, abierta silenciosa frente al valle y remontada en la ladera, saludo al nuevo día y saludo a la llanura que se extiende como dormida y, a pesar de los romeros florecidos, todavía arropada por la sábana del invierno que se va y no se entrega del todo a la incipiente primavera que parece que llega y no llega.

Y como desde mi cueva se domina grandioso el valle, lo que por esa llanura siento, veo y late, es mi propia esperanza en Ti como llenando el aire y la verde hierba que se derrama mojada de rocío y por eso, mientras miro quieto y medito este rincón nuestro trabado en la cueva

de la roca y la espera que mantengo, descubro el sendero viejo y por él caminando, a otro de los hermanos de los cortijos con su siempre eterno saco acuestas y si me acerco y le pregunto, enseguida me dice:
- Lo que llevo dentro, hoy son piñas secas para encender la lumbre en mi casa de la aldea.
- ¿Y ayer llevabas lo mismo?
Y él:
- Lo de ayer era hierba para los borregos y cuando me viste por la tarde recorriendo este sendero, llevaba cardos silvestres que cogí por el lado opuesto de la umbría del río y que luego, por la noche, me comí apañados de cuatro setas y dos pimientos.

Y si le sigo preguntando él me sigue diciendo que cuando hay, llena su saco de patatas criadas en las tierras del huerto o de cebollas o de habichuelas o de bellotas o setas recogidas donde crecen los pinos y se amontonan los majoletos pero lo que él no me dice es que en su saco con remiendos, yo soñé que el otro día llevaba una carga de estrellas enharinadas en trozos de puro cielo y también llevaba un puñado de diamantes recogidos en los lagos del silencio que tanto abundan y manan por estas montañas y purificados en el horno de su corazón que sigue siendo joven y limpio aunque ya esté viejo.

Y como desde mi cueva alzada en la ladera del monte espeso, se ve tanto y se saborea, el día, tan lento, descubro a la piedra que se alza casi en el centro que hay donde comienza la llanura y la tierra elevada que es casi huertos y sobre ella, sentada, a la niña hermana que juega su juego y está como mirando a ver si por algún lado asoma la primavera, cuando a su lado y sobre la roca

que cría flores de violetas, se posa el pichón nuevo de las primeras tórtolas que ya llenan el bosque de los robles y las encinas viejas.

Y al mirarlo ella y verlo lleno de plumas que son como hebras de oro que brillan al sol en la mañana que llega, lo coge en sus manos y se dice contenta que este dulce polluelo que ha venido a jugar con ella, lo va a cuidar para ofrecérselo a la hermana bella que está embarazada y sueña que llegará su hijo casi de la mano de la hermana primavera.

Y estoy viendo a la niña del valle y ángel que guarda ovejas cuando descubro que por la vereda que sube zigzagueando, se acerca la madre y le dice, ya a su vera:

- Voy a la aldea de la llanura alta a llevarle a los abuelos el pan que ayer cocí con leña ¿te bienes conmigo y mientras me das compañía, me ayudas y juegas?

Y la niña hermana:

- Esto, ni me lo pienso y, además, madre, mira que pichón de tórtola que ha venido volando y a mi lado se ha parado en la piedra.

Y la madre:

- A la hermana joven que tanto queremos, a lo mejor le gusta ¿por qué no se lo llevas?

Y ya van subiendo y como las ovejas pastan esturreadas llenando la tierra misma del camino, para no espantarlas y dejarlas tranquilas comiendo su hierba, dan un rodeo por el barranco largo y mientras la madre sube cargada con sus panes y con su mente puesta en las casas de la segunda aldea, la niña, princesa y mariposa del sol que en la mañana llega, le pregunta a la reina que es amiga del viento:

- ¿Tú crees que la hermana se pondrá contenta cuando vea el regalo que conmigo llevo?

Y a la hermana bella se le ve por el otro lado amamantando a sus borregos y siguiendo las huellas del rebaño en su hierba y algo más abajo, corre el arroyo, chilla el arrendajo, ladran los perros y tiemblan al viento las encinas viejas y balan los borregos y se siente la música de la fuente como empapando a la tierra y se respira el olor de la primavera avanzando por la llanura que tengo bajo mi cueva y brilla el sol y en la mañana sencilla besa a la aldea y el hermano del saco y la niña y la madre y la otra hermana y el padre y la abuela, trajinando en sus cosas y en sus corazones, Tú que les das la vida y nos abrazas y nos quieres y, al final del camino que recorremos, paciente nos esperas.

* **CUANDO ANOCHE** me desperté, vi todo el campo lleno de sombras y en el cielo la luna y, por un estrecho roto de las nubes negras, surgiendo un rayo de luz y vi como atravesaba el viento y dulcemente estaba cayendo justo en el redondel que en la pared de roca se abre mi cueva.

Y estaba yo mirando mientras sentía el viento jugar con las ramas de las madroñeras y rozaba con mis manos el rosal silvestre que ya está repleto de yemas y caía en la cuenta que ayer fue viernes y trece y hoy es el día de los enamorados, cuando siento el mugido del becerro y al mirar al barranco veo, por la ladera subiendo, a la niña hermana con un puñado de hierba fresca en sus manos y mientras se acerca a la fuente, lo viene llamando y al darme cuenta y, aunque estamos separados en el tiempo, le digo:

- Hermana, deja de llamar al becerro y despégate de él que como venga la madre, la vaca negra de los gachos cuernos, te va a embestir y ya sabes tú con qué genio.

Y estoy yo observando como ella sí me ha oído pero sigue subiendo rozando las ramas de las higueras que pronto estarán llenas de hojas y de higos verdes que traerá la primavera, cuando veo que la hermana, junto al arroyo de las aguas claras y justo donde las rocas trazan como unos arcos y se abre otra cueva y en el surco del cauce, se embalsa el agua alegre que baja desde las cumbres, se para y rozando sus manos con la corriente, se pone a jugar su juego mientras sigue llamando al becerro para que se venga y se quede a su lado.

Y como desde mi cueva la veo iluminada por el rayo de plata que desprende la luna redonda que va por el cielo, otra vez le digo:
- Hermana mía risueña, que ya viene la vaca subiendo por la cuesta y busca a su becerro y según observo, quiere arremeter contra la luna y el viento y los charcos del río y todo lo que sea necesario y, le quite o le robe o haga daño, al hijo pequeño.
Y la hermana, como si no me oyera aunque sé que sí me ha oído, se pone partir trocitos del pan que la madre le ha puesto para la merienda y entre su gozo y su juego, se los va echando a los peces de nácar que nadan en las aguas azules del charco bello.

Y los peces que son sus amigos, enseguida forman el revuelo y saltan por la superficie buscando el maná y se amontonan y hasta le muerde en los dedos de azúcar y nieve y ella les dice, toda contenta:

- Despacio, hermanos peces, que para todos hoy tengo comida suficiente y también tiempo para estar con vosotros y jugar, sin prisa, nuestro entretenido juego.

Y sigo viendo que está ya ella sentada en la orilla del charco que embalsan las rocas blancas entre la arena que son trocitos de perlas y las ramas de los fresnos y a su lado se pone el becerro y al comerse la hierba que la niña le ofrece, se tumba en el colchón de grama y como quien quiere dormir, aquí se queda junto a ella que lo acaricia y lo besa mientras echa alimento a los peces del río sereno y la madre vaca que muge y ya baja por el cerro siguiendo el olor de su hijo que cree perdido y yo, desde mi cueva besada por el rayo de luna:
- Hermana dulce y pequeña, si ahora te embiste la vaca y te empuja al charco de las aguas frías ¿qué hago yo desde aquí y qué haces tú para escaparte de los cuchillos de sus cuernos, en tu rincón de arena?

Y llega la vaca madre y huele a su becerro y alza su cabeza y mira a la niña que está sentada en la piedra, echando pan a los peces y el animal fiero, ¿quién sabe por qué? Se tumba en el colchón de grama junto a su hijo pequeño y comienza a rumiar mientras mira al agua del río donde nadan los peces y se sacude la luz de la luna que resbala por sus cuernos y otra vez mira a la niña y ahora como diciendo:
- Contigo y con tu juego y el agua clara de este río y los peces que por ellas saltan y este retoño mío que es tu amigo, quiero quedarme y me quedo porque tú sí eres amapola que llena de esencia el valle y juegas con los romeros.

Y como sigo viendo el rayo de luna besando la puerta de mi cueva en esta noche de febrero ya vísperas de San Valentín y al mirar, sigo viendo al río de miel y leche, alegre y limpio corriendo y a la niña ahí mismo y entre ellos sentada y jugando su juego, quiero preguntarle:
- Hermana princesa del valle ¿qué haces tú para conseguir tal armonía con las cosas de este suelo que más que realidad y, siendo hija de pastores, pareces y todo es contigo, un vergel de blancos sueños?

* - **AHORA, IROS CON DIOS** y andad siempre en su presencia y si en vuestro camino encontráis a personas que necesiten de ayuda, no se la neguéis nunca porque en la vida, todos necesitamos de todos y eso Él lo bendice y lo paga en gozo y paz interna.
Estas eran las palabras que siempre les decía ella cuando aquellos hombres de los caminos, después de calentarse y dormir y comer en la casa, cargaban sus burros y se ponían en marcha e iban de un cortijo a otro atravesando la sierra.

Pero primero, y ya por la mañana, antes de abandonar la casa sencilla de la aldea a la que ellos acudían con cariño y llamaban la de “la abuela”, como siempre era por la mañana, las ovejas ya estaban por el campo repelando la fina hierba y por el campo estaba el padre y los otros hermanos y madre y también el abuelo y la hermana ayudando a madre en la siembra o recogida de los tomates y en la casa, sólo la abuela echando leña a la lumbre para que broten las llamas y los caliente a ellos y a la vez, haciendo las migas en la sartén vieja y cociendo la leche en el puchero de porcelana y poniendo la mesa en el centro de la estancia y cuando ya el sol está bien alto y comienza a calentar la tierra, habla y dice:

- Hermanos arrieros, ya tenéis la mesa puesta y encima de ella, el tazón de barro y éste, rebosando de leche calentita y buena y las migas con sus chorizos, ya veis como todavía crepitan y en la sartén, mientras esperan, humean.
Y ellos sumidos en el asombro:
- ¡Pero abuela!
Y ella sin darse importancia:
- A comer porque hay que dar alimento al cuerpo, que los senderos esperan y mientras vais desayunando y despertando el alma a la luz de este día nuevo, yo termino de secar las pellizas y las chaquetas que anoche trajisteis chorreando y también os preparo un pan redondo que ayer mismo cocí con leña y a ponerse mano a la obra que la lucha es larga y densa.

Y ellos, no dando crédito a la bondad y el cariño con que los trata la abuela:
- ¿Y cuándo y cómo vamos nosotros a pagarle a usted y a los suyos y a esta aldea el amor que nos regala y el desayuno tan bueno que nos pone en su mesa?
Y la abuela, irremediablemente siempre respondía con una sonrisa en los labios y con palabras sinceras:
- Ahora, iros con Dios y que Él bendiga vuestras empresas para que nunca hagáis mal a nadie aunque la vida sea dura y os quedéis por los caminos en dolor, sangre y penas.
Y ellos siempre decían:
- Nuestro cariño para usted, reina abuela y que Él le bendiga mientras viva y luego le pague con una casa hermosa y de oro y una fuente de aguas claras y muchos trinos de ruiseñores, en las praderas eternas.

* **EL CIELO QUE ME ARROPA** y es compañero de las estrellas y la luna que tiembla en la noche y del sol que durante el día me calienta, lleva una semana sin un jirón de nubes y, además, azul purísimo y como es mi techo en cada segundo que respiro, según lo bebo con mis ojos, me digo que ahora sí puede haber llegado las primavera aunque sea todavía dieciséis de febrero y el campo no despierte del todo.

Pero esta noche que ha dejado su huella sobre la piel de mi cuerpo, han cantado las perdices como ya hacía tiempo que no las sentía y ha estado tan en calma el viento que no se ha sentido más ruido que el correr del arroyuelo y la voz, lúgubre, del cárabo que ahora sí lo tengo a dos pasos de donde vivo y duermo.

Y como la monotonía ha sido tan pareja y tan hermana de los graznidos de los patos en el charco largo, según ha venido amaneciendo, me he acordado de aquella noche que también arropo a la aldea mientras dormían ellos y en la templanza del ambiente, las cabras comían su hierba a la luz de la luna y entre las estrellas y conforme fue amaneciendo, se fueron bajando de la ladera y al rayar el día, todas se concentraron por la misma puerta de las casas y la llanura que mira al barranco desde las huertas y un poco antes de salir el sol, la niña se asomó al campo y al verlas todas concentradas y acostadas y rumiando y justo cuando el astro rey asomaba por las cumbres del horizonte lejano, dijo a padre:
- Es como si estuvieran satisfechas.

Y padre salió más a la puerta y dando voces las animaba para que dejaran su descanso, que parecía siesta, les decía:
- Iros por el campo, aprovechando el fresco de la mañana y este día bueno de templanza y que ya es casi primavera y saciaros de flores de romero y de los brotes tiernos que ya revientan en las encinas viejas.
Y ellas, como si oyeran llover, quietas en su rodal de tierra y rumiando su alimento al primer sol de la mañana que ya las besa y con la misma apariencia y solemnidad que la niña estaba diciendo:
- Es como si estuvieran satisfechas.

Y recuerdo que aquella mañana, ya umbral de la primavera pero todavía bastante trecho metidos en el invierno, la niña hermana le dijo a madre que iba a coger el cántaro y con la otra compañera y, en cuanto el sol terminara calentar la tierra, iba a ir a por agua a la fuente de los granos.
- Porque ese agua sana todas las dolencias y para la abuelita, tú ya sabes, madre.

Y ahora esta mañana, sigo bebiendo con mis ojos la esencia azul del cielo que me arropa y mientras el nuevo día ya me está envolviendo, miro y sorbo un trago más de aquel recuerdo y otro trago de este presente que siendo nuevo y aliento en mi boca, no me abre su misterio en la medida que mi alma necesita por lo cansada ya, de tan larga espera.

* **SEGÚN VA CAYENDO LA TARDE,** me voy, pisando la deliciosa tierra tan llena de cristalina agua y perfumada hierba y al cruzar, no el arroyuelo sino la fina capa de cristal líquido que brota por debajo de la peña

que escolta el camino, miro hacia la parte alta de la llanura y sobre el montículo, me parece ver la vieja casa que fue blanca cuando estaban ellos y hasta parecía una flor fresca siempre reventando de perfume y abierta, como en una eterna primavera, en el lado de arriba del valle.

Y hoy, el cielo está limpio de nubes aunque blanco desde la tierra hacia el horizonte y el sol luce puro y el suelo, en estos cuatro o cinco días que lleva sin llover, ya se ha secado mucho y más por las laderas o torrenteras que conmigo van cayendo hacia donde se remansa el charlo largo sereno.

Y en lo hondo, se oyen tanto los graznidos de los patos y los cuervos que parece como si estuvieran celebrando la solemnidad de la tarde y mientras voy caminando, como tengo hambre, miro y donde veo un espárrago, lo cojo y me lo como y está dulce y amargo un poco pero qué bueno y, a pesar de todo, qué sabor más rico y fresco.

Y por donde se amontona el pasto espeso del año pasado y crece la hierba que nació al principio del otoño, se escalonan las hozaduras de los jabalíes y entre barranquitos y surcos tallados en la tierra, florecen las pequeñas margaritas blancas y son tantas, que ellas también parece que ya se han llenado de la misma primavera que cuelga de los almendros.

Y atravieso la llanura una y otra vez y busco el rincón donde estuvo la gran casa y mientras voy andando, al frente y recostada en la ladera donde estuvo el cementerio, ya veo el gran fresno que también parece anunciar al florido mayo pero no son hojas nuevas lo que

en las ramas verdeguea, sino los ramilletes de semillas que se abren y mecen al viento.

Se oye, al fondo, los graznidos de los patos y más lejos y algo así como si estuviera jugando un juego y les contestara, el pájaro carpintero que lanza su “retragila” de gritos que retumban por el barranco y suenan como en aquellos tiempos y esto me alegra a la vez que también me llena de melancolía porque ¡qué lejanas aquellas horas y qué amargas estas, Dios con la pesadumbre que acuestas llevo!

Y ya estoy junto al viejo fresno que crecía en el borde mismo de la reguera que conducía el agua a los huertos del puntal de los granados y al mirar, observo que su tronco, como en aquellos días, sigue siendo negro y por el lado que da a donde se pone el sol, crece la esparraguera entre cuyas ramas secas, veo otro espárrago que corto y me lo como mientras sigo fijo en las profundidad del barranco donde se mece la tarde y mi alma, en el puro espejo.

Y me levanto y como sigo oyendo la algarabía de los patos, me voy tapando con las zarzas y siguiendo el roto surco por donde fue la acequia, me acerco hacia el final del puntal que es donde crecen los granados y están los espesos juncos que se miran en las aguas del arroyo que ya no corre por la vega y sí por mis venas y más adentro.

Y me tropiezo con la gran noguera vieja que ya si está casi seca y se abren, sus ramas color ceniza, como gritando al cielo y aunque deseo pararme un rato aquí con ella y darle mi abrazo, sigo andando tapándome con las zarzas y según voy avanzando me parece verla como si

se alegrara de mi presencia o quisiera abrazarme como cuando yo pequeño.

Pero sigo y ya estoy en los granados y según me aproximo al surco del río, oigo como más fuerza y claridad, el ruido que están metiendo los patos y mientras ahora me tapo con las zarzas donde este verano cogí tantas moras, miro al frente y los busco pero no los veo.

Me paro tras las zarzas, a la sombra de la tarde y frente al mechón espeso de las junqueras donde no hace muchos días se me levantó la marrana jabalí y ya descubro los dos primeros patos que nadan aguas arriba tranquilamente o como de paseo.

Y al fondo, el azul del gran charco y al otro lado, la ladera de los pinos verdes y de pronto, otros dos patos más, aquí casi a mis pies y ni me ven ni los veo por completo y por esto temo que si me muevo, se van a asustar y de aquí que me diga que durante unos minutos, me voy a quedar quieto y observar para gozarlos mejor y así pasar el tiempo.

A mis espaldas y por donde se inclina la ladera, en cuyo centro se abre la cueva que ahora me refugia, vuelvo a sentir el canto del pájaro carpintero y ello me dice que la tarde está tan llena de vida, a pesar de su silencio, como en aquellos tiempos.

Y los dos patos se suben hacia el final del lago siguiendo su borde y de pronto y, como si hubiera ocurrido en un abrir y cerrar de ojos, se han venido hacia el centro y se acercan a los juncos y a las ramas que me cubren que son las del majoleto.

Y agachado y tapado con la junquera me voy aproximando y veo que uno de ellos se viene hacia mí y descubro que es precioso y más, sostenido en el agua donde suave, se deja llevar por las menudas olas que levanta el breve viento de la tarde por la que voy y todavía no sé si en carne o sueño.

El que está en la orilla, más cerca de mí, lo he visto salir a flote dos minutos y enseguida se ha zambullido y creo que ya lo he perdido quizá para siempre, porque ahora espero que cuando salga, lo haga lejos de este rincón y ni siquiera puedo adivinar por dónde lo hará ni en qué momento.

Y lo que he pensado, ha sucedido: por debajo de las aguas, los dos se han cruzado al otro lado del charco y tan lejos de mí que ni los distingo y por eso me salgo de entre la junquera y me asomo por si descubro algo que no espero y también con la intención de que me vean haber por dónde se arrancan o alzan vuelo.

Los tarayes, sargas que es como los llaman los serranos, que se alzaban en las tierras de la ribera de este río, como ahora los cubre casi por completo las aguas del gran charco, sus raíces se han podrido y están amarillos o más bien color tierra ocre y con el tono de la luz de la tarde, parecen muertos.

Y como los patos que tanto he sentido desde lejos, se me han desvanecido, me subo unos metros más y sobre la piedra blanca de puntalillo que cae hasta hundirse en las aguas, me voy a sentar un rato mientras avanzan y

mueren las últimas horas de un trozo más de este invierno.

Por el fondo del valle, el reflejo del monte alto y oscuro y entre el cielo y el barranco, las laderas verdes pero hoy desvaído y blanquecino porque hay mucha nieblina y del monte para acá y todo el valle hacia mí, las olas rizadas del azul del agua en el largo charco y, aunque no es mucho el viento, según las va estrellando, a dos metros de donde estoy, se van rompiendo contra las piedras que rodaron de la casa derribada y la hierba que nació en otoño y alimentó con fuerza este hermano mío febrero.

Y como estoy quieto, besado por el sol de la tarde, me dejo empapar por el rumor de olas quebradas y al fondo, el graznido de los pastos ribeteado por el monótono de las grajas entre el collar de cantos que siguen saliendo del altivo pájaro carpintero y, a intervalos, se le oye también al cárabo, mi compañero.

Y entre tanto y todo, qué eterna la tarde y su silencio y el viento que por ella se pasea y la amplitud del valle, tan solitario ahora, tan azul y tan verde y tan blanquecino por el vapor de agua que los rayos del sol alzan desde la tierra y qué eterno es este minuto y qué prolongado y qué ancho y qué profundo y qué bello, Dios mío, en este rato que, un poco más, me permites estar contigo y mi recuerdo!

* **A VECES,** Dios mío, está el aire como detenido y la silueta de la montaña, con el río claro que se amontona y pasa siguiendo su curso, como fijo en su pedestal eterno

y clavándose en mi alma con el amor que prefiero y ahí, su sonrisa fría como burlándose de mí y gritando:
- Rabia que no te salva el Dios al que te has entregado y por esto me regocijo y te machaco hasta el polvo y ¿ves? Estoy gozando.

Y a veces me digo que con esta carga tremenda de amargura y de llantos y de recuerdos que ¿adónde voy y por dónde me tiro si no comprendo ni tampoco puedo levantar ni demostrar lo que en mi corazón ardiendo tengo?

Y por eso, en mañanas como esta y con tan deteriorado camino, más me valiera no estar aquí respirando el aire que me regalas y menos quisiera estar entre los hielos negros de esta lenta realidad que me empuja a que transforme ¿hacia dónde y en qué dirección y por qué no puedo y me resisto?

Y es que a veces, Dios mío, desde este viento detenido y absorto frente a la vida y sorprendido, me digo ¿por qué guardo todavía en mi alma este sueño de luz y con tanta fuerza en él me mantengo y la realidad de la monotonía y la materia con mi cuerpo, va por otro camino?

¡Ay, Dios mío! Y yo, hasta en sueño fundido con la hierba y contigo en mi pensamiento y la esencia entre tu beso y fíjate que monotonía tan negra en este nuevo día que sí quiero pero es tan distinto y tremendo por tal presencia tan en contra del sueño que en mi pecho llevo.

* **EL PEQUEÑO PUERTO** de los lentiscos, mira al sol de la mañana y se abre entre las rocas del musgo y las

encinas negras, justo donde la senda cruza la altura de la cañada blanca del agua y la hierba y pasa a la otra cañada llana del espeso pasto en verano y de las encinas viejas, al frente, que es por donde se ve el linzado de las tierras fértiles que rodean al arroyo de los ruiseñores y las zarzas.

Y el pequeño puerto, además del descanso para el corazón por su aire siempre puro y su quietud frente a los valles, tiene y recoge a la izquierda los cien robles monumentos que surgen de entre las rocas y los lentiscos que dan sombras y arropan al cerro y en todo lo alto, son como banderas que reciben los vientos de los dos barrancos de los arroyos y del río inmenso y al lado izquierdo, también los gigantes fresnos que tienen y clavan sus raíces entre las ramas de los lentiscos y los quejigos abiertos que se doblan de un valle a otro según lo mueva el viento.

Y justo en el pequeño puerto de los lentiscos y las rocas amontonadas de donde surgen los tres veneros que riegan y dan vida a las dos cañadas, descansa la senda que lleva de la llanura grande a la llanura pequeña, al comienzo del arroyo de los ruiseñores y también nace o muere el ramal de verea que por la derecha lleva a la casa del pastor más solitario de este sierra aunque no lo sea y sí se le siente como al más rico en esencias de espliego y de romeros y también en tonos brillantes de cielo y reflejos de lunas redondas y suavidad de escarchas y nieves acompañadas de vientos y en las noches despejadas, de tanto y tanto brillo de estrellas y tantos luceros...

Y la senda secundaria que al pasar por el puerto es descanso y juego del corazón, con no ser ni siquiera senda, bien que lo siento ahora desde esta cueva mía y en mi recuerdo, como el trozo del jardín es tan bello que nunca se dio de verdad sobre esta tierra porque caminando por ella va la hermana niña pequeña y la otra hermana mayor y las dos van al encuentro de la dulce abuela que respira y duerme en el cortijo que es antesala del cielo.

Y como es real aunque ya lo haya arropado el tiempo, veo como saltan las gruesas piedras siguiendo los pasos de la hermana y mientras dejan que le bese la cara el aire puro que sube del valle del arroyuelo, mira al frente que es por donde reluce el cortijo y mira a la lejanía del monte verde que es por donde se alza el humo y las llamas del gran incendio y al pasar rozando sus cabezas, la avioneta que lleva el agua y la tira contra las llamas, las dos se agachan como si temieran que su fuerza las alcanzara y la niña hasta se oculta tras las rocas blancas como temiendo.

Y como desde la distancia y mi profundo amor y mi sorprendida alma, las estoy viendo, les pregunto:
- ¿Pero adónde vais en esta mañana por donde las rocas os miran frías y la tierra es casi vapor de sueño?
Y la niña:
- Vamos al encuentro de la abuela y tú lo sabes, para darle un beso y un pan redondo de trigo negro de parte de padre y madre y también de paso, estar con ellos un buen rato y junto al fuego ¿es que pasa algo que no sepamos nosotros o que no sea bueno?
Y el hermano:

- Eso quisiera yo preguntaros porque el puerto y esta mañana y el color de las montañas y la oscuridad de los lentiscos y la llanura en las cañadas...

Y la niña hermana salta por las rocas siguiendo las curvas del sendero y mientras le da la mano a la hermana bella, que es donde se apoya su consuelo, observa los bosques como se queman y observa al avión que da viajes y vueltas y observa el cortijo blanco en lo más alto del cerro y siente, a la abuela, dentro y un poco a sus espaldas, se le queda el puerto de los lentiscos grandes y su silencio y ahí siente que está ¿quién, Dios mío? ¿Tú beso, su juego o mi sueño?

* **AQUELLA ROCA,** Dios mío, clavada frente a mi cara y entre tanto como tengo pendiente y este sordo amargor de melancolía que me empapa el corazón, sólo se me ocurre mirar al cielo de este día y por entre las nubes apelmazadas que lo llenan y son todas gris ceniza y tirando a blancas y con jirones negros, me dejo ir en chorros de sueños y alas de nostalgia.

Y como no es tristeza sino murria, lo que ahora siento que aunque es parecido, para mí no es lo mismo, miro fijo a la ladera y en la roca blanca y larga que se clava en la tierra, me quedo en juego y en abrazo que me funde a ella, porque ahora noto la presencia de aquel día que fue bello, al bajar por aquí corriendo y de aquella otra tarde y la mañana de niebla y las horas con sus nubes de perfume que, estando sentado en la piedra, me llegaban desde el valle vestido ya de primavera.

Y lo que más recuerdo fue cuando la hermana encontró su nido de perdiz y luego el día de la nieve

espesa que nos obligó a ocupar el agujero que mira al río y metidos en él hicimos la lumbre y en las largas horas de la tarde y, frente la oscuridad de la niebla, nos acurrucamos en aquel tiempo frío que parecía no tener nunca fin ni pertenecer a esta tierra.

Y quizá por esto hoy, día de cielo encapotado y gélido el aire y la nostalgia goteando en mi alma, me alegre y llore, al mirar y ver la presencia de aquella roca blanca clavada en el centro de la ladera y como si por ella no hubiera pasado el tiempo y por mi alma, todo estuviera ausente y lejano excepto la figura de tal roca columna pétrea, que en medio del monte se alza y serena mira al día y aunque me queme en el corazón y luego me acaricie, también me grita y me llena de murria y me invita a morir y después calla.

Aquella roca, Dios mío, ¿qué era y qué es lo que en sus entrañas guarda que al mirarla desde este silencio, me quema en el corazón y es como un dulce beso que dándome la vida, mata?

* **YA REMONTADOS** sobre el lomo del veintidós de febrero y con la luz gris de las nubes densas que cubren el cielo, lo que más resalta, en esta sostenida mañana, es el alboroto de los gorriones por entre las acacias que plantaron en las tierras de los huertos y el tableteo del pájaro carpintero junto con los patos que ahora llenan las aguas del río y del arroyo.

Y según me voy despertando, envuelto en el concierto sin concierto de los gorriones alborotados y creciendo en intensidad según va amaneciendo, miro a la tierra que desde mi alma se proyecta y sin querer, veo junto al

cibanto de las higueras espesas, al joven hermano mío que ya no está pero que sigue acurrucado en su cama de tierra pegada al rebaño de ovejas que pastan al otro lado y al acercarme y preguntarle, me dice:
- Podría irme y dormir en la casa calentita de la aldea pero para estar todo el rato preocupado y desde allí pensando en ellas, prefiero acostarme a su lado y así las protejo mientras las siento pastando y las estoy viendo.

Y algo más arriba y a la derecha del camino que viene remontando, agachada en la tierra, y como si estuviera escarbando o buscando perlas de estrellas que alguien por aquí hubiera dejado, la veo a ella y al pasar por su lado, me paro y le pregunto:
- ¿Madre, tan temprano?
Y ella plena:
- A ver si cojo un puñado de collejas o cuatro o cinco cardos para la olla y de paso, si limpio de piedras la tierra del huerto, esto que adelanto.
- Pero madre ¿tanto es el mimo que necesita la tierra?
- Si no estamos siempre con ella y, además de trabajarla, la amamos ¿cómo nos dará su fruto y el manojo de consuelo que necesitamos?

Y como subo a la ladera de la fuente de los álamos y voy en busca de padre que ya va tras las ovejas, al pasar por el lindazo de las tres nogueras, ahora cubierto por las esparragueras que dan los dulces espárragos, como todavía estoy cerca de madre, al ver la retama enana, otra vez le pregunto:
- ¿Y aquellas frutas redondas y amarillas que, anoche decía la abuela, aquí cogió aquel año?
Y de nuevo ella:

- Eran redondas como limones y amarillas u oro blanco y colgaban apetitosas en los tiernos tallos.
- Pero madre, si esos frutos no se han visto nunca por esta sierra ¿cómo fue que ella los viera y hasta los tuviera en sus manos?
- Pues los vio aquel año y aunque no sabía qué era ni los conocía, aquello estaba bueno y estaba blando como la pulpa de los limones aunque su sabor era dulce agrio.

Y como el arroyo corre cerca y hoy baja completo y su corriente alegra saltando, al mirar, vemos al que sube con su escopeta y al acercarse le preguntamos:
- ¿Qué se caza en este rincón?
Y él todo en sí entusiasmado:
- Un pato que se me ha metido en la corriente y está por ahí aplastado y lo vengo persiguiendo porque a este me lo cargo.
Y la madre:
- Pero señor, está todo el campo lleno de criaturas y donde hay un rodal de tierra, los animales pastando ¿no es peligroso que ande por aquí con su escopeta persiguiendo a un pobre pato?

Y él que no contesta y entonces la madre me coge de la mano y me lleva hasta la curva del arroyo y donde se remansa el charco, se para y me dice mirando:
- Por ahí va a salir este pato, estate atento y en cuanto lo veas, lo espantas y que se vaya volando porque a ver, el animal ¿qué nos ha hecho a nosotros ni al que lo está cazando?
Y justo al terminar de pronunciar estas palabras, sales de las aguas el pato y al verlo, alzo los brazos y doy voces y él se levanta en vuelo y arroyo abajo se pierde veloz

surcando la gris luz de la mañana y al darse cuenta el de la escopeta, dice como enfadado:
- Hoy ya se me escapó otra vez pero que se vaya preparando porque a este lo mato un día de estos cualquiera y después me lo como en mi plato.

Y como voy subiendo por la vereda en busca del padre que sigue a su hato, despido a madre que continua en su tarea de recoger sus collejas y los cuatro o cinco cardos para la olla y mientras camino rajando la luz pálida de la mañana nueva, me digo que los gorriones están alborotando las primeras horas del día y sin canto, están en su concierto, anunciando el comienzo del día y de la primavera mientras madre y padre y yo, como esta mañana de ahora, estamos cogiendo de la tierra y de la luz del sol, aquello que para el alma y el cuerpo, necesitamos.

* **ÍBAMOS NOSOTROS** subiendo por la senda que acompaña al río e iban los animales también en la misma dirección pero más por el barranco y pegados a las aguas del cauce e iba la tarde cayendo por la cresta de los robles gigantes y estaba el cielo todo cubierto de nubes espesas y no hacía ni chispa de viento y sí por el río grande bajaba inflada la corriente y también, de las laderas y de las fuentes, caían repletas las cascadas blancas.

E íbamos nosotros recogiéndonos ya hacia la majada de la llanura y lo mismo las ovejas y todas apretadas y repletas de hierba fina, cuando estalló el trueno y a continuación cayó el rayo en uno de los pinos de la umbría de enfrente y al momento, se abrieron las compuertas del negro cielo y a cántaros caía la lluvia y

vimos como las ovejas se metieron en la cueva de las rocas coloradas que se abre en la curva del río y nosotros, que íbamos subiendo, nos volvimos para atrás y salimos corriendo y en la casa de piedra que se alza al final del puntal, y es de la hermana vieja, reina también en este valle, nos metimos.

Y recuerdo que al entrar, la hermana dijo:
- ¡Lo que faltaba para colmar el río!
Y esto lo decía por la gran tromba de agua que estaba cayendo y por el mes largo que la lluvia llevaba sin parar y por el enorme caudal que baja por el río y a sus palabras nosotros no dijimos nada y sí nos pusimos frente a las llamas del fuego que ardían en la chimenea y empezamos a secarnos las ropas que estaban empapadas.

Y estábamos justo al lado del abuelo compartiendo el calor de la lumbre y viendo como fuera y a lo ancho del campo, caía la lluvia en forma de un diluvio inmenso y cuando crujió otro rayo justo en el momento en que también el abuelo se echó mano al corazón y quiso gritar y levantarse pero lo único que pudo fue caer redondo al suelo y la niña que estaba junto a él, lo cogió del brazo y la hermana vieja que era su hija, corrió y lo levantan un poco y lo miran a la cara y le hablan diciendo:
- ¡Abuelo! ¿Qué te pasa?

Y recuerdo que el abuelo no pronunció palabra ni tampoco movió la mano ni respiraba y como pasó un rato y todo parecía como si se hubiera quebrado para siempre, la niña hermana se dio cuenta y se abraza a él llorando y clamando al cielo diciendo:
- ¡Dios de la eternidad, que no se apague el abuelo!

Y qué tremenda que fue aquella tarde que íbamos nosotros subiendo por la senda que acompaña al río y cómo caía el agua y se rajaba, el cielo y al poco, qué rebosante bajaba el río de olas turbias y espumas blancas y cómo el bosque de la ladera se cubrió todo con la niebla y cómo brillaban, en los cerros, las lenguas de fuego que prendían en los pinos y nosotros, en la casa vieja, acurrucados junto al fuego mientras la niña lloraba con el abuelo entre sus brazos y pegada a la hermana mayor y todo el rato diciendo:
- ¡Padre Dios! Que no se nos muera el abuelo.

* **YO NO DUDO QUE AHORA**, la frágil hebra que me une a la vida por el lado de la materia, bastante se funde con las palabras del profeta cuando dijo: “Sé Tú la roca donde me refugio”, porque he aquí que la cueva donde vivo se abre en la pura roca y mira al valle frente al sol de la mañana y nada me da más seguridad y techo que esta pared pétrea en el centro de la ladera y remontada como si fuera espejo o te mirase cara a cara.

Y no olvido que en la noche fría de este ya vencido febrero, me asomo al espacio profundo y como si se tratara de una lente que se abre desde las entrañas del tiempo y la oscuridad de la noche, con sus reflejos de luna y el hielo viento que llena la tierra, miro y veo, la materia donde estoy refugiado y al fondo el valle pero también transformado como en reflejos inmateriales que contiene los infinitos colores y todas las flores de las blancas primaveras y los mil manantiales de aguas limpias y las cien canciones que son y no, viento.

Y al lado derecho, como sentados o esperando o gozando no sé qué celestial juego, una multitud que

conozco pero también como vestidos con trajes puros y bellos que en nada se parecen a los de la tierra y me miran y dicen:
- Estamos esperando que desde tu cueva te lances al vacío abierto.
Y al mirar al vacío que es el valle transformado en sueño, veo como un gran lago azul violeta que es semejante a olas de viento donde se reflejan los millones de estrellas que titilan en el firmamento y reverberan las montañas altas y sus nubes incoloras pero hoy que no es esta noche porque no hay tiempo, con mi figura esencia que sólo se ve con los ojos que miran desde la fantasía, les digo a ellos:
- Si me lanzo al vacío sé que el lago me dará su beso.
Y ellos:
- Y es necesario que lo hagas porque así pasas la prueba y tu sueño queda intachable ante los ojos de los que ahora te vienen siguiendo.

Y sin pensarlo dos veces, como en un sencillo juego de aquellos que tanto materializamos entre la niña hermana y yo y los hermanos cuando estábamos por este lado del tiempo, me lanzo a la presencia azul violeta y siento que el gran valle, amplio y exacto, es suave como la luz que mana de la luna y todo es dulce como un beso y por eso nado y al poco ya estoy en el otro lado y entre ellos que me rodean y dicen:
- Ahora camina delante porque tú eres el guía que nos llevas al encuentro del gran gozo de lo eterno que es la realidad intangible que tan hondamente apetecemos.

Y me pongo a caminar y al cruzar el río, que bien conozco y es de cristal y también ahora de incienso, no sentimos ni la humedad del agua ni la dureza del suelo y

al bajar al barranco, sin problemas porque al igual que una burbuja de aroma, rozamos los robles y los acantilados y las cascadas y ya vamos al encuentro de lo que sólo intuimos y aun, con los ojos cerrados, vemos porque lo estamos gozando libres y dentro.

Y mientras voy disfrutando de su compañía y sus palabras y su perfume, caigo en la cuenta que lo de fuera, lo que mientras he pisado esta tierra y he sentido hambre y miedo, no existe en más dimensión que en mi corazón y mi sueño y lo que es mi espera y el dolor y la soledad y la ausencia, no tiene cuerpo sino en el latido de mi alma que es donde está la Luz, Dios mío, dándome tu beso y transformando, en rayos de luna, la cueva donde me refugio y el frío de estas largas noches y el hambre y hasta el canto del cárabo y la herida por la que me desangro y bebo el presente que es sólo un pálpito cósmico y, más en lo hondo, recuerdo.

* **LA SENDA CRUZA** los arroyos por la parte media y al remontar el primer puntal que es el de las esparragueras, entra en la tierra llana que va hasta el segundo puntal que es el del nido del mochuelo y, justo en el centro de la llanura que se recoge entre un puntal y otro, mana la fuente vieja que nunca tuvo nombre excepto el de las junqueras por lo verdes que junto a sus aguas crecían y lo espesas.

Y ahí, por donde desde la tierra plana se derrama el cristal del venero y a la derecha, según vamos en la dirección que corre el arroyuelo y antes de llegar al cauce grande, que es el de las zarzas de los cien ruiseñores y sobre la elevada tierra del primer puntal, sigo viendo el

cortijo antiguo de fría piedra y como voy andando en el real sueño y amor por la tierra y más elevado en la vertiente de lo que mana hacia la región de las estrellas, me acerco desde el lado de la oscuridad que es por donde se va el arroyo grande, y llamo a la puerta.

Y enseguida sale la hermana mayor que siempre fue pastora y también piconera y después segadora de trigos de raspa negra y luego mujer del gañán e hija morena del sol y de la soledad que viva chorrea por los montes y como la conozco, al verla y verme, se alegra y enseguida me pide que entre.

- Porque estás en tu casa y con todos los derechos aunque como yo ahora, no pintes nada en ella.

Y al oírla enseguida le pregunto:

- Esto es lo que me trae por aquí y me inquieta aunque sin obligación ni real decreto que me ate a la obra que en tu vieja casa celebras.

Y ella:

- Pues pregunta porque, de hermano a hermano, te complazco en lo que pueda.

Y me siento a su lado en el rincón de la recóndita chimenea y en cuanto las llamas me contagian su calor y por la piel de la cara la sangre se me hace primavera, le pregunto:

- Internado en este cortijo tuyo de antiguas piedras y para hijos de las ciudades y donde sólo hay dos arroyos y tres adelfas ¿cómo me lo explicas tú para que lo entienda?

Y la hermana buena:

- Dicen que con poca obra esto se adapta y, donde crece la encina vieja, es donde quieren poner las habitaciones de las muchachas y, en el lado que da a la llanura y se mece la hiedra, pondrán las de los muchachos y en el

centro, el patio y en dirección a la fuente, la vereda que según ellos será el paseo y más en el centro de la llanura, las clases y por ahí, árboles y macetas y todo esto que te digo, no creas que es sueño mío, que ayer mismo estuvieron aquí y entre otras cosas, me dijeron que el asunto ya está a la vuelta.

Y mientras la oigo inquieto, guardo silencio y miro al techo donde cuelga los chorizos y las morcillas que huelen a hierba buena y miro a las llamas de la lumbre y la miro a ella y miro a los tres rosales de las rosas rojas que tiene sembrados en la puerta y, en el aire que entra desde la llanura, me llega el olor de ovejas y los balidos de los corderos y el eco de los cencerros y los ladridos de la perra y mientras la sigo mirando y estoy a su lado sin prisa porque hoy la mañana es nuestra, le pregunto quedamente y como si no quisiera:
- ¿Pero internado para estudiantes y en este rincón de la llanura y en este cortijo tuyo tan antiguo y de cal y piedra?
Y la hermana mayor, como soñando:
- Y yo seré portera y guisaré comida para los estudiantes y seré recadera y aunque te parezca mentira, les regalaré mis morcillas y les barreré sus cuartos y seré también su consejera.

Y en la mañana que se abre y dentro del cortijo humilde, que es símbolo sobre el puntal de las esparragueras, me sigo calentando en las llamas de la lumbre que ha encendido y mientras rumio en mi alma el sueño extraño, por ser en este rincón y esta tierra, me digo que en cuanto me sea posible y en cuanto pueda, tengo que ponerme y a prender mi nuevo papel y, como dueño, en esta distinta empresa y también me digo y para mí que si : “¿será real lo de este sueño o es, de mi

miedo y el dolor, otra fantasía más que surge y el viento se lleva?".

* **VOY POR LA SENDA** que a media altura cruza la solana y voy acompañado del sol de la mañana y el rumor de la corriente, que en lo hondo, me va quedando a la izquierda y voy empapándome de los trinos que los ruiseñores desgranan en el viento fresco, cuando a cruzar las puntiagudas rocas del puntal, caigo en la cuenta que este es el rincón de más misterio y belleza que conozco en la sierra entera.

Y lo digo porque en las rocas escarpadas que ahora mismo remonto, es donde gocé aquellos nidos de los buitres y en la curva de la senda que veo al frente, es donde se me derramó aquella noche los tres sacos de naranjas y en el arroyo que cruzaré enseguida, es donde vi la lucha de aquellos dos marranos jabalíes y en la misma senda que piso, es por donde caminó el pastor joven acompañando al turista que volvía y hablaban mientras subían hacia el barranco de las higueras y al frente, se amontonan las zarzas donde las urracas hacían sus nidos y al fondo y en el charco hondo que tiene sus aguas azul de cielo, es fue donde ocurrió el mejor misterio que nunca se conoció en estas sierras.

Porque en el borde del lado de la umbría, jugaba aquella niña pequeña, decía la abuela, y al agacharse para coger las bellotas de la encina, resbaló y se hundió en el agua y dice que cuando acudieron, la vieron jugando en el palacio del fondo del charco y cuando la sacaron, ella miraba y decía que allí en lo hondo había visto un mundo tan bello y dulce que aunque ahora volvía porque la rescataban, ya no quería arrancarse de la belleza clara

que al final del agua le habían regalado para su juego y consuelo de su alma.

Y voy siguiendo la senda y ya tengo rebasada la pradera de la hierba cuando al mirar al frente veo el camino por entre el monte y más lejos, la profundidad umbrosa y bella de los barrancos y como llevo en mi alma la angustia de mis cabras perdidas desde hace dos días, lo que más me repito es el deseo de verlas y bajarlas otra vez para las tierras del valle, cuando de pronto veo a mi amigo el pastor que tanto aprecio porque tantas veces me ha salvado de los problemas y las penas y por eso lo llamo:
- Espera que hoy necesito de ti más que ayer.
Y él:
- Te estoy esperando.

Y aligero el paso y en cuanto devoro la curva estoy a su lado y enseguida le comento la angustia que esta mañana me lleva por el barranco y al terminar me dice:
- Vente rápido que tu problema hoy también lo tengo controlado.
Y me voy siguiendo sus pasos que ya se enfilan por la ladera pecho arriba y en media hora atravesamos el monte que me viene quedando a la izquierda y como desde la cumbre la vista es magnífica y, además, ya parece que media sierra queda al alcance de las manos, nos metemos por la pendiente que da al norte y al cruzar la difícil vereda que va al borde mismo del acantilado y por el filo de las rocas y la poca tierra, me dice:
- Al otro lado están las cabras pero al cruzar por este peligroso paso, ten cuidado que la tierra, como está mojada, resbala y te despeñas sin remedio como le ha pasado a tantos.

Y como mi amigo es tan buena persona porque él nace de los nobles serranos, se pone delante y me va indicando dónde y cómo tengo que apoyar mis pies con sus esparteñas para cruzar y no resbalar y conforme lo estoy mirando, siento el miedo y quiero decirle que él también tenga cuidado cuando justo al dar el quinto paso, resbala y rueda por la pendiente y enseguida lo veo que se pierde al tiempo que me pide ayuda y se agarra con sus manos y como no puedo correr, lo llamo y me vuelvo para atrás para entrarle, a su caída, por el lado norte de la roca que sobresale y cual no es mi sorpresa cuando al asomarme por la parte del voladero que ha caído, lo veo sentado en la repisa de las rocas escarpadas y parado frente a él, le pregunto:

- ¿Qué ha pasado?

Y mi amigo todo en calma:

- Un mal paso que no tiene importancia pero que tenías que ver para que te convenzas del peligro.

Y yo todo asustado:

- Pero ahora ¿cómo salimos adelante y atravesamos el desfiladero y salvamos, luego, mis cabras y tu rebaño?

Y mi gran amigo, noble hermano:

- En dos minutos me elevo sobre esta roca y en nada, remontamos y nos encajamos junto a tus cabras y luego, todo ya verás, queda encajado con la exactitud y el acierto que deseas tú y yo estoy deseando.

Y al poco, ya vuelvo, y por la senda que a media ladera atraviesa el gran barranco y mientras vengo siguiendo a mis cabras, caigo en la cuenta de la mañana espléndida que Tú me vienes regalando y del rumor que mana de la corriente que salta por el arroyo del misterio y de los cantos de los ruiseñores y también caigo en la

cuenta de gran misterio que sobre la cumbre y este barranco, duerme y se aplasta y late aquí conmigo mientras voy por la senda caminando.

* **HOY YA ES VEINTIOCHO** de febrero, día final del mes y como desde mi cueva sigo bebiendo el tiempo en espera del encuentro final, digo que hoy amanece limpio de nubes el cielo y que es como ha estado toda la semana y también sigue llegando el viento del lado norte que es, según los serranos, el más seco de cuentos aires azotan a estas sierras porque es el cierzo que además del frío que por las noches deja, también lo acompaña de hielo y por el día, aunque brille el sol, el frío quema como en el mes de enero.

Y como ya, desde hace unos meses, las noches son más cortas y los días más largos, cosa que nunca me ha gustado y no sé por qué secreto, mientras me voy despertando a esta luz nueva de este día último que nace tan sereno, se me cruza por la mente aquel día de aquel tiempo que desde la aldea del valle, la niña hermana y yo, subimos por la senda que abarca al cerro y al llegar a la segunda aldea, que es la de la llanura del almez, nos dio un abrazo la hermana y enseguida le informamos:
- Que venimos de parte de madre a echarte una mano en la obra que estás haciendo.
Y la hermana generosa y buena, que amamos con toda el alma:
- Pues gracia por esta disposición.
Y la niña:
- Aquí estamos, dinos tú qué hacemos y por dónde empezamos.

Y como aquel día era un día parecido al de hoy y, además, lleno de rebaños de ovejas que siembran de balidos la mañana mientras pastan por las praderas y amamantan a sus borregos y la hermana, que esperaba a su hijo y si se le preguntaba, decía sonriente:
- Todo va creciendo y lleva su buen ritmo y eso aquí lo estáis viendo,
nos dijo que lo primero era traer muchas piedras de la ladera de enfrente y luego amasar la mezcla y cortar los palos y acarrear agua de la fuente y traer más piedras y echar una mano al albañil que era el ingeniero de la casa nueva que se estaba haciendo y cuando ya se tornaba al día, que bien lo recuerdo, la hermana hermosa que soñaba con su hijo bello, echó mano al cuchillo y del tocino de la matanza que ya estaba curado, corta media hoja y luego descuelga chorizos y después morcillas y luego cogió un pan grande y de las gallinas que por la llanura pican en la hierba, cogió sus huevos y con toda esta cosecha se viene a nosotros y nos dice, sin rodeos:
- Esto se lo lleváis a madre y le decís que la quiero y les dais las gracias por quererme ella a mí tanto y por estar a mi lado en estos momentos.

Y recuerdo que aquel día, cuando ya caía la tarde y como ahora, se terminaba el mes de febrero, bajamos por la senda y aquello fue como un juego que nos ardía dentro del corazón y nos pesaba sobre las espaldas en forma de regalos de la hermana buena a la madre santa que en el valle y su humilde casa, trajinaba en la monotonía de todos los días y con su corazón de amor lleno.

* **ALZAN SU VUELO** las tinieblas de la noche y por el limpio cielo estrellado, viene asomando la luz del día

nuevo y mientras desde mi cueva acurrucado miro sin prisa llenarse, una vez más, mi tierra de claridad, caigo en la cuenta que hoy es ya uno de marzo lo cual me indica que otro mes más se ha ido y ahora pienso que casi sin sentirlo o darme cuenta.

Pero como creo que este marzo que llega no es del todo bueno, en el sentido que no trae, aunque lo parezca, todavía con él la primavera y lo digo porque dos semanas llevamos ya que todas las noches hiela y aunque durante el día sí brilla el sol sobre el cielo azul e ilumina con esplendor la tierra, hace tanto frío a lo largo de la noche y al amanecer y durante el día, que ni siquiera las flores del almendro ni las del romero ni las aulagas, muestran su belleza en la plenitud en que ellas son.

Y por esto digo que este día primero del mes de marzo, que me llega como de puntillas y como de lado para que me entusiasme lo menos posible, no es un día que se presente lleno ni de perfume de primavera ni de calor para el campo que como yo, espera despertar del largo sueño que lo tiene retenido desde aquellos días del otoño viejo y del hermano invierno que tanto lo cubrió de nieves y de aquí que siga diciendo, mientras quieto miro mudo desde mi pequeña cueva, que el día de hoy le da su beso frío a las esparragueras que tanto llenan el suelo desde la vega hasta la cumbre y les dice que quieto, porque todavía no es el momento de su despertar a la vida de verdad porque el hermano sol no calienta con la fuerza que corresponde a una buena primavera.

Y mientras sigue alzando su vuelo la hermana tinieblas de la noche y sobre el grandioso firmamento se van apagando las estrellas o más bien ocultando tras los

rayos del sol nuevo y viejo que con el nuevo día, iluminan de este marzo el día primero, me repliego contra mi cueva y la piedra que me da su techo y te digo, como tantas veces, Dios mío, que me mantengas recogido entre la fragancia de tu beso y que cuanto llegue y se vaya y me deja su señal grabada en mis carnes, a fuego, no me aleje de Ti ni de mi mundo del recuerdo sino que me fundas más a la verdad sencilla que me mantiene vivo y lo es todo y yo con ello, acariciado por tu amor y la dulzura de tu beso.

* **EN LA REGIÓN DULCE** de mi alma blanca, donde los bosques son viento y los ríos tardes que gotean primaveras, tengo estampado la imagen del cortijo por donde en las noches densas, me paseo y vuelo y por más que lo recorro, nunca llego al rincón de las praderas.

Pero esta noche que acaba de arroparme y tiene su cuna entre el mes de marzo y final de febrero, he estado recorriendo las amables tierras de esta región mía y entre otros matices o ráfagas de sueños, lo que más se me ha clavado en el centro ha sido el cerrillo redondo con su roca gruesa en la cumbre y en ella, la cornicabra verde meciéndose al viento y en la tierra que sujeta a la roca, la hermosa hierba fundida con las esparragueras y la sombra de las encinas.

Y ahí, en el centro del llano que queda entre la ladera grande y la altura del cerro con su piedra llena de musgo, el cortijo pobre que ya se cae de verdad y en su puerta, el perro atado al roble que se pudre y el burro blanco que paciente espera y a la derecha, la reguera que sigue repleta de ese agua limpia y luego, el arado viejo que se

deshace y el cubo de hierro y la garrota que sirve para cuidar a las ovejas.

Y dentro, porque en cuanto he llegado, los he llamado y he pasado a darle mi beso, el pastor cansado y tanto que casi no puede moverse y está sentado frente al fuego y como tampoco ya casi no puede comer, saboreando un trozo de panal de abeja y mientras ella, la pastoras noble que lo quiere y está a su lado, guisa unas patatas y se recoge en la silla enana que cruje en cuanto la mueve.

Y al verme, me han preguntado:
- ¿Por aquí caminando después de tanto tiempo?
Y yo les he contestado:
- Quiero cruzar el río grande y atravesar las sombras de los barrancos profundos y coronar a las cañadas de los ruiseñores y quiero llegar hasta el pedazo de los olivos para cavarlos y limpiarlos de las malas hierbas y al pasar, me he parado a preguntarte, tú que conoces bien esta sierra ¿cuánto me queda todavía para coronarlo?
Y ella, en nombre de los dos y dándome su amor y algo llorando:
- Es que el bosque, atravesarlo, ya sabes lo espeso y duro de andar que es y luego, los arroyos por entre las rocas clavados y las nieblas y la humedad de las cascadas pero digo yo que si fueras volando como lo hace el viento o las mariposas de estos valles, quizá tu camino sería más dulce y llegaras en poco rato.

Y la estoy oyendo y estoy mirando la mesa de madera negra y por detrás de él y en el rincón amontonado, el maíz y las patatas y por encima los pimientos y las vainas de las habichuelas y al lado, los pantalones remendados y el cántaro sobre sus cantareras rezumando por el barro el

agua fresca y frente a nosotros, la lumbre con su danza y como desde aquí veo el barranco, me digo que puede que tenga razón pero ¿cómo alzo vuelo y atravieso las regiones de mi propia alma y me fundo con el goteo de la tarde y el hermano viento que me da su beso y el umbroso bosque que es primavera que florece desde mi propia sangre que me está quemando?

* **DEL CORTIJO,** en el collado del lentisco que mana del cerrillo de la roca grande, he vuelto hace un rato y entre otras cosas, allí he visto muchos coches apiñados en lo que fue llanura de la entrada, ahora arreglada y sembrada de césped y donde estuvo la alberca que retenía el agua para regar los huertos, se estanca la piscina pintada de azul y por abajo, se apilan los sillones para acostarse y tomar el sol y en el rellano, donde estuvo el roble gigante de los dos pies, se ve su medio tronco blanco cortado por la cruz y seco y al lado, las acacias sembradas y precisamente esta tarde, recién regadas.

Y en el cortijo de aquel mundo bello que tanto rezumaba a oveja y olía a maíz recién esfarfollado, también he seguido viendo a la roca boronda que tenía su lentisco en todo lo alto, profanada por los tubos de plástico que dejan el agua en la misma cara de arriba y desde ahí chorrea y cae a la pila que le han construido en su base donde han puesto focos de luz eléctrica y al caer la noche, los encienden para así “hacerla más bonita”, dicen ellos y atraer a más gente de los muchos que por aquí ahora vienen de visita.

Y dentro, en lo que aún queda de aquel cortijo viejo, arde el fuego que han preparado para que sirva de decoración en el comedor de los que vienen de fuera y en

lo que fue cocina y dormitorio, sala y comedor para estos que en los fines de semana llegan y luego reparten folletos y tarjetas de visita con teléfonos y precios de habitaciones dobles y como los arreglos nuevos hacen del cortijo una casa de lujo pero dicen que rural, después de recorrerlo a intentar adecuar mi alma para no seguir muriendo, he cruzado el negro puente de toba que daba paso al arroyo sujetando al camino que recorría el valle y me he venido monte arriba y mientras venía subiendo y, al ver los lentiscos que están florecidos, se me ha venido al recuerdo aquel antiguo día que fue también en marzo y en lo primero.

Casi como ahora, se presentó una ola de frío en la mañana nueva del día primero y recuerdo como hasta se le veía subir por el río y en forma de niebla arropando el bosque y se oían los crujidos de los árboles al abrazarlos el frío y se oía el llanto de las criaturas y a los animales, se les veían caer al suelo congelados y la poca primavera que ya había brotado, se quedaba como embalsamada y recuerdo que hasta se volvía visible teñido de niebla blanca.

Y como ahora me encuentro recién venido del valle donde estuvo aquel cortijo, mientras miro a las cumbres de la sierra, medito en mi alma cómo son las plagas o los fenómenos que trae el tiempo, y lo digo porque hoy, que también hace mucho frío y luce el sol, el hielo más de muerte y negro parece quemar y destruir para siempre no ya los rincones de lo eterno, sino los cimientos de aquella sencilla cultura pobre y bella pero digna y pura y a su paso, este mismo hielo de estos tiempos nuevos ¿qué deja, Dios mío, sino una capa de brillo externo y detrás... quizá muerte en su silencio?

* **RECUERDO AQUELLA MAÑANA** de luz, que estaba sostenida sobre la cumbre de esta sierra y caminando por ella bajaba yo siguiendo la franja que viene desde el collado del espeso bosque y recuerdo que al salir a la llanura de la pradera verde, me tropecé con la esperraguera entre los acebuches y frente a ella me paré y comencé a coger espárragos y cuando me levanté , tenía tantos que no me cabían en las manos y todos lucían como la misma primavera.

Y recuerdo que cien metros más abajo, detuve mis pasos y sobre el tocón seco del roble viejo, me senté y descolgué mi macuto y saqué el trozo de pan que madre me había puesto y después de abrirlo, lo regué con el aceite nuevo sacado de las aceitunas que dos meses antes habíamos molido en el molino del río, y frente a la sierra espléndida, me puse a comer aquel manjar bueno.

Y recuerdo que mis cabras atravesaban el monte por la umbría del lado izquierdo y como era casi como hoy, rozando la primavera, las matas del romero y las cornicabras, ya tenían sus brotes nuevos y por eso los animales avanzaban satisfechos y dándose su banquete de hierba fresca y los chotos pequeños las seguían y por los claros del bosque se amontonaban y al sol de la mañana se ponían a retozar.

Y así fue como los dos chivos gemelos, blanco uno y negro como el azabache el otro, se acercaron a donde yo me estaba comiendo mi trozo de pan con aceite y al verlos los llamo y luego me pongo a jugar con ellos.

Y recuerdo como a mi lado y sobre la hierba, se acostaron y como si fueran mis amigos de toda la vida, mientras los acariciaba y les hablaba, allí ellos se acurrucaban al sol de la mañana bella y como yo me sentía tan pleno sobre la cumbre blanca de la eternidad serena y con mi manojo de espárragos y mi trozo de pan moreno y mis cabras saltando por el monte y el viento fresco de la primavera recién llegada, recuerdo que en aquel momento me dije que sobre este suelo no podía existir ni un paraíso tan bello ni una persona que tuviera tantas riquezas y gozo interno como el que allí conmigo latía y me rebosaba en aquella mañana de luz que estaba sostenida sobre la cumbre, que de esta sierra, roza el cielo.

* **YA HA FLORECIDO** la escila, que es una florecilla pequeña y color violeta que se agarra y crece en las grietas de las rocas, principalmente al lado norte y también la prímula vulgaris, se abre al sol limpio de la mañana, las más retrasadas porque las primeras salieron por el mes de enero. Y como en estos días primeros de marzo sigue el tiempo seco y el frío aumenta, la tierra roja de esta ladera mía y el valle que tanto quiero, se ha puesto dura como las piedras y ya no la empapa el agua como lo hacía este grandioso invierno sino que está seca y formando una costra vieja y como no llueve y sí sale el sol pero por la noche hiela, se puede decir que se ha adelantado la primavera pero lo es rara porque el frío, de tanto quema.

Y claro que sigo recordando cuando ellos estaban y recuerdo que por estos días, en aquellos tiempos, a las ovejas que guardaba padre les entró la epidemia de la cojera "el pedero" que era como aquí siempre le hemos

llamado y como las pezuñas se les infectaban, no podían andar y aquello era una cruz para los pobres pastores porque sufrían más que sus propios animales viendo como el ganado se les quedaba entumecido en las praderas y se les moría sin remedio entrándole la podredumbre por las pezuñas que se les caían y al no poder andar, no podían comer y junto con sus borregos, ahí se quedaban sin fuerzas para siempre entre la hierba.

Pero el día de hoy, el del silencio y la monotonía de una primavera casi ausente y yo en mi espera, es como tantos, un paso al frente desde aquel recuerdo y otro paso hacia la incertidumbre y la realidad vestida de frío y nubes altas y el martilleo de este sentirme extraño y escondido en mi propia tierra.

* **CLAVADO CON UNA** visión profética que me trasciende la vida e indica el norte, el rodal de tierra del collado de la hierba verde, me persigue día y noche y como si se tratara de la entrada al paraíso o la salida a la región de las montañas celestes, se me presenta y me grita y nunca se marchitan, ni la encina espesa que clava sus raíces a la derecha y que a veces la confundo con el árbol que describe la Biblia ni los helechos relucientes que van arropando el paso de la senda que se hunde en el estrecho del collado verde.

Y todavía recuerdo el rincón oscuro que al cruzar, a la derecha, se extiende y si me paro y miro, por ahí veo a padre subiendo tras sus ovejas y su sueño leve y llevando en la mano su navaja de acero y mientras recoge bellotas y se para y mira y luego vuelve y ahí está continuo y eterno con sus ovejas y aunque al ocultarse el sol, parece que se muere, no es verdad porque yo lo sigo

viendo desde esta distancia del tiempo y a la luz del día y desde mi pequeño sueño que tan vivo me sostiene.

Y lo que más me ciega los ojos del alma y el paladar de los recuerdos que tan en lo sublime me abraza y quema, es la briega de la madre buena caminando delante y cargada con la obligación de su tarea siempre ardiendo de amor en su dulce mente y detrás de ella, pisando la tierra que cruje de hielo y se muere de soledad y llora del beso que Tú le das, la niña hermana que siempre aparece como si fuera de espaldas para que ni el sol ni el aire le roce la cara ni le manche la esencia de la sonrisa que aquel día le regalaste y por amor le pertenece.

Y al llegar, las dos, justo al rodal de la tierra que es cimiento y pradera en la puerta del puerto de la hierba verde, la multitud le espera y al verlas, la saludan y les hablan y la besan y ellas les dicen, llenas de la esperanza que, entre las ramas, las encinas tienen:
- Adelante, hermanas, que al otro lado del puerto, inmensos se extienden los campos tupidos de hierba brillante y los remansos azules llenando las corrientes y a la derecha y a la izquierda, hermanas mías del alma, se oye la música que baja de las fuentes y un poco más adelante, por donde la oscuridad de los barrancos oculta a los montes, no se ve pero se siente, el gozo de lo sublime que es el corazón mismo del paraíso que nos llamas y nos quiere.

Y desde aquí, la cueva pequeña que me arropa y contiene, después de tanto tiempo y esta espera sin fin, me sigo diciendo que la visión del puerto de la hierba verde es como una luz profética que se me clava en el

corazón y me alumbra, indicando el camino de la eternidad con tu verdad celeste.

* **EL PERFUME DE MI VALLE** es como si estuviera escondido entre las hojas secas que caen de los robles o entre las hebras del musgo verde que cubre las piedras y como yo, permanece a la espera para por las noches y, cuando todo duerme, salirse de paseo por el viento que lo acaricia y por la luz de las estrellas que lo adornan y también, por los caminos viejos que parecen muertos pero laten en su momento y con el secreto de la vida auténtica que no perece.

Y lo digo porque el perfume de mi valle cada noche, sea invierno, otoño o primavera, se alza desde su escondite de violeta humilde y cuando en sueño me trasciendo, siempre llega y se me cuela por el alma y me empapa como si fuera una lluvia fina que acaricia la tierra amada para que la sementera mantenga sus raíces vivas y broten sus espigas y den su grano y la cosecha que nadie conoce porque es de otra materia y otro reino pertenecen.

Y es que siguiendo el tapiz espeso de la hierba verde que cubre la tierra de mi valle amado, anoche me fui yo paseando y al volcar el cerrillo de la piedra que el hormiguero tiene, me encontré a la hermana bella, la niña dulce que es mariposa de las praderas y al verla tan sigilosa y tan en armonía con el terciopelo del hermano viento, le pregunté desde mi sueño:
- ¿Qué buscas esta mañana de azul de cielo y cuando la primavera ya está vistiendo los campos con la música de las sonoras fuentes y con la sangre de las amapolas tiernas que llenas de rocío se abren y para ti florecen?

Y ella:
- El conejo gris y alegre que ayer tenía conmigo y que saltó en su juego por entre los tallos de tanta hierba verde y se va de mi compañía y como estaba con él jugando mi juego, lo estoy buscando para cogerlo y que conmigo se quede.

Y justo en este momento, al mirar al frente, lo vemos aplastado entre la hierba y al vernos, se mueve y agacha sus orejas y parece como si estuviera durmiendo o esperara que ella se le acerque y lo coja en sus manos pero también parece, como si fuera el mismo perfume que mana de este valle nuestro y verde y que se esconde y se aplasta sólo hasta que llegue ella y en cuanto se acerque, se alzará en carrera veloz y como el viento que se va y viene y llena de aroma esta tierra mía, seguro que se pierde saltando por los últimos tallos de los tréboles que nacen al borde del bosque y por eso ella me dice sonriente:
- Tendrás tú que ayudarme a cogerlo porque sino, este conejo que tanto quiero y me quiere y me alegra con su juego de mariposa que se enreda por el viento, otra vez sale corriendo y se me hace flor como tantas margaritas entre la espesura de la hierba verde.

Y es que el perfume de mi valle es como si estuviera escondido entre el misterios de la fina hierba que por él se extiende y cuando menos lo espero o cuando estoy durmiendo, me sale al encuentro y me abraza y me da su beso y, como a la niña su conejo gris que es puro juego, me dice que le pertenezco y se enreda en mi alma porque lo quiero y me quiere.

* **A MI BIBLIA VIEJA,** que guardo de aquellos tiempos, acudo a cada momento para beber de tus palabras y llenar mi corazón de fuerza y recibir la luz y como yo, Tú bien lo sabes, cuando ahora piso el suelo o respiro el aire que me regalas, pido permiso para no herir ni a la creación que me prestas ni al hermano que permites pase por mi lado y como a pesar de esto y el miedo y el cuidado que pongo en cada momento para no herir ni manchar a mi paso por el suelo, sí lo hago aunque sin querer ni saberlo, ahora lloro, Dios mío, porque otra vez no me siento bueno.

Y en esta mañana del mes marzo, a mi libro viejo acudo y al abrirlo buscando la luz y tu consuelo, me sales al paso con tus palabras diciendo: “Dios hace caer su lluvia lo mismo sobre malos que sobre los buenos” y a continuación me dices: “Perdona y reza por el que te insulta y persigue porque sino ¿dime dónde está tu mérito?”

Y como una vez más, y con esta es ya un millón y ciento, no me siento bueno, me refugio en Ti y lloro y te digo que te quiero y te pido fuerzas para no desfallecer ni sentirme tan culpable, Dios mío, cuando no lo quiero y con el libro viejo en mis manos, donde me refugio y bebo y con mi corazón partido y mi alma hundida en su desconsuelo, busco una respuesta al ataque que esta noche he recibido cuando dormía en silencio.

Porque han llegado los que ahora tienen poder sobre estas tierras y el agujero donde me refugio y quieren quitarme de en medio antes de que se consuman los tres días que le queda de vida a mi roto cuerpo y desde su fuerza de absolutos dueños, me han dicho que en este

rincón estoy estorbando y que se acabó mi permanencia en la roca de esta ladera y que ya aquí no soy ni sombra y que por lo tanto, que no vuelva más ni por las tierras de este Valle mío ni por este agujero.

Y mi corazón, Dios mío, se ha puesto a temblar y en la noche que me da su beso, me he deshecho en lágrimas de amargura y me he sentido, además de miserable y pequeño y por supuesto que sin tierra ni camino ni manantial y hasta sin poder pisar el suelo en que hinco mis raíces y ahora mis recuerdos y al acudir a Ti, que es lo único que bajo el sol me queda y tengo, me he preguntado: ¿de qué soy culpable, Dios mío? ¿Es que acaso he ofendido a mis hermanos y por eso no me siento bueno y Tú me mandas el castigo a través de ellos y permites que me echen del rincón que tanto necesito y tanto quiero?

Pero Tú, Señor del cielo, según leo en mi libro viejo, no tienes en cuenta las culpas ni guardas rencor ni castigas por aquello que hago y no quiero porque según leo en la Biblia, haces caer la lluvia tanto para los malos como paras los buenos y me pides que perdone al que me persigue y por esto creo que Tú ¿por qué vas a castigarme por lo que hago y no quiero? ¿Por qué van ellos a echarme del rincón que necesito y tengo si mis pecados y mis errores, Dios mío, no son queriendo? ¿y verdad tampoco me castigas por esto sino que estás conmigo y me das tu beso y vas a permitir que en este rincón, que me regalaste, acabe mis días tal como siempre he deseado y dentro de mí necesito y quiero?

* **LOS PASOS MÍOS** por los lugares de las tierras que me pertenecen, están trazados por tantos rincones, fuera

y dentro de los caminos, que lo que más recuerdo ahora son las huellas de mis pies y mi cuerpo subiendo la ladera y bajando por la torrentera hacia la llanura donde, en el río sereno, crece el roble grande.

Y entre tantos días y tantos momentos de aquellas mañanas o tardes tan repletos de rebaños yendo por las tierras y llenando el aire de su perfume y sus balidos, recuerdo aquel día algo lleno de niebla y el rebaño tirándose por la pendiente y la tierra suelta por el aire y recuerdo que como no había senda, me fui por lo más alto, que era lo más llano de la cumbre del cerro y al llegar al collado de los pinos, tracé mis pasos por las piedras espesas y donde se junta con el río el arroyo grande, le salí al encuentro a mi rebaño.

Y al mirar al frente, lo que más ahora recuerdo, es la figura de aquel roble inmenso que se clavaba, retorcido y viejo, en la negra tierra de aquel rincón del valle y recuerdos sus ramas gigantes que se abrían en todas las direcciones con troncos retorcidos llenos de agujeros y en ellos los nidos de los cárabos y de los mochuelos y luego el bosque de hojas que se mecían al aire y en centro, su enorme tronco viejo, astillado y color tarde desvaída y mirando al río, la herida tremenda del rayo de la tormenta y por el suelo, la sombra en la quietud profunda del eterno Valle.

Y recuerdo aquel día mis pasos siguiendo a las ovejas, allí mismo y frente al asombro de aquel gigante, como no se quedaron detenidas y aunque seguían y siguieron adelante, el gran roble viejo fue como una meta dentro de aquel secreto que nunca conoció nadie.

Las ovejas luego siguieron bajando por el río y rozaron la corriente de olas limpias y espumas de nieve y más tarde, se perdieron por la curva pero mis pasos y yo aquel día del roble hermoso en el centro del valle, fue como un juego lleno de luz y de misterio y el asombro de mi alma trazando eternidad por los caminos de mi tierra que a tanto gozo profundo ahora me sabe.

* **ESTOY RECOSTADO** sobre la piedra fría de la repisa donde se abre mi cueva y miro al frente en la mañana que llega, diez ya de marzo, y según los ojos de mi cara veo la columna pétrea que se alza al frente y en su pico de águila que roza las nubes, veo la niebla que la rodea y algo la cubre y las bandadas de grajas que a su alrededor revolotean y al fondo, al cielo sobre el que se recorta la columna pétrea, qué gigante y qué bella.

Y conforme estoy sentado con los ojos del alma veo el momento de aquella primavera y en ella, el molino viejo a punto ya de terminar la faena de la molienda de las aceitunas que dieron los olivos de este Valle nuestro y veo a madre que llega a la casa con la alcuza de aceite toda repleta y al derramarlo sobre el pan que ha cocido en el horno de leña, me dice, satisfecha:
- Mira hijo mío, qué delicia de zumo, verde de hierba y qué brillo de fuego y de esmeralda perla.

Y con los ojos de mi cara y algo con los de mi alma, veo que es muy cierto lo que ella me muestra y mientras sigo recostado sobre la cama de piedra de esta cueva mía abierta en la roca y sobre la gran repisa que es pedestal y palacio frente a mi eterna sierra, veo otra vez a la madre que siguiendo los caminos del viento, sube y hasta mí se

acerca y al llegar me abraza y luego me besa y me alarga su trozo de pan cocido en la leña y al punto me dice:
- El molino ya está viejo y se cae podrido y sin dueño y sin fuerzas pero dime hijo mío, ¿porque ahora te escondes entre estas piedras? Y lo digo porque nadie en la casa está enfadado contigo y menos la niña bella.

Y quiero decirle que anoche soñé que me prohibían jugar con ella y también andar por los caminos y vi como me rompieron el molino y se llevaron sus piedras para ponerlas en los jardines de sus casas de recreo y como me dijeron que era mala persona, me viene a este agujero pero no se lo digo porque ahora, en esta mañana que roza la primavera, con los ojos de la cara y más aún con los del alma, frente a mí estoy viendo la columna pétrea que se alza hasta el cielo y en todo lo alto, su aguilón quebrado envuelto en la niebla y la bandada de grajas revoloteando y mientras la miro a ella aquí sentada a mi lado, me siento inmenso rodeado de tanto misterio y de tierra tan bella y más lo siento y lo gusto y bebo porque la niña pequeña, con su ausencia ahora esta mañana, produce un vacío tan grande que es como un dolor profundo de donde me llega la fuerza que besa y transforma el momento dándole la profundidad, la añoranza y la esencia.

* **CUANDO EL DÍA** de hoy se acerca lleno de paz y la luz templada inunda de fresco la tierra hermosa de mi Valle, me acuerdo que cuando madre estaba, siempre que íbamos por los caminos o trabajábamos en las tierras del huerto o seguíamos a las ovejas entre el retozar de los corderos, nos decía:
- Lo que importa es vivir para vivir siempre.

Y recuerdo que aquella tarde a los dos nos sentó sobre la hierba de la torrentera y frente a la corriente limpia del arroyo que pasaba y el esplendor del Valle que al fondo dormía o se alzaba eterno, nos decía:
- Ahora observar y veréis la belleza de las nubes por el cielo tomando forma de tormenta.

Y observamos atentos y vimos como primero sobre el cielo azul se amontonaron cinco nubes negras por encima de las cumbres blancas y luego se juntaron otras diez nubes más repletas de negrura con ribetes de nieve o cielo y luego se abrieron por el centro y al poco, del vellón denso que cubría todo el Valle, salieron los relámpagos de luz y prendieron fuego a los claros que iba abriendo el viento y al poco, cayó la lluvia y mucho más se llenó de asombro el cielo que cubría la sierra entera y mientras el misterio y el asombro y la belleza crecía, nos decía madre:
- Esta potente tormenta que nos rebosa y nos empapa y llena de truenos y de granizos la tierra, viene de Dios que nos quiere y nos sostiene y nos consuela y al mismo tiempo que nos besa, nos enseña.

Y junto a la maravilla del cielo cubierto y empedrado de nubes y fuego, aquella tarde, yo recuerdo que se nos embelesó el alma en compañía de la madre y como ella, aunque sí la tenía, no tenía una respuesta para las piruetas que las nubes trazaban por los barrancos y laderas, se limitó a darnos su cariño y su beso y a decirnos:
- Lo más importante de todo es vivir para vivir siempre y si es posible, hacerse imagen con la tormenta y con el hermano que nos necesita y con las hermanas flores que tapizan el Valle nuestro.

* **EL ARROYO OSCURO** baja de la misma llanura que hay por detrás del cortijo y tiene su primer manantial, justo a la derecha y entre las raíces del majuelo y luego cae por entre las higueras y donde se le junta el arroyuelo del collado estrecho, tiene su segundo manantial y enseguida ya se mete por el monte espeso y las zarzas que tan llenas siempre están de ruiseñores y en la primera curva, que es por donde sube la senda y crece el bosque de encinas viejas, le surge su tercer manantial y éste, en el mismo charco sereno de la piedra negra.

Y el arroyo pequeño que nace en las tierras que rodean al cortijo, se hunde por entre los dos grandes cerros y antes de juntarse con el que baja del olivar del acebuche grueso, es donde al arroyo oscuro le crecen los dos algarrobos rechonchos y aquí mismo y en la llanura de la hierba verde, cuando llega la primavera, brota otro de los manantiales y como algo más abajo ya se funde, el cauce, con el gran arroyo que viene del barranco de las higueras y es ahí justo donde se alza el otro cortijo humilde y bello, desde aquí mismo arranca la vereda que remonta por el arroyo oscuro que es el que va por el centro.

Y por la vereda rota que sube siguiendo el cauce del arroyo oscuro que nace en las altas tierras, camina la madre llevando de la mano a la niña bella y sobre la ilusión de su alma y el brillo de su cabeza, el saco lleno de hortalizas y trozos de alma enredada entre los sueños que se van por el barranco y en la luz del blanco cortijo que se calva en lo más alto de la tierra del cerrillo que besa el viento.

Y como ya viene, tras ellas y desde el horizonte por donde sale el sol, creciendo la primavera, al pasar por el bosque espeso de las encinas viejas, se alzan en vuelo las palomas cenicientas y al mirar la madre, le dice a la hija:
- De esas ramas abiertas que parecen elevarse al cielo, el año pasado cogimos, los dos pichones aquellos.
Y la niña mira y siguen en silencio subiendo la cuesta y en cuanto remontan a la primera llanura, que es donde nace el segundo manantial, se paran y beben y están ellas lavando sus manos y gozando del descanso en la mañana fresca, cuando al mirar a la derecha, que es la cumbre del cerrillo con el cortijo blanco en su centro, la madre le dice a ella:
- Pero el manantial grande del arroyo oscuro que baja rajando la sierra, es el que mana justo en las peñas que hacen balcón desde el rellano del cortijo hacia el Valle extenso ¿no lo ves cómo brota de las piedras y cae en forma de cascada y canta, en la mañana de esta niña primavera?

* **YO ESTA MAÑANA**, trece de marzo y con el frío de nuevo besándome las carnes y dejando su huella sobre la naturaleza que me rodea, porque desde hace tres día ha vuelto el frío e incluso ha caído nieve en las partes altas de las cumbres, debería callarme ya de una vez y no pronunciar palabras que intenten explicar ni esta realidad mía ni las cosas que tan cruel me desgarran dentro.

Y te lo digo porque estoy tan cansado y tan lleno de la monotonía que cada día me trae este respirar que bebo y, en parte, sin quererlo, que a lo único que me atrevo es a decir que para qué sirve repetir, una vez más, que anoche

me quemaba el viento mientras contemplaba la luna bella llenando con su luz la profundidad de los campos y el temblor intenso de las estrellas por el cielo.

Y para qué sirve decir que una vez más me he sentido miserable al hablar y pelearme con los que me rozan y todo por la tontería de cuatro cosas materiales que ni siquiera tienen fuerza para ser algo significante pero sí se defienden usándolos a ellos, para dejarme en ridículo y atacarme, mas ya te lo digo: esta mañana ¿para qué hablo o escribo o sueño o espero? Si este sueño mío es tan pequeño y tan punto y aparte que ni siquiera tiene un hueco entre lo más endeble de la materia que me rodea.

Y por esto creo que sería mejor callarme y no pronunciar palabra ni escribir ni contar mi dolor a este hermano aire, porque dime Tú, Señor ¿a quién interesa saber este disgusto mío con lo y los que de continuo me rodean si ellos tienen otras metas y dicen que son más importantes porque están asentada en otra realidad más noble y bella? ¿Y a quién le interesa estas cosas mías de los caminos y las tierras y por ellas, derramada mi sangre y mi soledad y mi espera y esta pena mía que tanto me quema deseando querer y ser bueno y ellos, ninguno, me quiere ni desea oír mis palabras y, además, hacen cuanto pueden por eliminarme? Por esto te decía que yo hoy, ya debería callarme.

* **LAS COSAS QUE ME QUEDAN** después del sueño, es lo único que tengo conmigo y en mis manos, después de habérseme ido el tiempo. Esto es lo que estaba meditando asomado al balcón de piedra que sobresale del agujero donde vivo y se abre frente al Valle, anoche, iluminado por la luz de la luna llena que caía bella

sobre el lago del bosque semi dormido en la oscuridad y el frío que con el aire del norte, llega y nos besa.

Y estaba meditando de qué manera, Dios mío, encontrar en mí fuerzas para no desfallecer y seguir adelante firme en Ti y en la soledad, que en libertad, he decidido anidar en mi corazón, y como me temblaba el alma y las manos y la sangre, frente al valle de mis sueños y la meta de mi existencia, te estuve buscando y cuando ya me sentí agotado, me líe en mi saco y quise dormir cuando al punto me veo saltando desde este balcón de piedra y en un vuelo blando y sin dolor, atravieso la sierra y llego al pueblo grande donde también tengo mis sueños y como siento hambre, en el alma y en el cuerpo, llamo a las casas y al salir les digo:
- Que me estoy muriendo de soledad y de frío en el agujero de la piedra frente a mi valle que tanto quiero y abrazado al sueño que llevo en mi corazón, dadme un poco de comer y tendedme una mano para que no desfallezca en este intento, sin alcanzar la meta de no apartar de mí ni la tierra ni el sueño que me hace grande.

Y unos y otros y tantos, se asoman a la puerta de su casa y me miran y me dicen:
- Sigue adelante que aquí ni sabemos nada de ti ni podemos ayudarte.
Y sigo muerto de frío pisando las calles y mientras voy conmigo buscándome, ya me voy diciendo: “Cuando despierte de este sueño extraño que me trae por aquí porque tengo hambre ¿qué tendré conmigo o qué me habrá quedado al otro lado del tiempo?”

Y sigo caminando y a la vez gritando:

- ¡Por favor! Sólo un poco de alimento y luego si queréis y ya me dejáis del todo libre, me asomo al balcón y me lanzo al vacío y salgo volando y me voy tras los rayos de la luna que me está besando y así ya me hago tiempo con el tiempo y me muero en la noche todo callado con el gozo de haber resistido hasta el último momento.

Pero nadie responde a mi grito y yo sin desfallecer, sigo caminando y paso junto a este y al otro y nadie me conoce y aunque los miro para llevármelos conmigo al otro lado del tiempo que es donde queda lo poco que queda al despertar del sueño, no me conocen ni me ofrecen una cucharada de sus ricos platos y otra vez me digo, desde mi sueño que es la única vida que tengo conmigo: "me asomaré al balcón, Dios mío, y daré el salto y saldré volando y me lanzaré al vacío a ver si así llego a la meta que necesito tanto y todo esto, si Tú quieres sostenerme un poco más para que no desfallezca en esta lucha que entre ellos y mi tierra y, frente al frío y al hambre, en soledad vengo, librando".

* **CASI ACABO** de darme cuenta que hoy es ya dieciséis de marzo, con su sol espléndido llenando la mañana y su viento fresco pero como la primavera viene empujando desde sus días más largos y el cielo azul que va secando la tierra de aquellas lluvias largas, acabo de darme cuenta que los almendros ya están por completos vestidos con su mar de hojas nuevas y hasta sus almendras, las que fueron flores blancas con perfume a miel no hace tanto tiempo, ya están gordas y tiernas.

Y por eso esta mañana que se me cuela por el alma en forma de bocanada de savia nueva, de los almendros que pueblan la ladera y se muestran verdes y

espléndidos, he cogido un puñado de almendras “llosa”, que están gordas como garbanzos bien maduros y aquí sentado frente al Valle mío me las estoy comiendo mientras me acaricia el viento y saboreo, en mi espíritu, el despertar de este nuevo tiempo y también me digo que ahora debería caer sobre estos campos un poco de lluvia para que no se sequen tanto y así la primavera sea tan completa que no se parezca a ninguna otra sobre este suelo.

Y mientras estoy, puedo decir que desayunando, mis almendras verdes, caigo en la cuenta que también ya los pinos tienen sus flores nuevas y hasta cuando sus ramas las mueve el viento, se llena la sierra de polen amarillo y las manos y la cara se quedan teñidos como si fuera de esencia de oro en polvo y esto me hace pensar que las procesionarias ya están rompiendo sus bolsas y caen al suelo y en procesión, se van por la tierra y donde encuentran una mata de hierba tierna, se amontonan y se la comen y como son tantas, este año y como no llueva, se va a quedar la primavera a medias por el ataque que estas orugas le están haciendo.

Y cantan los pajarillos que acaban de venir de otros mundos y llenan toda la llanura con sus trinos bellos y como acabo de darme cuenta que la primavera ya está creciendo desde el sol radiante que de la mañana y las praderas de margaritas que están floreciendo, me voy por la ladera y de entre los olivos cojo los espárragos a puñados y tiernos y llego a la casa que se alza en lo alto del cerro y como no la habita nadie, la rodeo y justo donde aquella hermana buena tiraba las cenizas que dejaba, al consumirse, su fuego, corto cinco espárragos altos y gruesos y al mirar a los granados y a los membrillos,

sorprendido me digo que la primavera ya está aquí de nuevo y llenando con su savia nueva y su perfume, el momento de esta dulce mañana que abrazo y bebo.

* **¿TÚ VES LO QUE TE DIGO?** Cuando esta mañana, de claro dorado y de violetas florecidas por entre las amapolas nacidas en lo que fue el borde de la acequia y también los rebaños de ovejas pastando tranquilas al sol primero que se viene alzando y corre de espaldas al tiempo, si me voy por los caminos viejos y en especial por aquel que rodea el charco a lo largo del Valle, me encuentro la soledad de aquel día y también la tierra blanca y roja de la pista que surca a los olivos.

Y por los caminos que bajan a las ruinas del cortijo grande, me encuentro el silencio parado en el amarillo de las flores de las aulagas y junto al arroyo, ya brotando, los tallos del poleo y los espárragos entre las zarzas y, en la espesura del matorral, los zorzales que revolotean y las palomas torcaces que beben su agua y en la llanura grande, las ruinas del cortijo que todavía duran y en la puerta, la era hoy toda tapizada de hierba y muda como si esperara que ellos vinieran.

Y claro que en la acequia, ya comida de espinos y juncos y zarzas, también siguen creciendo las violetas y ahí mismo, los membrilleros echan sus hojas nuevas y los cerezos ya chorrean de verde y donde estuvo el corazón del huerto, el bosque espeso de aquellos pinos que plantaron y, a su sombra y la alfombra de hojas secas, comiendo la ardilla y brotando las primeras orquídeas que vienen llenando la tierra.

Y como el rincón está tan en silencio y verde de primavera, mientras voy caminando, parece como si sintiera gritándome la presencia ausente de aquella niña con calcetines de colores tejidos por las manos de la abuela y de cara bella y parece también como si aquí durmiera o tuviera esperando una canción blanca que brota de la quietud que en la mañana tiene la tierra, para recordarme que al otro lado de los pasos que ahora vengo por aquí dejando, está la fuente que empapa el momento presente y da la fuerza para que brote la primavera en esta hermosa mañana que tan única se ve y que parece solo vestida de pura luz y eterna.

¿Tú ves lo que yo te digo y tanto repito y bebo y me empapo y en ello me baño hasta cuando duermo?

* **ESTOY INTENTANDO,** mientras atravieso el túnel de la porción de tiempo que me tienes regalado, llevar conmigo y a mi lado, aquellos talentos que también pusiste en mis manos y además de sacarlos adelante, estoy intentando que no se manchen ni se prostituyan y que den el fruto del ciento por uno, como Tú me dices en tu mensaje y que al mismo tiempo les aporten beneficio a los que me rozan y van a mi lado.

Y estoy intentando que con la heredad que has puesto en mis manos, como el administrador fiel que presta y multiplica y perdona, no se me suba a las manos la negra soberbia de creerme el rey del mundo y pisar y traer por la calle de la amargura y someter y humillar hasta la indigencia miserable, al hermano que pones a mi lado, porque sé que esto no es ni noble ni generoso por mi parte ya que si Tú me perdonas y me sostienes y me

esperas ¿quién son yo para no perdonar y ayudar a que el otro se levante?

Así que estoy intentando, como el administrador fiel que sabe que todo lo ha recibido de su amo, prestar y multiplicar y perdonar y hacer que lo que has puesto en mis manos, dé el fruto del ciento por uno pero, mientras atravieso el túnel de esta porción de tiempo que me tienes prestado, voy pendiente para comprender según Tú me has enseñado y me lo has ido dando, porque es verdad, Dios mío, el administrador que no perdona y se llena de soberbia ¿no se hace ingrato al amor y bondad que Tú has puesto en sus manos? **Final del invierno.**

Comienzo de la primavera: "La vivencia de nuestra tierra y en las cuatro estaciones del año era tan maravillosa, que cada una tenía su encanto y en todas éramos felices. Si piensas en la primavera, tú imagínate cuando empiezan los árboles a brotar las hojas ¡con la cantidad de árboles frutales que había por aquellas vegas y en flor! Empezaban a llegar las golondrinas y en mi casa hacían cantidad de nidos y siempre estaban las golondrinas rondando por allí y a mí me encantaba verlas. Sembrando los garbanzos, todas las cosas de las huertas y cada cosa en su tiempo, arando tierras, las crías de las ovejas, de las vacas y entonces, un bullir de animales por todos sitios y todo el mundo se echaba al campo.

Se celebraba allí mucho la fiesta de San José, que luego lo declararon día del Padre y me parece muy bien pero yo creo que ya intuitivamente allí en la vega, se festejaba el día de San José porque lo considerábamos importante. Todo era como un despertar a la vida. La fruta que iba cuajando, las pajarillos cantando que con la

primavera de aquella vega mía no hacía falta más conciertos...”

* **PUES FÍJATE** lo que yo te digo: hoy ya veinte de marzo y con la primavera como amontonada y expectante esperando al otro lado del cerro de la hierba verde y en el sol amable de esta mañana, como si sólo estuviera necesitando una palabra tuya para emerger y salir volando y frente al momento cumbre, yo aquí asombrado en espera de la hora para salir al encuentro e irme con ella caminando.

Y al mirar veo que sobre la tierra seca de las tres olivas que caen hacia el arroyo claro, las dos perdices que revolotean en su juego de amor frente al nido que les aguarda y al verme, ni se alteran sino que se revuelcan en su baño de polvo espeso y cantan en la mañana con la fuerza y la brillantez de quien está a la puerta del tiempo espléndido y la tierra entera repleta de flores e hierba fresca.

Y ella, la madre grandiosa y bella, aunque ya no está porque el tiempo, vestido de gala, se la llevó en sus brazos, como si estuviera y allí: entre el asfalto de aquella extranjera ciudad y entre las paredes del piso estrecho, muriéndose sin morirse y cansada en su recuerdo y su llanto de pavesa y como si todavía y esperara a que, como la primavera y con el amor de este nuevo tiempo, su sueño por fin se le abriera y se encontrara frente a lo que tanto amó en su silencio y la fragancia de tu beso.

Así pues, fíjate lo que son las cosas por el rincón que me tienes prestado y en este momento contenido del

nacimiento de la primavera y la madre ausente y mi respirar, preñado.

* **YA VEINTICINCO DE MARZO**, los cerezos están florecidos con esa nevada de copos blancos y tupidos y los espárragos, los que ahora brotan en las regueras que la lluvia ha tallado sobre la ladera donde estuvieron los huertos, da gusto verlos tan largos y blancos y tan mecidos al viento de la mañana que tanto huele a flor de romero.

Y ahora, con esta primavera, al menos la oficial según el calendario, un poco comenzada por la cantidad de brotes y hojas nuevas que salen de las zarzas y los lilos que se enredan entre ellas, da gusto ver tantas orquídeas brotadas y tantos tallos de poleo ahí, donde la humedad se concentra en la tierra y también da gusto ver tantas flores amarillas, las primaveras, junto a los cibantos de los arroyos y tantas violetas celestes y por entre las ramas de los pinos, cayendo las orugas y tanto pajarillos, alegres ellos también por esta primavera amable que ya sí llega y llena de nueva vida la sierra entera.

Y donde se recogían los huertos y todavía brota el manantial caudaloso de este agua clara, se ven las ruinas de aquellos cinco cortijos que tanto quisieron ellos y como el tiempo ahora sí me sobra, al caer la tarde, me fui por el rincón de la ladera y en el castellón de rocas blancas y otra vez se me partió el alma: bajo la sombra amplia de los almendros, veo al grupo de muchachos que han llegado desde la ciudad y con sus mochilas acuestas, recorren los caminos viejos buscando no se sabe qué y comiendo sus trozos de chorizo y sus “bocatas” de tortilla y mortadela y aunque están frente al manantial caudaloso

y puro que mana esencia de esta bendita tierra, beben sus latas de refrescos y gritan y dejan papeles por los agujeros de las piedras y los miro y claro que me digo que aquí no pegan ellos.

Pero la primavera por el barranco de las cuatro casas de piedra casi al borde del voladero, es espléndida y toda llena hasta de mil orugas que se descuelgan de los pinos y en procesión por la tierra, se amontonan y se comen la hierba fresca y dentro de unos días, saldrán las mariposas que surcarán los aires de estos barrancos y con las otras primaveras, las de los cerezos y los membrillos y los granados florecidos en la soledad de estos barrancos, anuncian y marcan el caminar del tiempo en busca de su meta final mientras yo: en la espera del momento y que los últimos trozos de pared de aquellas que son estas amables casas, se caigan del todo y así se borren las huellas de nosotros aunque su alma y mi alma por aquí, eternamente vaguen y sea flor con las mil flores inmaculadas que cuelgan de estos cerezos.

* **ESTÁ EL MONTE** espeso y la luz de la mañana dándole de frente y yo voy por la vereda que limita al valle, metido en mi alma y con mi recuerdo, amor por la tierra que me llama y quiero, cuando al mirar al cerro los veo cruzando la espesura de las encinas y saltar por el escalón de las rocas quebradas.

Y como enseguida me digo que no son de los míos, me paro y observo y lo que veo, me duele y no sé por qué, ya que desde aquel tiempo, aunque no lo quiera, la tierra no me pertenece pero como por la tierra muero, desde la distancia les pregunto y ellos responden diciendo:

- A coronar la cumbre del picacho del cerro, porque esto es como una procesión para vivir la aventura de sentirse turista devorando las bellezas que ofrece la sierra.

Y sigo mi camino, sin rumbo fijo y sin meta concreta y según los veo, lo que siento y pienso, para mi dolor y mi soledad y mi angustia y destierro, en mí lo dejo y otra vez me digo que el monte espeso y la luz de la mañana dándole de frente, es tu dulce beso y este dolor por el que me muero.

* **AUNQUE ESTÉN** troceados los sueños que fuiste poniendo en mi corazón y los caminos que tanto amé y falten de mi lado casi todos los que fueron mis hermanos y en el tiempo tenga amontonadas las ruinas de las casas en la aldea, aunque tanto, Dios mío, hoy sólo sea cosecha sin grano y yo frente a ella pasando y una mañana y otra con el mismo deseo de engarzar las cuentas de un rosario que enlace la eternidad con el momento presente insólito y desconchado, tengo que darte las gracias Señor por lo que a pesar de todo, es tu amor para conmigo y eres Tú presente , dándome tu mano.

Porque hoy miro al campo y desde el sordo murmullo entretenido que me envuelve, veo las flores meciéndose en la primavera y brotando desde la tierra y revoloteando por ellas, veo a las mariposas que vuelven y veo la tupida hierba llenando con su alfombra el campo y veo el sol derramándose otra vez por la tierra y a cada instante veo y palpo tu fuerza que nace como por primera vez por entre las toneladas de escombros que por donde paso han ido dejando.

Y sobre todo veo, Dios Rey eterno, la fragancia del arroyuelo bajando por la ladera y besando a la silenciosa tierra del valle bello y ahí, donde desde siempre se remansó el charco, veo a la corriente fluyendo y llenando con su agua, esencia de esta tierra mía y de mi corazón y de los sueños que fueron y murieron, el lago alargado por donde jugó ella y el otro hermano en aquellas tardes que fueron estrellas y en las mejillas del tiempo, con perfume de violetas, se quedó estampado.

Y por eso te decía y te digo, que aunque están tronchados los sueños, a Ti hoy te siento dándome tu mano y resurgiendo como el ave fénix de entre tantos escombros y como poniendo, mi dolor y mis anhelos, entre las flores que brotan en la primavera para que sean casi como rosas que quedan eternas por entre tantos escombros y tanta miseria y claro: ¿no debo por esto darte las gracias y decirte, una vez más, que por tu cariño para conmigo, desde mi dolor, te amo?

* **DESDE MI RINCÓN** pequeño tengo mis ojos clavados en el monte empinado que vigila al valle y como es por la mañana y el sol ya viene desparramando sus rayos por la espesura del monte que cae por la ladera, me digo y siento, mientras miro inerte, que ya sí está aquí de lleno la primavera con su dulce beso y con la alegría y explosión de vida que ella trae, ahora deseo y quiero saltar desde este rincón mío e irme por la tierra que hoy se engalana de perfume excelso.

Pero lo que pasa es que en mi rincón pequeño, aunque lo deseo y quiero, el corazón lo tengo casi parado y las fuerzas no me responden en la medida que la ilusión y el sueño apetecen aunque la primavera, abierta por los

campos que por mi sangre tengo hirviendo, me reclame engalanada y a gritos, desde sus colores de vida y fuego.

De aquí que hoy, ya domingo segundo y brotado en el mes de abril y justo en los días en que la sierra entera se convierte en hormiguero de tantos como llegan de fuera buscando no sé qué paraíso bello, en avalancha e hiriente desconcierto, me disponga a seguir trazando mis pasos por los caminos viejos que parece tengo abandonados y no es cierto porque miro al cerro que baña el sol de esta alegre mañana y veo ya todo el campo florecido de tomillo aceitunero, de orquídeas amarillas y de lirios por los lindazos y veo florecidos los lentiscos y los chaparros y los jaguarzos y las jaras blancas y por el tapiz de hierba, ahora ya sí espesa y tersa, las margaritas blancas y los tréboles y los jamargos y hasta los cardos borriqueros y ahí donde el sol estampa con más fuerza su amable beso, revolotean algunas mariposas por entre las abejas que ya liban las flores que espesas, cubren el cerro.

Pero en el día de hoy, hay que ver cuánto misterio aunque brille el sol y de azul fuerte se vista el cielo, y lo digo porque en las cumbres otra vez se acumulan las nieves y se abre el museo del hielo y se derraman las laderas blancas y hermosas como en el corazón del mismo invierno y se borran los caminos y se cuajan las cascadas de mis dulces arroyuelos y hasta los coches de los que de fuera han venido, se atascan y se hunden en la esponjosa nieve que lenta sigue cayendo, y es que toda la semana que atrás ha quedado, ha sido de grandes nubes espesas y mucho viento que ha llegado del norte clavando sus cuchillos en las flores de estos prados míos y en las carnes de mi cuerpo y por eso parece que la

primavera, que ya había avanzado tanto, ha dado un paso atrás y otra vez se la come el tiempo.

De aquí que ahora, y ya lo decía, desde mi rincón pequeño, mire mudo a la mañana limpia y me diga que parece como yo, que otro poco se remonta intentando vestirse el traje de la fiesta y se esfuerza en darme su mano para que todavía no me muera porque no ha terminado de llegar la primavera ni de abrirse por completo la nueva vida por esta tierra mía aunque, como mi corazón y mi cuerpo, se haya aletargado como en un sueño y por encima y con su paso e impertérrito, siga firme, avanzando el río espectacular que es hermano mío y se llama tiempo.

* **EN EL DESPERTAR** de este nuevo día brillante, por arriba de azul y por las caras de las montañas que me miran de frente, de blanco por la nieve que las cubre con su amplio manto, me acurruco en mi tienda y al igual que en el corazón del invierno que ha pasado, tirito de frío y espero que salga el sol para calentarme y me digo que todavía no me creo el tremendo nevazo que en tres días, sobre la sierra en flor, ha caído.

Y como el temporal ha sido en el país entero y justo en los días de la Semana Santa, todavía parece que resulta más grande por lo de tanta gente surcando las carreteras y los caminos de estos montes pero lo mío y en este día concreto ya de cielo limpio, es que ahora me estoy entreteniendo, desde la cueva que me arropa y el tiempo desde donde espero, en trazar sobre mi cuaderno el plano concreto que recoge el rincón este de las llanuras por donde estuvieron los huertos y sobre todo, lo que quiero y deseo es que queden claros todos los surcos que

servían de acequias repartiendo el agua por las tierras para que así, y cuando pase más tiempo, alguien sepa un poco más de aquel mundo nuestro.

Una tontería porque sé que este empeño mío y cuanto más concreto, menos va a interesar a nadie pero yo sí me entretengo y mantengo la ilusión viva creyendo que por esta tierra mía algunas cosas todavía no han muerto a parte de que un poco más tengo la oportunidad de recorrer el rincón mientras voy buscando y cogiendo las almendras llosas que ya están gordas en las ramas de los almendros, por eso el frío de estas nevadas no las ha quemado, y me las voy comiendo junto con los espárragos que ya, los que no ha quemado el hielo están, más que brotados, subidos y por entre el matorral, temblando al viento.

Pero lo que sí es una lástima son los cerezos que les ha cogido, esta copiosa nevada, casi florecidos y lo mismo a los olivos y a los majoletos y a los álamos que todavía clavan sus raíces por donde el agua de la fuente va corriendo y por lo demás, pues que sigo con mi sueño en esta soledad de la tierra y su beso y hoy tan igual a como lo fue en aquellos tiempos y mientras voy por aquí y por allá, cojo lo que pienso para mí es importante y para no morir en cualquier momento, me doy un poquito más de ánimo diciendo que a pesar de todo estoy en una lucha noble y distinta a la meta que tiene el resto y, claro que por situación tan limpia, yo doy las gracias al cielo.

* **TODAVÍA Y, QUIZÁ** para durante mucho tiempo, se palpe por aquí el temblor de aquel misterio que se materializó en aquella tarde de primavera cuando los arroyos corrían limpios y estaba el campo abierto con la

fragancia de la más hermosa flor y todo fue como la concreción de un beso pero al revés porque se convirtió en espada de frío hierro.

Recuerdo que iba el padre caminando por la querida senda que abraza al barranco y siguiendo los pasos y conversando con el que inspiraba el miedo y el cariño y recuerdo que todo, como con el calor que presta el amigo y por eso exhalaba el campo el perfume de la dulce primavera y hasta el cuclillo ya estaba cantando y el aire olía a tomillo recién florecido y blanco y recuerdo que al pasar justo rozando el viejo pino del tronco grueso que se clava pegado a la senda y se alza desde el barranco como el rey de la majestad, padre tuvo como un arrebato y exteriorizó los sentimientos que le ardían en el corazón, diciendo:
- Mire usted si yo quiero a estos campos, que ahora mismo los siento y me siento como el que está enamorado y estampa sobre la amada, su primer beso.

Y el que iba acompañando al padre, que representaba la esperanza e inspiraba miedo, se quedó mirando y durante un rato no pronunció palabra y luego se alejó solo a través del monte y comenzó a subir hacia el collado de las piedras misteriosas que es al mismo tiempo el balcón de los valles y el padre se quedó solo y como sangrando por una fina herida invisible que surgía de aquel como desprecio y aunque quiso seguir hablando para preguntar y aclarar lo del amor que había expresado sincero, notaba que no se le daba la oportunidad y por eso el corazón se le inundó de más miedo saboreando el duro rechazado.

Y el que debía inspirar la esperanza y todos decían que era el que tenía los hilos del futuro en sus manos,

siguió atravesando los campos y guardando su silencio y, desde la distancia, como diciendo:
- Pues ahora te vas a enterar del sufrimiento y la humillación de mi indiferencia y desprecio y todo ello, hasta el límite de tu resistencia para que cuando ya no puedas más, tengas que venir a mí y de rodillas suplicando y así comprendas que los campos y ese sincero amor que dices sientes por ellos, lo soy yo y yo soy el que da el consuelo y la estabilidad y la seguridad y lo limpio y, además, desde el amor más sincero y preciso que nunca bajo el sol se ha dado.

Y recuerdo que a padre, la gran presencia noble y el serrano más débil y fuerte para el amor y el respeto, yo lo vi sincero llorando y lo vi moverse de aquí para allá con la inquietud en su alma y como esperando que el otro se acercara y dijera una palabra tranquilizadora y luego me lo encontré diciendo:
- Y como que se acaba el plazo y no vuelve y se reconcilia y yo aquí, con mi dolor esperando y lo único que he hecho, Dios del cielo y Tú lo sabes, es expresarle, todo sincero, la realidad dulce que en mí llevo dentro y siento por estos mis bellos campos.

Y hoy todavía y, quizá para mucho tiempo, está por aquí como latiendo y en su espera, el temblor de aquel misterio que surgió de la expresión sincera y del amor que el padre le tenía a sus tierras y aún como que el paisaje espera que vuelva a su cauce sincero aquel malentendido que fue, y eso bien que lo sabe Dios, como la expresión de un beso que manaba del más puro del amor que nunca se dio en este suelo.

* **ES QUINCE DE ABRIL** hoy miércoles y, además, con el cielo encapotado y lloviendo pero con el tiempo cambiado porque al venir el viento del poniente, ya el frío polar que estos días de atrás dejó tanta nieve, no es tal aunque sí es cierto que otra vez parece invierno cerrado por la oscuridad del cielo y el monte cubierto y los barrancos oscurecidos y la amplitud del campo, empapado.

¿Que cuándo va a llegar este año la primavera? Es lo que un día y otro me pregunto por estos continuos cambios de frío, sol, nieve y lluvia y flores que brotan y al poco de verlas, pareciera que se han equivocado y mientras tanto y desde este rincón mío, observo que otra vez, los datos dicen que este fin de semana, la Santa, los hoteles y los campings, a tope según dicen se han llenado y luego observo más y más propaganda y desde un lado y otro, todos vendiendo las excelencias de esta sierra despojada y humillada y pisada aunque siempre ella callada y desde su silencio, por encima de ellos y esperando.

Y claro que otra vez más recuerdo ahora que en la carretera que trazaron siguiendo el valle que conforma el río Grande, se desmoronan las casas de aquellos primeros peones camineros que al principio, por aquí instalaron y se desmoronan también parte de aquellos proyectos y todo sigue en su mundo hermoso y callado, menos mi corazón, con su dolor en él clavado y la imagen del manantial del misterio que tanto me llenó de asombro cuando pequeño y con ella, la hermana dulce, siempre jugando.

Y recuerdo que donde nacían los caños del manantial tremendo, existía como un recodo oculto y lleno de sombras y abajo, donde la hondonada era más profunda, los surcos abiertos y por ellos, a un lado y otro, la abundante agua manando y arriba, por donde la llanura y las encinas grandes y luego el dulce collado, el mágico mirador sobre la roca, abierto al abismo y asentado en la piedra viva y desde él, al frente, el paredón o acantilado surgiendo desde la mitad del picacho y por tan tremendo tajo, las verdes hiedras enredadas y subiendo hacia la cúspide del cerro.

Pero como en tanto, al paredón viejo y sublime e inaccesible y, por eso lleno de encanto, también escalaron y en su mismo centro, la cara más bella que besaba el sol y la arropaba la hiedra, escribieron en letras grandes y bien feo, lo de Parque Natural y luego se fueron y ahí dejaron las huellas de lo inculto y lo desmesurado para que todos vieran y, mientras y en silencio, mi corazón sangrando.

Y hoy, como hice ayer y en aquellos tiempos, otra vez me he asomado al balcón que tanto quiero y, como cuando ella estaba con sus juegos, una vez más he temblado por la impresión que se siente al mirar para tan profundo barranco y para mí y en mi silencio, de nuevo he exclamado: “¡Dios mío! Qué obra más perfecta ha salido de tus manos y qué gigante y en este rincón tan inmenso donde yo vivo y muero abrazado a Ti y esperando”.

Y por lo demás, este quince de abril y miércoles y desde mi rincón callado, otra vez mil gracias al cielo por el gozo que pones en mis manos y permitirme observar y mantenerme ajeno a las obras que por aquí trazan los

humanos porque soy pequeño y no tengo sangre sino para amar desde mi recuerdo y rezar al cielo y mirar enamorado sintiendo, a todas horas, el dulce beso que me viene de tu cariño y me hace eterno con las luz que derramas por mis campos.

¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él,
El ser humano para darle poder? Sal. 8

* **CON EL DÍA QUE SE ABRE,** me siento como recién llegado de otra batalla más en esta silenciosa y gran lucha que mantengo en defensa del amor y la verdad en mi corazón y los que desean que mi permanencia aquí, ya desaparezca de una vez y para siempre.

Y como sigo refugiado en Ti, "que me hiciste un poco inferior a los ángeles, coronándome de gloria y dignidad" y en cada momento te pongo al frente de esta empresa mía, que es tuya, pidiéndote que sea tu bondad o tu poder lo que resplandezca y triunfe, no saben cómo cogerme y machacarme sin tener en cuenta que eres Tú el que guía los destinos y el universo y claro que en esta nueva batalla sufro y sangro porque al pasar por los cerezos de este valle nuestro y, por donde estuvieron los huertos, los he visto quemados del frío de estos días y miro y como acechando tras el desastre, también los descubro a ellos y lo primero que me han dicho es que:
- Te reclaman y ahora sí tendrás que irte aunque sólo sea unos meses, a cumplir con el deber del servicio.
Y por lo bajo, murmuran: "en cuanto se vaya, les cerraremos todas las puertas para que ya no vuelva y así nos lo cargamos y limpiamos, de su presencia, este monte".

Y me he parado y al reflexionar encuentro, que tal deber y tal servicio, por mí ya fue cumplido y por eso les digo:

- ¿A los sesenta años de mi vida y cuando ya estoy cansado y achacoso y sólo espero, en esta tierra, la muerte que para mí es el abrazo?

Y ellos, con la intención de hacer su daño:

- ¿Cuánto es lo que te pagan por esta resistencia tuya?

Y quiero decirles que: "es puro amor por mi tierra y en libertad así lo he elegido y por eso no soy esclavo sino hijo amado que debe a su Padre gratitud" pero guardo silencio refugiado en Ti porque "es admirable tu nombre en toda la tierra" y eres el que tienes que dar la cara y defenderme para que brille tu gloria y no mi nombre o mi esfuerzo y de Ti he oído:

- Lo que deberías decirles es que no todo, en los negocios de este suelo, se reduce a dinero ni a ganancias en prestigio.

Y entonces te he respondido:

- Pero yo esto, Dios mío ¿cómo se lo digo? Si Tú eres el rey del universo y el padre bueno, mejor es que te hagas cargo de esta empresa mía y según tu bondad y amor, lleves las cosas al puerto que creas deben ir para que brille tu gloria y no la de ellos ni la mía.

Y así, en el día de hoy, y con esta lucha que tengo con la verdad y el amor que por mi tierra, en el corazón siento, a Ti acudo y además de darte las gracias, te digo que te quiero porque frente a ellos y sus triunfos, me mantienes limpio y fuerte para que se vea que no soy yo ni ellos, sino Tú, el que riges al mundo y da la fuerza, la luz o la muerte, por encima de la notoriedad humana y del dinero.

* **ESTE DIECISIETE DE ABRIL,** amanece lloviendo y como la hierba está alta y muy espesa, del sol que hizo y la lluvia que cayó al final del invierno, ahora se encuentra toda mojada y por entre sus hojas, colgando y temblando, brillantes las finas gotas de la lluvia cristalina y, empapando la oscuridad cerrada que se refugia por donde clava sus raíces en el suelo, corren pequeños hilos de rocío puro que bajan regando la tierra mientras reciben más gotitas transparentes que, desde las nubes y acariciadas por el viento, ahora que amanece, siguen cayendo.

Y me voy pisando esta hierba chorreando y sintiendo que, igual que ayer, todo es como la caricia de mi Padre Bueno y cruzo el arroyo por donde se ensancha y se embalsa el charco y al mirar para la izquierda, que es por donde me queda el pequeño cerro, veo los árboles espesos que ya han brotado y se mecen empapados de lluvia, mudos y rectos y a sus sombras, que hoy no es sombra sino oscuridad de niebla que parece incienso, las ruinas del cortijo que son todas piedras sueltas y muchas zarzas y lentiscos y más hierba espesa llenando los huecos y algo más abajo, veo las colmenas de aquel amigo mío que todavía por aquí resiste y al encontrarme con él, al cruzar el arroyuelo, le pregunto y me dice:
- De romero, como floreció tan pronto y después vino buen tiempo, de miel tengo las colmenas llenas y sino hubiera venido ahora este frío intenso y esta nieve y esta lluvia, ya las hubiera castrado y estarían los bidones llenos pero con estos días de nubes y de tanto hielo, si me pongo a cortarlas, me comen las abejas porque ahora todas están dentro y, además, comiendo y comiendo de esa cristalina y blanca miel que es toda de puro romero.

Y durante un poco más seguimos charlando de este problema suyo y luego miro y por el arroyo, pegado a la torrentera de la senda vieja, por el lado derecho, el monte cortado y amontonado y las ramas del pino viejo y hasta las piñas y los troncos de aquellas parras que tupidas crecían por el huerto y otra vez le pregunto y habla diciendo:
- Limpiando el monte que están para que en verano no sean tantos los incendios pero fíjate qué desastre y, cuánto van por aquí y por allá, rompiendo.

Y sigo andando bajo la fina lluvia de este mes de abril, de aguas mil y fino y me digo que hoy voy a llegar hasta la cueva del agua, no la que todos conocen y sacan en los mapas porque ésta es sólo mía y de los que como yo, por aquí vivieron, en la curva y al fondo de este arroyuelo pero mirando la mañana y sobre el cerro, las ruinas de aquel cortijo con sus árboles todavía jugando al viento y pisando y viendo tanta hierba empapada y verde, se me queda el alma embelesada y, medio muerta, entre el recuerdo.

Y al seguir subiendo, ahora por la vereda que va al borde el arroyo y lleva a la tierra llana del manantial que dio vida al cortijo, se me vienen al recuerdo los pasos míos de aquella mañana de aquel día de verano y cuando el campo estaba en su silencio.

Subí por esta misma vereda trayendo mi zurrón de piel a las espaldas y en él, dentro, los tres panes redondos que acababa de cocer, madre en su horno.
- Sube y se los llevas a la hermana gitana que vive en la cueva de en medio y le dices, de nuestra parte, que se los

coma y que le aproveche, porque ella también tiene derecho.
Fue lo que me dijo madre y recuerdo que mientras subía por la vereda y antes de llegar a la curva que el río tiene por el terreno, ya me parecía que el rincón exhalaba como un fino perfume a primavera que brotaba de los chorrillos del arroyuelo y como aquella mañana cantaban los pájaros y estaba teñido de azul fuerte el amplio cielo, también me parecía que el lugar, además de hermoso y perfumado, estaba como preñado de misterio.

Y en cuanto llegué, llamé a la hermana de raza gitana y al verme me saludó por entre las plantas de su huerto y enseguida le dije, dándole los panes que a gloria estaban oliendo:
- Que de parte de madre, para que comáis porque también tenéis derecho.
Y ella:
- Pues le dices a tu madre, más que reina en estos montes y los chirridos de las cigarras, que se lo pague el cielo y le das, de mi parte, un fuerte beso.

Y luego ella se agachó y de los tomates que estaba regando, cogió cinco de los más colorados y gordos y bellos y me los dio, orgullosa, diciendo:
- Y esto también se lo das a madre para que vaya probando lo que este año cría mi huerto.
Y los metí en el zurrón y al poco ya venía de vuelta por el camino que bordea el arroyuelo y mientras regresaba, para mí, me venía diciendo: “Esto de las personas y su amistad por estas tierras yo creo que es como un grandioso sueño que deja sabor dulce en el alma y felicidad y paz y por eso no quieren que se acabe sino que corra como los ríos y atraviese el tiempo”.

Y como el camino no se me termina porque, desde aquellos días, se prolonga y atraviesa el viento y se hace eternidad donde ya la materia se diluye en puro sueño, al pisar la curva y antes de llegar a mi cueva del agua, miro y me veo sobre el rodal de la ladera que cae y descansa donde el arroyo tiene el charco remansado protegido por las junqueras y desde aquí y arroyo arriba, por entre la sombra de las higueras y el perfume de los hinojos que llenan la torrentera, me hago silencio con la tarde mientras doy compañía a mis ovejas que buscan las espigas de trigo por entre los rastrojos que ya están secos.

Y ahora recuerdo que estaba yo más que embebido en mi sueño, hecho satisfacción con la esencia del rebaño hermoso tomando el alimento que temblaba sobre la tierra, cuando y siguiendo la sendilla que desciende desde el cerro de los cuatro álamos que tengo clavados en el corazón, hasta mí se acerca el dueño de la tierra, del rastrojo y de las higueras y al saludarme y antes de que hable, le digo:
- Pues que mis ovejas se me están muriendo de hambre y aunque sé que esta tierra no me pertenece ni tampoco el rastrojo ni las espigas que salpicadas por ahí quedan, me he atrevido a meterme en lo ajeno para coger unos higos y también que coman ellas.

Y recuerdo que aquel hombre, un hombre bueno y de corazón limpio y alma grande, como los serranos siempre han sido y no como los que, pasado el tiempo por aquí he conocido, me miró y me dijo:
- Yo también me estoy muriendo de hambre y a los míos, en la pobre choza los tengo esperando que les lleve unos

higos o un trozo de pan que intento arrancar de la tierra pero si hemos de morirnos esta tarde y besados por la indigencia, pues nos morimos y que tus ovejas se coman los rastrojos y tú, los higos que dan mis higueras.

Y recuerdo yo ahora que cuando aquella tarde oí estas palabras sinceras, se me anegó el corazón y el alma se me transformó en primavera que como rosa fina exhalaba su perfume eterno y subía desde la tierra hasta la presencia del Padre excelso que estaba allí delante de mí dándome su beso y como no pude hablar, para mí y en silencio, me dije: "¿Que no existe Dios, dicen los que no son de esta tierra? Y entonces esta expresión sincera de cariño y amor que acabo de ver en este hermano mío, pobre e inmenso de bueno ¿qué es sino su beso?"

Y claro, pasado el tiempo he llegado a comprender que los otros, los que desde fuera quieren por aquí hacerse dueños, no llevan en su corazón el germen de la generosidad ni el del amor sincero sino que en lo que pueden se aprovechan y así ¿cómo va a existir Dios ni en sus corazones ni en el resto de la tierra?

* **CUANDO AHORA ME DESPIERTO** y con el nuevo día me siento arrastrado a entregarme a la luz y al ritmo que por el campo se pone en marcha, hay mañanas que me estalla la cabeza de tanto como en mi mente, a lo largo de la noche, los pensamientos han dado vueltas y por esto, aunque quiero y me digo que debo alzarme, me acurruco otra vez de nuevo y casi me duermo sumido en el dolor y la luz incierta creyendo que aunque el día llegue, todavía no es el momento.

Y el momento sí lo es porque en mi alma siento como una urgencia y para ponerme en forma y entrar otra vez en el remolino de la vida, me digo que esto tiene que ser al modo en que lo es en aquel que todo ya lo espera de Dios y en sus manos deja los cuidados o como lo fue en aquel día gris pero grandioso de primavera que ahora hasta en mi corazón lo tengo doliendo.

Y es que estaba el hermano joven, por detrás del cortijo, con sus ovejas por entre la hierba y el campo en la mañana, en primavera todo abierto y a su lado yo andaba ocupado en el juego del nido que los pajarillos habían enredado entre las hojas verdes y las ramas del majuelo cuando en un instante, el joven y amigo hermano bueno, sintió que se le rompía en el pecho el corazón y se llevó las manos a ese lado del cuerpo y abriendo la boca quiso gritar pero no pudo sino que cayó redondo al suelo.

Y corro y llamo a la madre y al padre y la abuela y al abuelo y en un instante ya estamos con él acostado en la cama de su cortijo frente a las llamas doradas del siempre hermano fuego y estando en el recinto sentados viendo como el joven respira pero no mira aunque vive en un como profundo sueño y viendo a los padres llorando y a los hermanos y a la niña, sin que nadie me sugiera nada, me digo para mí: “Este hermano mío querido, se apaga como la noche se duerme en el viento y lo único que nosotros podemos hacer por él es estar a su lado y esperar a ver si Dios quiere que despierte o quiere que para siempre ya se quede dormido en este sueño”.

Y aquello, aunque era un cuadro hermoso por la unión y el amor de las personas, resultaba doloroso y profundamente incierto pero aquello se da la mano con

este amanecer mío donde al despertar siento que estoy entre dos frentes: el del dolor que mudo se come mi mente y el de la luz del nuevo día que me empuja y me dice que me alce y siga viviendo.

*AVANZA EL TIEMPO y otra vez, este veintitrés de abril, tiene la mañana llena de nubes aunque no hace frío porque la nieve de la semana pasada ya se ha derretido y trae pajarillos cantando y mucho rocío sobre la hierba verde y humedad densa porque ayer por la tarde la tormenta descargó abundante granizo y espeso viento y luego llovió a lo largo de toda la noche y por esto, al llegar el día ahora de nuevo se me activa el recuerdo y al mirar, veo el camino embarrado, la casa quieta y llena de silencio con los olivos verdes y todavía casi con la misma fuerza de aquel tiempo y la imagen de ellos, mis amigos y vecinos, como recién fraguada y justo parados en el crucial momento.

Y recuerdo que era también por la mañana cuando del cortijo los dos últimos, los padres, salieron y al encontrarse con los vecinos y yo que estaba allí, dijeron:
- Ya por fin nos vamos, así que para vosotros el huerto y los olivos y la fuente y hasta la sombra de la casa.
Y los vecinos:
- ¡Pero Pedro!
- Sí, que nos vamos porque nos han dicho que en aquel país de ensueño, ciudad grande y moderna lo llaman otros, tendremos otra casa más hermosa pintada de colores bellos y tendremos coches y televisión y radio y frigorífico y mesa de cristal y lámparas de metal y hasta cortinas de terciopelo.
Y otra vez lo vecinos:
- ¡Pero Pedro!

- Y por tener tendremos muchas reuniones y dinero en abundancia y piscinas grandes donde bañarnos en verano y playa a donde nos llevarán y al llegar la noche, en hoteles de lujo, dormiremos.

Y ya lo vecinos no dijeron nada más porque no encontraban la manera de expresar la verdad real que se adivinaba y escondía tras su sueño y a los pocos días el cortijo estaba cerrando y los olivos viejos, proyectando su sombra contra la pared de piedra y mudos temblando al viento y algo más tarde paso por el lugar y en el estercolero me encuentro los trozas de sus esparteñas y de las albarcas rotas y los capachos de esparto y la ceniza de la lumbre y hasta un pedazo de tela del mandil a cuadros y las latas oxidadas, una imagen desconchada y al mirar, sigo viendo a los olivos verdes y serenos proyectando su sombra ahora tan dentro que llenan la estancia de la cocina y tapan las puertas de las habitaciones y rebosan por las ventanas y el viento los sigue meciendo.

Y del ambiente, palpo y siento como manando un dulzor amargo y penetrante y sus figuras distorsionadas y después encorvados y rotos y hasta consumidos en otro muy dulce dolor al que ha sido su sueño y por esto, me digo como decía: que avanza el tiempo trayendo mil nubes y entre ellas, la primavera y los cuchillos que se clavaron en el alma, fríos y casi de continuo doliendo para indicar que la verdad es un resistir en el amor, unido a la raíz hasta morir y deshacerse con el tiempo.

* **LOS CAMINOS DE TRASHUMANCIA** que arrancan desde muchos puntos de estas sierras y después de surcar las cañadas y barrancos, se van

concentrando y bajan buscando las dehesas cálidas por el primer valle del río y luego siguen por la loma de los olivos y cruzan el otro río de la llanura y penetran en los hierbazales donde el invierno es tan benigno que parece primavera, no se han borrado todavía a pesar de lo abandonado que en los últimos años han ido quedando por la ausencia de ellos y la escasez de aquellos grandes rebaños ovejas.

Y los caminos de trashumancia o vías pecuarias que por aquí siempre los serranos llamaron “vereas” y su categoría, según los lugares que recorren, va de cañada real a cordel y luego vereda y por fin colada, con sus abrevaderos y pasos, aunque están muertos y en muchos casos comidos por el monte, poblados de olivos, cortados con alambradas y hasta edificados con casas nuevas y sembrados de huertas con viñas, tomates o sementeras, algunos de ellos todavía los recuerdo y sé sus nombres, según van cruzando la tierra y en especial recuerdo el que atraviesa el puerto de la hierba verde en la gran pradera justo al volcar al valle grande y ahí mismo, la construcción del abrevadero con su caudaloso chorro de agua clara y luego la ladera anchan y las rocas del voladero como sujetando, por el lado del barranco, el paso de la vereda.

Y recuerdo aquel otro que al volcar o entrar al valle mío, siempre cruzaba por la cabecera del arroyo de la corriente densa y del agua clara y luego se iba y se va por el lado derecho del arroyo grande, pegado al borde de los huertos y al cruzar por el caudaloso cas de la espesura de los granados, se elevaba coronando el morro y ya desde aquí bajaba y parecía que para siempre se perdía en un mundo lejano y bello que estaba como arropado por el

misterio entre la oscuridad de los bosques y la profundidad de los barrancos.

Y hasta recuerdo que cuando por estos rincones terminaba de explotar la primavera, algo así como en estos días de ahora, me iba por ese camino viejo y al tropezarme con los granados tan vestidos de verde y con las magnífica higueras y luego con los ciruelos, siempre me decía: “En cuanto llegue el otoño, qué gozo ir por este camino recogiendo frutas a manos llenas y qué gozo ver tan cargados estos almendros entre los arroyuelos con tanta agua clara y la espesura fina de este bosque bello”.

Esto era lo que siempre me decía y ahora que ha pasado el tiempo, miro desde la distancia y al ver los caminos de trashumancia que los serranos llaman “vereas”, me digo que es una pena cómo también van muriendo del poco uso y añejos y hasta en manos de otros dueños, en sus rincones hermosos tan repletos de praderas.

Y digo yo lo de las vías pecuarias o caminos de trashumancia porque con esta primavera que va avanzando y el buen tiempo que ahora parece llegar, todavía y como en aquellos días, los pastores de las tierras altas, hoy en las dehesas del invierno, se preparan para ponerse en verea y regresar a sus casas que es donde tienen los pastos del verano y las tinadas de piedra y las fuentes de aguas claras.

Y decía esto porque también ahora, ya que se me va terminando el tiempo y antes de que del todo me vaya, otra vez me gustaría recorrer las tierras siguiendo los senderos o veredas para recoger con exactitud, además de los nombres, los buenos, los manantiales y las

cañadas y los pinos viejos y las corrientes y las vaguadas y también los puntos de los abrevaderos y las aldeas por donde pasan para que así de esta manera, para siempre y con amor, quede recogido este ramillete de realidad serrana y todo ello en honor de los míos y hermanos que fueron pastores para que de alguna manera, su memoria y algo su dolor, no se borre con lo que tanto por aquí, ahora arrasa.

Y en estas tardes redondas que me está prestando todavía el cielo y en estas mañanas blancas y tan perfumada de flores abiertas y abejas por el aire revoloteando, este sueño mío podría ser como una bocanada de aire fresco que por un momento más diera vida a mi corazón y también como un trocito de espejo que desde esta soledad y este aséptico aislamiento, quedaran para siempre reflejadas sin mancha de mapas imperfectos y inacabados, las veredas que tanto recorrieron y por ello, son trozos de sus azules almas.

Así que esta mañana de espera y cielo azul y sol ya casi con el verano entre sus dientes, este es mi sueño mientras aprovecho el tiempo en no mezclarme nada más que con el dolor de mi corazón y los fragmentos de eternidad que el Dios mío me tiene prestado para que los beba y me goce desde este mi rincón pequeño, que es cuna de espuma y plata.

* **AL DESPERTARME,** abrir mis ojos y encontrarme de frente con la luz de este nuevo día que llega, tres cosas me llenan la ilusión o me sorprenden: las golondrinas revoloteando sobre el acantilado de piedra, el calor espeso que gota por los campos y anuncia que ahora ya sí se retiran los fríos y dan paso a la primavera y

la figura inclinada de los barrancos viejos que caen grandiosos, tapizados de reluciente hierba y ahí, y esto sería una otra realidad, donde las inclinaciones se besan y se fragua la grandiosa llanura que parece la antesala del cielo, el cortijo viejo o la majada de ovejas, coronado por su fuente y sus álamos largos junto con el olor de los carneros y el monótono sonar de los cencerros, en la dulce mañana de primavera.

Porque hoy, aunque las golondrinas el corazón me alegran y me entristecen el alma al mismo tiempo porque me anuncian vida nueva y me remontan al recuerdo de los días del invierno que ya para siempre atrás quedan, de entre las tres realidades que me llaman la atención, me quedo mitad con la mañana presente y la otra mitad con aquella otra mañana perfumada porque también era primavera.

Y recuerdo, con la añoranza agria y la misma fuerza que si lo estuviera viendo, que aquel día, al llenarse de sol los campos, de la majada de la llanura que es antesala del cielo, salieron las ovejas y acompañándolas o siguiéndolas, iban padre y la niña hermosa y los otros hermanos y todo en hermandad y fundidos con las ovejas y yo les di compañía hasta la corona del cerro donde detrás de unas matas, nos encontramos las setas.

- Son las cagarrias que tanto nos gustan y otros llaman colmenas.

Dijo la niña.

- Pues las coges y te vuelves a la majada y las guisas con patatas y al medio día nos buscas por las tierras de las amapolas y la hierba espesa y allí nos sentamos y nos las comemos.

Dice el padre y yo todo satisfecho, contesto:
- ¡Bueno! Como tú quieras.

Y de regreso al cortijo me paso por el huerto y durante un rato preparo la tierra y luego, al calor del fuego guiso, guiado y ayudado por la madre, las patatas con las setas y cuando ya está el sol calentando, tanto o más como hoy, me pongo en camino siguiendo el borde del cas por la ladera y al mirar de frente a la soledad y el perfume del campo con su hierba, me digo, al igual que hoy, que ya estaba y está aquí la primavera con sus golondrinas alegres y el sol calentando en serio y las amapolas florecidas y, por los sitios frescos y junto a las fuentes, brotando las ricas setas.

* **DESDE EL VUELO** de las golondrinas que majestuosas llenan el aire que, impregnado de primavera y rayos de sol, sube desde lo hondo llenando el valle, miro absorto en esta hermana tarde que se va, llevándose el vuelo de las primeras mariposas, hacia el ocaso de mi derecha que es por donde las nubes naranja y oro, arden, me remonto a uno de aquellos macizos días en que ellos todavía por aquí estaban y se me llenan los ojos, del barranco y por él subiendo, padre.

Al lado izquierdo, según subía, estaban pastando las ovejas y al fondo total, las casas de la aldea por donde trajinaba madre y a la derecha, la espesura del monte teñido por las sombras de los arces y por la oscuridad del centro, saltando el chorrillo del arroyuelo que baja de la fuente grande y cubriendo el surco abierto en la tierra y las rocas quebradas que al pasar el agua se abren, la tremenda espesura de las zarzas que son las mismas o quizá más densas que las que observo esta tarde y por la

estreche vereda y, desde la profundidad, subiendo la niña hermana acompañada del canto de los ruiseñores y al llamarla el hermano desde el corte rocoso por donde la cascada cae, ella responde, como en apuros o como quién dentro el misterio trae:
- Ya subo por entre las zarzas pero es que el borrego del lunar negro, se ha escondido en la espesura y quiero darle alcance.
Y desde el lado de enfrente, inquieto pregunta padre:
- ¿El borrego es que se esconde o eres tú la que estás jugando y esperas que vaya a buscarte?

Y a estas palabras no responde y poco a poco fue cayendo la tarde y hoy, aquella escena me queman como el ladrido de los momentos presente porque todos llegamos a creer que ella se escondía, no de nosotros, sino del tiempo y que del barranco oscuro del valle, ya no salía nunca más y como ahora estoy mirando absorto y salto, como mis pensamientos, de esta tarde a aquella tarde, al ver la espuma del arroyo y las zarzas brotadas y espesas y el caño de agua que por el centro cae, me digo que aún sigue perdida y apresada en el sueño y su juego y el amor de mi corazón y persiguiendo al borrego del lunar grande mientras por el viento revolotean las golondrinas y, sosteniendo la espera de este momento en mi alma, yo me muero frente a la visión grandiosa de mi amado valle.

* **HAN CAÍDO LLUVIAS** esta noche y aunque parece mentira, ya amanece veintiocho de abril, con los paisajes tan verdes como hacía mucho no se veían por estas sierras y las mariposas llenando los aires, los arroyuelos corriendo y revoloteando por el cielo las golondrinas y en el ambiente, contenido el suspense que

mana y tiene su centro, en los pueblos blancos que fueron bellos y hoy, no por culpa de todos, sino de algunos de ellos, no los siento corazón sino campos de batallas en luchas miserables que estas tierras mías no merecen.

Y lo digo sujetando en mis venas el río de amor que día a día más me crece y teniendo antes mis ojos, la ladera que es espejo de los caminos y las praderas que, en forma de ensueños y tierra suave, bajan desde las cumbres a la explanada y, siguiendo esa senda de plata y misterio y dulce aroma que ensancha y engrandece, vengo yo todo repleto y gozando los ecos que hasta de las piedras salen y gritan fuerte: “Tú, tejedor de bellezas y trenzador de corrientes cristalinas que grandiosas y mudas por aquí son y caen, qué bien que traces y orientes tus caminos y corazón desde la flor blancas de las jaras hasta el murmullo siempre eterno de las fuentes”.

Y me digo que en el fondo es grandioso ser y sentirme tan hermano de las criaturas que sólo a mi Dios pertenecen y no como proclaman y se atribuyen ellos desde su fría soberbia e inflados del poder que tanto me repugna e hiere.

Y como sigo recorriendo los caminos que son mi propia alma y de aquí que sí crea me pertenecen, al llegar a las riberas del río, una vez más me encuentro con la masa desparramada por entre el verde de la hierba y las sombras de los fresnos y por doquier, colocando sus cestas y comiendo sobre las piedras que también son perlas en mi mente y si les pregunto, me dicen, desde su concentración aborregada que llaman ambiente:
- De excursión que estamos por estas sierras que tanto unos y otros, por tres pesetas nos venden.

Y quiero volver a preguntarles:
- Pero tanta avalancha y tanta gente ¿no estáis viendo que es negativo hasta para los ojos que miran y de verdad quieren?

Y ellos, que son miles aplastados y de fiesta por los veneros, callan y van y vienen y yo, que observo a mis granados todavía creciendo por entre las zarzas y al mirar al frente y ver la ladera y por ella o sobre ella, dibujado el camino ancho que nadie conoce y creo pocos merecen, oigo la voz, en forma de eco o de beso que es hermano y me quiere: "Tú, tejedor de bellezas de las esencias de estas sierras, ¡qué bien que nos beses y proclames que nos amas con la limpieza cristal que mana eterna de nuestras fuentes!".

* **Y DEL RÍO QUE MIRA AL VALLE,** no deja de fluir el pasado con mis pasos blancos siempre entre los míos y el olor de la hierba siguiendo a los animales y así se me presenta, o más bien se me abre, desde la noche hasta la aurora y la tarde de los horizontes dorados, la imagen de la ladera y donde las rocas solitarias y amontonadas, el nido del mochuelo primero con sus huevos tan misteriosos y brillantes y luego con sus polluelos cubiertos de pelusillas con tonos blancos y pardos y los padres revoloteando de una piedra a otra y de un árbol a otro árbol y yo, como en un juego encantado, bajando por la ladera con ellos en mis manos dándoles ternura y mi calor y luego los trozo de carne y pasados los días, ya los veo volando por delante del camino y como aprendiendo los secretos del aire cálido.

Y al lado y, por los charcos y los juncos, la piara de marranos chapoteando en el cieno y atravesando la

corriente de un lado a otro lado y donde el arroyo se junta con el cauce grande, ellos parados hasta que llego y los empujo por la senda que sube pegado al otro cauce y mientras vamos remontando, los siento gruñendo y los veo hozando y llenando el aire de su olor raro pero trozos y uno con la naturaleza y los espacios de Dios y de luz azul y mi corazón, como en un acto eterno, haciéndose esencia con lo que mis pies vienen pisando.

Y hoy, ayer por la tarde, por la misma senda subiendo los grupos de scouts todos rotos y cansados porque vuelven de la excursión y los que los han guiado, diciendo:
- En cuanto terminemos de remontar, en las ruinas del cortijo viejo, merendamos y tomamos fuerzas y en todo caso, ahí nos quedamos y dormimos esta noche porque es un buen sitio entre esas paredes viejas y después hablamos.

Y como la tarde y la mañana, trozos puros de primavera con sus nubes sueltas y las lluvias que nos paran, se dan la mano sin barrera del tiempo, aquí estoy callado y entero mirando y sintiendo que no son dos realidades aquella y esta sino una que arranca y cruza la tierra hacia el punto donde se une el misterio de mi sueño con el tiempo de ahora y la luz blanca de mis pasos.

* **EN MI SENCILLA CASA DE PIEDRA,** la pequeña cueva que desde el paredón rocoso mira al valle, me paso las horas muertas y claro que lloro y tengo miedo porque veo avanzar el tiempo e intuyo el momento en que para mí también será el final y como ni antes tuve ni ahora tengo, me asusta encontrarme en ese momento y tener

exactamente la misma pobreza que me cubría ayer y ahora mismo me está cubriendo.

Y medito y por ello me dan más miedo, las palabras que en aquel primer día, ellos me dijeron:
- Eres tú mismo el que te encierras y prohíbes a tu mente y a tu alma, seguir creciendo en sabiduría humana y en experiencia de otros mundos y otra realidad que en definitiva es lo que da más ciencia y más cultura y más conocimiento.
Y al sentirme mal porque aunque no lo parezca, sufro y lloro por dentro, les respondo:
- Pero es que ni siquiera ansío ni necesito de esa ciencia que hay al otro lado de este rincón mío porque aunque no esté completo, soy feliz teniendo lo que tengo.
Y ellos:
- ¿Ves como tú mismo te cierras las puertas y desde la soberbia, te limitas y te condenas a no relacionarte con otras personas y a no coger de ellos lo bueno que ellos traen con el progreso?

Y en cuanto se van me quedo solo en esta monotonía mía y este ver siempre el mismo cielo en las auroras que amontonadas llegan y se van y vuelven y siempre con el mismo color y silencio, me digo que lo mío quizá sea una pobreza grande que yo mismo me he impuesto y sin querer estoy viniendo a menos y por eso todo es recordar y morirme en la misma covacha de piedra y entrando y saliendo por el mismo trozo de camino viejo y todavía con ellos rodeados junto a la mesa o pegados al fuego y sintiendo, como entonces, que estoy lejos del mundo real y, además, limitándome cada día a mí mismo porque a otro mundo, a otros paisajes, a otra

cultura y relaciones humanas, abrirme de ningún modo lo deseo ni quiero.

Por esto decía y digo, que lo mío no es avanzar, sino estar estancado en el mismo agujero material e intelectual y aquí vivir los días que me besan, siempre con mi llanto, mi amor a la tierra, mi mundo cerrado y mi recuerdo.

* **ESTOY SENTADO** en la puerta de mi cueva y mientras miro de frente al vellón de luz blanca que llega desde las altas cumbres de la sierra lejana, que es por donde la profundidad de mi Valle se aleja y descubro que las frías nubes, cruzando por el cielo, otra vez arropan el escenario de la gran sierra y por eso, aunque unos días sí parece primavera y hasta un poco el verano, hoy de nuevo no parece primavera porque no deja de llover, a ratos con chaparrones de granizos, gotas finas y hasta copos de nieve y por eso hace mucho frío, también a ratos y, ni siquiera a las golondrinas que ya volvieron, ahora veo.

Y estoy cayendo en la cuenta que ya es uno de mayo, gran día de fiesta en tantos pueblos que siento lejos y para tantas personas sobre el planeta porque es el pórtico de la hermana primavera y estoy pensando que por este rincón mío pequeño todo sigue igual de pacífico, dulce y bello excepto que la tierra vuelve a estar empapada y anuncia, casi detenida, la esplendorosa primavera, cuando de pronto siento sus voces por el lado de la tierra que es llanura hacia la aldea y cae por debajo de los huertos viejos y las riberas del río y al instante oigo el son de la campanilla de bronce de aquel cordero blanco que tanto padre y ella quisieron y tanto todavía recuerdo.

Y me paro en mi sueño y atento escucho y me concentro y sus voces agrias me llegan nítidas sonando:
- Los límites de estas tierras, ahora yo he tenido la astucia de ponerlos claros para que nunca más los de arriba se lleven los frutos de las que son tierras de abajo.
Y el otro:
- Si es que no se trata de eso, sino que debemos sentirnos un todo y dejarnos de levantar otra vez fronteras entre los pueblos y hermanos ahora que hay nueva libertad y son tiempos más sinceros y de cosechas con grano.
Y el uno:
- Pero como hoy tenemos nosotros los dineros y la sartén por el mango, podemos decir que se acabó que los de arriba se apropien las tierras de los que somos de abajo.

Y como el corazón me tiembla al oír las mismas peleas de hace tres siglos y entre los que ahora se dicen son cultos a puñados y trazando límites y levantando fronteras a lo que es universal y Dios, desde su amor inmenso, cuida y quiere y nos los da en forma de beso con mi pobre persona en el centro, me acurruco frente a la luz pura de la mañana y me dejo llevar de la mano de la música que mana del sueño de aquella campanilla de bronce que tañía alegre en el cuello del borrego y me digo que ¿cómo, Dios mío, pueden encerrar y poner límites a lo que es universal y Tú diste dimensión de eterno y nos lo ofreciste en regalo?

* **ESTÁ LA TARDE CAYENDO** y mientras se va yendo, desde mi rincón amado, miro y veo el cielo limpio de nubes y los rayos de sol brillando sobre las cumbres de enfrente y el azul dibujando contraste contra las tres

nubes negras que se alzan por las cuerdas del otro lado del valle y mientras observo y sueño, me dejo empapar de los cantos de los ruiseñores que ya se abrigan en las espesura de las zarzas y me recreo en los cerezos verdes que, a pesar de las últimas nevadas, muchas cerezas han cuajado y ya se les ven gordas y a su lado los almendros con los frutos como huevos de codornices y en los granados ya empiezan a reventar las flores y el laurel con sus hojas nuevas y las parras con sus pámpanas de oro y en la tierra que cubre la encina, también con las hojas recién nacidas y la trama fuego, creciendo las habas, todas en flor y muchas con las vainas largas.

Y como estoy sintiendo el rumor de la corriente que baja por el río porque en tres días o más, no ha parado de llover, me digo que voy a bajar por la vereda, vía de trashumancia en aquellos tiempos, y antes de que la tarde termine de caer, me acerco hasta el vado para verlo y ya voy caminando por el laberinto de zigzags que por la empinada cuesta traza la vereda, cuando al ver, por octava vez, las nubes negras que avanzan desde lo hondo, me voy diciendo: “Verás como se forma la tormenta y descarga y me empapo hasta los huesos”.

Y sigo bajando con el corazón inquieto y no han pasado diez minutos cuando sopla el viento y enseguida brilla un relámpago y cruje el trueno y ahora me pregunto, todo inquietado, que dónde me meto.

Y como de un tiempo a esta parte ya tengo mis preocupaciones en la bondad del Padre Bueno, sigo y voy dejando mis temores en manos de Dios cuando al dar la curva número veinte del arroyuelo, aparece la pared de rocas con la gran cornicabra y las paratas de piedra de

aquellos tiempos y la covacha todavía teñida de negro por el humo de las lumbres que aquí encendían ellos y sin pensarlo dos veces, me refugio y en tres minutos estalla el segundo trueno, se cubre de negro y blanco toda la sierra y comienza a granizar con tanta fuerza que en menos de media hora está blanco el suelo y mientras, yo frente al Valle y a la tormenta de granizos que arde de relámpagos y explota en truenos y el barranco del Valle, el cañón por donde baja el río, oscuro de nubes densas aunque blancas y con remiendos que son mitad agua, mitad nieve y mitad hielo.

Y está la tarde cayendo y yo frente a ella con mi corazón temblando y temiendo porque corre frío el viento y sobre la hierba saltan los granizos que, a puñados, por momento aumentan y ya van cubriendo hasta las flores de los romeros.

* **ESTE TRES DE MAYO** y, con el campo espléndido por la cantidad de fuerza y vida que las lluvias de los últimos días han dejado, me despierto entero y al mirar y ver las cabras monteses saltando por las repisas de las rocas que me coronan, además de sentir un gozo nuevo, me acuerdo de aquel lobo del cuento que narraba la abuela diciendo: “Estaba la niña en la pradera jugando y el lobo llegaba y en lugar de comérsela, al preguntarle ella:
- ¿Por qué tú no me das miedo sino que me muestras y enseñas lo que entre todo, es lo más bueno y me pides que yo lo haga mientras salto y juego?
Y el lobo respondía:
- Es que daño no hay que hacerle al monte ni a los seres vivos porque sino, cuando tú tengas necesidad de pedir a la naturaleza lo que necesitas para vivir, si de ti no ha

recibido antes amor ¿cómo ella se sentirá amiga tuya y te dará los frutos que le estás pidiendo?
Y la niña contestaba:
- Será como me dices pero tendré que entenderlo".

Y decía la abuela que la niña y el lobo se enredaban en aquel juego y pasado el tiempo ella descubrió que del animal salvaje había aprendido tan nobles sentimientos y actitudes que lo más bueno que en su corazón existía, le había nacido de las palabras y obras de aquel hermano lobo y luego, andando más el tiempo y cuando ya tanta ordenación me dejó arrinconado en este peñón que me presta su agujereo, también caigo en la cuenta que al no poder recorrer las veredas que van por mis montañas, las siento lejos y me siento como desterrado y privado de ellas para siempre y es ahora cuando compruebo que ante la realidad de la fría distancia, tengo necesidad de pulir y afinar y concentrar en diamante puro, lo único que ahora ya de mis montañas poseo y ello es sólo el amor que arde en mi corazón y las palabras con las que las expreso para que así, aunque tenga su pérdida material, lo que me arde dentro, al ser tan fino y nítido, me compense y ayude a soportar el frío destierro.

Y claro que ahora es cuando caigo en la cuenta que los nombres de aquel cerro o aquella fuente que mana por donde iba el camino viejo, en la vida de los que amamos y terminamos, llega un momento que además de no servir para nada hasta estorban porque los nombres son como la piel o la cáscara que ayudan en los primeros pasos o balbuceos pero una vez dentro y fundido con los paisajes, más bien estorban o al menos no sirven para lo esencial porque ahí, la realidad ya tiene otra dimensión y

corre con otras aguas transparente de muy distinto arroyuelo.

Así que este tres de mayo, de perfume intenso y soledad material rodeando a mi cuerpo que no espiritual ni vacío de gozo intenso, además de agradecer a Dios tantas maravillas y otra vez su puro beso, descubro y caigo en la cuenta que aquel lobo del viejo cuento, además de inteligente y noble, hacía menos daño y era más bueno que los que ahora van y vienen en coche y caigo en la cuenta que el destierro y la pérdida material, meten dentro y abren a una realidad más intensa y rica que la otra verdad y por eso, llega un momento que hasta los nombres de las cosas y sitios, son estorbo y dificultad para la visión profunda y el gozo intenso de la auténtica verdad y realidad de los paisajes y la sierra que tanto quiero.

* **RECUERDO BIEN** el desayuno de aquella mañana de primavera que, además de tan parecida a la de hoy por la luz limpia besando los campos y la tupida hierba meciéndose esplendorosa con sus mil flores abiertas y las mariposas revoloteando desde las amapolas y las rosas silvestres hasta la espesura de la hiedra, estaba la niña hermana jugando por detrás de la casa con el cordero de la mansa oveja, y la llamó padre diciendo:
- Tráete el cacharro que la ordeñemos y dile a madre que te cueza sus calostros en la candela.

Y al poco ya ella venía con su bote lleno de calostros espesos y color plata vieja y, con las migas que había tostado madre, sobre la mesa nos ponemos a comer y, qué bien lo recuerdo, aquello sabía a esencia de

flores de miel y perfume de ajedrea y más delicioso estaba por la unión e ilusión que representaba la mañana aquella de tan sencilla y hermosa primavera entre los que no tenemos más sueño que la lucha, día a día, con la tierra.

Y claro que recuerdo yo aquella aurora que se da la mano con esta y el gozo con que llenó el corazón, las tres cosas pequeñas y el sol y los ruiseñores cantando al igual que este día que llega y los ignora a ellos con sus intrigas y se hace toda belleza para llenar, hasta el borde, al corazón que tanto sigue dando gracias y espera.

* **ES COMO UN REGALO** que me ha partido el corazón en la noche del cinco a seis de mayo y surge desde el mismo centro de la primavera y justo cuando la sierra está como en su pleno sueño y por eso hasta parece que nadie más que yo estuviera.

Y es que he oído de nuevo pelando los de arriba contra los de abajo y en el centro, los de fuera que gritan:
- Pues se hace el soñado parque de la naturaleza.
Y los unos:
- Que sea en mi rincón que por eso desde tanto tiempo espero.
Y los otros:
- Y repito que tiene que ser en mi parcela porque sino ¿qué equilibrio hay en este juego?

Y como desde el centro de la tierra camino yo con otro muy distinto sueño y ya muchos días sin fuerzas, de pronto, como en un relámpago que sólo se percibe el fogonazo y minutos después se ve su efecto, desde el centro de la hierba fresca, me he visto surgiendo con los

trozos de mi propio corazón sangrando en los dedos de mis manos y sin que sea del todo consciente de la tragedia, he preguntado al viento:
- ¿Y este resurgir después de muerto?
Y el misterio de las praderas:
- Mana desde el sueño y era necesario para que así otra vez quede sagrada y limpia la tierra.

Y claro que una gran parte casi no la he entendido y por eso me acurruco en mi rincón de piedra y me digo que a beber paciente la luz que la aurora trae en su seno y a palpitar con las flores que van surgiendo de la primavera y a esperar que, entre tanto dolor, luchas y miserias, un día se abra y sea el momento.

* **CON EL GOZO DE DIOS** en mi alma y el balar de los rebaños, ya de vuelta desde las tierras de los campos de la hierba hacia las tierras de las altas montañas, porque el invierno se va y el verano se acerca, me despierto esta mañana, siete de mayo y de azul el cielo hoy sí toda la sierra llena.

Y mientras me voy incorporando miro sereno al vació que desde mi cueva va hacia el Valle y el gozo de Dios en mi alma se hace alegría entre el revoloteo de las golondrinas que atraviesan el aire con fuerza y aunque siento envidia, me digo que yo también ahora, en cuanto termine de levantarme, voy a irme por la tierra y de donde creció la encina que hace tiempo se cayó seca, voy a recoger un haz de ramas de las que todavía por ahí desparramadas quedan y me las voy a traer aquí a mi lado para alimentar el fuego que me da calor y compañía en estas horas que pasan lentas.

Y mientras se va levantando la mañana, seguiré con el gozo de Dios en mi alma y calentando en el fuego el recipiente de calostros que ayer me regaló el pastor cuando pasaba de verea de vuelta de las tierras bajas en busca de los campos donde, casi en las nubes, se esconde las praderas.

Y claro que la leña seca de la encina vieja que ya rompió el tiempo es para mí calor y fuerza y me llena el pensamiento y el corazón mientras la recojo y voy atravesando la ladera, con el gozo de Dios en mi alma y el balar de los rebaños recién esquilados, que camino y vuelven a sus tierras.

* **DESDE LA TIERRA** llana de lo alto de los cerros, hoy pradera espesa con la misma hierba de aquellos tiempos y era donde las ovejas se concentraban al caer las tardes, todavía arranca la senda que atraviesa el collado y por el cauce que el arroyo va formando, cae saltando rocas y se interna en la espesura del acebuchal y después de atravesar el puntal redondo de las jaras densas, vuelve y cien metros más abajo, ya descansa en la otra llanura hermana que se recoge junto al borde de las aguas del río bello y aquí, parece como si muriera o ya para siempre se quedara.

Y lo digo porque ayer por la tarde, como recordando aquello, me vine siguiendo las huellas que son todo silencio y soledad y al llegar justo a donde el fresco arroyo arropa con su sombra a la segunda llanura hermosa, miré y vi todavía la tierra negra de cuando aquella vez roturaron los campos y quemaron el monte para después sembrar las cosechas.

Y como en la tierra que fue tanto, han crecido las zarzas y se amontonan las ramas viejas de los acebuches, al verla me han entrado ganas de pararme y rozar otra vez el monte y prender fuego en el centro de la llanura y ponerme luego a labrarla y hasta sin querer, me he puesto a recoger ramas secas pero cuando me he querido dar cuenta, la luz de la tarde nueva, se ha ido y la noche comienza a borrar el barranco y las siluetas de las montañas y entonces me he preguntado: "Con esta oscuridad tan densa ¿cómo ahora salgo yo de este barranco y recorro la senda que me lleva a la otra llanura hermana?"

Y es que de la tierra llana de la cumbre a la tierra llana de la vega y, sobre las huellas de la senda, es donde se me ha quedado enredada el alma, entre el monte espeso y la sombra de la noche que cae y el latido del corazón que todavía palpita y ama.

* **LA VEREDA DE TRASHUMANCIA** que, desde el valle de los olivos, atraviesa el puerto y después de cruzar la ladera, pasa el río grande y remonta por los pinares espesos hacia las crestas de las cumbres por donde parece que se pierde entre desfiladeros de peñas y arroyuelos claros que riegan las praderas, ayer por la tarde la recorrí en el tramo que va desde el collado a la ladera de las mil piedras blancas, la hierba espesa y los tomillos florecidos y por donde crecen las setas llamadas cagarrias.

Y ayer tarde, qué grandiosa estaba la vereda, con la tierra chorreando por la tormenta negra que por la noche descargó y qué perfume de ajedrea llevaba el viento por el barranco y justo donde los pinos se espesan

y crecen apiñados los majoletos y revolotean en manadas las cien mariposas y sigue siendo para mí el valle de las ovejas.

Y es que por la tierra de la planicie que tanto ahora cubre la hierba, ayer por la tarde pasaba el rebaño de vuelta de las tierras llanas y con ellas venía el pastor trayendo, casi de la mano, a los borregos y yo al ver y sentir tanta primavera llenando los campos y las curvas de las sendas todavía con la misma imagen de aquellos tiempos, como se me llenó el alma de recuerdos y el corazón de esencias y la garganta de melancolía notando la falta de ellos, descubrí, un vez más, que no se borran ni sus huellas ni la frescura de las flores ni las fuentes de los dulces tonos que fueron trozos de sus almas en aquellos días y ahora, siguen sonrisas divinas por la clara eternidad que mana de las praderas.

* **ME DESPIDO** de la hierba fresca que cubre la tierra del collado y conforme ya voy bajando por la tierra inclinada que se llena de jaras y, todavía por la mañana, de sombra húmeda que se despierta como enredada en su traje de gala, miro al frente y por ahí, Dios mío, lo que se me viene colando.

Primero cae, desde la torrentera, la manada de cabras y como vienen jugando con la espléndida primavera, que ya sí todo de lleno ha llegado, buscan la vereda que ni se ve y al notar que es ese justo el trozo de senda que en mí llevo tan clavado, me quedo quieto frente a la solana que el sol de la mañana viene besando.

Y en la bruma de este despertar humilde de mi amada sierra, ahora me doy cuenta que sigo amando a

los caminos viejos que ya casi nadie conoce y sufro y me alegro tanto frente a ellos que son como la bocanada de aire fresco que llena los pulmones y dan descanso al alma y eternidad rotunda al sencillo momento.

Y es así que mientras me despido de la hierba fresca que cubre la tierra del collado, miro al frente y por ahí me quedo llorando y al camino que ahora cogen mis cabras, me digo que el monte brotado lo está cambiando y al sentir en mi corazón que los quiero tanto me repito que los caminos viejos de mi tierra amada, me arrancan desde el alma y son sangre en mis venas que nacen y mueren y eternos siguen jugando por las cañadas de la sierra que saltan desde el Valle al azul del cielo y a las estrellas y aunque se borran y surge la primavera, ahí están frente a mí, grandiosos y nobles, temblando.

* **EL CHOZO** lo construyeron en el rodal de tierra que se recoge donde tiene la primera caída el cerro y por el lado en que le sale el narigón de rocas y bajo el ampuloso vuelo de las tres encinas grandes y como el rodal de tierra mira al gran barranco, por el lado del arroyuelo, cae la ladera en picado y a la derecha y al frente, se abre el hueco de las dos murallas pétreas que dan configuración a la cañada de los majuelos.

Y justo de por detrás del chozo, arranca la reguera del agua clara que nace del gran venero y pasando a dos metros de la puerta, mira al comienzo de la segunda cañada que es donde brota el principal venero y ya se reparte por las tierras y cae hacia el barranco sin terminar de caer nunca porque esto es el rincón eterno.

Y recuerdo yo ahora que aquel chozo de monte seco fue como el nido del amor sencillo y, del corazón, excelso canto que a todas horas manaba de la fuente que entregaba sus aguas a la reguera y ella a huerto y, a la caída de la tarde, siempre el rincón se convertía en el gran escenario donde, en juego, los niños consumían los días y los años transformados en espumas blancas con las cascadas y en trozos de azul, con el cielo.

Y es que el chazo, con sus veneros profundos y en su soledad de tierra llana y las encinas teñidas de negro, fue y aún todavía sigue siendo, el palacio del pastor entre el viento y de paso, el paraíso de la soledad de los niños y el amor de los padres y entre ellos, la presencia de Dios con su permanente beso.

* **DESDE LA DISTANCIA** y el velo brumoso que el tiempo pone entre las cosas, miro a las tierras del rincón que me pertenece y lo veo subiendo por su camino viejo, a ratos llevando de la mano a su niña del alma y a ratos sólo envuelto en la compañía del rumor del agua y el leve viento y como, aunque ya es mayor, refleja el brillo de lo terso en la piel de su cara, al pasar por el punto exacto, me acerco y le pregunto:
-Tu lucha callada y día a día encadenada ¿para qué sueño?

Y él que es miembro del latido de la tierra y del cristal del rocío que en la mañana tiembla:
- Para mi niña del alma que es mi propio aliento y los tres míos que en las tierras del Valle, y yo con ellos, vamos contra corriente pero en el mismo y mejor empeño.

- Pero si pasado mañana ya te habrán arrancando la canción que brota de esta cascada y la magia verde que chorrea por el cerro.

Y él, agacha su cabeza y en el perfume fino que mana de la mañana, sigue mudo por la senda subiendo en busca de sus cabras que al frente pastan, mientras en el corazón se le convierte en llanto, el dulce sueño y en primavera de rosas asilvestradas, la cuesta y la distancia y ahora esta mañana, en brumoso velo que se alza desde el valle, según va corriendo el tiempo, y cubre y arropa su figura hermosa y la de la niña, con su caminar pausado y, a la tierra, con su sueño.

* **SEGÚN VIENE AMANECIENDO** este día de mayo, además del cielo azul y las laderas de las montañas al otro lado del Valle y por donde cae el río y también el campo mojado de las lluvias intensas que en los días de atrás han caído, lo que más destaca en estos montes, es el chorro de vida potente y alzándose desde la inmensa quietud que se cierne sobre el campo pleno.

Y lo digo porque dentro de este gran concierto, aquí mismo y a la derecha de la fuente, tengo a las ranas cantando y por entre la hierba fresca, a los grillos con su cric, cric monótono y según se va extendiendo la luz del día, canta el cárabo acompañado de la corneja y el mirlo negro que revolotea por entre los álamos y canta la oropéndola en la umbría de enfrente y el pájaro carpintero y entre sus trinos alegres, en forma de cuentas de rosario, canta el carbonero y un poco más acá de donde cacarean las gallinas, grazna el cuervo y abajo y por donde los charcos azules del río, se les oye a los patos y se les ve revolotear a las garzas justo por donde los pinos largos y

todo esto y, en el profundo silencio que brota del campo en plena primavera ¡qué esplendor de concierto en este día azul de sereno viento!

Y como ahora mismo estoy mirando por el hueco de mi cueva, que no tiene puerta ni cristales ni cortinas de seda que me impidan ver la luz clara que el nuevo día derrama por esta tierra, de entre el corazón de este concierto y, a través de la senda del tiempo, oigo el gallo cantar en una casa y la otra de la aldea y suena el cencerro de la oveja vieja en la manada y muge la vaca que ya pasta por el prado verde que arropa la sombra del cerro.

Y mientras tanto que todos duermen en su quietud y dulce sueño, canta el ruiseñor como triste o herido del verde que le regala la primavera y acompañando a la hembra que está en el nido con sus huevos y por entre las zarzas, donde todo es casi rocío blanco y luz inmaculada en este día nuevo, salta la corriente en cristales de espuma de nieve y su música, dentro del concierto, es como el palpitar de mi alma que quiere dormir y no puede y mientras con la gran melodía alza su vuelo, da gracias al Creador de tanta vida y pide hoy un poco más de fuerza para dejar sembrado por este campo bello, las notas de esa otra melodía que desde mi corazón fluye, entre el rocío blanco de la luz del alba y este temblar eterno.

* **CON ESTE VEINTISÉIS** de mayo que la tormentosa primavera de este año, me ha traído, es como si ya tuviera mi alma colmada y mi ánimo tan empapado que ya ni tuviera fuerzas ni sueños para seguir en esta solitaria lucha de amor y pisar la tierra.

Pero cuando sin aliento miro y veo que por la cuesta, con un montón de papeles, tres vienen subiendo y oigo que dicen:
- Ahora vamos a consultarles a todos ellos.
Y el que les acompaña.
- ¿Y se tendrá en cuenta lo que pidan o quieran?
- La consulta es para quitarle fuerza a sus luchas porque la elección ya está echa.
Me digo que para qué este otro trozo de media vida.

Y por eso me voy, siguiendo la cañada de la hierba espesa que donde brotan los veneros y al mirar a la hermana tierra, veo que está levantada y medio salida de ella, en un rodal grande, las patatas de tierra que ya son tan gordas y tantas que se me llenan los ojos y las manos y el alma que ya no tiene fuerza y me digo que a dónde voy yo con tan gran cosecha justo cuando hoy se va terminando mayo y ellos suben por la vereda que remonta a la planicie del cerro y trazando, en sus papeles, el plan raro que cocha contra la primavera y a mí por completo me ignora.

Y claro que sigo perdido con un mar de angustias por mis venas y aunque la tierra está empapada y se viste con tan hermosa primavera, no tengo ni fuerzas ni salida veo a esta mi rebeldía y lucha pequeña.

* **EL PASTOR JOVEN** que todavía es medio dueño del rincón más lejano en las tierras altas, al pasar ayer, se paró conmigo y al preguntarle, me ha dicho:
- Mañana mismo nos ponemos de verea.
Y como todavía soy ignorante de un montón de cosas en esta tierra mía, le he preguntado:

- Y desde aquel cortijo de las jaras blancas hasta el rincón que se roza con el cielo ¿cuántos días tardáis?
Y él, que estudia en el gran pueblo y en verano y fines de semana sigue siendo pastor como los de aquellos tiempos:
- La primera noche dormimos junto al río de las aguas colorás y la segunda, pegado a la carretera del asfalto que surca el camino y luego la tercera, entre el monte del blanco pueblo y después de bajar y cruzar el río grande, subimos despacio por el repecho y como ese lugar ya son praderas de la sierra profunda, vamos al ritmo que nos marca el viento porque las ovejas avanzan comiendo y aunque tardemos tres días y medio, no importa porque no hay prisa ya que la meta, sobre esas alturas, se funde con el tiempo.

Y el pastor joven que es amigo mío, sigue diciendo que las lluvias de esta primavera, que tanto caen y riegan las praderas con rocío bueno, son gloria bendita para las praderas de estos campos bellos y va a despedirse de mí cuando justo ahora sentimos como un trueno que no viene de las nubes sino del lado del arroyuelo que nos queda más abajo y al asomarnos, vemos que ha sido la torrentera larga que cae desde los almendros, que se ha desplomado toda entera y al derramarse sobre el camino que, aunque viejo, todavía sirve, lo ha cortado y hasta ha tronchado el fresno.

Y mi amigo el pastor joven, me mira mudo diciendo:
- Pues hasta se ha llevado por delante las parras de las uvas gordas con los granados y la encina vieja que sujetaba al voladero.
Y como estoy mirando y claro veo que se ha desprendido media ladera, triste contesto:

- Lo malo es que ha cortado el camino y eso, cuando tú entres por el Valle con tus ovejas, te impedirá el paso que lleva al puerto.
Y él, que como yo tiene sus amores y sus dolencias por entre estos montes bellos:
- Lo que dices es cierto pero lo peor es que otro gran camino de aquellos tiempos ya se queda sepultado y también las huellas de ellos.

Y el pastor joven, todavía un rato más me da su compañía y luego se va por la verea, bajo la lluvia fina que cae y sube al cerro tapizado de primavera y yo, aquí me quedo, frente al día nublado que arropa a la sierra y empapa el suelo y, en cuanto me descuido, deshace a las montañas y rompe un poco más, el camino viejo.

***SALIMOS DE LA CUEVA** que mira a los huertos y como, en la misma dirección y por la cañada, el agua corre a raudales y la lluvia espesa sigue cayendo, el que me da compañía y es amigo atravesando el tiempo, me dice:
- Quiero que vengas conmigo porque te voy a enseñar el grandioso juego.

Y al llegar a las higueras que en la reguera tiene el huerto, torcemos a la derecha, subimos la cuesta, rozamos el ranchal de los enebros, atravesamos la loma de las encinas viejas y al volcar al cerrillo, sobre la muralla de rocas, nos ponemos y mudos miramos al barranco, de lluvia fina y de hierba fresca, todo lleno y al otro lado las encinas clavadas, en lo alto de la era y a lo lejos, el rebaño de ovejas llenando el monte y entre ellas, ladrando los perros.

- ¿Qué te parece?
Me pregunta el que es amigo y compañero.
- Parece la visión que, desde la añoranza, anoche vi en mi sueño.
Y él:
- Pues no tardarán mucho en que al final, levanten un muro y el barranco que es fantasía y ante los ojos ahora tenemos, será pantano y después barrera y luego, todo silencio.

Y miro callado a la profundidad de la tierra, empapada por la lluvia que mansa la riega y desde mi amor de hermano del rocío y el pastor de las ovejas, para mí solo me digo: "¡Si pudiera ahora mismo saltar y alzarme en vuelo!"

***Ayer,** cuando ya la tarde estaba cayendo, me fui por el camino largo que va siguiendo al surco del río, hoy ya pista forestal sobre la noble senda de aquellos tiempos, y mientras lo recorría dirección a la llanura que Tú bien conoces y yo olvidar no puedo, para mí solo y tristemente me iba diciendo: "¡Cómo calienta el sol esta tarde final de julio y como, sin querer, del polvo me lleno y no es el que levantaban los burros al pasar llevando las cargas de centeno sino el que los coches de ahora dejan buscando los rincones que llaman de recreo!".

Y ayer, como el sol caía monótono y cantaban rabiosas las chicharras agarradas a las ramas de los robles y por las sombras de los fresnos, caminé encorvado y triste en busca del rincón blanco, por el pasto ceniciento y con la ilusión en mi alma de sentir el temblor de tan vivo encuentro y aunque la distancia del camino se me hizo casi infinita, caminé haciendo oídos sordos al

grito que me desgarraba dentro y como en aquellas tardes, remonté el collado de las rocas coloradas y luego, rebasé el barranco y dejé atrás los olivos de la llanura grande que sigue, como entonces, cayendo y ya casi cuando el sol se ponía, con el rincón amado me encuentro.

Pero, Dios mío, cómo me dolió y esta mañana fresca me sigue doliendo, al pisar la tierra, sentir bajo mis pies el seco pasto crujiendo y al rozar los olivos y tocar sus hojas grises, como me gritaban dentro pidiéndome un poco de aquel cariño que tan lejos ya recuerdo y al meterme por la corriente clara del agua que por el arroyo, fiel sigue corriendo, cómo me temblaban las manos y los pies y el corazón en mi herido pecho y en la boca la saliva, cómo se me congelaba al intentar pronunciar tres palabras que no queriendo.

Y con la tarde y los último rayos del sol de este agobiante mes de julio y, como en aquellos días, monótonos y fuego cayendo, me fui por la senda que remonta arroyo arriba y al rebasar la cerrada donde palpitan sus juegos, frente y en la misma ladera, vi las ruinas del cortijo comidas por las zarzas y las higueras creciendo pegadas a las rocas de la cueva y todo y más que no puedo nombrar, en su terrible silencio y mirándome sorprendido y como diciendo: “¿adónde vas tú por aquí después de tanto tiempo y con lo que ha cambiado ya todo y lo que en esta soledad sigue muriendo?”.

Y quise decir, para que se sepa, que vuelvo y recorro la tierra y lloro, aunque no quiero, porque la tierra me llama y porque yo a la tierra quiero y porque necesito

respirar una bocanada de la eternidad que todavía son y soy en aquello y porque, a pesar de mi lucha y mi deseo y tantos caminos recorridos, no puedo irme del rincón amado que tanto palpita conmigo y con lo que a chorros, muere y muero.

Pero no pronuncié palabra y seguí caminando y cuando llegué al cortijo blanco del eucalipto clavado en el mismo lado derecho, me senté en la puerta y frente al sol de la tarde, me fui quedando dormido según la noche del verano me besaba y el pasto, de mi llanto, se empapaba y mi alma se hacia recuerdo. Por eso decía que ayer por la tarde, Dios mío, quemaba el sol y el pasto seco, saltaba bajo mis pies al cruzar la llanura del poleo y en mi sangre de solitario anacoreta, ardía ¿qué era lo que ardía con tanto desgarro y tan gran llamarada y fuego?

EL ÚLTIMO DÍA, está lleno de todas las emociones y parece más sueño que realidad porque al llegar la mañana, el rebaño sale del corral y se desparrama por los montes de la ladera y no va acompañado del pastor padre que se queda por la aldea intentado organizar algo duro mientras que, por la llanura y piedras que hay cerca del camino que desde la pista baja, el hermano juega con la niña, gozo de su vida, que se le sube en los hombros y como le pide que la pasee por el lugar, el juego comienza a llenarse de emoción, en la mañana que no parece realidad.

Porque dentro de la casa, que todavía es, la madre trajina y como no es paz lo que corre por su alma, ya dobla ropa y recoge cacharros y deshace mueble y quema, en la lumbre, lo que cree no va a servir más y mientras llora, el padre va y viene entrando en la estancia

y sacando fuera los bultos de las cosas que son vida y hoy la muerte dan.
- Toma prisa que el tejado se nos cae encima.
Anuncia.
- Mientras estemos dentro la respetarán.
Consuela ella.
- No te fía mucho.
Afirma él apoyado en la verdad.

Porque no han terminado ellos de sacar los bártulos a la puerta cuando al mirar, ven como la casa se hunde con gran estruendo pero al mismo tiempo, casi en silencio y primero se desmorona una de las paredes que al barranco dan.
- ¡Mira lo que pasa ahí!
Grita la niña que juega con el hermano al tiempo que ya los dos corren en busca de los padres y pregunta, al llegar:
- ¿Se muere nuestra casa, madre?
- Es sólo un sueño que, esta mañana, vivimos al despertar.
- Pero yo estoy viendo como se ha caído una pared y ahora se hunde el tejado del lado del pajar.
- Espera un poco y ya verás como dentro de un rato entramos a la casa y todo sigue en su lugar.

Y Pasa un rato durante el cual, desde el rellano de la puerta, contemplan la escena y entonces la niña coge a la madre de la mano y le pide entrar.
- Ven conmigo porque quiero ver si es verdad lo que tú dices.
Y tirando de ella para dentro:
- Si no es cierto es porque todavía el sueño no ha llegado a su final.

Tranquiliza la madre.

Y la niña, de la mano del amor y acompañada del hermano, pasan a la casa por donde nunca se ha podido entrar.
- Esto no es la puerta, madre, esto son las paredes y las tejas que se han caído porque fíjate, hasta estoy buscando mi habitación y no la encuentro y mira bien madre, los escombros han tapado el rincón donde me enseñaste a jugar y si ahora lloviera o hiciera sol las tejas de la casa ya no me cubrirían ni tampoco podría refugiarme si hiciera frío o nevara. ¿No decías que era sueño sin verdad?

Y la madre sigue andando con la niña de la mano mientras va pisando los montones de piedras de las paredes desmoronadas e intenta ordenar las cosas en su mente y ahora se convence que no es sueño lo que ocurre ya que está todavía ahí y hasta siente el gozo de pertenecer a las tierras del rincón pero también es realidad que por el camino ya crece la hierba y por el barranco sólo se oye el arroyo correr y como si un gran silencio lo llenara todo y el campo mudo y en su paz.
- De todos modos ya verás como es un sueño porque mañana todavía estaremos por aquí y hasta incluso cuando seas mayor y te hagas vieja y sigas con tus ganas de jugar.
Y la niña:
- ¡Paro mamá...!
Y el hermano:
- ¿Hablas del sueño que comienza o hablas del sueño que es final?
Y el padre:
- Que se nos cae la casa encima, así que espavilad.

* **DE VEZ EN CUANDO** me alejo un poco del núcleo donde tengo el refugio que en los últimos días me está parapetando frente al tiempo que pasa y frente a mi sierra y frente a lo que ya no me pertenece y lo veo zarandeado de acá para allá, de mano en mano, y cruzo la raya de los cien metros del círculo que, conmigo en el centro, me recoge en este barranco y bajo por lo poco que queda de senda de tanto como ya el monte ha crecido y al cruzar la primera llanura que forma la hoya donde estuvieron los grandes huertos, me quedo en lo que veo y piso y ¿qué quieres que te diga de tanto entonces y tanto ahora?

Y sigo bajando diciéndome para mí que este paseo mío hoy es como matar el tiempo dentro de esta espera que tengo prolongada y que avanza certera hacia el encuentro de lo que desde pequeño soñaba y con la visión cierta de que ahora, nada va a venir a más gloria y resplandor sino a menos para que se cumpla lo que en aquellos días comenzó y al salir de la tierra que rebosa de la llanura y se hace valle, veo la carretera y antes de atravesar me paro y miro despacio.

Por delante de mí cruzan las motos bramando con dos acorazados vestidos de negro en cada máquina y con antenas largas y con cascos y con maleteros repletos de mochilas y tiendas de campaña y a continuación, cruzan los coches también repletos de personas y de bicicletas y le sigue un autobús y dos caravanas y más motos y mientras miro callado e intento hacerme una idea, me doy cuenta que aquí mismo, donde no hace mucho sembraba padre el tabaco y las lechugas, han levantado una cabina de plástico transparente y con el techo pintado en verde,

que es igual a las que vi en las paradas de autobús cuando estuve en la ciudad de la luz y hasta, debajo del techo y contra la pared de plástico transparente que parece cristal y no lo es, han puesto asientos para que esperen los que aquí, ahora vengan a esperar el autobús porque ya son viajeros.

Y miro más despacio y ahí, arropando la cabina nueva de plástico que parece cristal, todavía crece y, al viento se mece, una de las viejas encinas y aquel fresno milenario y el enebro de semillas con tonos magenta y el castaño y el almez ampuloso y la madreselva y ahí mismo, corre el arroyo que claro, viene desde mi rincón y estoy mirando en esta espera mía y me sangro y veo más motos cruzar por la carretera y más autobuses con guías, dicen que serranos, que van explicando y veo la llanura algo más abajo y las ruinas de la aldea hermosa que ahora sólo son piedras que, por entre las zarzas, ruedan y veo, al otro lado del valle y de monte poblado y el silencio mudo, el cerro redondo que sigue abrazado por el río grande y aquí mismo, veo y siento y palpo, el rodal de tierra donde estuvo mi casa de piedra y barro que aunque tanto me han dicho que era tan nada, para mí y los padres y la hermana, fue tan palacio.

Y sigo mirando y la tierra muda y las encinas que clavan sus raíces en el mismo rodal de suelo donde estuvo la cocina y la habitación del panizo y en silencio aquellas noches junto a ellos, yo tanto acurrucado y la hierba creciendo y el rocío, en sus hojas temblando y todo como expectante y remontado en su cerro y mientras la mañana pasa, el río corriendo y este silencio tan denso y tan preñado, Dios mío, cuánto me retumba en el cerebro.

Y la carretera negra de asfalto y los coches que no paran y los que vienen de fuera, tantos y tantos y veo, que en el rellano de la parte de arriba que pega al manantial que mana bajo la gran peña de los álamos largos, se organiza, a lo pequeño y entre los amigos que pasan las vacaciones juntos y como medio de ocupar el tiempo en algo, la concentración.

Y unos a otros se lo van diciendo y a las nueve de la mañana comienzan a congregarse en el trozo de carretera.
- ¿Qué vestimenta traemos?
- Cada uno la que quiera y el color que le apetezca y luego, hay que traer agua y comida.
- ¿Y qué ruta trazaremos?
- Lo que nos interesa es la meta porque todos sabéis que allá, por los llanos donde el río gira, quieren construir no se sabe qué tipo de instalaciones nuevas que parece son para el ejército y ese punto será nuestra meta porque quizá para cuando volvamos el año próximo ya esté todo construido y por eso, una de las cosas que nos puede gustar mucho ahora es ver cómo son aquellos paisajes y volverlos a ver otra vez el próximo año y comprobar las diferencia y los resultados.
- Total algo así como lo que quieren construir en Sierra Nevada pero a lo pequeño.
- Cosa parecida, aunque todavía no está muy claro, se cree que va en la misma línea de romper montes y allanar valles.
- Pero lo que hay que ver es la ruta que nosotros vamos a seguir hasta llegar a la meta final, que como tú dices, es lo que importa.
- Después hablaremos de eso, ahora nos vamos a concentrar en nuestras bicicletas y el recorrido, porque tú

sabes que lo mejor que le puede ocurrir a un amante de la naturaleza, trotamundos y aventurero, es perderse con la bicicleta de montaña por estos campos y dejarse llevar, pedalada tras pedalada, por algunas de las pistas que avanza en solitario por entre excepcionales bosques, a orillas de los ríos, por suaves laderas en busca de parajes solitarios y desconocidos en los que poder disfrutar a tope del embrujo de la naturaleza, así que en nuestra ruta uno de los puntos más hondos es el arroyo de las rocas grandes.

- ¿Por ese rincón nos vamos a ir?
- Exactamente vamos a cruzar el arroyo por ahí.
- ¿ Y vosotros sabéis lo que es ese trozo de sierra?
- ¿Qué es?
- Nada más y nada menos que lo más hermoso que existe sobre el planeta porque al llegar ahí, la senda traza como una ese minúscula porque tiene que salvar la torrentera para alcanzar el arroyo y cruzarlo y ese trozo, justo esa pequeña torrentera, con la senda en ese minúscula, el arroyo al final y en cuanto lo cruza, la senda llaneando por entre rocas hasta los tres pinos, es el paraíso más bello que nunca he visto. Os digo la verdad, es una pena que vayamos por esa tierra.

- ¿Por qué es una pena?
- Lo destrozaremos y eso no nos conviene.
- ¿Por qué lo vamos a destrozar? No vamos a ir en plan de atropellar todo lo que se cruce en nuestro camino. Una bicicleta cabe perfectamente por la senda y no creo que le haga mucho daño al paisaje de ese rincón.
- Es que tú no sabes lo que es ese trozo que nada más verlo parece que hasta de respirar tienes que dejar para no mancharlo.

- De todos modos iremos por ahí, llegaremos hasta las llanuras donde se remansa el río que es uno de nuestros puntos de interés y donde pararemos a comer y podría ser este lugar el final de nuestra ruta pero alguno de vosotros me ha dicho que podemos seguir y llegar hasta el pueblo del barranco.
- ¿Y para qué vamos a ir hasta el pueblo?
- En ese pueblo no hay casi nada pero más abajo, por donde pasa la carretera principal, está el aeródromo.
- Y a ese lugar ¿Para qué vamos a ir?
- Allí ahora hay poco que ver pero como dentro de nada, van a construir algo muy grande para que venga turismo de élite a las sierras de este parque, también ahora nos gustará verlo.
- ¡Qué tontería estás diciendo!
- Nada de tontería porque yo lo sé muy bien y lo sé de buena tinta.
- Desde luego, las cosas que se le ocurre porque a ver ¿eso es bueno o malo para estos montes?
- Que sea bueno o malo ahora nadie se pone a discutirlo.

- Es fin, todo lo que nos acabas de decir está muy bien pero a nosotros lo que nos interesa hoy, es la ruta que teníamos programada, nuestras bicicletas y los demás factores a tener en cuenta de cara a controlar el esfuerzo durante la práctica del deporte.
- Pues mirad, dos de los aspectos que tendremos en cuenta al inicial la salida en nuestra bicicleta de montaña será el ciclocomputador y el entrenamiento que como todos sabéis, el primero de los casos es un aparato que se instala en la máquina y que nos permitirá controlar el esfuerzo.
- ¿Y a qué hora salimos?

- Dentro de un rato y recordad: el descanso es una de las partes más importantes, el masajes y los estiramientos es bueno, los primeros efectos pueden ser desagradables, dale tiempo a tu organismo y progresar siempre en todas las dificultades.

Y atravieso la que fue la gran sombra de la vieja encina y remonto dos metros la ladera y ya entro a la espesura de las carrascas llenas de parras por entre los membrilleros y los granados y bajo la encina torcida y en la misma grieta de la roca, la pita de aquellos tiempos y ahora recuerdo que esta planta siempre llamaba la atención entre los vecinos porque en casi ningún cortijo, a lo ancho de esta gran sierra, está sembrada y es porque a la pita le gusta los sitios rocosos y soleados y aquí mismo, en las piedras blancas que descuelgan como en un balcón de juguete sobre el barranco, crecen las higueras pequeñas que tanto se cargaban de aquellas brevas ricas y de higos y hasta tiro de la rama de una y aparto sus hojas por si todavía hubiera alguno, tardío y me digo que en cuanto el otoño regrese, el próximo año, volveré y como en aquellos días, cogeré una cosecha tan grande que me durarán hasta que de nuevo llegue la primavera.

Y remonto un poco más y ya estoy en la misma explanada de la puerta del cortijo y ahora sí puedo verlo, en mi mente que elabora un sueño, en plenitud y sigo notando que mi cortijo es grande a pesar de su apariencia humilde porque sus paredes son de piedra sin ningún arte, puestas unas encimas de otras y trabadas con mezcla de barro y de aquí ya deduzco y, además lo sé, que este cortijo mío fue de los más antiguos de estas sierras y arrancó desde gente muy pobre y pocas fuerzas.

Y desde el rellano amplio de la misma puerta y veo que todavía, a pesar de las zarzas espesas que ya crecen cubriéndolo todo, se le nota poco modificado y antes de entrar, me siento sobre la roca blanca donde la niña tanto jugó y despacio miro y de seguida siento como el corazón me late deprisa y la emoción me corre descontrolada y es porque no acabo de creerme que sigo estando en la misma puerta de aquella casa que tanto fue y derribaron y ya no es y sigue siendo y por eso pienso que, aunque esta mañana es casi igual a las otras mañanas que se pasean por estas sierras, necesito organizar mis ideas y preparar mi alma para el encuentro de lo que ya es pura podredumbre.

Miro y veo las dos ventanas en la fachada de piedra y de superficie irregular que tengo frente y que tiene unos dos metros de alta y el tejado que sigue siendo de aquellas tejas morunas pero con muy poca inclinación y por eso, con el peso de la nieve de los últimos años, se ha hundido tanto que en cualquier momento se va a desplomar y dejará sepultado, entre sus escombros, a la familia entera y a los cántaros de barro y a la mesa de madera ahumada.

Las dos puertas de la fachada están cerradas y como lo que he decidido es dar una vuelta por su alrededor, conforme ya voy andando, al pasar por la segunda puerta, la empujo y descubro que todavía tiene echada la llave pero no me paro sino que sigo y por el ventanuco del lado que se alinea con la solana, me asomo como si deseara ver qué ocurre en el establo o como buscando al burro blanco que se parece a Platero pero ni se le ve moviendo la cola ni los pesebres llenos de paja ni los chivos de las cabras negras saltando en espera

de que vengan la madres para salir corriendo y mamarse la leche de sus ubres y sigo rodeando el edificio y por la parte de atrás, el que da al cerro grande del tajo de rocas donde crecen los álamos, veo la otra puerta y también cerrada.

Y recuerdo que fue una de las viviendas y, además, veo que por en tejado todavía asoma la chimenea y como tengo pensado entrar y recorrerlo todo y despacio en cuanto termine de rodearlo, me digo que dentro de un momento y me abro paso por el portillo de la pared de la tinada de atrás que también se cae y al mirar como asustado, descubro la gran explanada de la parte de arriba donde todavía me parece ver las encinas creciendo revueltas con los nogales y los granados y ahora ya sí caigo en la cuenta de lo que nunca antes había observado: el cortijo vinieron a construirlo al final del pequeño puntal que acaba en llanura de tierra fértil que es también por donde brotaba el manantial.

Sigo y paso por entre los tablones de pino que apuntalan las paredes como si todavía quisieran mantenerlo en pie un poco más, aunque ya no sirva para nada y al doblar la esquina otra vez me encuentro en la fachada junto a la primera puerta que es la que más me llama la atención por lo que yo sólo sé y tan clavado llevo en mi corazón, además de ser la más importante porque da entrada al cuerpo principal de todo el edificio y antes de empujarla para comprobar si permanece abierta me retiene la presencia del horno desde donde me parece notar que todavía sale el calor amigo que desprende las teas y el olor profundo del pan recién cocido y meto mi cabeza por en agujero de la puerta y miro despacio comprobando que aún está casi entero: la pequeña

cúpula totalmente redonda y revestida de barro y el suelo de piedra donde se amontonan las ascuas y las cenizas y el pan dorado esperando la mano dulce de la madre que lo saque.

¿Y qué es lo que me dice mi corazón, que este horno llevan ya casi cien siglos frío? Pero mudo y con mi alma encogida, me retiro del horno si que desee irme como de tantas otras cosas y sin que pueda ni hacer nada para traérmelo conmigo más de lo que ahora mismo lo tengo y me acerco a la puerta y sin apenas pensarlo, la empujo y aunque no me espero que esté abierta, sí lo está porque cede con facilidad y sin más, frente a mí, la gran estancia de la casa donde lo que más resalta es que parece que ha sido habitadas hasta ayer por la tarde.

Y sin ser consciente, como que de mi pecho sale una voz llamando a madre y a la niña hermana y diciendo que he vuelto porque las quiero y estoy deseando verlas para besarlas y avanzo casi quieto y lo primero que se me clava en los ojos, es a mi derecha, la chimenea con restos de fuego reciente y sobre las cenizas, puestas las “estrévedes” y las dos paletas de hierro macizo de aquellos lejanísimos tiempos, las botellas y los tarros de cristal donde se guardaba los tomates al baño maría y las mermeladas de las ciruelas y la pequeña talega que todavía cuelga en la pared, muy cerca del fuego y perfectamente amarrada con su cordón.

¿Qué será? Me pregunto sabiendo certeramente lo que tiene dentro al tiempo que la cojo con mis manos y empiezo a desatar los nudos que son los mismos que madre hacía cuando me preparaba la merienda y por el tacto, adivino que la talega contiene semillas de algo pero

¿cuales fueron las últimas semillas que madre aquí guardó? Y mientras la sigo desatando busco un espacio encima la vieja mesa de madera ahumada y me preparo para vaciar la talega.

Y al volcarla ¡qué sorpresa! Son las famosas y pequeñas habichuelas pintas que desde siempre se han sembrado en los hortales de estas sierras y conforme las voy extendiendo sobre las apolilladas tablas de uno de los peldaños de la escalera que sube a la buhardilla, las voy tocando y cojo un puñado y después de olerlas y rozarlas por la piel de mi cara, las rocío despacio como si quisiera verlas mejor o comprobar que todavía están sanas y sí que parece que fue ayer mismo cuando madre aquí las guardó y hasta parecen que estuvieran preparadas para ser sembradas cualquier día de estos.

Y ahora recuerdo que con este medio kilo de habichuelas menudas, unas negras totalmente, otras marrón color chocolate puro, otras marrón pero con betas negras, otras blancas y blancas marrón y blancas negras, aquí delante de mí y esturreadas sobre la tabla del escalón, además de llenarme de emoción en este momento, sé que madre hubiera sembrado medio huerto y hubiera recogido media docena de cestos y por eso ella las conservaba tan perfectamente metidas en la talega y colgada de la pared frente al fuego, como si fuera el mejor de los tesoros porque en aquellos tiempos, cualquier cosa era tan importante y servía para tanto, que hasta lo más pequeño resultaba un gran tesoro.

¿Y yo, qué hago, que voy a hacer con este pequeño puñado de habichuelas menudas y pintadas? Como sé que para los míos estas semillas tuvieron mucho

valor, las voy recogiendo con cariño y las pongo en mi pañuelo, las lío y me las guardo, no sé para qué pero me las guardo y las que sobran las vuelvo a poner en su talega y después de atarla con el mismo nudo de madre, las cuelgo en el clavo de la pared de la chimenea y ya estoy pensando que aquí el tiempo las irá pudriendo si es que no se las comen antes las ardillas o los ratones y como sé que nadie de esta tierra mía ya hará uso de ellas ni para comérselas ni para sembrarlas, la tristeza se me anuda en la garganta porque como en un símbolo: lo que en aquellos tiempos eran auténticos tesoros en estas sierras, ahora ya no interesa a nadie.

Y cuelgo la talega donde madre lo hizo tantas veces y sigo mirando como si ahora fuera un desconocido que descubre tesoros antiguos y frente a mí y a la derecha, las cantareras de madera con sus tres cántaros de barro y en este momento una extraña sensación recorre por mi alma al tiempo que me digo que es curioso como son las cosas, a veces, porque hace unas noches tuve un sueño y en él vi a un cortijo serrano y lo que más me llamaba la atención fueron las cantareras en la estancia de la cocina y los tres cántaros de barro y lo que ahora mismo se me ocurre, además de ver a madre regresando de la fuente con los tres cántaros llenos de agua limpia, uno en la cabeza, otro en las caderas y el tercero en la mano, es que cualquier día de estos o cae una tormenta grande y se hunde el cortijo y entre sus escombros quedan sepultados para siempre o que alguno, de los muchos que por aquí ahora vienen buscando tesoros, se los lleve y los exponga en la estancia de su casa en la ciudad o que los rompa de una pedrada.

Y al mover la cabeza para las tablas de la lacena, que es por donde busco más recuerdos, me tropiezo con las tiras del esparto que madre y padre llamaban pleitas y usaban para escurrir el suero de la cuajada y que el queso quedara redondo y al verlas, además de rompérseme el corazón, recuerdo que cuando le preguntaba a padre me decía que estas fajas de esparto pueden tener entre quince o veinte centímetros de ancho y un metro o más de largo y recuerdo que se usaban de la siguiente manera: se coge esta faja de esparto y se enrolla en forma de círculo dándole la misma dimensión que tiene un queso normal y se pone sobre una tabla que tiene la superficie llena de surquitos para que, desde la masa, por ellos corra el suero y el cuajo que ha salido al cuajarse la leche, a puñados se va cogiendo y se vuelca en el círculo hueco de la pleita liada y se va llenando y al mismo tiempo que se echa, con las manos que es como se hacen todos estos apañicos, se le va apretando para que quepa mucha más cuajada y que ésta vaya soltando el suero y una vez todo el círculo bien relleno se le pone encima una tabla y en lo alto, algo que pese que casi siempre suelen ser piedras bien lavadas y se deja escurrir un día o una noche, poco más o menos y pasado este tiempo se retira la pleita de esparto, desatándola y lo que, al desenrollarla, va saliendo es la pieza de queso blanca y bien formada y algo endurecido y ya de aquí se coge el queso y se pone encima de otra tabla para que se vaya haciendo.

Yo sé algo de estas cosas artesanales porque los recuerdo de aquellos tiempos y siempre en el mundo rural, humilde y sencillo donde todo se hacía en el mismo cortijo, a mano, muy artesanal y sólo con un barreño para cuajar la leche, las pleitas, las tablas, la cuajada que salía

del estómago seco con la primera leche que hubiera mamado el borrego o el chivo, calostros que es como se llaman y con una cantidad pequeña de esta cuajada seca es suficiente para cuajar diez o quince litros de leche y ahora y mientras por mi mente van pasando los momentos, hasta me noto saboreando aquellos ricos quesos hecho por la mano amorosa de madre y acompañados por un “peacico” de pan moreno.

Y ahora mismo y mientras contemplo la vieja pleita abandonada y llena de polvo en el rincón oscuro del cortijo que se hunde, hasta me parece percibir el olor de aquella leche agria y aquel queso añejo porque toda la estancia estaba impregnada de este característico olor y hasta plagada de moscas porque las moscas acuden al olor del queso y aunque se paren y metan por todos sitios, al queso no le perjudican en nada y esto lo sé yo y sé que en aquellos tiempos no era necesario tanta seguridad en la higiene y tampoco se daban más enfermedades que en los tiempos modernos.

Y sigo moviéndome por las estancias y como todo, a pesar del tiempo, sigue tan repleto de vida, me pongo en la entrada de la puerta e intento ver la distribución del cortijo y madre con la niña bella, recorriéndolas y como se me van borrando tantas cosas que no quisiera, en el bolsillo llevo una pequeña libreta y la saco y me pongo a trazar y a escribir y el dibujo que me sale es rectangular, que es más o menos la figura que tiene el cortijo y dentro de este rectángulo, distingo cinco divisiones y el número uno se lo pongo al primer aposento que es la cocina, estancia donde me he encontrado las cantareras y las pleitas y las habichuelas y a las espaldas me queda la estancia número dos y la clasifico como el trastero o

almacén de utensilios porque dentro todavía se amontonan el viejo arado de hierro, cinco o seis bieldos, los rastrillos para amontonar la parva, las palas de madera para aventar, las escobas de hierba seca para barrer las granzas, las albardas de los mulos y los ubios y algunas alpacas de aquella última paja para que comieran las últimas bestias que por aquí surcaron los caminos.

Y me sigue llamando la atención el suelo o pavimento que sigue conservando esta estancia y al verlo, recuerdo las palabras que me dijo padre cuando aquel día le pregunté: “Como el cortijo ha sido construido en el rellano del pequeño cerro, ha dado la casualidad que la estancia esta del trastero ha caído justo encima de una roca y como en esto tiempos no tenemos tantos medios, ni siquiera la hemos quitado sino que la arreglamos un poco para que esté algo llana y se pueda andar sin problemas y la hemos dejado tal como siempre estuvo y estaba”.

Y claro que otra vez más siento la enorme desproporción de las dos varas de medir porque resulta que en los tiempos actuales sí hay medios para trazar y de paso destrozar, una magnífica pista que sangra, mata y destruye la ladera y los robles milenarios que desde la carretera sube, primero a las casas de las placas solares y después al edificio de piedra que han levantando y cercado, doscientos metros más arriba de donde ahora se cae mi cortijo bello y resulta que para trazar esta pista sí se han roto, además de rocas, las grandes encinas y los robles viejos y resulta que esta pista es casi un puro capricho del que tiene muchos millones y sólo para el placer y la comodidad en esta nueva casa que ni siquiera es básica para la vida de los que por aquí vienen y la

gente de este cortijillo, fíjate cuantas privaciones e incomodidades tenían que sufrir y eso que ellos sí vivían de estas tierras y no tenían más tesoro que el cortijo que ahora se cae abandonado y los cuatro utensilios de labranza y ni siquiera podían arreglar un poco las rocas del pavimento en la estancia donde se guardan sus tesoros y laten sus corazones y están sus camas y su luchas y sus sueños.

Y desde la estancia número dos, al final, existe una puerta que da entrada a la número tres que ya cae por la parte de atrás del cortijo y recuerdo yo ahora que esta estancia era el establo y también el pajar y por ella me encuentro y casi reciente, aunque esté añejo y huela a oxidado, los excrementos de los animales que aquí dormían y ahora es sólo silencio con algún agujero en el tejado por donde el cortijo, además de por otros rincones, se están hundiendo.

Me vuelvo para atrás y de nuevo me encuentro en la estancia número cinco que es la cocina principal donde, además de lo que ya antes he visto, descubro varias sillas con el asiento de cuerda de esparto y una mesa camilla y varias botellas de cristal y las garrafas, las siempre presentes botellas de aquellos años lejanos, aquí y ahora vacías y abandonadas y como yo, contra el tiempo.

Y justo al lado derecho de la chimenea, la puerta pequeña que da a la estancia número cuatro que es la más importante de todo el cortijo porque es el dormitorio de padre y madre y se adivina enseguida, además de por el latido del corazón y las lágrimas, por las dos grandes camas, ya desvencijadas y llenas de polvo y una de madera con el somier de cuerdas de esparto cruzadas de

un lado a otro y la otra, como más moderna porque es de hierro y somier de alambres cruzados y algunos muelles y encima de la primera cama, descubro un gran mueble tapado con plástico y a levantarlo, veo es el baúl de madera y aunque no quiero porque el dolor es tanto y porque algo dentro me dice que no lo abra, me acerco y noto que ni la llave tiene echada pero siento respeto por él y por ellos y por los recuerdos que guarda y me aparto a un lado y con cariño y dolor, lo dejo quieto en su ángulo oscuro y con su tela de araña y el polvo del tiempo que lo pudre y mata entre la desolación y lo eterno.

Y al acercarme al rincón de la segunda estancia me encuentro otro tesoro con su trozo del alma y ella y la niña callada y hermosa y gritando y sonriendo y metiendo sus manos en la masa que se recoge en la vieja artesa de madera que ahora y, llena de polvo y carcomida, se apoya contra la pared de piedra que también se desmorona y con cuidado y no sé si con respeto, amor o miedo, me acerco y la cojo, la vuelvo hacia mí y al ver su fondo y su silencio y el tiempo y ellas ahí reflejadas y sonriendo, Dios mío, cómo se me rompe el aliento y el corazón y el alma y en mi mente se agolpan los recuerdos porque yo se bien que una artesa es un cajón, por lo general, de madera como era esta y sin tapa que por sus cuatro lados va agostándose hacia el fondo y sirve para amasar el pan que salía de la harina de aquel trigo negro y de las piedras del molino del arroyo y de la ilusión y esfuerzo...

Y sé yo que en las tierras fértiles, siempre presentes en los alrededores de los cortijos, los trigales dorados y hondeados por el sol, siempre eran los paisajes más familiares de los que por aquí vivían ya que para ellos el trigal era como casi lo más importante en sus

vidas porque del trigo que daban estos trigales, sacaban la harina necesaria para el pan que necesitaban a lo largo del año que una vez limpio de paja y piedras, lo llevaban al molino y lo convertían en harina para después subirlo, en costales y convertirlo en pan.

La quinta estancia se encuentra a continuación de donde está la artesa y se accede a ella desde aquí mismo y la quinta estancia es otra cocina con su chimenea, un perol de hierro que todavía cuelga en la negra pared y más botellas de cristal y unos sacos llenos de paja, algunas sillas mudas frente a la chimenea con su hollín negro y su silencio colgado de las piedras.

Lo recorro despacio y ya decido volverme para atrás y salir de la estancia y no porque se me haya agotado el filón de sentimientos sangrando los recuerdos sino que me salgo precisamente porque dentro del alma se me ha amontonado tanta presencia que necesito respirar un poco de aire mientras medito, no sé que otro recuerdo, sentando en la piedra gorda de la entrada y como sé que todavía no he terminando de recorrer el vacío del cortijo, me digo que ahora, dentro de un rato volveré después de respirar el aire limpio que desde el río llega.

Me levanto y me voy por la parte de atrás con la intención de alejarme de la tierra y ahora que empiezo a irme es cuando se me clava en el alma las toscas paredes del viejo cortijo, las ondulaciones negras del cochambroso tejado y los podridos palos que por este lado sujetan uno de los últimos trozos de pared para que aún no se caiga, cosa que a pesar de todo, puede suceder cualquier día de estos y ya me voy despidiendo de la casa sin saber,

ahora, cómo hacerlo porque no hay manera de arrancarse de lo que siempre será un trozo esencial en mi mundo interno pero sí siento que ahora puede ser la última vez que pise este suelo y también la última vez que mis ojos la vean y la llore y comienzo a cruzar las tierras llanas que bajan del cerro.

Y aquí mismo y junto a la vieja encina negra, estuvo la era donde se trillaba tanto el trigo como la cebada y las habas y los garbanzos y al mirar veo que por aquí ruedan todavía los papeles de aquellos últimos recibos de las cosas que se pagan a la administración, porque ellos no eran menos que los demás y me agacho y los recojo y al abrirlos, es cuando me extraño que a pesar de los años y tanta lluvia y tanto barro, sigan enteros y con sus letras claras, aunque bien amarillentos y al leer: ”Cámara Agraria Provincial. El agricultor .... del pueblo indicado, ha satisfecho su cuota a esta cámara en el año expresado por el concepto e importe que se indica: concepto: 2,50% sobre la cuota de contratación rústica y parcelaria. Cuota aprobada por la junta general, 15'00. Total a pagar, 25'00", el corazón se me encoge y en el alma, lo poco que de calor y aliento queda, se me hiela.

* **Y AHÍ,** donde estuvo la casa y ahora sólo crecen zarzas y cardos borriqueros y setas en esta primavera lluviosa y justo en el punto en que madre siempre tenía su mesa de madera ahumada, como si en el centro estuviera todavía y encima, las dos últimas cebollas achatadas recubiertas con su piel marrón y como esperando que madre venga y las partas para las morcillas de la matanza o para la ensalada de tomates rojos recién cogidos en el huerto del arroyo y al lado y a la derecha, el fuego en la chimenea ardiendo y arrimado a las ascuas, el puchero de

barro lleno de garbanzos con trozos de tocino y morcilla e hirviendo y por la estancia, el olor a pobre y a hollín y a sudor y el brasero bajo la mesa muda, apagado y lleno de cenizas y de olor a densos mundos muertos, aunque palpiten y siempre sean eternos, gozo y alegría y amor que reluce y guía al universo pleno y yo en su centro.

Y por un instante, ya no deseo seguir mirando al escenario que, en vivo y presente, ante mí tengo y cierro la puerta, en mi mente, a la realidad que me envuelve y sigo avanzando por las tierras que me llaman y como ya es por la tarde, desde el campo donde pastan las ovejas y se entretienen frente al frío del invierno que llega, me acerco a la iglesia que mira al río y llego a la entrada, toda rota y sin puertas ni tejas ni suelo y paso dentro y veo a la madre frente al sagrario y en el primer banco y junto a ella, la niña que le da calor y las dos, en silencio, rezan y como me parece tan delicado el dulce momento, ni me acerco ni hago ruido.

Y casi de puntillas y lleno de placer el pecho, busco mi sitio en el banco de atrás y, mientras también con ellas espero quieto, miro al sagrario y veo, a sus pies y como durmiendo, las espaldas de la niña bañada por la cascada de su melena rubia y el parpadeo de sus ojos y su silencio y me pregunto por lo que ahora mismo ocurre en su mente y en su corazón pequeño y en el de la madre y quiero comprender pero no comprendo y otra vez me pregunto, Dios mío ¿qué me pregunto y qué quiero?

Y a su tiempo, aparece el cura alto ya con los pelos canos y con gafas y dice, leyendo en el evangelio: “Hermanos, si Dios está con nosotros ¿quién estará contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo sino

que lo entregó a la muerte por nosotros ¿cómo no nos dará todo con él? ¿Quién acosará a los elegidos? ¿La aflicción?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?... hermanos...”

Y por mi mente y corazón pasa el recuerdo de aquella mañana cuando madre me explicaba el gran misterio de Job y me decía que:
- Estando en su macizo dolor, como del viento, le llegó la bella música de la gran canción:

Heme aquí contigo,
pues me llamas.
Yo no te fallaré,
pues te quiero.
Todo pasará, yo te salvaré.
Tus enemigos, nunca podrán matarte,
falso es su dios,
yo soy Yahveh.
Heme aquí contigo, pues no te fallaré.
Tus angustias, yo las veo, ten ánimo,
pues verás morir antes tus ojos,
a tus enemigos. No te fallaré.
a tus enemigos. No te fallaré.

Heme aquí contigo
para darte vida
por los siglos de los siglos.
No tengas miedo,
yo soy tu Dios
y te quiero a ti.
Heme aquí contigo.

Y en la tarde que cae con su cielo azul y el silencio angustioso que cubre al valle y el ir y venir de los vecinos por la aldea besada del sol que ya casi no calienta, una vez más no sé por qué pero el corazón se me estremece y me parece tan grande el momento, que se me caen las lágrimas y hasta siento y me apetece que este cuadro sencillo y tierno, con el mundo que le contiene y la amplitud del universo, aquí mismo se detenga y ya sí, Dios del cielo y Padre de mi dolor y sueño, ya sí y tal como ahora es, quede en tu amor y en su belleza, eterno para que al fin descanse mi alma y encuentre su alivio, mi pobre cuerpo.